



NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
J. A. REDMERSKI

THE
SWAN
AND THE
JACKAL

IN THE COMPANY OF KILLERS #3

THE SWAN &
THE JACKAL



IN THE COMPANY
OF KILLERS #3

IN THE COMPANY
OF KILLERS

A SERIES BY J.A. REDMERSKI



THE SWAN &
THE JACKAL



IN THE COMPANY
OF KILLERS #3

THE SWAN & THE JACKAL



Libro Tres
In the Company of Killers

Love Her Madly

J.A. REDMERSKI



ÍNDICE

SINOPSIS
QUERIDO LECTOR
PLAYLIST
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPITULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPITULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPITULO 29
CAPITULO 30
PRÓXIMO LIBRO
SOBRE LA AUTORA
CRÉDITOS



SINOPSIS

Fredrik Gustavsson nunca consideró la posibilidad de amar, o de que alguien alguna vez pudiera entender o aceptar su oscuro y sangriento estilo de vida... hasta que conoció a Seraphina, una mujer tan sanguinaria y sedienta de sangre como el mismo Fredrik. Ellos pasan dos breves pero inolvidables años juntos, llenos de lujuria, asesinatos y la más oscura clase de amor que dos personas puedan compartir.

Y entonces Seraphina se había ido.

Han pasado seis años desde que la amante y sádica compañera en el crimen de Fredrik pusiera su mundo de cabeza. Seraphina se ocultó y lo ha eludido desde entonces. Ahora, él está más cerca de encontrarla, y una inocente mujer llamada Cassia es la clave para sacar a Seraphina de las sombras. Pero Cassia, tras sufrir lesiones por un incendio que Seraphina provocó, sufre de amnesia y no puede darle a Fredrik la información que él busca desesperadamente. Sin tener más opción, Fredrik ha estado manteniendo a Cassia encerrada en su sótano mientras no sólo trata de hacerla recordar su pasado, porque ella y Seraphina lo comparten, sino también de protegerla de Seraphina, quien claramente la quiere muerta.

Pero Cassia es una luz en la oscuridad que Fredrik nunca creyó que existiera. Tras un año sometido a su bondad y compasión, se encuentra luchando con su amor por Seraphina, y sus crecientes sentimientos por Cassia: porque sabe que al amar a una, la otra debe morir.

¿Triunfará la luz sobre la oscuridad, o algo más poderoso que eso destruirá aún más a un alma ya torturada?

QUERIDO LECTOR,

Lo que estás a punto de leer **no** es romance. **No** es una convencional historia de amor. **No** es erotismo. **No** es un título *New Adult*. Como con todos los libros en esta serie, por favor no intentes leerlos con ninguna de las anteriores expectativas. *In the Company of Killers* es una serie que solo puede ser categorizada como Crimen, Suspenso, Thriller, Misterio, Thriller psicológico y a veces Suspenso Romántico; sí, la serie tiene elementos de amor, romance y erotismo, pero no lo suficiente como para caer en alguna de esas categorías.

Algunos autores, cuando quieren escribir en otros géneros, eligen escribir bajo seudónimos, y por muchas razones es una elección inteligente. Estoy tomando un riesgo al escoger mantener mi nombre y escribir varios géneros diferentes bajo ese nombre. Es un riesgo porque algunos de mis lectores podrían asumir que todo lo que escribo va a ser más de lo mismo que están acostumbrados a leer de mí. Pero ese no es el caso. Escribo muchos géneros diferentes. He publicado novelas Young Adult/Romance Paranormal, New Adult/Romance Contemporáneo, Fantasía Contemporánea y Crimen/Suspenso todo bajo el nombre J.A. Redmerski, y continuaré escribiendo diferentes géneros bajo mi nombre. Todo lo que pido es que antes de leer alguno de mis libros, por favor asegúrate de que es del género del humor que estás para leer. Eso te librará de estar decepcionado de que no era lo que esperabas, y me librarás de recibir comentarios "decepcionados".

Si alguna vez no tienes claro sobre qué género cae alguno de mis libros, la forma más rápida y simple de descubrirlo es ir a mi sitio web en www.jessicaredmerski.com bajo la pestaña de "**Libros**" y echa un vistazo a la página del libro en cuestión. La página indicará el género, el primero en la lista siendo el principal, directamente debajo de la nota publicitaria junto a la fecha de publicación. ¡Muchas gracias por tu constante apoyo a mi trabajo! ¡Y Feliz Lectura!

Sinceramente,

J.A. Redmerski.



THE SWAN & THE JACKAL **PLAYLIST**

VAST – *Don't Take Your Love Away*

VAST – *Winter in My Heart*

Arcana – *Wings of Gabriel*

Connie Francis – *Fallin'*

Kendra Morris – *Wicked Game*

Christina Aguilera – *Bound to You*



PRÓLOGO

Traducido por magdys83
Corregido por ღჷღKhaleesiღჷღ

Hace seis años...

Hay sangre en los muebles que mancha hasta la pared, un hermoso color carmesí que sólo sangre puede ser, cruda contra el muro de yeso blanco brillante incluso en la oscuridad de la habitación. Esto no fue hecho por un arma. El cuerpo semidesnudo de la mujer yaciendo en su espalda contra el piso en una espesa piscina oscura de viscosidad carmesí fue realizado por un cuchillo. Uno muy afilado. Probablemente con hoja curva y un grabado a lo largo que reza: *Saborea las dulces espinas sobre mis labios*. Pero esta herida... estoy demasiado familiarizado con esta obra. El corte en la parte más baja de la garganta, exactamente por encima donde se encuentra el centro de la clavícula. Seraphina, mi esposa, ha estado aquí. Hace algunos momentos. Todavía puedo oler su perfume en el aire.

He estado espiándola por meses, desde el día en que dejé de creer que ella me había estado traicionando todo el tiempo en que afirmaba amarme. Pero antes de eso, ella había estado traicionando a mi empleador, Vonnegut, y a nuestra Orden trabajando para otro empleador y filtrando información a nuestro rival. No podía dejarla morir por lo que había hecho. Quería ayudarla, cambiarla, hacerla elegir un lado, *mi* lado. Así que, empecé a trabajar con ella en contra de Vonnegut. Fue la última deslealtad, una sentencia de muerte instantánea traicionando a la Orden. Pero el amor estaba primero.

El amor *siempre* viene primero.

A pesar de que aprendí de la manera difícil que el amor es cruel y peligroso y más diabólico de lo que un hombre como yo podría ser alguna vez. Porque Seraphina me tomó como un tonto, a fin de cuentas. Después de todo por lo que habíamos pasado juntos. Ella lo tiró todo a la basura.



Esta noche voy a encontrarla. Y esta noche voy a matarla.

Doy un paso sobre el cuerpo, recordando el pequeño lunar marrón en la parte inferior del estómago de la mujer, cerca del hueso de la cadera. Recuerdo la forma de sus esbeltos muslos, la forma en que se sentían en mis manos cuando la follaba mientras Seraphina observaba. Siempre había sido lo nuestro, algo en lo que progresamos. Sexo oscuro y prohibido.

Esta mujer muerta es la segunda que he encontrado en dos días. Ambas de ellas, mujeres que Seraphina y yo hemos compartido. Ambas condenadas a sufrir este destino brutal en el momento en que el interruptor de los celos de Seraphina finalmente se volteó. Eso, acompañado de su necesidad de una forma de vengarse de mí por descubrir sus secretos y por ya no caer en sus mentiras. Esas mujeres muertas son mensajes. *Ven y encuéntrame*, dicen. *No me estoy escondiendo de ti, mi amor, sólo estoy disfrutando del juego*, me está diciendo.

Ella siempre disfrutó el juego. Y yo también. Sólo ahora sé que tengo que terminarlo. Y que tengo que ganar.

Dejo ir el cuerpo y cae contra la alfombra empapada. Mientras subo hasta ponerme en pie, los faros brillan intermitentemente al otro lado de la calle y alumbran cegadoramente en la gran ventana de la sala de estar, iluminando las cortinas blancas transparentes que las visten. Un motor ruge. *Ven a buscarme*, me está diciendo. Con la pistola agarrada en mi mano, camino, no corro, rápidamente fuera de la puerta principal y hacia el aire glacial. Levanto la pistola frente a mí apuntando hacia el auto mientras me acerco con descaro desde el otro lado de la calle. Un perro ladra ruidosamente en el patio trasero de la casa en la esquina, tirando violentamente contra la cerca de tela metálica que lo confina. Rechinando los dientes. Sediento de sangre. Como todos los animales, conoce al diablo cuando lo ve.

—¿Qué estás haciendo, Seraphina? —pregunto en una voz baja y amenazante cuando me acerco al auto, mi pistola todavía apuntándole, mi dedo en el gatillo—. Esto está incluso por debajo de ti.

Seraphina me da una sonrisa burlona desde el asiento del conductor, sus dedos largos y delgados envueltos sobre la parte superior del volante. Su brillante cabello negro azabache, corto hasta la parte inferior de sus pómulos está siempre en perfecto orden, ni un mechón fuera de lugar, aún en momentos como este.

El eco de las sirenas a todo volumen aproximándose de lejos suena en mis oídos y muevo repentinamente la cabeza hacia ella. Entonces escucho un ruido sordo. *Pum, pum, pum, ¡BANG!* Viene del maletero. Mis ojos corren a toda velocidad desde el, a



Seraphina y a la calle sur desde donde escucho las sirenas. No puedo decidir qué es más imperioso.

—¿Qué vas a hacer? —se burla Seraphina, sonriendo en una forma tan retorcida que sólo se puede traducir como en plena confianza. Ella sabe que me tiene en este momento. Incluso con una pistola apuntando a su hermosa cabeza, ella me *tiene*.

Respiro profundamente y veo de nuevo detrás de mí, esperando que los autos de la policía lleguen en cualquier momento. Las sirenas se están acercando, pero todavía no veo los destellos esporádicos de sus luces reflejándose en la oscuridad de la última hora, así que tengo un poco de tiempo. Pero sólo segundos.

Veo de nuevo a Seraphina en el auto. Mi respiración exhala visiblemente en el aire de invierno.

—Te voy a dar lo que quieres —dice, cambiando su tono a algo más serio y menos provocador—. Pero tienes que escucharme. ¿Me entiendes, maldita sea Fredrick?!

Siento mis dientes pulverizándose detrás de mis mejillas, mis fosas nasales se ensanchan, los huesos en mi mano duelen mientras mi agarre se aprieta alrededor del mango de la pistola con fuerza aplastante.

Nos vemos el uno al otro a los ojos fríos y oscuros por última vez, ella presiona su pie en el acelerador y huye. A regañadientes, dejo caer la pistola a mi lado y dejo salir el aire en un suspiro largo y profundo en derrota y rabiando. Seraphina sabe que no puedo matarla hasta que obtenga información de ella. Como una necesidad obsesiva compulsiva, la información debe llegar primero o nunca voy a ser capaz de dormir de nuevo. Nadie sabe excepto Seraphina, ni siquiera mi empleador, Vonnegut, que he estado torturando e interrogando a criminales asociados con La Orden desde que *conocí* a Seraphina. Ella fue la que me abrió a esto, quien... me dio la liberación a mi mayor imperfección como un miembro de la raza humana. Seraphina me ayudó y por eso, aunque no sólo por eso, ella sabe que no puedo matarla. Al menos todavía no.

Con solo unos segundos extra, pliego mi pistola en la parte trasera de mis pantalones y camino rápidamente por la acera, deslizándome entre las sombras de los árboles que bordean la calle. Dirigiéndome hacia mi auto estacionado a cuatro cuadas de distancia, dejo la casa con la mujer muerta detrás de mí así como a la policía quienes están viviendo desde la dirección opuesta.

Seraphina quiere hablar. Después de todo este tiempo que me ha eludido, me mantuvo en la oscuridad acerca de lo que ha estado haciendo a mis espaldas, ella



finalmente quiere contarme. ¿Más mentiras? ¿Es esta su manera de quitarme de encima para que así la deje ir y vivir tranquila? ¿Así ella puede liberarse de mí? Pero ese no es su estilo. Seraphina, por todo lo que me gusta de ella, es tan sádica como yo. Suplicando por su vida, incluso de la manera más sarcástica, está muy fuera de su carácter.

Hay algo más en eso.

Estoy de regreso en nuestra casa en Boston en menos de treinta minutos y su auto está estacionado en la calzada. Qué tan atrevida es esta mujer, cuán desafiante e intrépida. Ella sabe lo que le voy a hacer. Ella sabe lo mucho que voy a disfrutarlo y que ni siquiera *ella* es inmune ahora que me ha traicionado tan imperdonablemente.

Me estaciono junto a su auto, mis ojos rodeando el maletero antes de ir hasta el final, recordando los sonidos que escuché antes. Pero ahora eso no me importa.

Azotando la puerta detrás de mí, corro hasta las escaleras y entro de golpe en la casa, la puerta principal estrellándose en la pared.

—¡Seraphina! —le grito cuando cierro la puerta principal y empiezo mi búsqueda.

Pero en el fondo de mi mente sé exactamente dónde encontrarla, en el sótano donde conservo mi silla de interrogación y herramientas.

La puerta del sótano está desbloqueada. Y agrietada.

Coloco mi palma completa contra ella y empujo. Se abre sin hacer un ruido y no pierdo tiempo, desciendo los escalones de concreto. Una sola luz brilla en la distancia, formando una débil franja de luz contra los escalones mientras los tomo uno a la vez. El sonido familiar de una mujer sollozando lentamente llena mis oídos. Pero esta es otra clase de sollozo. No uno de placer causado por el dolor sexual, sino de miedo y dolor de otro tipo.

Me apeo del último escalón para encontrar a Seraphina parada ahí en toda su gloria oscura y siniestra. Una mujer en una camiseta grande y en un par de bragas está atada en mi silla de interrogación, una vieja silla de dentista, con una mordaza en su boca. La sangre todavía está húmeda en su cabello largo y desaliñado, manchando el color rubio justo por encima de su línea capilar, el indicativo de ser golpeada en la cabeza con algo. Las lágrimas corren de sus ojos abiertos y asustados, manchas de rímel corriendo por sus mejillas enrojecidas. Ahora sé que era ella quien había estado golpeando desde el interior del maletero.



Seraphina me sonríe a través del espacio entre nosotros, tan amorosamente, también tan siniestramente. Su cuchillo cuelga de su mano hacia abajo contra su muslo cubierto por la tela de su leotardo negro muy ajustado. Las botas de cordones negras con tacones de quince centímetros parecen hacerla elevarse sobre la mujer asustada. Pero no recuerdo a esta mujer. Ella no es una de las que Seraphina y yo devastamos alguna vez juntos.

—¿Por qué estás haciendo esto, Seraphina? —Me acerco más, lentamente—. ¿Por qué la trajiste aquí? ¿Quién es ella? —No somos asesinos a sangre fría, de chicas inocentes, en cualquier caso. Nunca hemos hecho algo como esto a ninguna mujer que no estaba dispuesta, a menos que fuera un objetivo. Seraphina ha tomado esto en un nivel completamente nuevo y no me gusta.

Ella chasquea su lengua y coloca la hoja en la garganta de la mujer.

—No demasiado cerca, amor —me advierte, agitando el dedo índice de su mano libre de un lado a otro—. Ella es la que tiene información. Ella es con la que necesitas hablar.

Esto no se trata de sexo, ahora me doy cuenta. Esto se trata de algo mucho más allá.

Confundido, pero completamente dedicado, me acuclillo y pongo mi pistola con cuidado en el suelo al lado de mis zapatos de vestir rayados. Entonces vuelvo a subir lentamente hasta pararme, ambas manos al nivel de los hombros para dejarle saber que no voy a hacer un movimiento. Los ojos de la mujer de cabello rubio crecen más amplios, precipitándose entre Seraphina y yo con su cabeza fija en la silla por una cinta de cuero, ella no puede ver gran parte de mi esposa detrás de ella.

Los ojos de Seraphina se pierden brevemente en la silla de madera que se sienta contra la pared a mi izquierda. Sabiendo que era mi indicación para sentarme, envuelvo una mano alrededor de la parte posterior de la silla y la arrastro en sus patas traseras hacia la luz antes de hacerlo. Cruzo una pierna sobre la otra y doblo mis manos encima de ellas después de sentarme.

—¿Por qué tengo que hablar con ella? —pregunto tranquilamente.

—Porque ella es la razón por la que estamos aquí —contesta Seraphina y después mueve lentamente la hoja lejos de la garganta de la mujer—. Ella es la razón de que soy lo que soy. Y al igual que te ayudé a matar a ese cerdo hijo de puta que te violó cuando eras un niño, tú vas a ayudarme a *matarla*—. Ella apunta el cuchillo hacia la mujer—. Porque me lo debes, Fredrik, al igual que *ella* me lo debe.



Permanezco en silencio por mucho tiempo, tratando de asimilar sus palabras, buscando algún tipo de entendimiento en ellas y en cómo esta mujer tiene algo que ver con el motivo de que Seraphina me traicionó. Por qué ha traicionado a la Orden. Quiero evaluar los detalles que ya me ha dado y tener alguna clase de idea de a dónde va esto antes de hablar. Porque me gusta tener las de ganar desde el principio. Siempre. Sólo que en este momento, estoy empezando a pensar que ése no va a ser el caso.

No ser el que tiene el control me pone muy inquieto.

—¿Por qué te lo debe esta mujer? —pregunto—. ¿Qué te ha hecho?

Los ojos siniestramente pintados de Seraphina sonrían antes que lo hagan sus labios. Ella se extiende y toca el cabello de la mujer, lanzando los extremos del mismo entre sus dedos con caricias suaves y maternas.

—Muy rubia. Muy bonita. —Después su mano se levanta en un movimiento rápido y cae sobre la mejilla de la mujer; un ruido intenso de bofetada pasa volando a través del aire—. Odio a las rubias. Siempre las he odiado. Pero ésta en particular, la he estado buscando por *años*, Fredrik. Debido a lo que me hizo.

—¿Qué hizo?

Abofetea de nuevo a la mujer y esta vez, la sangre brota de su nariz. Las manos de la mujer están temblando contra las restricciones de cuero asegurándola a los brazos a la silla. Los músculos en sus piernas se endurecen y relajan repetidamente mientras lucha. Sus ojos me están suplicando que la ayude. No puedo decirle que no estoy aquí para rescatarla, que soy un hijo de puta insensible que sólo necesita respuestas. Pero es la verdad. No *quiero* que muera la mujer, y si no puedo evitar que Seraphina la mate, entonces yo lo haré. Pero desgraciadamente, no es mi prioridad. Y si ella muere, todavía voy a ser capaz de dormir esta noche.

Sí, soy un monstruo.

—¿Por qué no le preguntas a ella? —dice Seraphina mientras se para enfrente de la mujer y agarra la mordaza que estaba atada alrededor de su cabeza, removiéndola de su boca.

—¡POR FAVOR! ¡POR FAVOR DEJAME IR! —Los gritos de la mujer taladran mis oídos, llenando mis sentidos con dolor y pena.



Yo sólo siento este dolor cuando la víctima es inocente, me digo como lo he hecho muchas veces antes. Es la forma en que sé cuando me están mintiendo. Es la forma en que sé cuando estoy torturando a una víctima en la silla, si merecen ser libres o no. Es un instinto, uno que sólo mi corazón sabe, pero a veces la mente se niega a escuchar.

Yo sólo siento este dolor cuando la víctima es inocente...

Ella golpea violentamente en la silla, tratando de liberarse, pero es en vano.

—P... Por favor... te lo *suplico*... ¡*por favor* sólo déjame ir! —Sollozos pasan por todo su pecho, provocando que todo su cuerpo tiemble.

Me empujo fuera de la silla y agarro a Seraphina por detrás justo cuando está estrellando la empuñadura de su cuchillo en la cara de la mujer. Ella lucha contra mí, balanceando sus puños a ciegas en el aire hacia mí antes de que los agarre, también, y los sujeto contra su pecho. Escucho el tintineo del cuchillo contra el piso de concreto. Y después, puntos negros aparecen ante mis ojos acompañados por un dolor candente cuando la parte posterior del cráneo de Seraphina se estrella contra mi cara. Por instinto, la suelto, tratando de agitar mi vista para enfocarla de nuevo. Finalmente, cuando lo hago segundos más tarde, Seraphina ya tiene el cuchillo de nuevo en su mano y se está lanzando lejos de mí y hacia la mujer.

—¡SERAPHINA! ¡DETENTE!

No llego a ella a tiempo.

El tiempo se detiene. *Todo* se detiene. Mis respuestas, si de verdad iban a venir de la mujer desconocida, se filtran de su garganta con los borbotones de sangre derramándose de su pecho.

Tropiezo hacia atrás y caigo de nuevo en la silla, sentado en una posición encorvada y derrotada con mis piernas extendidas por el piso. Veo a la mujer desde mi asiento, la forma en que sus ojos empiezan a vidriarse, cómo los párpados revolotean en alguna manera suave y nauseabunda. Veo con impotencia mientras se ahoga, y cómo su cuerpo lucha por aferrarse hasta su último aliento, su pecho ensangrentado jadeando desesperadamente.

Y luego sus dedos se desenroscan y descansan pesadamente sobre el brazo de la silla. Sus ojos muertos miran hacia arriba en el techo, llenos de nada. La sangre gotea desde la silla en un charco oscuro debajo de ella. No se detendrá. Me pregunto cuanta sangre retiene el cuerpo de esta mujer.



Suspiro con dolor y arrepentimiento, cierro suavemente mis ojos.

Yo sólo siento este dolor cuando la víctima es inocente.

Seraphina, de pie con su espalda frente a mí, finalmente se da la vuelta. Su boca suave y llena está parcialmente boquiabierta. Hay algo llamado confusión y tal vez incluso el remordimiento arremolinándose en sus ojos marrones. Ella mira hacia abajo a sus manos, la derecha con el cuchillo cubierta en sangre, y luego deja caer el cuchillo como si fuera una cosa sucia y mala. Ella levanta sus manos y las mira, parece preguntarse cómo podía haber hecho esto. ¿Cómo podía haber *hecho* esto? No la entiendo. Seraphina es una asesina. Un verdugo. Muchas vidas han sido tomadas por sus manos. Pero ellos, la mayoría de las veces, merecían la muerte. Estas tres mujeres que asesinó desde ayer fueron las primeras, que yo sepa, con las que lo hizo a sangre fría.

¿Fue por mi culpa? ¿Soy el culpable por su demencia de alguna manera?

No. Ella *ya* estaba loca. Ella era una perra sádica cuando nos conocimos y cuando me enamoré de ella. Pero *esto*. Lo que he presenciado ahora...

Estoy tan malditamente confundido...

—No era ella—dice Seraphina, con su voz rompiéndose.

Mira de nuevo sus manos, una cubierta en sangre, y luego me vuelve a mirar.

—Lo siento mucho, Fredrik —las lágrimas derramándose en sus mejillas—. Lo siento mucho.

Ella cae de rodillas en el piso de concreto y entierra su cara en las palmas de sus manos, sollozando entre sus dedos.

Corro la corta distancia hacia ella y la empujo contra mi pecho, envolviéndola en mis brazos. La sacudo contra mí, presionando mis labios en la parte superior de su cabello negro mientras llora. La dejo llorar. Pero no la dejo seguir por mucho tiempo. Porque ahora más que nunca necesito respuestas. Necesito saber todo.

—Dime, amor —susurro, sosteniéndola firmemente dentro de mis brazos—. Dime quién pensabas que era. Puedo ayudarte si sólo me lo dices. Hazme entender.

Ella niega con la cabeza contra mi pecho.

—Y... Yo no puedo. No puedo decirte porque me odiarás.



—Nunca podría odiarte —le digo con sinceridad. La *amo*. Hay partes de ella que no me gustan, como quien era hace algunos momentos cuando mató a esa mujer. Pero ahora mismo, la persona que está envuelta en mis brazos, la amo con todo mi ser—. Dijiste que te lo debía, Seraphina. ¿Qué es lo que te debe?

Al principio, no quiere responder. Espero pacientemente, esperando que si no la presiono ella se sentirá más segura acerca de contarme. La aprieto suavemente en buena medida.

—Tenía diez cuando la conocí —dice, pero luego se queda en silencio de nuevo.

Inquietud. Desesperación. Desconcierto. Están entre miles de emociones diferentes que estoy sintiendo ahora mismo. Pero todavía, trato de mantener la calma.

—Nunca quise traicionarte —dice.

Siento como si estuviera saltando temas, evadiendo el de la mujer.

—Pero sabía que tenías que alejarte de mí —continúa—. No podía dejarte por mi cuenta. Traté. Pero no podía soportarlo. Así que te mentí sobre todo. Empecé a dormir en la Casa de Seguridad dieciséis.

Esta es la parte que no quiero oír, pero sé que lo necesito.

Me preparo, agarrándola más fuerte, tanto para la preparación del dolor que voy a sentir, como del dolor que voy a infringirle antes de que termine esta noche, debido a ella.

—Y... yo me acosté con él, con Marcus, que dirigía la casa de seguridad.

Aprieto los dientes y respiro profundamente.

Conservo la calma.

Permanezco en silencio.

Quiero desollarla viva.

—Lo hice porque quería que lo descubrieras.

—¿Por qué querías que lo descubriera? —Mi voz serena, cuidadosa.

—Porque quería...



Ella se detiene.

Me estoy poniendo más impaciente. Inconscientemente, siento las correas de cuero de la silla deslizándose a través de mis dedos mientras la ato con ella en mi mente.

—¿Querías qué? —pregunto con mi barbilla apoyada sobre su cabeza.

—Quería lastimarte.

—¿Por qué querías lastimarme?

Te amo.

Te desprecio.

—Porque el amor es dolor—dice ella y trago la verdad de su admisión—. Porque el amor es la mayor estafa de todos los tiempos. Y por mucho que jodidamente te ame, ¡Te odio por infringirlo sobre mí!

De repente, siento un pinchazo.

El calor se mueve desde el muslo hacia arriba, extendiéndose a través de mis venas.

La habitación empieza a desdibujarse, débilmente al principio, pero lo suficiente que al instante sé que estoy en problemas. Trato de liberar a mi mente de la droga, pero es demasiado fuerte, envolviéndose alrededor de mi inconsciencia como la seda de una araña alrededor de su presa.

Ni siquiera me di cuenta cuando Seraphina dejó mis brazos, o cuando caí contra el piso de concreto.

Gasolina. El aire frío se llena con ella, tanto que está empezando a quemar mis fosas nasales.

—Amor... ¿dónde estás? —grito, pero no puedo decir si las palabras en realidad dejaron mis labios—. Sera...

Mis párpados se están volviendo pesados. Llamas. El aire ya no está frío. Está caliente... tan jodidamente caliente. Quiero aflojar mi corbata pero dejar respirar a mi cuello, arrancarme el saco, pero no puedo mover mis brazos.



—Te amo, Fredrik —escucho su voz susurrar cerca de mi oído, suave como el polvo, letal como el veneno. Quiero besarla, sentir sus labios exuberantes en los míos, quiero moler mis caderas contra las tuyas hasta que grite—. Te amo... y porque te amo —siento que mi cuerpo se mueve a través del suelo—, ...tienes que dejarme ir.

Humo. Está arañando mi garganta y mis pulmones, filtrándose en mis poros y asfixiando mis vasos sanguíneos. Siento como que estoy siendo cocinado desde adentro hacia afuera. El calor se está haciendo insoportable, las llamas envolviendo las vigas de madera que sostienen el techo del sótano de pie. No puedo verlas a través de mis párpados pesados, pero puedo oírlas, lamiendo las paredes como miles de demonios que brotan del Infierno para atormentarme.

—Seraphina...—grito, mi voz ronca por el dolor, todo tipo de dolor—,Sera...



Me despierto a la mañana siguiente tumbado en un campo frío con el sol en mi cara. La fina capa de nieve blanca alrededor de mi cuerpo está manchada de negro por el hollín de mi ropa. Levanto la vista hacia el cielo, tan claro y tan azul, y veo una porción de humo gris elevándose en el aire en mi visión periférica.



Con dificultad, intento levantarme, pero sólo puedo ir tan lejos como puedo rodar sobre mi lado. Hierba muerta pincha mi mejilla. La nieve se derrite en un pequeño sangrado cerca de mi cara mientras mi aliento caliente se expulsa de mis labios y fosas nasales contra ella. Me estoy congelando, pero todavía estoy caliente y esto no tiene sentido.

La fina capa de humo elevándose sobre las copas de los árboles en una distancia corta proviene de lo que queda de mi casa.

Ella no me dejó allí para quemarme.

¿Por qué me arrastró hacia afuera?

Al comprender, por fin siento el dolor en la parte posterior de mi cabeza y alcanzo a masajear débilmente el área con las yemas de mis dedos. Ella tenía que haber arrastrado mi cuerpo por las escaleras de concreto.

Me duele todo. Pero estoy vivo. Y no lo estaría si Seraphina no lo quería.

Voy a encontrarla.



Nunca voy a dejar de buscarla.

Es un juego peligroso que ella y yo jugamos, que siempre hemos jugado. Solo que esta vez, ella subió la apuesta.

Y yo lo estoy apostando todo.



CAPÍTULO 1

Fredrik

Traducido por Fanny
Corregido por ღჷ3Khaleesiღჷ3

En la actualidad...



Cinco hombres, dos a cada lado mío y otro sentado en la cabecera de la mesa, frente a mí, me miran con ojos vigilantes.

Mi arma fue tomada en la puerta.

—Es un cena pacífica, señor —dijo el hombre de la puerta—. No se permiten armas.

—Muy bien —había dicho y removí mi arma de la parte de atrás de mis pantalones, poniéndola sobre la mesa.

Sabía que no debería usar otra ya que seguramente sería revisado antes de que me permitieran entrar. Y estaba en lo correcto.

Pero necesito un arma.

Desarmado, caminé pasando una docena de guardias llevando una botella de vino y entré al vientre de la bestia rodeado por cuatro de los hombres más experimentados de François Moreaus.



También sabía de antemano que el vino que traje fue llevado por uno de los meseros y colocado en el centro de la mesa. François me agradeció por el regalo. Después de todo, era un vino Francés costoso, y hubiera sido bastante grosero de su parte no agradecerme, incluso sabiendo que vine aquí para matarlo.

—¿Es cierto? —pregunta François casualmente, mirando sobre la longitud de la mesa, hacia mí, sentado en la otra punta—. ¿Vonnegut tiene una recompensa sobre tres de sus antiguos hombres? ¿Incluido tú?

Asiento—. Asumo que, por una vez, los rumores son ciertos.

Una delgada y confiada sonrisa jala los bordes de la desgastada y dura boca de François. Tiene el cabello corto y canoso, cortado suavemente en la parte de atrás de su cuello y peinado hacia un lado en el frente, pegado a su cabeza por gruesas cantidades de gel.

—Y supongo que es bueno que no tenga interés en llenar las recompensas de un hombre como Vonnegut. —Su sonrisa se hace más arrogante, como si tuviera que agradecerle por estar vivo en este momento.

Asiento de nuevo y llevo mis labios a la copa de vino, que no es el vino de la botella que traje.

El hombre con el cabello oscuro sentado a mi izquierda con una cicatriz encima de su ceja, remueve su servilleta blanca de tela de la mesa frente a él. La desenrolla de su pequeño y ordenado arreglo y la coloca sobre su regazo. Los otros tres hombre sentados en la parte exterior de la mesa hacen lo mismo cuando notan a los meseros entrando de una puerta lateral balanceando platos llenos sobre sus manos. François permanece en la misma posición, sin alejar la mirada de mis ojos incluso cuando el mesero pone su plato frente a él.

François junta sus manos, sus codos colocados sobre la mesa.

—Entonces, Monseieur Gustavsson —comienza—, tengo entendido que fue enviado aquí para conseguir información de mi parte sobre mi empleado, ¿correcto?

—Sí —respondo, pero sin ofrecerle nada más. Prefiero hacerlo trabajar por los detalles que sé que quiere antes de que tenga que matarme.

—¿Y qué te hace pensar que estoy en la libertad de darte tal información? —Parece entretenido por la pura perspectiva de ello.



Mi expresión permanece normal. Tranquila. Calmada. Imperturbable. Y él se pone más nervioso con cada segundo por mi ausencia de tensión. Soy solo un hombre. Sin armas. Sentado en una mesa entre cinco hombre que, con toda seguridad, tienen armas a pesar de las afirmaciones del portero. No solo más que un hombre en una mansión sobre una tierra privada justo afuera de Nice, Francia, donde al menos otros nueve hombres armados patrullan los alrededores.

Él debe saber que no soy solo un *hombre*, después de todo.

Junto mis manos de la misma manera que él.

—Antes de que esta —ondeo mi muñeca brevemente— *encantadora* cena termine, puedo asegurarle que tendré la información por la que vine. —Señalo mi dedo índice hacía delante suavemente—. Pero no solo eso, usted me la dará libremente.

François sacude su cabeza y lleva su copa de vino a sus labios, para después ponerla gentilmente de regreso en la mesa. Se toma su tiempo, igual que yo, al hacerme esperar por una respuesta. El hombre rubio sentado a mi derecha me mira por encima de su copa de vino. Los cuatro hombres están vestidos como François y yo. Trajes a la medida y corbatas. Sin embargo, definitivamente luzco mejor en el mío. Y como si fueran un grupo colectivo, levantan sus tenedores y comienzan a comer al mismo tiempo. François finalmente se les une, a pesar de que estoy seguro que no tiene nada que ver con estar hambriento. Simplemente quiere alargar su momento de pausa más lo que necesita.

Mastica y luego traga.

—¿En serio? —dice François finalmente con un aire de autoridad y una sonrisa. Sus brillantes cubiertos plateados golpean contra el plato de vidrio mientras los baja.

—De hecho, si, es en serio —digo con confianza, como si simplemente estuviera diciendo que, sí, *está* lloviendo, e invitándolo a ir a la ventana para que lo vea por él mismo—. Sé que tu Orden es dirigida por un hombre llamado Monseieur Sébastien Fournier. Se hizo cargo el año pasado después de que Monseieur Julier fuera asesinado en Marseille. —François limpia su boca con su servilleta de tela y continúa escuchando—. También sé que tu Orden es estrictamente del mercado negro y que muchos de los hombres bajo Fournier son Americanos, llevando a cabo contratos Americanos en mujeres Americanas inocentes.

François inclina su cabeza canosa a un lado, pensativo.



—Oh, vamos, Monseieur, no me puede hacer creer que usted, de toda la gente, se preocupa por lo que le suceda a unas cuantas mujeres inocentes —se burla de mí.

Permanezco imperturbable por fuera, pero por dentro, sus palabras queman. Y lo sabe, de otra manera no lo hubiera mencionado.

Llevando mis labios de nuevo a mi copa de vino, encuentro los ojos de François desde el otro lado de la mesa, desafiándolo a probarme más, sin tener que mover un musculo en mi rostro.

Sonríe débilmente y tomo otro trago.

Pongo mi copa sobre la mesa.

—Bueno, debo decir —François se interrumpe, mirando su comida— si sabe todo esto, ¿qué más podría posiblemente necesitas de mí?

—Quiero la llave de la caja fuerte en Nueva York —digo.

Las líneas alrededor de la boca de François se profundizan con su sonrisa. Mira hacía el mesero parado a su izquierda y el mesero va hacía él.

—Por favor, hágannos a todos un favor y abra la botellas de vino que Monsieur Gustavsson fue tan generoso de traer esta noche. —Señala hacía la botella con dos dedos.

El mesero obedece y coloca la botella abierta en el centro de la mesa. Los otros cuatro hombres en la mesa colocan su plata de nuevo en la mesa, sabiendo que algo más que cenar está sucediendo ahora y que necesitan permanecer alerta. Todos se limpian las bocas con sus servilletas de tela después de tomar un sorbo de sus copas de vino.

François chasquea sus dedos y una mujer pequeña con el cabello color miel peinado hacía atrás, camina a través de la entrada lateral y se escabulle hacía él. Es exquisita. Vulnerable. Frágil. Usa una falda negra corta que se aferra firmemente a su forma de reloj de arena. Estudio el suave pendiente de su cuello desnudo y la plenitud de sus grandes pechos debajo de la delgada tela de su blusa. No está usando sostén y sus pezones son como pequeñas gotas de sexo invitándome a devorarlos.

Me encantaría destrozarla debajo de mí.



Brevemente, encuentra mi oscura mirada pero aleja la mirada antes de que François la atrape. Y solo en ese pequeño momento, pude sentir la pequeña sacudida entre sus piernas.

—Copas nuevas, por favor, señorita —ordena él y ella se escabulle fuera para hacer su voluntad—. ¿Le gusta lo que ve? —pregunta François, notando mi atención en ella mientras sale de la habitación—. ¿Tal vez podría ofrecerle sus servicios antes de que nuestra reunión termine? Después de todo, *soy* un hombre generoso. Solo porque no planeo dejar que salga de aquí con vida, no significa que no pueda darle los lujos de la vida antes de que muera. Piense en ello como un regalo de partida.

—Eso no será necesario —digo—. Pero apreció el ofrecimiento.

—Bueno, al menos deberías comer algo —dice, señalando la comida frente a mí, la cual ni siquiera he tocado.

Sacudo mi cabeza y suspiro—. No vine aquí a cenar, Monsieur, como ya sabe. Vine aquí por la llave. Eso es todo.

—Bueno, no la obtendrá —dice y ofrece otra sonrisa.

Luego señala al hombre rubio a mi lado y dice—: Tráeme la caja negra que está sobre mi escritorio.

El hombre me mira con frialdad, deja caer su servilleta sobre la mesa y se pone de pie. Y mientras está dejando la habitación, la mujer con el cabello color miel y el calor entre sus piernas entra de nuevo a la habitación con seis copas de vino delgadas metidas estratégicamente entre sus dedos. Coloca una frente a nosotros, caminando hacia mí a lo último. Se toma su tiempo para retirar su esbelta mano del cristal. No le ofrezco el lujo de mis ojos.

François le hace señas—. Ven aquí —dice y ella camina hacia él.

Él me mira a través de la mesa de reojo con una mirada inteligente en sus ojos. Señala la botella abierta de vino que traje.

—Él beberá primero —dice señalándome.

—La mujer toma la botella y se aproxima a mí.

—¿Crees que no anticipé sus intenciones? —dice François, ondeando su muñeca de una manera dramática—. Sé más sobre usted que solo su... accidente... en San Francisco. Matando a esa mujer. Esa mujer *inocente*. —Estoy en plena ebullición bajo



mi piel, pero puedo quedarme calmado. Burlándose de mí de esta manera solo muestra el verdadero nivel de preocupación François—. Sé todo sobre usted. —Sonríe maliciosamente e instantáneamente tengo la sensación que todavía no ha sacado la artillería pesada, que sabe algo peor sobre mí que no espero que él sepa.

Por primera vez desde que caminé a través de las puertas de la mansión, estoy inseguro de mi próximo movimiento. Pero puedo mantener mi calma. Se necesita mucho más que las palabras provocadoras de un hombre moribundo para exaltarme.

La mujer sirve el vino en mi copa y se hace a un lado. Viendo que no voy a preguntarle a François exactamente que más sabe, procede a decirme de todas maneras.

—He escuchado de su pasado. —Toma otro sorbo del vino que ha estado bebiendo desde antes que la cena comenzara—. Sobre ese apodo de usted. —Frota las puntas de los dedos de una mano y me mira, pensativo—. ¿Cuál era? Ah, sí, ahora lo recuerdo. Le llaman el pequeño chacal. Un chico carroñero. Rabioso y sin valor.

Voy a disfrutar verte morir.

Pretendo estar inafectado y simplemente elevo mis cejas inquisitivamente.

—Me parece que está tratando de ganar tiempo. —Miro brevemente mi Rolex—. Me temo que no le queda mucho.

François ríe y me sonríe con todos los dientes. Se inclina contra la mesa y relaja ambos brazos a través de ella. El hombre rubio regresa al comedor con una brillante caja negra que cabe en la palma de su mano. La coloca en la mesa frente a François.

Sin quitar sus ojos de los míos, François abre la caja y remueve una llave dorada colgando de una gruesa cadena de oro.

La sostiene en la luz para que yo pueda verla.

—No le tengo miedo, Monsieur —dice mientras abre su chaqueta y deja caer la llave cuidadosamente en el bolsillo secreto de su pecho—. Quería darle una oportunidad de, quizá, negociar sus términos. Pero en verdad posee más confianza de la que cualquier hombre debería. —Sus profundos ojos claros dejan los míos y caen sobre la nueva copa de vino frente a mí—. Por qué no hace los honores y bebe del vino que trajo. —Sonríe vengativamente y mueve su mano en el aire hacía mí, urgiéndome a tomar—. ¿Eso es lo que esperaba, ¿no?



El hombre con cabello oscuro a mi izquierda, de repente parece incómodo, moviéndose en su silla con una mirada de agitación. Alza su brazo y desliza su dedo índice detrás del cuello de su camisa de vestir y lo mueve de atrás hacia adelante, tratando de empujar la tela de su sudorosa piel. Su rostro se está poniendo pálido y nauseabundo.

François lo mira con un poco de preocupación—. ¿Pasa algo?

El hombre de cabello oscuro se levanta de la mesa.

—Perdóneme, Monsieur, pero no me estoy sintiendo bien. Tal vez debería retirarme por el resto de la noche.

François asiente y ondea su mano para que se vaya.

El hombre empuja su silla y se aleja de la mesa, agarrando la servilleta en su mano. Limpia el sudor de su frente con ella mientras se va, tambaleándose antes de que doble la esquina y desaparezca de vista.

—Estoy bastante contento de no haber comido la comida —digo con una ceja levantada. Tocando el borde de mi plato con mi dedo, lo alejo de mí.

Los otros hombres, incluyendo François, miran su plato simultáneamente y luego avientan sus servilletas encima de las sobras. Dos meseros actúan inmediatamente para remover la comida de la mesa.

François luce irritado, como si ya estuviera abordando el tema de despedir a su chef cuando esto termine.

—¿Por qué no bebe? —sugiere, volviendo a la cuestión que nos ocupa—. ¿O lo olvidó? —Señala mi copa.

—¿Qué? ¿Cree que lo envenené? —pregunto.

François sonríe y junta sus manos de nuevo. Me mira con complicidad.

—Me gustaría que bebiera el vino —repite, listo para acabar con esto.

Todos los ojos están sobre mí. Los tres hombres que quedan en la mesa. François. Un mesero de pie contra la pared detrás de él. La mujer con el cabello color miel de pie a la derecha de François.



Finalmente, asiento y enredo mis dedos índice y el medio alrededor del tallo de la copa. Vacilante, llevo la copa a mis labios y lentamente tomo un trago. Mientras estoy haciendo esto, noto a otro hombre comenzar a mostrar signos de angustia.

François solo me nota a mí.

—Bébalo todo —instruye François.

—Como desee. —Una sonrisa jala las esquinas de mis labios justo antes de tocarlos con la copa.

Un duro *thump* suena desde el área sobre el otro lado de la pared donde el hombre con el cabello oscuro fue solo hace unos minutos. El grito de una mujer perfora el aire, seguido por gritos en francés.

—¡Llamen a una ambulancia!

—¡Monsieur Bertrand ha colapsado!

Claramente repensando toda esta situación, los ojos de François van de ida y vuelta entre los otros hombres y yo. Pero luego solo los mira a ellos cuando ve que también están enfermos. Uno colapsa desde la mesa, la silla que había estado aguantando su peso, golpea a su lado.

François me mira directamente, sus ojos profundamente alineados grandes con preocupación e ira.

—¿Qué has... —Se levanta de su silla y me señala con una dedo huesudo—. ¡Tú hiciste esto! ¿Cómo lo hiciste? ¡Me dirás!

Se agarra el pecho y cae de regreso en la silla.

Otro hombre se tambalea lejos de la silla y colapsa en el piso, vomitando y convulsionando.

Disparos de armas suenan fuera de la mansión.

El mesero parado contra la pared, mete su cola entre sus piernas y sale corriendo. El sonido de vidrio destrozándose y bandejas de metal cayendo contra los pisos de mármol hace eco a través de los pasillos.

—¡Bastardo! —grita François, todavía señalándome con un dedo mientras trata desesperadamente de aferrarse a la orilla de la mesa con la otra mano. Su rostro está



cambiando de color, una muy agradable sombra de colores burdeos y ceniza. Tendré que recordar eso cuando compre mi próxima corbata.

Me levanto de mi silla y casualmente enderezo mi traje negro Armani, tirando de ambos lados de la solapa. Luego tomo la copa de vino que traje como regalo y bebo el resto frente a él, colocando la copa vacía en la mesa. François me observa con horror, apenas aferrándose a la vida. Luego tomo la otra copa de vino en mi mano, la que nunca bebí en realidad, sino solo pretendí hacerlo, y me aproximo a él. Sus ojos van de un lado a otro. Trata de alcanzar su chaqueta para agarrar su arma, pero comienza a vomitar. Me detento y espero, no queriendo que el vómito llegue a mis zapatos. François se ahoga y echa su cabeza hacia atrás, presionando su espalda contra la silla. Jadea por aire para llenar sus pulmones, pero no llegará y cae sobre la mesa, su mejilla presionada contra la costosa madera.

Está muerto antes de que pueda decirle como lo hice, como me las arreglé para envenenar una botella de vino que nunca toqué.

Más disparos suenan afuera. Y se están acercando.

Pongo la copa abajo, a lado de la parte calva en la parte de arriba de su cabeza y luego lo agarro por los hombros, alejando su peso muerto de la mesa. Sus ojos están muy abiertos. Sin vida. Su boca contaminada de vomito permanece parcialmente abierta en una espantosa exhibición. Su lengua está hinchada.

Llego dentro del bolsillo secreto de su pecho y saco la llave de la caja de seguridad, deslizándola luego dentro de mi propio bolsillo. En cierto modo, François me dio la llave libremente. Simplemente necesitaba saber dónde estaba y él la puso justo en mi mano con su arrogancia revelándomelo.

—Lo hiciste bien —le digo a la mujer del cabello color miel todavía de pie en el mismo lugar cerca de la silla de François.

Sonríe... no, se sonroja, y mira brevemente al piso. Tan recatada. Tan frágil. Tan falsa. Tan dispuesta a hacer cualquier cosa que un hombre le pida hacer cuando le promete suficiente cocaína y sexo para mandarla al olvido por la semana completa.

De repente, ya no luce tan tímida, sino necesitada y bastante repulsiva. Una lástima, en serio, estaba esperando follarla más tarde. Cruza sus brazos sobre sus grandes pechos y traga nerviosamente. Sus pequeños ojos verdes se mueven de ida y vuelta en cada entrada del comedor. Los empleados siguen corriendo frenéticamente a través de la mansión.



—¿Dónde está? —pregunta ella ansiosamente sobre la cocaína. Frota sus manos de arriba abajo sobre sus brazos.

Justo entonces, con el último de los disparos, Dorian Flynn, conocido por Izabel Seyfried como “el diablo rubio con ojos azules” entra en la habitación con un 9MM pegada a su lado.

La mujer salta cuando lo ve y se mueve a mi lado.

—¿La conseguiste? —pregunta Dorian.

Asiento sutilmente.

Me doy cuenta que el cabello corto y en puntas de Dorian tiene sangre. Inclino mi cabeza a un lado inquisitivamente.

—¿Puedes pasar por una misión sin hacer tanto desastre alguna vez?

—Maldición, no —dice—. Me *gusta* el puto desastre. —Luego sonrío y añade agitadamente—. ¿Puedes pasar por una misión sin quedarte tanto tiempo? Me gustaría irme antes de que llegue la policía.

—¡Oigan, esperen! —dice la mujer, saliendo de mi lado—. ¿Qué hay sobre *mí*? —Cruza sus brazos y mira afiladamente a Dorian, pero luego me mira a mí por una respuesta—. No te vas hasta que me des lo que me prometiste.

Poniéndose más ansioso con cada segundo que pasa, Dorian toma las cosas por su cuenta. Levanta su arma y dispara enérgicamente a través de la habitación. La mujer cae contra el piso de mármol con una bala en su sien.

—Maldita perra drogadicta —dice y sacude la cabeza hacia atrás—. Vámonos. —Limpio el polvo de mi traje y camino sobre el cuerpo de la mujer.



CAPÍTULO 2

Fredrik

Traducido por Fanny
Corregido por ჯჳKhaleesiჯჳ

Estoy de regreso en Baltimore el día siguiente, esperando a que mi empleador y amigo, Victor Faust, llegue. Son las tres de la tarde y ha sido difícil evitar ir al sótano. Usualmente la visito mucho antes del mediodía, pero hoy es un día diferente y algunas cosas deben hacerse fuera de orden.

Ella se pone muy angustiada cuando no me ve por mucho tiempo. Me mata dejarla así, pero entiende que mi trabajo requiere mucho de mi tiempo y atención. Pero se lo compenso lo mejor que puedo. Y siempre me perdona.

Además, *ella* también es un trabajo, uno privado y muy personal, y no importa cuales son mis responsabilidades con Victor Faust, *hago* tiempo para pasarlo con ella. Ha habido progreso y odiaría perder algo de eso por estar lejos de ella demasiado tiempo.

Después de una comida tardía, estoy sentado en la cocina con mi laptop abierta sobre la barra cuando Victor llega.

—Es bueno verte. —Le ofrezco una sonrisa en la puerta de enfrente y le hago señas para que entre.

Victor toma asiento en el gabinete de dos sillas negras de cuero con patas de madera tallada, importado de Italia, alado de la mesa de madero que combina. Tomo el asiento frente a él.



Llegando al bolsillo de mi camisa blanca de vestir, saco la llave que adquirí en Francia y la pongo en la mesa redonda frente a nosotros.

Victor la deja ahí por un momento, sus ojos bordeándola.

—Supongo que Mareau no fue muy cooperativo —dice.

Se siente con sus brazos descansando a través de la longitud del reposabrazos, la manga de su traje negro apenas cubriendo el grueso reloj de plata que usar en su muñeca derecha.

Sonrío y sacudo la cabeza.

—Monsieur François Moreau fue exactamente como dijiste que sería. Un bastardo terco y muy confiado. —Muevo dos dedos frente a mí cuando veo que mi criada, Greta, entra a la habitación—. Por favor, tráele a mi invitado y a mí... —Miro a Victor.

—Una cerveza estaría bien —dice.

Levanto dos dedos—. Dos Guinness.

Asiente su canosa cabeza y se desliza a la cocina.

Finalmente, Victor toma la llave de la caja fuerte de la mesa entre nosotros, deslizándola cuidadosamente a través de la superficie de madera. La examina de cerca, la cadena de oro envuelta a través de la parte posterior de sus dedos.

—Entonces, ¿esta caja en Nueva York —comienzo, apoyando mi tobillo derecho encima de mi rodilla—, contiene toda la información que necesitas? ¿O haré otro viaje a Francia pronto?

Victor deja caer la llave en el bolsillo secreto de la chaqueta de su traje y sacude su cabeza. Sube un pie sobre una rodilla justo como yo.

—Contiene lo suficiente —me dice—. Puede que Sébastien Fournier sea difícil de rastrear pero no lo necesito a él para hacerme cargo de sus operaciones del mercado negro. Confió las identidades e información personal sobre sus operaciones a François Moreau. Llamado el Portero. Moreau hizo un excelente trabajo manteniendo escondida la información asegurándola en un dispositivo independiente y claro a través del océano. Pero fue un tonto por pensar que estaría escondido por siempre.



Greta entra con una botella de cerveza abierta en cada mano. Le ofrece la primera a Victor.

—¿Le gustaría que prepare algo extra para la cena de esta noche? —pregunta Greta después de que me entrega la cerveza.

Se para frente a nosotros vestida con una falda azul marino hasta la pantorrilla y una blusa de manga corta con botones. Su largo cabello gris está peinado en un moño en la parte de atrás de su cabeza. Es de peso y estatura promedio, pero sus piernas verdaderamente muestran su edad, con diminutas venas varicosas pasando a lo largo de sus gruesas pantorrillas y tobillo.

Miro a Victor de nuevo, curioso se saber si va a quedarse.

—No, me iré pronto —le dice a Greta—. Pero gracias.

Nos asiente a ambos y luego la despide, pero justo antes de que se dé la vuelta y se marche, los ojos de ella atrapan los míos, dándome una mirada de preocupación con la que estoy muy familiarizado.

Deja la habitación, sabiendo que ha dejado claro su punto.

Cassia ha estado preguntado por mí.

Me volteo hacia Victor.

—Bueno, tengo que decir que tenías razón —hablo—. No pensé que sería tan fácil como ha sido tomar control de estas operaciones del mercado negro.

Victor toma un sorbo de su cerveza y coloca la botella sobre la mesa.

Agarro la mía firmemente en mis dedos sobre el borde del brazo de la silla.

—Fácil es una palabra muy ligera —dice Victor con una pequeña sonrisa—. Creo que he utilizado la palabra *realizable*.

Le regreso la sonrisa, porque no muy a menudo veo la estatua de un hombre sonreír. Por mucho tiempo, cuando lo conocí, nunca supe que tenía dientes.

—Muy bien, sí, fácil es ponerlo a la ligera —conuerdo y tomo otro trago—. Pero diría que tomar tres operaciones en tres meses es muy, muy bueno.



Victor asiente.

—Ha sido un esfuerzo de grupo —dice, siempre dando crédito a quien crédito merece—. No se hubiera podido hacer sin ustedes cuatro.

Victor está siendo modesto. Sé que, sí, él *podría* hacerlo sin nosotros. De hecho, muy fácilmente. Sin mí, o Dorian Flynn, o su hermano, Niklas Fleischer, o incluso esa mujer pelirroja escupe fuego suya, Izabel Seyfried, a quien le he agarrado afecto en el año que ha pasado. Y puede que Victor nos trate con respeto, pero también sé que no dudaría en matar a alguno de nosotros cuando llegara el momento. Victor Faust es el epitome de “mano dura”. No le temo. No le temo a nadie. Pero sí lo respeto y le debo la vida.

Sin embargo, si alguna vez se enterara de Cassia, probablemente tomaría la vida que salvó al llegar a mí antes de que Vonnegut lo hiciera hace meses. Vonnegut es nuestro antiguo empleador, jefe de La Orden, de la cual yo mismo, Victor y Niklas nos separamos antes de que se pusiera feo.

Ahora hay una enorme recompensa sobre nuestras cabezas y hemos mantenido en un bajo perfil desde entonces.

—¿Dónde estamos ahora? —pregunto—. ¿Cuáles son nuestros números?

—Seis operaciones del mercado negro están ahora bajo nuestro control. Cuatro en los Estados Unidos. Una en México. Y una en Suiza. Todos con un total de ciento treinta y tres miembros activos. Aparte de lo que teníamos antes de obtenerlos.

—¿Ciento treinta y tres? —pregunto, mirándolo inquisitivamente, inclinando mi cabeza gentilmente a un lado.

—Un operativo fue eliminado por Niklas ayer. No pasó las pruebas finales. Le dio a Izabel toda la información que le dimos.

—Ah, ya veo —digo, inclinando mi cabeza hacía atrás brevemente—. ¿Y cómo lo está haciendo Izabel en el campo?

—Le va bien —dice Victor. Pero no me dice nada más, lo que me pone un poco curioso.

—No me corresponde preguntar —digo—, ¿pero hay algo de lo que preocuparse?

Victor me mira. Sacude su cabeza.



—Nada de lo que *tú* necesites preocuparte —aclara—. Mi hermano, por otro lado, me pregunto cada día si me dirán que finalmente ella le cortó la garganta.

Trato de mantener mi sonrisa a raya, pero es inevitable. Sacudo mi cabeza y llevo la botella a mis labios de nuevo solo para tratar de ocultar gran parte de la sonrisa como pueda.

—Bueno, eso no me sorprende. Seguramente, no pensaste que lo sería.

Finalmente, pongo la botella sobre la mesa cerca de Victor.

—No, no lo creo —dice con un dejo de sonrisa en su voz—. Dudo que alguna vez se lleven bien. No ayuda que Niklas no sepa cuando cerrar la boca. Pero Izabel... —Sacude su cabeza con su corto cabello café, como si estuviera concluyendo en su mente que no hay esperanza en esta situación—, ...es tan mala como él.

—Siempre y cuando sus... diferencias no se interpongan en nuestras operaciones —digo—, entonces es probable que sea mejor dejarlos que se aguanten. —Me encojo de hombros—. Además, sabes tan bien como yo que Niklas se merece que le den una golpiza de vez en cuando. Es casi... —Apunto mi dedo índice delante de mí para hacer énfasis—... *casi* tan malo como Dorian.

Victor cambia de pie, subiendo el izquierdo a su rodilla derecha. Deja caer sus brazos entre los brazos de la silla, dejando sus codos apoyados sobre la madera tallada y entrelaza sus dedos.

—Hablando de Dorian —dice—, ¿cómo lo hizo en Francia?

Suspiro, sacudo mi cabeza y miro al techo por un momento, expulsando una ráfaga de aire antes de dejar caer la cabeza y mirarlo de nuevo.

—Como Niklas, Dorian es un tren de destrucción —digo—. Lo admito, hace su trabajo, y nunca comete errores, pero a veces, incluso me sorprende. Y, como sabes, eso no es algo fácil de hacer.

Victor eleva una ceja inquisitiva—. ¿*Sorprenderte?* —dice—. Sí, sí encuentro eso difícil de creer.

Asiento rápidamente—. Bueno, sí. Le encanta disparar.

—Ese es su trabajo —dice Victor—. Matar al enemigo y a cualquiera que se meta en el camino.



—Sí, pero... —mastico la parte de adentro de mi boca pensando—, él es un poco brutal. Mata sin pensar.

Victor se ríe, de verdad, echando su cabeza hacia atrás una vez y *ríe*. Me aturde por un momento, pero me recupero rápidamente.

Levanta su cerveza de la mesa, me señala con ella en sus manos y dice antes de poner sus labios en el cristal.

—Tú, de toda la gente, acusas a Dorian de ser brutal porque mata sin pensar sobre ello. —Su risa comienza a desvanecerse pero sigue presente en su voz—. ¿No crees que quizá te sorprenda porque, *a diferencia de* ti, Dorian no juega con su comida antes de comérsela? Es tu opuesto. ¿Cómo crees que se sintió la primera vez que te vio en la sala de interrogación? —Toma otro trago y coloca su cerveza en la mesa de nuevo.

—Bien, veo tu punto —digo con una leve sonrisa.

—Entonces, ¿lo está haciendo bien? —añade Victor, olvidándose del humor y regresando a los negocios—. ¿Confió en que no ha desatado ninguna bandera roja desde que se convirtió en un socio?

Sacudo mi cabeza.

—No, no lo ha hecho. Y hasta ahora, ha pasado todas sus pruebas. —Sacudo la cabeza de nuevo, pero esta vez con una largo y profundo suspiro—. Odio decirlo, pero creo que también tenías razón sobre él.

Odiaba admitirlo porque cuando conocí a Dorian Flynn, quería amarrarlo a una silla y llenar sus venas de veneno. Hablaba mucho. Era engreído, arrogante e increíblemente presuntuoso. Todavía es todas esas cosas. Pero es, por desgracia, por el bien de posponer su muerte por mi mano indefinidamente, un excelente agente.

Pero esto plantea una importante pregunta.

—¿Exactamente cuánto tiempo se espera que Dorian sea mi... compañero? —pregunto, prácticamente teniendo que raspar esa sucia palabra de mi lengua—. Prefiero trabajar solo. A menos, por supuesto, que tu estés envuelto. Puedo trabajar *contigo* si es necesario. Dorian, bueno, a veces hace que quiera meter las agujas en mis propias venas.

Victor sonrío débilmente de nuevo.



—Unas semas más a lo mucho —dice—. Solo hasta que ayude con la misión en Washington. Después de eso, lo pondré por su cuenta.

Luego, añade—: Los puse a ustedes dos juntos por la misma razón por la que puse a Niklas e Izabel juntos. Todos necesitan aprender a trabajar juntos sin matarse.

Sonríó—. ¿Y tú te llevas bien con todos? —pregunto con sarcasmo, pero completamente inocente, y Victor lo sabe.

Simplemente asiente—. Supongo.

Silencio pasa entre nosotros por primera vez desde que llegó. Escucho a Greta moviéndose por la cocina, el sonido de las cacerolas resonando en la estufa y luego el agua corriendo en el grifo mientras comienza a lavar las verduras. Siempre deja el agua correr cuando limpia verduras.

—Fredrik —dice Victor, rompiendo el silencio.

Me mira y encuentro sus ojos, los suyos pintados con preocupación y preguntas.

—He oído que has estado buscando a Seraphina de nuevo —dice—. ¿Es verdad?

Mantengo el rostro serio, sin dejarle saber que su pregunta ha despertado algo oscuro dentro de mí.

—Sí, lo he hecho —respondo honestamente—. Pero no estoy dejando que interfiera con nuestras operaciones. —Victor asiente, pero tengo la sensación de que no me cree del todo.

Fue hace solo unos meses, después de que me ayudó a salvar mi vida de una emboscada orquestada por Vonnegut, jefe de la antigua Orden, para sacarme. Fui directo al grano y le admití a Victor que nunca maté a mi ex esposa, Seraphina, como creía hace mucho tiempo que lo había hecho. No *pude* matarla. Puede que me haya traicionado y tratado de matarme, pero todavía había una parte de ella que no quería dejar ir. Que al final, incluso cuando Seraphina estaba a mi alcance, pude haberlo hecho, no pude forzarle a tomar su vida. Seraphina fue el primer y único interrogatorio que no pude lograr que confesara. Y también fue el primer y único interrogatorio que no pude terminar.

Ella escapó, porque la dejé escaparse, y porque la dejé, tres mujeres inocentes murieron en sus manos. Nunca la vi de nuevo después de que incendió mi casa hasta hace casi un año en Nueva York. Estaba viendo las noticias nocturnas y la vi caminando a través de una pequeña multitud detrás del reportero de noticias.



La he estado buscando desde entonces.

Victor deja caer su pie al piso y se inclina hacia adelante, poniendo sus manos dobladas entre sus rodillas.

—Fredrik —dice, mirando directo a mí con su cabeza inclinada a un lado—, sabes que todo lo que tienes que hacer es pedirlo y te daré todos los recursos que necesites para encontrarla.

—No. —Rechazo la idea rápidamente. Sacudo mi cabeza y me inclino hacia adelante también—. Esto es cosa mía, Victor. Aprecio la oferta, pero tengo que hacer esto yo solo. Seguramente entiendes. —Asiente unas cuantas veces más, ahora mirando hacia el frente. Luego se pone de pie, estirando su chaqueta.

Me pongo de pie con él y lo sigo a la puerta principal.

—Mantenme informado sobre Dorian —dice—. Te enviaré detalles sobre Washington tan pronto como los tenga listos.

—Muy bien —digo.

Victor me despide y se dirige a su actual residencia en Filadelfia.

En el segundo en el que deja la entrada, voy a la cocina para obtener una actualización sobre Cassia de Greta.



CAPITULO 3

Fredrik

Traducido por magdys83
Corregido por ღ✱3Khaleesiღ✱3

Ella me está mirando directamente, esperando impacientemente el permiso para hablar, en el momento en que entro en la cocina.

—¿Qué pasa? —pregunto, de pie en la entrada.

Secando sus manos en un trapo de cocina, Greta dice:

—Cassia está inquieta, Señor Gustavsson. —Coloca el trapo de cocina en la encimera de granito negro. —Han pasado tres días. Discúlpeme por decir esto, pero habría sido mejor si la veía cuando regresó la primera vez, en lugar de esperar hasta esta noche.

Asiento suavemente.

—Sí, lo sé, pero tengo mis motivos. —Aquellos que no me siento obligado a explicar a Greta. Ella es mi empleada doméstica y cuidadora de Cassia cuando me voy. No es mi madre.

Doy un paso adelante hacia el mostrador, mis pies descalzos moviéndose lentamente sobre el frío azulejo del piso, negro y brillante como la encimera, y envuelvo las manos de mí, entrelazando ligeramente mis dedos. Me doy cuenta de que su garganta se mueve mientras traga nerviosamente, sus ojos azules envejecidos se alejan de mí para mirar hacia abajo a algo, nada, cualquier cosa que no sea yo.



Inclinando la cabeza suavemente a un lado, le digo:

—Todavía me tienes miedo. Después de meses en mi casa. ¿Por qué? Nunca te he hecho daño.

Greta levanta con vacilación sus ojos hacia mí, pero no puede mantener el contacto.

—Lo siento, pero usted es la primer asignación que he tenido quien —ella retuerce sus manos debajo del hueso pélvico—, ...hace las cosas que usted hace. Esto no es algo a lo que estoy acostumbrada. Y probablemente nunca lo estaré.

Greta, y Dorian, se convirtieron en nuestros dos nuevos “empleados” cuando Victor se hizo cargo de una de las operaciones del mercado negro aquí en los Estados Unidos hace ya casi un año. Al igual que el que todavía está; aunque no por mucho tiempo, a cargo de Sébastien Fournier en Francia, acabamos con todos los líderes de la antigua Orden de Greta y obtuvimos toda la información de las identidades de sus agentes. Tener esta información delicada y condenatoria nos da el control sobre todos los involucrados. En cierto modo, no es diferente a que una empresa grande compre a otra y la nueva propiedad se instale, haciendo cambios drásticos y se sometan a todos los empleados en la nómina a extensas revisiones de antecedentes y llevándolos a través de nuevas pruebas. A la mayoría de ellos realmente no les importa mucho quién es su líder siempre que sigan siendo remunerados, pero esto hace que sea difícil separar al leal de aquellos que quieren traicionarnos por un pagador superior a la más mínima provocación. Pero Victor Faust sabe lo que está haciendo. Y me he convertido en una de sus armas clave en eliminar a los inestables y de poca confianza. En cada operación que tomamos control ha tenido por lo menos noventa o menos miembros. Todos hombres y mujeres, asesinos y espías y operadores de casas de seguridad que cada uno pasa por mí y mi silla de interrogatorio. Si llegamos a eso, por supuesto. Pero una vez más, la mayoría nunca pasan de Victor y Niklas y tienen la mala suerte de tener que enfrentarme. Soy al que le son enviados cuando incluso después de todas las pruebas que han ido superando, todavía hay una sospecha.

Algunas de mis... *víctimas*, como Izabel Seyfried los llama, podrían decir que la forma en que la Orden de Vonnegut se hace cargo de los empleados sospechosos, matándolos fácilmente a la primer señal, es una manera más humana. Tal vez ella tiene razón. Pero no hay tal cosa como un interrogatorio humano en este negocio. Y además, si lo hubiera, sin duda estoy seguro de que sería de la vieja escuela.

Greta nunca ha estado en mi silla. Confío en ella. En ocasiones puedes notar por estar alrededor de las personas unas pocas veces si son de poca confianza. Greta es



sólida. Un poco asustadiza a mi alrededor, aunque no puedo culparla, pero ha tenido todas las oportunidades para llamar a la policía por la mujer que mantengo encerrada en el sótano. Ha tenido amplias oportunidades para decirle a Victor o incluso a Dorian. Pero ella no ha hecho nada. Quizás sea el miedo hacia mí lo que la mantiene leal, lo que nunca es una buena combinación, pero sólo el tiempo lo dirá.

Suelto mis manos y dejo caer los brazos a los lados.

—Si deseas ser reasignada —digo enderezando mi cabeza fuera de su inclinación—, puedo arreglar eso, pero necesitaría que guardes silencio sobre Cassia. Le diré a Victor en mi tiempo libre acerca de ella. Mantenerla aquí no es traición, simplemente es una elección. Una a la que enfrentaré las consecuencias cuando llegue su momento.

Greta niega suavemente con la cabeza y por un momento deja caer su mirada al piso.

—No —dice, mirando de nuevo hacia mí, sus manos todavía entrelazadas delante de ella—. Prefiero quedarme. He llegado a cuidar de Cassia. Me gustaría asegurarme de que está bien cuidada cuando usted no esté aquí para cuidarla por sí mismo.

—Gracias —digo y sinceramente hablo en serio.

No sólo no tengo muchas ganas de reemplazar a Greta, sino que realmente no quiero tener que matarla. Y lo tendría que hacer si ella decidía tomar la oferta. Ella es la única otra persona que sabe de Cassia y no puedo dejar que el pajarito deje el gallinero.

Greta suspira y suelta las manos, apoyándolas arriba del mostrador.

Ella se está poniendo nerviosa otra vez.

—Tengo que decirle —dice y me preparo para esto—, que sinceramente creo, en el fondo de mi corazón que ella no sabe dónde está esa persona Seraphina. Creo que soy bastante buena juzgando el carácter, Señor Gustavsson, y cuando veo a esa chica, veo a una chica que le está diciendo la verdad.

Muevo las manos alrededor apretándolas juntas detrás de mi espalda y luego camino por el suelo de un lado a otro un par de veces.



—Quizás —digo en respuesta, viendo hacia la ventana de la cocina de suelo a techo pasando por alto el patio trasero—, pero creo que con el tiempo ella me va a tener que decir más.

—Pero no entiendo —dice Greta con un dejo de desesperación maternal en su voz—. ¿Cómo puede decirle ella, ahora o más adelante dónde está una persona a quien asegura no conocer? Y no es que yo alguna vez querría que la interrogara y le hiciera esas cosas horribles que le hace a los demás, a Cassia, pero si cree que está ocultándole la verdad, ¿qué la está alejando a ella de eso? —Miro directamente a Greta, disciplinándola sólo con la mirada.

Parpadea nerviosamente y mira hacia abajo en el mostrador, rozando la parte inferior de sus dedos sobre la parte superior de los nudillos de su otra mano. Sabe que es mejor no cuestionar mis tácticas. Sus preocupaciones pueden tener crédito, pero mis motivos para no torturar a Cassia son muy personales.

El silencio llena la habitación.

—Eres libre de irte esta noche si quieres —digo—. Estaré en la ciudad por unos cuantos días más.

—Gracias, señor, pero ¿qué hay sobre la cena? —Ella mira por encima de las verduras frescas reunidas en el colador adentro del fregadero, y de las sartenes en la estufa; una ha estado hirviendo por los últimos minutos.

—Déjalo —le digo—. Puedes limpiar mañana.

Ella agacha la cabeza y se acerca para apagar el fuego en la estufa. Después, quita el colador del fregadero y lo coloca en el refrigerador de acero inoxidable.

Después de tomar su bolso amarillo de la silla cerca de la ventana de la cocina y cargándola, ella se acerca y coloca una llave de plata en mi mano.

—¿Me quiere aquí mañana a la misma hora, señor? —pregunta.

—Sí, eso estará bien —respondo, dejando caer la mano a mi lado con la llave confinada en mi mano detrás de mis dedos doblados.

Greta desaparece a la vuelta de la esquina y segundos después, escucho cerrarse la puerta principal detrás de ella.

Me volteo y miro hacia el pasillo, donde al final de él, se encuentra una puerta en la pared la cual conduce al sótano. Imagino la cara de Cassia, tan suave y como de



muñeca, sus grandes ojos marrones claros como un ciervo y sus perfectos labios rellenos. Y ese pequeño corazón negro traicionero que se encuentra detrás de mis costillas, como siempre cuando pienso en ella, empieza a latir a un ritmo lento e inquietante, traicionándome tan cruelmente que me gustaría poder arrancarlo de mi pecho y ser libre de él para siempre.

Unos momentos después estoy de pie delante de esa puerta y deslizando la llave que me dio Greta en la cerradura. Y sin otro pensamiento, me dirijo abajo por la escalera oscura y hacia ella. Cassia. La mujer que si dejo vivir, sin duda será la muerte para mí.



CAPÍTULO 4

Cassia

Traducido por Apolineah17
Corregido por ჯჳKhaleesiჯჳ

Me encanta este lugar, la forma en que mi espalda casi encaja con la esquina de la pared. La longitud de mi columna vertebral recorriendo el espacio donde una pared se encuentra con la otra. A veces trato de presionarme contra él para que así mi toque el fresco muro de yeso, pero mis brazos y mis hombros siempre están en el camino.

Algo *siempre* está en el camino, el grillete atado a mi tobillo derecho, asegurado a una cadena que se extiende a lo largo de la habitación para que pueda caminar. Las paredes color marfil acompañadas de las ventanas más pequeñas. La parte inferior de la escalera de hormigón en el lado más alejado de la habitación, a por lo menos cuatro metros fuera de mi alcance. La puerta en la parte superior de ellas que sé que siempre está cerrada por fuera, por lo que incluso si pudiera librarme de estas ataduras, nunca vería el otro lado de la misma. Pero más que nada en el camino están las preguntas sin respuesta que constantemente me evitan.

Las respuestas son las llaves de la felicidad.

La libertad de ser capaz de sentir el sol en mi rostro cuando quiera. De ser capaz de sentarme bajo las estrellas y mirar su silencio infinito. O bien, cuando escucho la lluvia golpeando contra el techo, me encantaría tener la libertad de salir y bailar en ella, de salpicar sobre los charcos como solía hacer cuando era una niña.



Pero resulta que me gusta donde estoy, confinada en una habitación sin sol, sin estrellas, sin lluvia, con sólo mis pensamientos para hacerme compañía algunos días.

Supongo que es el precio que pago por estar enamorada del Diablo.

Todavía no estoy lista para la libertad. Fredrik necesita algo de mí que no puedo darle. Pero sigo intentándolo. Sólo cuando pueda hacerlo él me devolverá mi libertad. Y sólo cuando pueda, lo aceptaré.

Fredrik me asusta. Pero él no es cruel. Es un enigma, ese hombre, y nunca he conocido a otro hombre como él. Pero, de nuevo... no puedo recordar.

Escucho la puerta en la parte superior de las escaleras haciendo clic para abrirse y envuelvo mis brazos desnudos alrededor de mis delgadas piernas cubiertas, tiro de ellas hacia mi pecho. Estoy usando el vestido blanco de algodón puro que Fredrik compró para mí, el cual cubre mis piernas y no me deja expuesta. Él nunca me dejaría expuesta. Es amable conmigo. La mayor parte del tiempo.

Sus pies deben estar descalzos porque no escucho las pisadas de sus zapatos de vestir golpeando contra el concreto mientras baja los escalones. Pero puedo oír la tela de sus pantalones de vestir tocándolo cuando baja, y veo su sombra proyectada contra la pared cada vez volverse más grande. Mi corazón comienza a retumbar contra mi caja torácica por la composición de deseo y miedo. Porque cuando se trata de él, lo segundo siempre va de la mano.

—Cassia. —Su voz es profunda y sensual, como el agua moviéndose sobre las rocas, que todo lo devora, pero aun así es delicada—. Te he pedido que no te sientes en el suelo.

Sale de la sombra y camina hacia la luz frente a mí, su altura se eleva sobre mí, proyectando su propia sombra en el pequeño espacio que nos separa. Siempre me siento controlada por su sombra, como si se tratara de otra entidad en sí mismo, otra parte de él que me observa cuando está de espaldas.

—Lo siento —digo mirándolo—. Simplemente me gusta aquí.

Me ofrece su mano y vacilantemente me estiro y la tomo, poniendo mis pequeños dedos entre los suyos más grandes. Su mano se dobla alrededor de la mía mientras cuidadosamente me pone de pie, la cadena asegurada a mi grillete suena en el silencio. Mi delgado vestido cae justo por encima de mis tobillos cuando me pongo completamente de pie. Fredrik me mira con un barrido de sus oscuros ojos azules, como siempre lo hace, buscando imperfecciones en mi ropa o en mi piel. No sé por qué



hace esto. No es como si yo fuera un objeto de fascinación sobre el cual él siente alguna necesidad compulsiva de conservar la perfección. Me dijo una vez cuando le pregunté, que se estaba asegurando de que nadie hubiera tratado de hacerme daño mientras él estaba fuera. Greta nunca me heriría. Ella es como una madre para mí. Creo que Fredrik debería tener más confianza en ella.

Fredrik camina conmigo hacia la cama al otro lado de la habitación, dándome la vuelta por los hombros cuando llegamos allí y guiándome para sentarme. Sólo después de que mi trasero presiona contra el suave colchón, él toma asiento en la silla sin brazos al lado de la cama a mi lado, donde siempre se sienta cuando viene aquí.

—Te he echado de menos —digo en voz baja, poniendo mis manos en mi regazo—. Estaba preocupada de que algo te hubiera pasado.

—Nunca nada va a pasarme —dice con una voz carente de emociones—. No a menos que lo deje.

Sonríó suavemente y dejo caer mi mirada momentáneamente.

—¿Greta te ha tratado bien? —pregunta, confirmando además que no confía plenamente en ella.

Asiento una vez, levanto la mirada y me encuentro con sus ojos. Un escalofrío recorre mi columna cuando miro sus profundidades. Nunca entenderé cómo un hombre puede convertir las entrañas de una mujer en papilla caliente con sólo una mirada.

—Ella siempre me trata con amabilidad —le aseguro—. Me agrada mucho.

Fredrik asiente.

Se sienta con la espalda recta y cruza una pierna sobre la otra en la rodilla, entrelazando sus fuertes dedos en su regazo. Lleva una camisa de manga larga con pequeños botones negros en el centro y las mangas enrolladas hasta los codos. Sus pies están descalzos, tal y como sospechaba, sus piernas están cubiertas por largos pantalones negros de vestir que caen sobre sus tobillos. Tiene fuertes y varoniles pies. Pies largos. Tal como sus manos. No sé por qué siempre me siento atraída a mirarlos, una parte tan aparentemente poco importante del cuerpo de un hombre, pero siempre me veo forzada a observarlos. Es como si cada centímetro de él estuviera hecho a la perfección y mereciera ser admirado. Incluso sus defectos son perfectos para mí; la profunda pero fina cicatriz que se extiende tres pulgadas detrás de su oreja hasta alrededor de la parte baja de su cabeza, la cicatriz más larga a lo largo de su abdomen



que cae en el lado izquierdo de su rígido oblicuo. El pequeño lunar detrás de su cuello, justo en la parte superior de su columna vertebral. Todos ellos son perfectos. O tal vez sólo estoy perdidamente enamorada por primera vez en mi vida y no sé nada mejor. Todas las mujeres experimentan el engaño de la naturaleza por lo menos una vez. Ya sea con el hombre de la puerta de al lado o con el actor de ensueño que saben que nunca tendrán.

El mío resultó ser mi captor.

Enderezo mi espalda de manera que no parezca que estoy encorvada. Mis dedos se mueven inquietos en mi regazo. Fredrik me mira, nunca aparta sus ojos de encima de mí para empezar, y sé lo que viene después. La parte de sus visitas que temo. Suspiro y rompo el contacto visual, mirando lejos hacia la pared detrás de él y dejando que se vuelva borrosa fuera de foco.

—¿Has recordado algo? —pregunta en voz baja.

Trago mi nerviosismo y entrelazo mis dedos fuertemente para que no parezca tan asustada.

Sacudiendo mi cabeza suavemente, respondo:

—No. Nada nuevo, de todas formas.

Puedo sentir su mirada sobre mí, buscando mi atención. Cedo ante ella y lo miro.

—Te lo he dicho antes, Cassia, que incluso si crees que estás repitiendo lo que dices, quiero que me digas lo que recordaste, lo que viste mientras yo no estaba.

Trago de nuevo y bajo la mirada hacia mis manos.

—Sólo el incendio —digo—. Estaba soñando despierta. Ayer. Y las llamas estaban lamiendo el techo en mi recuerdo, como la última vez.

—¿Ella estaba allí? —pregunta y me duele el corazón.

Siempre me duele el corazón cuando él pregunta sobre esa mujer.

Asiento lentamente, a regañadientes.

—Sí.

Se queda callado e increíblemente quieto, esperando a que continúe, a que le diga todo lo que vi hasta el último detalle. Pero no quiero esto esta vez. Quiero que él se



acueste a mi lado y me sostenga en sus brazos como lo hizo hace no mucho tiempo. Nunca me había sentido tan segura. Quiero sentirme así de nuevo. Ahora mismo. No debido a mi enigmático miedo a Fredrik, sino debido al miedo que siento cuando veo el rostro de esa mujer en mi memoria. Una mujer con el cabello negro azabache y siniestros ojos oscuros. Una mujer sobre la que siempre le digo a Fredrik que no conozco, que no puedo recordar, pero la verdad es que no quiero recordar. Y entre más él me presiona, tratando de ayudarme a recuperar los recuerdos de mi vida antes del incendio, más consigo acercarme a saber qué fue lo que ella me hizo. Por mucho que tema sin siquiera conocerla, sé que ella debió haber hecho algo horrible, indescriptible.

Prefiero dejar mi pasado atrás si eso significa que saberlo de nuevo, haría que me persiguiera por el resto de mi vida.

Pero peor que eso, temo más que nada a que una vez que recuerde y le dé a Fredrik las respuestas que busca, la encontrará y se olvidará completamente de mí.

—Dime, Cassia... dime lo que recuerdas.

Miro más allá de él, más allá de su oscuro cabello alborotado y sus profundos ojos azules, más allá de del vello facial de su rostro que a menudo siento cosquilleando en mis mejillas incluso cuando no me está tocando, y dejo que los recuerdos borrosos se enfoquen.

El Incendio...

Los gritos en el edificio de apartamentos me despiertan. Salgo disparada de la cama, con el rostro empapado de sudor, mis pulmones empezando a arder por el humo llenando la pequeña habitación. Me toma un momento darme cuenta de lo que está pasando y aun así ni siquiera es el humo el que lo hace aparente. Son los gritos. Me doy cuenta de que si hubiera sido la única persona en el edificio, nunca me habría despertado en absoluto. Bajo la mirada hacia la cama y me imagino allí tendida, acurrucada dentro de las blancas sábanas a rayas, las llamas envolviendo el colchón, lamiendo las paredes, la cabecera y deslizándose a lo largo de mi cabello rubio, extendiéndose sobre la almohada, rápido, como una serpiente moviéndose en un movimiento de costado sobre la superficie de la arena.

No recuerdo pararme de la cama. ¿Cómo llegué hasta aquí? Me pregunto a mí misma.



Los gritos en el pasillo son cada vez más fuertes. Escucho choques y golpes afuera de la puerta, pero no es mi puerta a la que alguien está tocando. Y el estrepitoso ruido que no puedo descifrar, pero creo que es el techo cayendo. Veo por debajo de la puerta las luces parpadeando en el pasillo y luego apagándose.

Los gritos cesan y siento mi corazón en la garganta.

Entonces, como un salto de tiempo, ya no estoy de pie frente a mi cama. Estoy trepando por la ventana y haciendo mi camino para bajar por la escalera de incendios.

Me resbalo y todo se vuelve negro.

Silencio.

Aunque sigo escuchando mi respiración siendo expulsada de mis fosas nasales de manera desigual como si estuvieran obstruidas. El sonido de mis latidos los escucho y siento en mi cabeza, precipitándose, golpeando violentamente a través de las venas en mis sienes.

Pero todo lo demás a mí alrededor está en silencio; las sirenas y las bocinas desvaneciéndose rápidamente en el fondo.

Entonces escucho una voz. Una voz de mujer. Al principio suena distante, como si ella estuviera hablándome desde detrás de una pared, o a lo largo de un campo gigante. Pero su voz cada vez está más cerca.

—Te dije que te encontraría —dice la voz con un toque de crueldad, burla, satisfacción.

Intento abrir los ojos pero los párpados están demasiado pesados. Las yemas de mis dedos arañan una superficie dura y gruesa. Muevo una mano alrededor, presionando mi palma completamente contra la superficie, tratando de descifrar qué es y por qué estoy tendida boca abajo sobre ella. Mi cuerpo se solidifica y retrocedo mientras comienzo a toser, mi mejilla raspando bruscamente contra el duro material que se está empezando a sentir como concreto o asfalto. Pruebo el humo en mis pulmones, siento que quema mi esófago, la parte posterior de mi garganta y mis fosas nasales.

Toso de nuevo violentamente e intento recuperar el aliento mientras mi cuerpo sigue tosiendo. Estornudo una vez sintiendo el drenaje detrás de mis ojos y quema como un atizador caliente siendo metido en mi nariz. Lloro por el dolor y permanezco inmóvil, tratando de respirar sólo por la boca. Mis labios están secos, agrietados y están sangrando, y también saben a humo.



Lágrimas gotean por mis ojos y mi cuerpo se estremece contra la fría y dura superficie como una temblorosa bola de músculo y hueso. Creo que voy a morir aquí. Dondequiera que sea aquí.

Me estoy congelando.

—Deberías haberlo sabido mejor, Cassia —dice la voz y suena como si estuviera directamente detrás de mí.

Determinada a ponerle un rostro a la voz, trato desesperadamente de separar mis párpados, pero como todo lo demás en mi interior, mis ojos están ardiendo.

—¿Quién eres? —pregunto débilmente y mi voz se quiebra. Necesito agua. Necesito algo para humedecer mi boca. Cualquier cosa...

Ella se ríe en voz baja y la crueldad en ella me asusta hasta mi amargo centro. Siento calor a un lado de mi rostro, el lado que no está presionado contra la dura superficie. Y entonces escucho su voz de nuevo y sé que ella está justo allí, cerniéndose sobre mí con su boca cerca de la mía, trazando un camino desde el lóbulo de mi oreja hasta la comisura de mis labios.

Siento sus labios sobre los míos, tan cálidos, suaves y tiernos. Mi cuerpo está frío, tan frío, y sus labios son tan cálidos que no tengo que protestar. Siento su lengua deslizarse en mi boca y enredarse suavemente con la mía. Mis párpados, antes pesados, ahora se cierran de golpe y me dejan absolutamente sin ningún control sobre ellos.

—Siempre me pertenecerás, Cassia —susurra la mujer en mi boca—. Me lo debes.

La frescura de su mano roza la piel en mi estómago y desliza su mano en la parte delantera de mis gruesos pantalones de pijama hechos de algodón. Siento sus dedos enganchándose dentro de mí duramente, dolorosamente, y mis ojos se abren de golpe para ver su rostro mirándome con malicia y amenaza, sus oscuros ojos arremolinándose en el tono azul del cielo nocturno, su esbelta figura iluminada por la farola a varios metros detrás de ella. Su cabello es negro azabache, cortado alrededor de su cara ovalada, cada lado siguiendo la curvatura de su mandíbula. Es hermosa. Es malvada.

Tengo miedo.

Y entonces en un torbellino, los sonidos ruidosos de la frenética ciudad vuelven a mis oídos. Empiezo a ahogarme, tosiendo tan terriblemente que creo que mis pulmones van a salir con la saliva teñida de negro expulsada hacia mis manos. Ruedo sobre mi espalda y levanto la mirada hacia un cielo negro sin estrellas, lleno de nubes de invierno.



y la brisa del viento de invierno. Mi cuerpo tiembla tan duramente que parece que mis huesos se van a romper como el cristal si no puedo controlarlo. Mi cabeza cae de nuevo hacia un lado y veo un montón de cajas. La pata de un sofá. Una bolsa negra de basura con un hoyo rasgado en la parte inferior y algún tipo de tela empujando a través de ella. Un espejo roto con un marco de madera desgastado. Una caja roja de leche llena de cosas al azar: viejas cajas de alimentos aplastadas, una botella de anticongelante, una lata de refresco aplastada.

La mujer se ha ido. Me pareció oír sus altas botas negras crujiendo en la nieve detrás de mí cuando entré en el último ataque de tos.

Mi cuerpo duele. Creo que mi pierna está rota. Es maravilloso cómo no la sentía antes. Aprieto los dientes y vuelvo a cerrar fuertemente los ojos mientras el dolor arde a través de mí. Escucho más voces acercándose. Policías. Bomberos. No... es un paramédico.

Mis ojos se abren y cierran por el dolor y el agotamiento, pero trato de luchar contra el sueño. Quiero ver lo que está pasando a mí alrededor. Quiero ver si la mujer todavía está cerca. Mientras los paramédicos me atienden, no les pongo atención, ni siquiera cuando me hacen preguntas buscando ver qué tan alerta estoy. Pero yo miro más allá de ellos, hacia la calle llena de luces parpadeantes rojas y azules que rebotan en los edificios cercanos. Una multitud se ha reunido en el otro lado, todos envueltos en gruesos abrigos de invierno, apuntando hacia arriba con sus enguantadas manos hacia el edificio aún envuelto en llamas detrás de mí.

Pero hay una figura alta y oscura entre la multitud que parece fuera de lugar. Él está de pie con las manos en los bolsillos de su largo abrigo negro. Está tranquilo, no afectado por el caos de las calles.

Él eres tú.

Me miras, a través de la calle y a través de los cuerpos en movimiento y los vehículos que pasan y bloquean temporalmente nuestro camino. Tus ojos perforan a través de mí como... como nunca he sentido antes. Todo lo que sé es que mi estómago se siente caliente y que estoy asustada, sin embargo, aun así quiero mirarte nuevamente.

N... no sé por qué, pero... pero mi corazón se está rompiendo. Las lágrimas pican la parte de atrás de mis ojos y mi pecho se siente como si estuviera cayendo dentro de mí, como una estrella ardiendo hasta su último aliento antes de colapsar en un agujero negro.



Y entonces me despierto en tu casa y apenas recuerdo mi nombre, mucho menos algo más sobre mí.



CAPÍTULO 5

Cassia

Traducido por IvanaTG
Corregido por ღᄃ3Khaleesiღᄃ3

Fredrik extiende su mano y limpia las lágrimas por debajo de mis ojos. Enrollo poco a poco mis dedos alrededor de su fuerte muñeca y cierro mis ojos suavemente para saborear su toque.



—Ella dijo que le debías. —La voz de Fredrik me hace retroceder en el instante y mis párpados cuidadosamente se separarán otra vez.

Su mano cae. La pone de nuevo en su regazo.

Lo miro por un largo momento y luego de vuelta a sus ojos.

—¿Qué? —estoy confundida.

Fredrik inclina ligeramente su cabeza hacia un lado.

—No dijiste eso antes —aclara—. Que la mujer te dijo justo antes de irse que le debes. Es un nuevo recuerdo.

Parpadeo, un poco sorprendida, y asiento mientras la comprensión se establece.

—Sí —digo—. Ella dijo eso. Pero no sé lo que significa. —Bajo mi cabeza con lamento e incluso vergüenza. Quiero darle todo lo que necesita o quiere de mí. Lo quiero desde poco después de que él me trajo aquí hace muchos meses. Incluso si eso



significa que lo perderé por esa mujer, lo amo lo suficiente para dejarlo ir si es lo que quiere.

No sé por qué lo amo. No sé cómo es posible amar a un hombre que mantiene una mujer encadenada en un sótano. Pero de nuevo, hay tantas cosas que no entiendo porque no puedo recordar nada. Tanto que no tiene sentido. En realidad, nada tiene sentido. Me siento atrapada en la vida de otra persona. Fuera de lugar en el mundo, y mientras la vida sigue a mí alrededor, me quedo en el mismo lugar tratando de recordar una vida que tuve antes que no parece querer ser encontrada.

—Cassia —dice Fredrik amablemente y levanto mis ojos llenos de lágrimas hacia él. Suspira con pesar—. Si no puedes avanzar por tu cuenta, sabes lo que voy a tener que hacer.

Mis manos comienzan a temblar en mi regazo, mi labio inferior comienza a temblar.

Niego con la cabeza.

—No, Fredrik, por favor...

Se inclina hacia mí en un rápido movimiento, castigo en sus ojos. Aprieto las palmas de mis manos contra el colchón en ambos lados y me empujo hacia atrás contra la pared.

—Lo... lo siento —digo con miedo atando mi voz.

—No me llames por mi nombre —exige—. No puedo permitir que hagas eso. —Baja sus ojos y puedo decir por esa mirada de dolor escondido detrás de ellos que de alguna manera su propia regla es una carga.

Fredrik se levanta de la silla y se sienta en el borde de la cama más cerca de mí.

—Ven aquí —dice suavemente, extendiendo su mano.

Lo tomo con apenas una ligera vacilación, porque incluso por más que le temo, todavía quiero estar con él.

Él me guía a su lado y pongo mi torso en su regazo, mi mejilla presiona suavemente contra su firme muslo. Su enorme mano acaricia mi cabello rubio. Su tacto es gentil, amable y eufórico, pero sé también qué otras cosas esas manos son capaces de hacer. He visto las cosas que le hace a las personas. Terribles, cosas horripilantes. Las mismas cosas con las que ahora me está amenazando.



—No puedo soportar verlo de nuevo —digo—. Por favor... no me hagas mirar.

Sus dedos continúan peinando mi cabello, dejando escalofríos que bailan a lo largo de mi columna vertebral.

—Pero vas a tener que —dice en una tranquila, relajante voz—, porque no veo ninguna otra manera. Tus recuerdos solamente parecen estar provocados por experiencias traumáticas. No sabes lo que sabes ahora sobre el incendio, si no fuera por lo que ves.

Muevo mi cabeza de su regazo para poder mirarlo. Sus dedos se caen de mi cabello y roza atrás de ellos por el lado de mi mejilla.

—Háblame de ella —le digo con una voz distinta, tratando de no obligarlo como lo hice la última vez que insistí con ese tipo de cosa prohibida—. ¿Qué te hizo Seraphina? ¿Por qué quieres encontrarla tanto?

Se levanta de la cama, dejándome caer sobre el colchón.

—Te he dicho...

Replico, deteniéndolo a mitad de la frase, la intención de hacerle entender, para hacer que me hable de una vez por todas. La cadena alrededor de mi tobillo rechina fuerte mientras la fuerzo a través de los pocos metros delante de él.

—¡TÚ DIME! —le grito, más lágrimas se vierten de las esquinas de mis ojos—. ¡POR FAVOR, MEREZCO SABER! —clamo—. Me has mantenido aquí durante un año. Me llevaste lejos de... de la vida que tenía antes del incendio. Puede que no lo recuerde, pero era *mío*. —Señalo a mi pecho; conozco mi expresión, tensa por el dolor y la desesperación—. Crees que conozco a esta mujer tan bien que puedo guiarte a ella, que de alguna manera puedo ayudarte a encontrarla. Y estoy dispuesta a hacer eso... —mi voz comienza a suavizarse. Solo quiero hacerle entender, no mostrarle resistencia.

Niega con la cabeza, aunque no tanto diciéndome que no, pero parece más como si estuviera convenciéndose *a sí mismo* que no va a decirme. Algo que ha hecho una y otra vez en todos estos meses que he sido su prisionera. Su dispuesta prisionera.

Bajo mi voz a un susurro y sujeto mis delgados dedos sobre sus muñecas.

—Por favor, Fredrik —digo y no me reprende por llamarlo por su nombre. Miro profundamente a sus endurecidos, ojos conflictivos que se niegan a devolverme la mirada—. Tal vez si supiera más de ella... podría recordar. Podría empezar a entender



que era para mí, cómo la conocí y... —trato de forzar su mirada pero es inquebrantable—, y qué es lo que le debo.

Esta ha sido una de las cosas que intenté una y otra vez de hacerle entender, pero siempre me interrumpe. Él preferiría hacerme observar torturando gente hasta la muerte para activar mis recuerdos, que hacer algo tan simple como decirme más sobre esta mujer que al parecer conocía antes de perder la memoria en el incendio del año pasado.

—*Por favor.* —Es mi último intento desesperado. Mi pecho se agita con largas, profundas respiraciones.

Mi corazón duele con desesperanza.

Él mira a mis ojos desde su estatura elevada y no puedo leerlo. Tanta conflictividad. Mucho pesar, ira y emociones que no estoy segura de que alguna vez quiera conocer.

Hay una bestia que vive dentro de este hombre que he visto, pero nunca quiero conocer de nuevo.

No cara a cara como otros se encontraron. Siento en lo más profundo que sostiene esa bestia reprimiendo por mi bien. Porque no quiere hacerme daño. Pero también siento que es solo cuestión de tiempo antes de que controle el hombre que conozco y amo. Y cada vez que me mira, son centímetros mucho más cerca de sucumbir a la bestia y dejar que tome el control.

Siento que sé, porque es lo que mi corazón me dice, que un día voy a morir en sus manos.

Doy un paso hacia él y suavizo mis ojos al extender mi mano y toco un lado de su rostro. Sonríó cálidamente y me subo de puntillas, ubicando mis labios contra los suyos.

Me mira profundamente a los ojos cuando me alejo, y aun así, hay tantas cosas que pasan dentro de él que no puedo leer nada.



CAPÍTULO 6

Fredrik

Traducido por Jenn Cassie Grey
Corregido por ზჷ3Khaleesiჷ3

Si Dorian Flynn no fuera parte de nuestra nueva Orden, y mi compañero de asignación, habría sido uno de los que asesinaría esta noche. Odiaba a este tipo. Debería matarlo de cualquier manera.

—¿De qué carajos está hablando está perra? —pregunta Dorian, mirando una revista con algunas parejas famosas posando con un bebé enfrente. Le da un golpecito en el centro con su dedo medio, haciendo un sonido de chasquido y entonces tira la revista a la mesa que está en medio de nosotros—. ¿Nunca lees esta mierda?

—No —respondo simple, desinteresado, y traigo la taza de café a mis labios.

Continúo mirando por la alta ventana de vidrio hacia la tienda de café por alguna señal de mi siguiente interrogación. Un bajo y calvo hombre con un deseo de muerte vencido.

—Bueno, deberías —dice, mirando a la revista nuevamente —Esto es lo que la sociedad se ha vuelto. Un sobrepoblado rebaño de charlatanes, celebridades sin talento que son pagados para acariciar el escroto de América con puro drama de mierda. —Sacude su cabeza y presiona su espalda contra su silla—. Sé que podría hacer una jodidamente buena matanza dejando a estos hijos de puta fuera. Diablos, creo que incluso Faust estaría agradecido por ello.



Realmente no me interesa lo que Dorian estaba diciendo, pero sé que si no le respondo con algo pronto, lo notará y probablemente nunca se calle.

—Esas personas, tan imbéciles como puedas ser —digo mirando a través de la mesa cuadrada hacia él—. No son blancos. Al menos no aún.

Dorian se encoje de hombros, y se estira para tomar la revisa con dos de sus dedos.

—Bueno para que quede claro, quiero al primero que lo sea.

Asiento y regreso mi mirada fuera de la ventana.

—Se lo haré saber a Victor —y entonces añado con una sonrisa—: A mí me parece que están acariciando tu escroto bastante bien. El hecho de que te preocupes por cualquier cosa de eso lo prueba.

Dorian sonrío. Se cruza de brazos, cubiertos por una chaqueta café de cuero sobre su pecho. Tiene el cabello rubio oscuro corto, limpiamente cortado en picos en el frente y en la parte superior. No es tan alto como yo con mi 1.90 estaría alrededor de 1.82, con brillantes ojos azules que usualmente están cubiertos con lentes oscuros. Ha estado matando gente por ocho años ahora (me lo dijo la primera vez que nos conocimos, tan casualmente como si me hubiera dicho que ha estado trabajando para una inmobiliaria por ocho años) y lo admito, es bueno para sus veintiséis años. Pero como Niklas Fleischer el hermano de Victor Faust, Dorian es indisciplinado y a veces imprudente. Aunque, admito que parece que se esfuerza en ello.

Sacude su cabeza, sonriéndome.

—Me habría gustado coger a una de esas perras. Es cierto. Me tienes. —Alza sus manos, con las palmas por delante, y después las deja caer sobre la mesa—. Pero solamente para ver la mirada en su rostro, cuando la pateo fuera de mi cama cuando haya terminado con ella. Bajarla del pedestal un poco.

Dejo que mis cejas se alcen—. Oh, ya veo.

Él asiente.

—Sí, podría follar a una mujer como esa durante todo el día, pero al final del día, estoy buscando a una agradable, callada, respetable chica que traer a casa con mi gente, creo.

—¿Cree que tu gente estaba muerta? —Tomo otro trago de mi café.



Dorian se encoge de hombros y estira sus brazos detrás de él sobre su cabeza.

—Sí, lo están, pero entendiste.

—Seguro —digo, aunque aún quiero que ya se calle—. Pero de algún modo no te veo sentando cabeza.

El punto entre los ojos de Dorian se endurece mientras echa hacia atrás su mentón.

—No dije nada sobre sentar cabeza.

—Bueno, agradable, callada y respetable usualmente significa sentar cabeza —señalo.

Él echa su cabeza hacia atrás y ríe ligeramente.

—Tal vez en tu mundo —dice—. Entonces de nuevo, eres una clase de sádico y realmente dudo que una agradable, callada y respetable chica pudiera acercarse lo suficiente a ti para que lo descubras.

No, pero sucedía que tenía una en mi sótano. Lo acepto, tenía que mantenerla encadenada dentro de la habitación así ella no huiría o trataría de matarme, pero Cassia era la más respetable chica que he conocido. Y he conocido un montón de mujeres. Roto a un montón de mujeres.

Un hombre bajo, rechoncho usando un grueso abrigo hasta la cintura y sale de un sedán negro que acababa de entrar al aparcamiento. Sus luces delanteras están encendidas, radiando hacia nosotros, a través de la alta ventana, y el motor sigue encendido. Humo sale del escape en la parte trasera estimulado por el frío aire de diciembre. Montones de gruesa nieve cubren el aparcamiento donde una barredora de nieve hace su recorrido esta mañana, empujando montones de ella dentro del aparcamiento y fuera de la avenida.

—Es James Woodard —digo bajo, manteniendo mis ojos en él desde el retrovisor.

Dorian gira su cabeza para mirar cuando el objetivo deja el carro encendido y se dirige a su propio auto estacionado tres lugares más lejos.

Miro a mi Rolex—. La misma hora. Justo como la semana pasada.

—Es consistente —dice Dorian.



—Sí, afortunadamente para nosotros, ese es su primer error —replico.

Me puse de pie y quité mi abrigo negro de la parte trasera de la silla y deslicé mis brazos dentro. Subí el cierre hasta mi garganta. Dorian me sigue. Esperamos hasta que el auto que lo trajo está completamente fuera del aparcamiento antes de que salgamos al aire de invierno. James Woodard mira en nuestra dirección mientras nos dirigimos a mi carro al otro lado del estacionamiento pero ninguno de nosotros hace contacto visual. Woodard pasa de nosotros como cualquier otro cliente saliendo de la cafetería. No es un hombre inteligente y es una maravilla el por qué fue contratado por cualquier organización como la mía aun solo para hacer las tareas más simples.

Su estupidez es una de las razones por las que nos tenemos que deshacer de él. Eso, junto con su venta de información de nuestra nueva Orden a otra organización en el mercado negro. No es mucho y nada de eso es verdad. Victor había estado sospechando de Woodard desde que tomó la Orden de Woodard el mes pasado. Había estado alimentando a Woodard con información falsa sobre nosotros desde entonces. Solo para ver si la vendía. Y lo hizo. Dos veces. Lo que pasa es que el hombre en el sedán negro que lo dejó era el comprador y uno de nuestros chicos.

Pero donde *yo* entro a escena, es a interrogarlo para descubrir si ha estado vendiendo esa información a alguien más. Y para averiguar si alguien más está envuelto. Es una noche perfecta para torturar a un hombre. Y me quedan dos horas para regresar a mi casa con Woodard.

Le dije a Cassia cuatro horas, y siempre mantengo mis promesas.

Dorian y yo saltamos dentro de mi auto y el motor cobra vida. Woodard sale del aparcamiento primero, y sabía qué dirección tomará, espero treinta segundos antes de poner mi carro en reversa y me preparo para seguirlo.

—Que jodido idiota —dice Dorian riendo—. ¿Por cuánto tiempo dijo Victor que Woodard fue empleado por Norton?

—Dos años —respondo mientras salgo del aparcamiento y me dirijo al este.

—Mierda —Dorian ríe de nuevo—. Me sorprende que haya durado dos días.

—Sí, tengo que estar de acuerdo contigo sobre eso —mantengo mis ojos concentrados en el camino oscuro quedándome en el límite de velocidad y tratando de mantener el auto de Woodard en mi visión.



—No estás de acuerdo conmigo en mucho ¿verdad? —pregunta Dorian, mirándome brevemente.

No es que le importe, en realidad, pero no es tan arrogante como para, no *tratar* al menos de llevarse bien con los otros.

—No, de hecho sí concuerdo mucho contigo —admito—. Es solo que me toma algo de tiempo acostumbrarme a tus métodos de francotirador.

Está vez su risa llena el auto.

— ¿Hablas *en serio*? —pregunta con humor e incredulidad—. Eres jodidamente aterrador, hombre. Todo lo que hago es dispararles a personas. Tú estás a un solo paso de ser una completamente, hecho y derecho, asesino serial. Hablando de acostumbrarse.

Dijo que soy aterrador, pero dudo que esté totalmente asustado de mí, o si mucho o algo de eso importa. Es demasiado engreído e imprudente para estar asustado.

—¿Supongo que estarás fuera con este, entonces? —pregunto mientras mi cabeza cae a la derecha y le sonrío.

Dorian sonrío y asiente.

—Sí, hombre. Él es todo tuyo. Sin argumentos aquí.

Eso está bien, porque hay mucho más en la interrogación de esta noche de lo que conlleva una típica interrogación.

Mi audiencia se limitará a uno.

Seguimos a Woodard a una casa donde se ha estado quedando desde que Victor asesino a su jefe y tomó sus operaciones. Woodard también tiene una casa en Roland Park, en la que él piensa que nos hace creer que es donde pasa la mayoría del tiempo. La prueba más fuerte de que este hombre es un despreciable pedazo de mierda es porque tiene una esposa y dos hija que deja en la casa de Roland Park, desprotegidas y ajenas en lo que está envuelto y en cuanto peligro se encuentran mientras él se esconde en una casa rentada.

Pensé en matarlo esta noche como mi buena acción del mes, porque su esposa e hijas probablemente vivirían más si estaba muerto.



Después de Woodard se detiene en la entrada y apaga el motor se encierra a sí mismo en la casa. Dorian y yo nos estacionamos en la calle cubiertos por las sombras de unos gruesos árboles.

Una luz brilla desde la ventana en el piso de abajo. Camino hasta la puerta frontal mientras Dorian vigila los alrededores. Escucho sus botas crujendo en la nieve mientras rodea la esquina. Después de unos cuantos minutos dándole a Dorian el tiempo para posicionarse en la puerta trasera y colarse a través de las ventanas, alzo mis nudillos a la puerta roja y toco tres veces.

La cortina que cubre una alta, delgada ventana de vidrio que cubre toda la longitud del marco de la puerta, se mueve mientras Woodard trata de tener un vistazo de mí. La luz del porche se enciende y sonrío mirando justo a la mirilla en la puerta, sabiendo que él estaba mirándome a través de él.

Aun con una sonrisa en mi rostro, alzo dos dedos y saludo.

—¿Quién diablos eres tú? —pregunta nerviosamente, su voz amortiguada por el espeso bloque de madera entre nosotros.

Él sabe quién soy, o al menos sabe porque estoy aquí. No hay forma de que el abra esa puerta por su voluntad.

—Abre la puerta, James —llamo con voz cantarina—. Tenemos algo que discutir.

—¡Ve... vete! —su voz está temblando—. ¡No te conozco y...! Ila... ¡llamaré a la policía si no sales de mi propiedad! —dice esto con una repentina ráfaga de confianza como si realmente creyera que la policía sería capaz de ayudarlo.

Pero demasiado pronto la confianza cae cuando no me muevo de mi lugar frente a la puerta y la sonrisa en mi cara no pierde su potencia. Me paro con mis manos entrelazadas frente a mí.

De pronto, escucho un rítmico pitido, mientras pienso que Woodard está apretando los números en el teclado de la alarma al lado de la puerta frontal.

PUERTA TRASERA ABIERTA, escucho una voz robótica diciendo cuando trata de programar la alarma.

Entonces escucho una pelea dentro, un fuerte *bang* contra la puerta y algo similar a vidrio quebrándose contra el suelo adentro.



— ¡No! Por favor Yo... yo... ¡por favor! —Woodard grita con voz asfixiada mientras, algo, el brazo de Dorian tal vez, está presionando alrededor de su garganta.

—Siéntate y cierra la jodida boca —escucho a Dorian decir, y me lo imagino ondeando esa pistola suya frente a la cara de Woodard.

Todo se queda callado y entonces la luz del porche se apaga, sumiéndome en la oscuridad nuevamente. Un segundo más tarde, escucho los seguros de la puerta frontal chasqueando y entonces se abre. Woodard ha sido atado en una silla de gran tamaño en la habitación frontal.

—Yo... yo no sé quiénes son ustedes o...

—Claro que sabes quienes somos —digo, pasando a un lado de un vaso roto y acercándome a él.

Jalo el banquillo lejos de sus piernas y tomo asiento directamente frente a él, descansando mis manos en mis muslos con los codos, mis manos colgando entre mis piernas.

Woodard está temblando, la barbilla tiritando en la tenue luz que proyectaba la lámpara que se encontraba en la mesa a su lado. Está usando una camisa color marino de manga larga y cuadros color canela con los tres primeros botones desabrochados y una camiseta de franela abajo. Huele a colonia barata y marcador permanente.

Alzando una mano regordeta, Woodard presiona la punta de su dedo en el centro de sus lentes y los empuja hacia atrás sobre el puente de su nariz.

—Mira, enserio, de verdad no sé porque estás aquí —dice de manera patética, sus ojos pequeños y oscuros ojos mirando entre mí y Dorian—. Ya no trabajo para Norton. Otra persona se hace cargo. Solo hago lo que me piden.

Sonrío y miro detrás de él a nada en particular. Aun no puedo llegar a sacar la imagen de él en mi silla, fuera de mi cabeza.

—Entonces realmente *sabes* porque estamos aquí —me burló, inclinando mi cabeza a un lado—. Créeme, mi amigo, será mejor que seas honesto de ahora en adelante.

Espero que no sea honesto. Lo quiero negando todo así puedo llegar a trabajar en él.

Woodard mira a Dorian.



—Dime quien eres —dice, más suplicando que demandando, y entonces regresa su mirada a mí. Ahí apareció comprensión en sus ojos—. Yo... yo te recuerdo. A los dos. U... ustedes estaban en la cafetería. Me siguieron desde ahí ¿no?

—¿Acaso eso importa? —pregunto e inclino mi cabeza al otro lado.

Me levanto del banquillo y aliso mi abrigo.

—Registra la casa —le dijo a Dorian—. Mandaré a un limpiador para que se encargue de todo en cuanto termines.

—Esperen... ¿qué están haciendo? —Woodard pregunta nerviosamente desde la silla.

Saco una jeringa del bolsillo de mi abrigo y quito la tapa protectora de la parte de la aguja.

—¡No... e... esperen un maldito minuto! ¡Ni... ni siquiera me han preguntado nada! ¡No me han dado una oportunidad para hablar!

No quiero que hables.

Las cejas de Dorian se alzan mientras me mira interrogadoramente.

—Veamos qué es lo que tiene que decir primero —dice Dorian, balanceando su pistola a Woodard quien sigue mirando al cañón aprensivamente, preocupado de que se dispare.

—Hay un momento de mierda con la que lidiar, Gustavsson. Si el tipo está dispuesto a hablar, estoy atento para escuchar.

—Sí... —concuerda Woodard, esperando que haga lo mismo, sus ojos moviéndose de un lado a otro entre nosotros.

De pronto, se ve como si hubiera sido abofeteado en la cara. Sus oscuros ojos se amplían y su respiración comienza a acelerarse.

Alza un tembloroso y rechoncho dedo hacia mí.

—¿Gustavsson? Tu... tú eres Fredrik Gustavsson... ¿a... al que llaman El Especialista?

Si gran cabeza comienza a sacudirse de un lado a otro, una y otra vez.



—No... te... te diré todo lo que quieras. Pero no tengo nada que ocultar. Si hubiera sabido para quien trabajabas...mierda, si hubiera sabido quien *eras*... te habría dejado entrar. Sin preguntas. Te habría hecho un jodido puré.

—No hay nada que decir —digo, aunque me estoy agarrando de un clavo ardiendo—. Sabemos que es lo que has estado vendiendo y a quien. No hay vuelta atrás. —Solo necesitaba cerrarle la jodida boca. Necesitaba interrogarlo y matarlo. Necesitaba que Cassia lo viera—. Levántate.

Woodard mira a Dorian por ayuda, mirándolo como si de los dos él fuera el que estuviera dispuesto a darle más tiempo. Afortunadamente para Woodard, a Dorian no le gusta el papeleo y esta gran casa llena de archivos que tendrá que examinar cuidadosamente cuando me vaya es la única cosa que ha mantenido a Woodard vivo en este momento. En otro caso, Dorian ya hubiera volado su cerebro contra esa espantosa cortina de tapicería detrás de él.

—Cinco minutos —sugiere Dorian—. Vamos, hombre, sabes que estoy a favor de tomarlos rápidamente, pero está listo para hablar.

Woodard asiente furiosamente, sus manos apretando ambos brazos de la silla, su doble barbilla moviéndose como gelatina.

Suspiro pesadamente y dejo caer mis manos a mis lados, la jeringa llena con una droga que habría puesto en Woodard para dormirlo lo suficiente como para llevarlo a mi casa calladamente cuelga de la punta de mis dedos.

—Tres minutos —digo.

—E... está bien... tres minutos —Woodard tartamudea—. No soy un traidor.

—Entonces, eres un mentiroso —dice Dorian a mi lado.

—No —Woodard sacude su cabeza—. Sí vendí información a Marion Callahan, el chico quien me dejó en el aparcamiento. Pero...

—Suenas como traición para mí —Dorian añade y alza su pistola, apuntando directo a Woodard.

Me estiro y coloco mi mano sobre el frío metal, bajándolo. La última cosa que necesito es que Dorian mate a mi víctima dejándome sin nadie a quien poner en mi silla. O, la pistola disparándose tan cerca de mi oreja me dejará sordo.

—El reloj está andando —le dijo a Woodard.



Alza sus manos momentáneamente y entonces las deja caer sobre sus piernas cubiertas por sus pantalones caquis.

—Quería probarle al nuevo jefe que soy un hombre de palabra —dice Woodard—, porque sabía que estaba en mi camino de salida el día en que Norton fue asesinado y ustedes chicos tomaron el control. Mírenme. No soy necesariamente considerado un activo a primera vista. Y no pude tener una reunión cara a cara con el nuevo jefe. —Suspira. Ya estoy comenzando a sentir una oleada de decepción barrer a través de mí—. Marion Callahan se acercó a las afueras de mi casa, donde mi esposa y mis hijas duermen por el amor de Cristo, y me dije que si podía obtener información de él sobre el nuevo jefe y sus operaciones, ellos me asegurarían a una posición más alta en su equipo. No... no como un asesino, por supuesto —sonríe aprensivamente—. Soy inservible en el campo. Nunca he matado a nadie en mi vida... bu... bueno una vez, pero eso fue un accidente.

—Dos minutos —le recuerdo.

Asiente y continúa.

—Me encontré con Callahan dos veces y le di dos dispositivos de almacenamiento. Información falsa. Nada en esos drivers era real. Nombres falsos. Falsas localizaciones. Diablos, incluso hice unos detalles de una misión que nunca pasó.

—¿Por qué harías eso? —pregunto.

Por mucho que necesito lidiar con Cassia, igualmente necesito lidiar con esto. Es mi trabajo, después de todo, y nunca podría permitirme darle a Victor Faust nada más que el cien por ciento de mi esfuerzo.

—Porque investigué a Callahan —dice Woodard—. Conozco todo acerca de computadoras e información. Tengo una puerta trasera para acceder al FBI, CIA, Interpol... mierda, puedo obtener información de cualquiera en *cualquier* base de datos. Pero Callahan, no estaba en ninguna base de datos. Nada. Tomé sus huellas dactilares de la credencial de trabajo que me dio. Las pasé contra todo por dos semanas. Nada.

—Bueno, eso no es completamente inusual —le señalo —Dada su profesión.

Woodard se para de la silla, demasiado exhorto en sus pensamientos que probablemente ni siquiera lo notó. Lo dejo. Dorian también lo hace, pero mantiene la pistola lista a su lado.



Woodard comienza a pasearse, deteniéndose cada pocos segundos para mirar hacia nosotros, haciendo gestos con sus manos intensamente mientras explica.

—Vamos —dice como si nosotros lo supiéramos mejor—, siempre hay *algún* registro, aun si está escondido en una aplicación de niñas exploradoras. *Nadie* es un fantasma. No como este tipo.

—Así que está usando un nombre falso y sus huellas nunca han sido registradas —dice Dorian, comenzando a impacientarse como yo lo estaba hacia un momento atrás—. Y qué carajo. Eso no prueba nada más que es bueno si no hay ningún registro de él.

Woodard sonrío escalofriantemente—. No si es un Jefe.

Eso capta nuestra atención.

Dorian y yo nos miramos el uno al otro sospechosamente.

—¿Tienes alguna prueba? —pregunto.

—No —dice Woodard—. Pero pesando sobre ello, los únicos en lo alto de la cadena alimenticia son los más protegidos. No tienen ataduras con nadie más que sus manos derechas y sus cuidadores de bóveda. No confían en nadie y matan a la primera señal de traición o sospecha. Es por eso que los jefes son más difíciles de encontrar. —Woodard me señala, aun sonriendo oscuramente—. ¿Alguna vez has *visto* a Vonnegut? —pregunta y me sorprende que sepa algo sobre mi jefe formal o que sepa incluso que él es mi jefe.

—No —respondo—. No cara a cara.

Una sonrisa se esparce a través de los pesadamente agrietados labios de Woodard.

—¿Si quiera sabes su primer nombre?

No respondo, pero me imagino que la confusa mirada en mi rostro lo hace por mí.

—Eso es lo que pensaba —dice Woodard.

Se está sintiendo mucho más confiado ahora sobre esta completa situación. Yo, en la otra mano, he sobrepasado el sentimiento de ansiedad sobre regresar con Cassia a tiempo y ahora esto más concentrado en las cosas que Woodard nos está diciendo.



Dorian empuja el cañón de su arma al pecho de Woodard y lo fuerza a regresar a la silla.

—¿Qué carajos estás tratando de decir? —demanda Dorian—. Marion Callahan ha estado reportando tu rechoncho trasero a lo alto de la cadena de mando. Nuestro jefe sabe lo que hiciste. Si Callahan fuera el líder de otra organización, ¿Por qué se metería contigo? ¿Por qué no solamente iría al origen y asesina a nuestro jefe si es un fantasma?

—Porque Callahan no puede llegar a nuestro jefe —digo, empujando a Dorian por el hombro para moverlo lejos de Woodard—. Está tratando de llegar de la forma vieja, *alzándose* en la cadena de mando, ganándose la confianza pretendiendo eliminar a los traidores.

—Bien, ¿pero desde cuando los jefes salen al campo y se ensucian las manos así? —Dorian saca un buen punto—. ¿Para qué arriesgarse saliendo así? ¿Por qué no solamente mandan a uno de sus hombres a hacerlo?

—Porque el mejor lugar para esconderse es a plena vista —digo—. Y si eso fuera lo que yo quisiera, asesinar a otro líder, probablemente lo haría por mí mismo también.

Woodard asiente hacia mí como si me estuviera diciendo que él no podría haberlo dicho mejor.

Incluso Victor Faust es culpable de esto, queriendo ser aquel que derribe a los líderes. Es como otra insignia es su camisa, un trofeo, y completamente entendible. Cuando Victor me mandó a Francia para obtener la llave de la caja en Nueva York de François Moreau, no me mandó ahí para asesinar a su líder, Sébastien Fournier. Insistió que él tenía que ser quien derribara a Fournier.

—Hay una cosa que probar antes que nada de que lo que has dicho pueda ser tomado en consideración —Me siento en el banquillo frente a Woodard de nuevo, asegurándome que tenga una buena vista de la aguja colgando de mis dedos en medio de mis rodillas—. La información en esos drivers que le vendiste a Marion Callahan.

La barbilla de Woodard tiembla nuevamente mientras asiente rápidamente.

—Pueden ser verificadas —dice colocando sus manos en señal de rendición—. Lo juro.

Miro a Dorian aun parado a mi izquierda.



—Parece como que te quedarás haciendo de niñera esta noche —digo y se ve instantáneamente dispuesto a argumentar—. Me pondré en contacto con nuestro jefe antes de irme y le diré todo lo que se ha dicho aquí esta noche.

—Joder hombre, no puedes estar hablando en serio —argumenta Dorian, cambiando su arma a su otra mano—. No me puedo jodidamente quedar aquí. Huele como pastillas para la tos y... —arruga completamente su nariz—, ... queso.

Me levanto del banquillo y busco en mi bolsillo por la tapa de la jeringa, deslizándola nuevamente sobre la aguja.

—Si su historia no concuerda —digo mientras comienzo a caminar hacia Dorian—, entonces puedes dispararle —añado con mi mano en su hombro.

A pesar de saber que nunca escucharé el final de esto por Dorian más tarde, lo dejo ahí con James Woodard y me preparo para hacer lo que tengo que hacer. Primero, llamo a Victor y le digo todo sobre nuestra visita con Woodard. El me instruye a esperar hasta que reciba instrucciones sobre qué hacer después, lo que por suerte me deja libre para hacer cualquier otra cosa por el resto de la noche.

Ahora puedo enfocarme en Cassia.

Mis dientes están al borde, mi garganta está seca, mi cabeza está girando con escenarios, todos ellos comienzan con una brutal interrogación y terminan con Cassia recordando más de su pasado y más sobre Seraphina. Pero he esperado demasiado para esto. No tengo a nadie para llevar e interrogarlo.

Sintiéndome derrotado y molesto sobre lo mal que ha ido esta noche, golpeo mis dos manos contra el volante. La parte trasera de mi cuello está sudando. He estado apretando mis dientes tan fuerte que mi mandíbula duele.

Justo cuando creo que está terminado y que tendré que esperar otra semana o dos antes de tener otro trabajo de interrogación, acepto en mi mente que regresando a mis antiguos caminos es todo lo que me queda.

Y así hago una aguda vuelta en U en la separación del camino y me dirijo al este a encontrar a un hombre al que he tenido en lo alto de mi lista muchas veces como esta, cuando no tengo otra opción.



CAPÍTULO 7

Cassia

Traducido por Jadasa Youngblood

Corregido por ㄱㄹKhaleesiㄱㄹ

Los gritos del hombre llenan mis oídos con terror, como manos estirándose hacia mí para sacarme de un infierno y quema muy acaloradamente para yo poder sacarlas. Todo lo que puedo hacer es cubrir mis oídos con las palmas de mis manos y esperar ensordeceros. No quiero mirar, pero mi subconsciente le obliga a mis ojos abrirse cada pocos segundos como si una parte de mí no puede resistirse. Me siento en el suelo, acurrucada en posición fetal con mi espalda contra la pared. Mi rincón favorito. El más alejado de la enorme pantalla de televisión protegida detrás de una gruesa pieza de plexiglás. La televisión transmitía en vivo desde el otro lado del sótano, el lado que había estado cerrado por un muro de ladrillo, y una sola puerta de madera tan fina que realmente no necesito aumentar el volumen del televisor para escuchar los sonidos procedentes de la otra habitación.

—Por favor... por favor... no puedo... no puedo aguantar más —dice el hombre desde la silla de mal agüero que a menudo atormentaba mis sueños—. ¡Te he dicho todo! ¡No puedo decirte lo que no sé! —Escupió sangre desde los labios hinchados y reventados del hombre. Fredrik lo golpea antes de empezar a sacarle sus dientes.



¿Por qué Fredrik lo *golpea*? Nunca recurre a eso.

Estoy aterrada.

¿Lo he enfurecido?

Trago lo que queda de la saliva en mi boca y cierro mis ojos mientras las lágrimas se filtran entre mis párpados y bajando por mis mejillas reseca. Mis brazos están envueltos alrededor de mis rodillas dobladas, presionadas fuertemente contra mi pecho. Estoy temblando por todas partes. Cada pulgada de mí se estremece tan terriblemente que siento como si fuera a desmoronarme. Me balanceo hacia adelante y hacia atrás, llorando.

Y entonces comienzo a cantar. No conozco esta canción, pero se siente tan familiar. Conozco las palabras, pero aún no estoy segura de *cómo* las conozco.

Con mis manos presionando contra mis oídos, canto más fuerte mientras los gritos del hombre aumentaban.

Canto más fuerte...



Fredrik

Me detengo abruptamente, las pinzas sangrientas suspendidas en mi mano justo por encima de la cabeza de Dante Furlong, traficante de heroína del West Side. Incluso el hedor de su sangre, no es como la sangre normal que huele a metal y penetrante. ¿Es posible oler la maldad en alguien como un perro podría oler un tumor?

Me pregunto si *mi* sangre huele tan repugnante como la suya.

Sus ojos muy abiertos levantan su mirada hacia mí, en parte petrificados, en parte, preguntando. Sabe que la hermosa voz me detuvo, es lo que lo salvó de más sufrimiento. Pero, se pregunta por cuánto tiempo. Es lo que *yo* me preguntaría si fuera quién se encontraba en la silla.

—¿Q... Qué es eso? —pregunta con un balbuceo, incapaz de acomodar su lengua correctamente en su boca ahora que le faltan sus dientes delanteros—. ¿De dónde está viniendo?

Sus dedos largos y sucios agarran los extremos de los brazos de la silla, todavía intentando liberar sus manos de las restricciones de cuero apretadas alrededor de sus muñecas. Pero en este punto, dudo que ya se dé cuenta de que lo está haciendo. Se ha convertido en un instinto, una manera de amortiguar el dolor, y su cuerpo todavía no quiere dejarlo ir.

Miro por delante donde la cámara de vídeo está oculta en la pared, sabiendo que Cassia está mirando detrás de mí a través de la pantalla plana en su habitación justo al otro lado del ladrillo.



De repente deja de cantar *Where the Boys Are* por Connie Francis. Justo cuando estaba comenzando a perderse en su voz, se detiene y le obliga a mi mente a regresar al momento.

Es para mejor.

Regreso a trabajar.

—¡Joder! ¡No! ¡Por favor! Loco hijo de pu... —el resto de las palabras de Dante salen en sonidos incoherentes y sofocados.

Retuerzo las pinzas de un lado para el otro al sonido de huesos crujiendo en mis oídos. El diente sale y lo dejo caer en la bandeja de plata junto a mí con los otros seis.

Dante se ahoga en la sangre drenándose en la parte de atrás de su garganta. Su cuerpo se sacude violentamente como un pez cayendo en la orilla a pocas pulgadas del agua. Sus pálidos ojos azules pequeños y brillantes se abren y cierran por el cansancio y el dolor. Pero aún no ha sentido dolor. Luego le sacaré sus uñas.

—¡Yo... dejaré de vender! —Escupió—. ¡Lo juro, maldita sea! No venderé más. — Sus palabras mal pronunciadas comienzan a rodar entre sollozos. Su cabello negro y rizado, cubierto de suciedad y aceite, brilla bajo el reflector brillante sujeto sobre un soporte intravenoso en la parte de atrás de la silla.

Me cierno sobre Dante y lo miro a los ojos.

—Eres un mentiroso —digo con una voz tranquila y oscura—. Eres un jodido mentiroso. Una mancha de mierda en un par de ropa interior. Los hombres como tú nunca se detienen. Rogarás y suplicarás frente al dolor, pero al segundo en que te deje salir de aquí, estarás vendiendo heroína a niños en casas abandonadas.

—¿N... niños? ¡Hombre, yo... yo no les vendo a niños!



Agarro su sangre y escupo, cubriendo su mentón vigorosamente con mi mano cubierta por el guante de látex, aun girándolo, cavando mis dedos en las mejillas sin afeitar.

—¿A cuántos niños les has dado drogas por una mamada? ¿Eh? —Aprieto su rostro más fuerte.

—¿D... D... De qué mierda estás ha... hablando, hombre?!

—¿CUÁNTOS?!

Aprieto mis dedos en sus mejillas, tan profundamente que puedo sentir el contorno de su mandíbula inferior. Lucha en mi agarre, su cabeza asegurada a la silla por una correa de cuero como las de sus muñecas, tobillos y torso, lucha para moverse de lado a lado. Pero lo sostengo inmóvil.

—¿CUÁNTOS ?! —miro fijamente su cara aterrorizada.

Trata de hablar y aflojo mi agarre sobre su mandíbula lo suficiente para dejarlo hablar.

—¡Yo... yo... yo no lo sé! A pocos. ¡No lo sé! ¡Pero no eran niños! ¡Adolescentes, quizás! ¡Pero no n... niños! ¡Lo juro por mi vida que nunca voy a vender de nuevo! ¡N... no venderé de nuevo!

Sin pestañear, entierro las pinzas dentro de su boca y trabajo en el siguiente diente. Su cuerpo se pone rígido en la silla, sus dedos sucios curvados sobre sí mismos, sus muslos cubiertos por pantalones vaqueros azules desteñidos endurecidos como bloques de cemento. Sus ojos giran cerrándose tan fuerte que un centenar de grietas profundas se forman alrededor de las esquinas de ellos.

Cassia comienza a cantar de nuevo a Connie Francis.

Trato desesperadamente de ignorarla, estiro más fuerte los dientes de Dante. Uno por uno, los arranco sin piedad como si en más agresivo me convierto más de su



voz seré capaz de bloquear. Nunca sentí este sentimiento, este enojo. Me enorgullezco de mí mismo de mantener plena compostura en la cara de mis víctimas, sin permitirles ver que algo está molestándome. Pero Dante debe saberlo. Tiene que saberlo probablemente solo por la mirada en mis ojos mientras estoy de pie sobre él, que ella está llegando a mí.

Ahogo mis lágrimas.

Doy un paso lejos de él, las pinzas cayendo de mis dedos sobre el hormigón al lado de mis zapatos. Mi respiración es pesada, profunda. Las lágrimas están quemando atrás de mis ojos.

¿Por qué me está haciendo esto a mí? ¿Cómo pude haberla dejado hacerme esto a mí?

Levanto mi brazo hacia arriba y limpio mis lágrimas de mi cara con el dorso de la manga de mi camisa. Manchas pequeñas de sangre manchan la tela blanca cuando la alejo.

¡Nunca soy así de descuidado!

El canto se detiene cuando se detiene el dolor de Dante. Ahora es un patrón, me doy cuenta. Estaba cantando para bloquear sus gritos.

La lastimo.

Y me odio a mí mismo por ello.

Pero lo que es peor, me odio a mí mismo por importarme una mierda.

Resueno los guantes de látex sacándolos de mis manos, teniendo cuidado de no agarrar nada de la sangre en mis dedos, y los dejo caer sobre el suelo por las pinzas. Y entonces irrumpo por la puerta en el costado del sótano para encontrarla en un rincón sentada sobre el suelo, llorando en las palmas de sus manos.



CAPÍTULO 8

Fredrik

Traducción SOS por Otravaga, magdys83 y Jadasa Youngblood
Corregido por ღᄃKhaleesiღᄃ

Camino por delante de ella y me dirijo al baño no muy lejos de su cama. Es una habitación limpia y agradable al igual que el resto del lado de Cassia del sótano. Con paredes color marfil, una lujosa encimera de mármol y suelos de baldosas de mármol. Greta la mantiene limpia para ella. Todos los días viene aquí, limpia el inodoro y lava el lavabo y la ducha. Repone los artículos de higiene personal de Cassia y se asegura de que ella tenga toallas limpias. Todo en el espacio de Cassia está impecable.

Eso es hasta que apoyo las manos sobre el borde de la encimera y dejo manchas de sangre sobre el mármol blanco. No sé cómo me las arreglé para tener sangre en mis manos después de ser tan cuidadoso.

¡No puedo pensar con claridad!

Abro la perilla de bronce del grifo y el agua chorrea en mis manos. Usando más jabón de la botella surtidora del necesario, las friego duro y con fuerza como un cirujano frota sus manos antes de realizar una cirugía. Quiero que estén limpias, pero en su mayoría lo estoy haciendo por distracción. No quiero hacerle frente a ella. No quiero ver a Cassia llorando.



Pero el canto... ella nunca antes había hecho eso. Tiene que haber recordado algo, y tanto como necesito saber lo que es, todavía no quiero enfrentarla.

Con el agua todavía saliendo a chorros apoyo mis manos en el borde de la encimera de nuevo, suspiro pesadamente y dejo caer mi cabeza en el medio de mis hombros.

Contrólate, Fredrik, pienso para mí mismo. Contrólate. Todo esto se trata de Seraphina. Recuerda eso.

Nunca quise llegar tan lejos.

Cuando me llevé a Cassia del refugio la noche del incendio, ella se negaba a ser trasladada al hospital, nunca ni mi imaginación más salvaje pensé que lo que pasó, *podría pasar*.

Y aquí estoy hoy, casi un año después, y no sólo no he encontrado a Seraphina, sino que he desarrollado sentimientos de remordimiento y simpatía por la mismísima mujer que necesito que me ayude a sacar a Seraphina de su escondite.

No puedo hacer esto.

Nunca me he sentido tan en conflicto respecto a nada en mi vida antes de esto. He arruinado a esta mujer, Cassia, esta mujer dulce e inocente y casi infantil que no mataría a una araña ni aunque se arrastrara por su pierna. Todo en aras de encontrar a mi amada Seraphina. He estado usando a esta pobre chica para sacar a Seraphina como se saca el veneno de una mordedura de serpiente. Y me odio por ello.

Pero es la única manera.

Cassia es la única manera.

Al abrir los ojos, veo que estoy aferrando la encimera hasta tener los nudillos blancos, todos mis dedos asiéndose con fuerza contra ella.

Levanto mis ojos al pequeño espejo ovalado delante de mí.

Diminutas manchas de sangre están esparcidas sobre mi rostro sin afeitarse. Asqueado, lleno mis manos con agua y me salpico, dos, tres, cuatro veces antes de que esté satisfecho. Alcanzo la toalla de mano, la halo de la barra de colgar en la pared y me seco. Hay sangre en mi camisa, me doy cuenta, y me la quito rápidamente.

¿Cómo pude haber sido tan descuidado?



Cuando finalmente cierro el grifo, puedo escuchar nuevamente a Cassia llorando sin el agua para amortiguarlo. Y eso arde a través de mí.

Maldita sea, nunca serví para esto. No *esto*. Sentir dolor y pena por alguien, *por cualquiera*, y dejar que eso me controle. Con Seraphina, nunca tuve que *sentirlo*. No de esta manera. Tan condenadamente desagradable. Éramos parecidos, ella y yo, como dos almas dañadas cortadas de la misma tela sádica. *Prosperábamos* en el dolor. Nos apasionaba eso. Ya fuera nuestro propio dolor, o el dolor de alguien dispuesto a dejarnos disfrutar del suyo.

—¿Qué hago? —me pregunto en voz alta, mirando el espejo—. ¿Combatirlo como lo he hecho el último año? O, ¿sucumbir a ello?

Niego con la cabeza. *No. No.* Y halo mi puño hacia atrás y lo estrello en el espejo. Fragmentos se agrietan y caen en el lavabo, rompiéndose en pedazos todavía más pequeños, pero dejando mi piel intacta. Y cuando miro de nuevo en el espejo, todo lo que veo son piezas de mí que faltan. No del cristal, sino de mí mismo.

Nunca he estado entero, no desde el día en que nací de una madre que me dejó envuelto en una camisa al lado de un baño público.

Salgo del baño y miro primero la pantalla de televisión montada detrás del plexiglás. Dante sigue forcejeando en la silla. Parece más alerta ahora que no estoy ahí con él. Está explorando la oscura, fría y húmeda habitación, la única parte de esta vieja casa que nunca he restaurado, en busca de una salida, o algo para usar con lo que puede liberarse. No tiene idea de que estoy observando. Pero no va a ninguna parte. Ni Houdini podría salir de esas restricciones.

—Por favor, Fredrik, por favor apágalo —dice Cassia con un gemido.

No vacilo, a pesar de que algo en el fondo de mi mente, la parte oscura y malévola de mí, me dice que lo deje así. Que ella tiene que verlo, oírlo, oler su sangre acre por las rendijas de la puerta de madera que separa las habitaciones.

Me acerco al televisor y tomo el control remoto desde un estante en la pared al lado de éste, presionando mi dedo sobre el botón de encendido. Cassia enrolla sus frágiles dedos a través de la parte superior de su cabello, con el rostro enterrado detrás de sus rodillas.

—Lo siento —digo de pie sobre ella—. Yo...



—¡Éjenme alir 'e aquí! ¡Aguien 'e me aiu'e! —grita Dante con confusas palabras entrecortadas.

Mirando hacia abajo a Cassia, veo que sus dedos comienzan a apretarse en su cabello como si estuviera tratando de arrancarlo, infligiéndose dolor a sí misma para bloquear los gritos de Dante.

—¡Joder! —Marcho de nuevo al otro lado de la habitación hacia la puerta de madera y la abro de golpe, estrellándola contra la pared.

El blanco de los ojos de Dante se vuelve absoluto debajo del reflector. Sangre, más negra que roja, cubre su rostro, corriéndole por la barbilla y empapando su camiseta. Su rostro se está hinchando; sus labios rojos y púrpura e inflados.

—Cállate —chasqueo.

—¡'E lo uplico! ¡O me la'time' má'! "

Una de las tres jeringas listas y esperando en la gran bandeja plateada detrás de la silla está en mis dedos en segundos. Sujetándola a la luz, empujo suavemente el émbolo plateado, liberando parte de la heroína desde la punta de la aguja.

—¿Q-qué a' haien'o? —Su cabeza se esfuerza por verme detrás de él; el miedo a lo desconocido saturando cada sílaba.

—Dije. Que. Te. *Calles*. —Empujo las palabras a través de mis dientes.

Después de comprobar rápidamente la colocación y la tensión del delgado torniquete azul envuelto alrededor de su brazo, clavo la aguja en su vena y bombeo el contenido en él.

Fregándome las manos de nuevo en el baño de Cassia, me encuentro yendo a la deriva en una profunda reflexión mientras miro fijamente el espejo roto. Dante ya no está gritando, pero Cassia sigue llorando, aunque no tan fuerte como antes. Pero su llanto, sin importar cuan fuerte o suave sea, hace que me duela de la misma forma.

—Déjame ver tu rostro —le digo a Cassia suavemente, agachándome a su lado en el suelo.

Extiendo la mano y encajo mis dedos por debajo de su barbilla, levantando cuidadosamente su rostro de los confines de sus piernas.

—No voy a hacerte daño —digo—. Lo sabes. Ya deberías saberlo.



Ella sacude su cabeza rubia mientras sus suaves ojos marrones miran a los míos azules.

—Me has hecho daño antes —dice ella, con las lágrimas tensando su voz—. Me pusiste en esa silla la primera vez que me trajiste aquí. ¿Quién dice que no lo harás de nuevo?

—Yo digo no lo haré de nuevo.

Me siento completamente en el suelo delante de ella, mis rodillas dobladas, los brazos descansando sobre ellas por las muñecas.

—Nunca te haré daño —digo, aunque le he dicho esto muchas veces desde aquella noche—. Las cosas eran diferentes entonces. Creía que tú... —me detengo. Tengo que tener cuidado con la forma en que hablo con ella y con las cosas que digo—. Cassia, creía que sabías más de lo que me estabas diciendo. Pero ahora sé la verdad.

Mi corazón se derrite por completo cuando ella se desplaza a través de la corta distancia y se mueve para sentarse entre mis piernas. Mi cuerpo instintivamente le permite entrar, ajustándose al suyo mientras mis brazos desnudos se envuelven alrededor de su pequeña silueta. Sus dedos largos y delicados se enroscan sobre mi bíceps y ella presiona su cabeza en el hueco cálido donde se encuentran mis hombros y los músculos del pecho. Mis ojos se cierran suavemente y un pequeño jadeo sale de mis labios entreabiertos mientras siento su cuerpo contra el mío. Acuno su cabeza en mi mano grande y disfruto de la suavidad de su cabello empujando entre mis dedos y rozando mi pecho como una manta de seda. Mi corazón aletea dentro de mí, el primer signo de una traición inevitable, aquella en la que me convierto en un hombre que desprecio. Un hombre que es débil e indefenso a merced de las emociones que hace mucho tiempo aprendí a rechazar.

Desearía que Seraphina me hubiese dejado quemarme en ese maldito incendio hace seis años.

—Estabas cantando —susurro en su cabello—. Connie Francis. ¿Por qué estabas cantando, Cassia?

Ella niega con la cabeza.

—No lo sé. Lo siento.

Mis brazos se tensan suavemente a su alrededor.

—Está bien—digo en voz baja.



Después de una pausa, pregunto con cuidado—: ¿Recuerdas algo?

Cassia levanta su cabeza de mi brazo y se gira en un ángulo para ver en mis ojos.

—Fredrik—dice tan suavemente como yo había hablado—. ¿Puedo hablarte con libertad? ¿Puedo decirte lo que sea que estoy sintiendo?

Confundido, e incluso preocupado por su pregunta, en un principio no estoy seguro de querer dejarla.

—Si —digo, en contra de mi mejor juicio.

Cassia se voltea completamente entre mis piernas así que estamos sentados cara a cara, su vestido blanco debajo de sus rodillas flexionadas, sus manos descansando en la parte superior de sus pies delicados. No sé cómo mis manos encontraron su camino a cada lado de su cuello, con mis dedos extendiéndose cuidadosamente para tocar el borde de su mandíbula, pero ahí están, como dos traidores dirigiéndose por su cuenta, independientes y desafiantes del resto de mí. No discuto con ellas.

Sus ojos se suavizan y también lo hace mi corazón oscuro.

Siento que quiero besarla. Pero no lo hago. No puedo. Eso sólo me hace querer hacerle otras cosas y he recorrido ese camino antes con Cassia.

Es un camino muy peligroso.

—¿Qué pasa? —la aliento, rozando mis dedos contra su mandíbula.

Ella se levanta y con cuidado engancha sus manos sobre mis muñecas, mirándome a mis ojos.

—Las cosas que les haces a esos hombres —dice con palabras amables y comprensivas—. Quiero saber por qué, porque mi corazón me dice que tu oscuridad nació de la oscuridad. No es sólo un trabajo como me has dicho antes. Es más que eso, Fredrik.

Mis manos descienden de su cuello y caen encima de mis rodillas dobladas de nuevo, colgando en las muñecas. Niego con mi cabeza. En los once meses y diecinueve días que la he mantenido aquí, ella nunca hizo esta pregunta, nunca husmeó en mi vida antes de Seraphina. Su curiosidad siempre ha sido, comprensiblemente, sólo sobre Seraphina, la misma razón por la que Cassia está aquí. Supongo que nunca pensé eso después de pasar tanto tiempo con alguien que, eventualmente, empezó a ver a través de todas las cosas que piensas que estás escondiendo tan bien de ellos.



Cassia se empuja más cerca cuando pensaba que ella no podía *estar* más cerca y me insta a mirarla. Su mano derecha se mueve hacia mi cara para consolarme, pero la detengo, sosteniéndola por la muñeca y empujándola de nuevo hacia abajo.

—El único de nosotros que debería estar hablando de nuestro pasado, eres tú— le digo.

Sus ojos como cierva cayeron bajo un velo de decepción.

Pero ella no se va a rendir tan fácilmente.

—Tú me has preguntado tanto sobre mí, Fredrik —dice con tanta amabilidad—, pero cuando yo te pregunto algo, tú me apartas. Sólo quiero saber *una* cosa. Ya no me importa Seraphina, o la historia que tienes con ella. Ni siquiera me importa qué tengo *yo* que ver con ella—. Su mano suave termina tocando el lado de mi rostro de todas formas, y no estoy seguro cómo se deslizó más allá de mi barrera—. Todo lo que me importa más eres tú, Fredrik. —Mira profundamente en mis ojos y atrapa mi mirada, su rostro lleno de angustia y anhelo—. ¿Cuáles son tus demonios que estás tratando tanto de matar?

Empujo su mano más violentamente esta vez.

—¿Recuerdas algo? —pregunto, ignorando completamente su pregunta.

—Detente —dice con más intensidad de la que esperaba—. Tú me vas a dar esto. Antes de que me dejes sola aquí otra noche, *vas* a decirme.

La desesperación en sus ojos me perfora. Aparto la mirada, sólo para ver directamente hacia ella.

—*Por favor...* —dice.

Un bulto se mueve debajo de mi garganta y se instala en algún lugar de mi pecho. Todos mis diez dedos se lanzan a través de mi cabello oscuro y desordenado y dejo salir un suspiro miserable de derrota.

Nunca hablo de mi pasado con nadie. Jamás. Trato de no pensar en ello, pero algunos días es tan inútil como tratar de no respirar. No fue sino hasta que conocí a Seraphina hace ocho años que aprendí a controlarlo, que me convertí en un hombre muy diferente de aquel que cazaba las manchas de mierda como Dante Furlong, los torturaba y asesinaba todas las noches, sin sentir nunca la satisfacción que ansiaba sentir con cada muerte. Yo era como un drogadicto, siempre en busca de una solución



pero nunca realmente satisfecho para detenerse. Nunca satisfecho en absoluto, porque sólo quería hacerlo más y más.

Seraphina me ayudó a controlar esos impulsos infinitos. Ella me mostró cómo liberar la oscuridad dentro de mí con métodos más silenciosos y más limpios para no dejar un rastro de cuerpos y evidencia detrás. Pero el mayor impacto que Seraphina tuvo en mi vida era que me hacía sentir como si *tuviera* una. Porque antes de ella, yo sólo era una mota de polvo flotando en el olvido. No conocía el significado de felicidad, o entendía la emoción del placer o el hambre de la excitación. Sólo era la cáscara de un hombre que conocía la oscuridad y muerte, que sólo sentía las emociones de ira, odio, rabia y venganza.

Pero Seraphina, ella era mi ángel oscuro, que entró en mi vida y me mostró que había mucho más que vivir de lo que nunca entendí. Desde que me dejó en ese campo la noche que incendió mi casa, he estado sucumbiendo poco a poco en mi vieja vida de nuevo, y tengo que encontrarla antes de que caiga demasiado lejos.

Si es que no lo he hecho ya.

Seraphina es la única persona a la que alguna vez le he contado sobre mi pasado. Si hago esto con Cassia, temo que podría abrir puertas que debo mantener cerradas, por el bien de ambos.

Pero... no se lo puedo negar.

Siento que se lo debo después de todo lo que le he hecho pasar. Y ya que no es nada sobre Seraphina, lo cual no puedo decirle a Cassia sin importar qué tan duro curioseé, decido conmigo mismo decirle lo que quiere saber.

Mirando en los ojos de Cassia, busco por un momento, cautivado por sus sentimientos extraños por mí, y preguntándome por poco tiempo por qué siquiera le importa. Y luego mi mirada se posa en la pared detrás de ella, en la esquina donde siempre está sentada cuando vengo aquí abajo.

Finalmente, un fragmento de recuerdo se derrama renuientemente de mis labios.



Hace veintitrés años...

El polvo se arremolinaba ante mi cuando la puerta pesada de la sala de audiencias chirrió al abrirse. Una luz gris opaca se filtró dentro de la habitación desde el pasillo en el piso de piedra. Lastima a mis ojos. Mis manos sucias se levantan mecánicamente para frotarlos sólo para empujar la mugre detrás de mis párpados. Hice una mueca de dolor y los cerré fuerte mientras las lágrimas, provocadas sólo por la irritación, se derramaron calurosamente desde las esquinas.

Botas golpeteaban contra las piedras. Las botas de Olaf. Conocía el sonido de las suyas así como conocía las de todos los hombres que operaban este lugar. Se convirtió en obligatorio saber, como cualquier otra parte de mis alrededores en todo momento. El hedor del olor corporal del guardia que observaba la sala de audiencias desde el amanecer hasta mediodía. El ruido chirriante que hacía el encendedor del guardia que cuidaba la sala desde mediodía hasta la cena. El sonido sibilante de la gabardina larga del guardia número tres que siempre sonaba como el crujido de una bolsa de basura de plástico. Esas cosas eran vitales que conociera porque yo iba a escapar de este lugar sin importar qué, y tenía que memorizar cada detalle de mi entorno.

Miré hacia arriba desde el borde de mi catre elevado de alambre viejo y con el resorte desgastado para ver a Olaf parado junto a mí. Mis ojos todavía ardían por la suciedad que froté en ellos. Los otros chicos en la habitación también estaban sentados en sus catres igual que yo. Tranquilos. Asustados. Cada uno de ellos temiendo que Olaf estuviera aquí por ellos para un castigo, y no por un ascenso como el que me estaba siendo obsequiado en este día.

—Vamos —dijo con una inclinación hacia atrás imperceptible de su cabez—, te mostraré tus nuevos cuartos.

Había sido un día que esperaba con impaciencia, cuando Olaf, después de seis meses de confinamiento, creía que yo había aprendido mi lección y nunca intentaría escapar de nuevo. Fui atrapado justo afuera del alto muro de ladrillos que rodeaba la enorme propiedad. Mi único amigo, Eduard, que sólo hablaba francés, estaba conmigo. Le dispararon en la cabeza a mi lado, su condena por huir. Me dejaron con vida y la muerte de Eduard había sido mi última advertencia.



Olaf siempre había tenido una debilidad por mí. Él lo demostró al llevarme lejos de los hombres violentos y de las palizas brutales que me infligían. Y él siguió demostrándolo llevándome a dormir en sus cuartos algunas noches, algunas veces en un catre en el suelo junto a su cama, mientras que otras veces él insistió en que yo durmiera con él en su cama. Yo no quería, pero habría sido un tonto por protestar.

Me puse de pie frente al catre y mantuve mis ojos sobre el suelo, manos de muchacho dobladas juntas frente a mí. Oía a orina y estaba avergonzado. Había estado mojando mi cama, mi sueño entero los seis meses que había estado encerrado en esta habitación. Le hicieron cosas espantosas a los muchachos aquí. Cosas inmencionables.

Luego de que Olaf pasó la puerta alta de hierro, mis ojos finalmente empezaron a adaptarse a la luz en el pasillo. El aire húmedo olía a moho y a basura. Escuchaba el golpeteo y chirridos de las ratas escabulléndose sobrealimentados bajando por el pasillo por delante y detrás de mí. En esta sección de la finca de Olaf, las ratas se encontraban mejor alimentadas que los chicos.

Olaf usaba perfume y eso me asustaba. También estaba vestido con un traje, aunque sus pantalones eran una pulgada demasiado cortos y no usaba nada tan distinguido como una corbata. Pero el traje era una gran diferencia de los pantalones azul marino y suéteres de lana que a menudo vestía. Olaf solo usaba trajes y perfume en ocasiones especiales. Y sus ocasiones especiales, casi siempre implicaban enseñarme la más grande de las lecciones, lo cual siempre estaba muy asustado de aprender.

No me atrevía a hablar, menos a hacerlo mientras me guiaba por el pasillo largo y polvoriento, afuera del edificio. Caminé junto a él obedientemente hacia el viejo edificio, aún más inmaculado que en el que había vivido con Olaf antes de que intenté escapar. El sol brillaba encima mientras mis pies desnudos iban sobre la hierba espinosa. El calor sobre mi piel era mandado del cielo. El aire limpio llenando mis pulmones. El dulce aroma de las flores blancas con pétalos en forma de campana que crecían junto al edificio.

Pero se había ido demasiado rápido, también la luz del sol, cuando entramos por otra puerta y estaba bañado en una molesta luz anaranjada en el vestíbulo y el olor acre del incienso y puros.

Willa, en su altura promedio y complexión promedio, nos recibió con un vestido largo y gris que le caía justo por encima de sus tobillos, y un par de zapatos negros planos sobre medias blancas finas. Sus brazos estaban cubiertos por las mangas de una blusa abotonada que llevaba debajo del vestido, el collar arreglado cuidadosamente alrededor de su cuello con un pequeño broche prendido en el lado izquierdo, un trébol de



cuatro hojas. Me gustaba Willa. Era la única persona aparte de los chicos que se encontraba encerrada aquí como yo, a quién no quería ver morir una muerte dolorosa y horrible.

Willa era joven, pero mayor que yo, por lo menos cinco años. Una chica amable y hermosa de unos quince o dieciséis años. Fue capturada por Eskill a una edad temprana, igual que yo. Pero nunca sería vendida y era tratada amablemente, en su mayoría por los otros hombres. Nunca supe por qué.

Pero Willa, también como yo, ponía una cara muy diferente frente a los hombres. Y como siempre cuando la veía, llevaba la corriente.

—¿Por qué me traes al enano? —chasqueó Willa en un acento muy roto, sus lindos labios de color rosado natural se encrespaban con censura mientras bajaba su mirada hacia mí, a través de sus duros, pero hermosos ojos verdes—. ¿Por qué siempre me traes a los inútiles?

—Porque eres la única aquí, mi querida Willa, quién puede hacer que los inútiles, al menos, parezcan dignos. —Olaf sonrió. No me atrevería a mirar su cara, pero podía decir que había una sonrisa en ella sin tener que verla.

Mi cuerpo se sacudió hacia adelante y casi pierdo mi equilibrio cuando la mano de Willa tiró de mi codo. Y entonces vi estrellas cuando abofeteó mi cara con su mano libre, y, finalmente, mis piernas temblorosas colapsaron debajo de mí. Mis rodillas desnudas rasparon contra el suelo de madera, pero evité caer aún más, apoyando mi mano libre en contra de él para sostener mi peso frágil.

—¡Levántate! —Willa me ayudó a ponerme de pie.

—Willa —le escuché a Olaf decirle en un tono de aviso—, te lo he dicho, no en la cara. Ahora ve. Consigue limpiarlo.

—Sí, señor —dijo Willa, hizo una reverencia y luego giró sobre sus talones su mano aún aferrándose a mi codo.

Camino conmigo hasta la escalera de caracol hasta el segundo piso. Pasando a otros sirvientes usando los vestidos grises, Willa me agarró por la parte de atrás de mi cabello oscuro y sucio, y enrolló sus dedos agresivamente a través de él, empujándome delante de ella cruelmente.

—¡Dije camina recto muchacho! —gruñó detrás de mí.



Cuando abrió la puerta de su habitación, me dio un fuerte empujón y caí por la puerta sobre mis manos y rodillas.

La cerradura de la puerta chasqueó detrás de mí y luego Willa estaba sentada sobre el suelo a mi lado, estirándome en su regazo y balanceándome contra su pecho.

—¡Lo siento mucho, Freedrik! —lloró en mi cabello—. ¿Me perdonarás?

Lágrimas empaparon mis mejillas, bajando a través de una capa de suciedad que podía sentir sobre mi cara. Pero no lloraba debido a la forma en que me trato. Solo estaba contento de volver a verla.

—Siempre te perdonaré, Willa.

Sentí sus labios arriba de mi cabeza y envió una oleada de calor a través de mi cuerpo.

—Debo ayudarte a prepararte rápidamente —dijo, de nuevo ayudándome a levantarme—. No quiero que Olaf tenga alguna razón para ponerte de nuevo en una celda.

—Estoy asustado, Willa.

—Lo sé, Freedrik. Lo sé.

Besó ligeramente mi mejilla y no perdió tiempo en meterme en el baño. Siempre era muy cuidadosa conmigo, al igual que con todos los chicos, quienes eran colocados bajo su cuidado. Y nunca me violó. Limpiaba cada parte de mi cuerpo con un toque cuidadoso. Cuando estaba ahí, nunca quería dejar su habitación, pero siempre, poco después me iría lejos, para no levantar sospechas y para asegurarme de que Willa mantenía su lugar como encargada de los sirvientes.

Después de que me bañé y me vestí con una camiseta blanca limpia y un par de pantalones de color caqui, Willa me abrazó despidiéndome como la chica amable y cariñosa, antes de llevarme de vuelta al pasillo como la chica con el puño de hierro.

Minutos más tarde, se había ido y estaba de vuelta en compañía de Olaf, quien parecía estar esperándome ansiosamente en su demasiado pequeño traje y perfume que produce dolor de cabeza.

—Antes de que te lleve a tu nueva sede —dijo Olaf caminando a mi lado, con sus manos cruzadas apoyadas sobre su trasero—, hay algo que necesitas ver.



No me gustaba el sonido de eso. Mis piernas ya se sentían inestables, mi estómago revuelto y atado en nudos. Inhale una respiración profunda y permanecí en silencio, con mis ojos mirando hacia delante.

—¿Recuerdas cuando te castigué hace mucho tiempo porque olvidaste cepillarte los dientes? —preguntó.

Asiento.

—Sí, señor.

¿Cómo podría olvidarlo? Los cepillo por mí de una manera tan violenta que el cepillo de dientes se había metido en la parte de atrás de mi garganta varias veces, y restregó mis encías tan fuerte que sangraron después por tres días.

Giramos a la izquierda al final del pasillo y llegamos a una puerta.

Escuchaba gritos desde el interior y mis piernas comenzaron a temblar más notablemente.

Olaf colocó su envejecida mano sobre el picaporte estilo palanca y dijo:

—Esto es lo que te ocurrirá si tus dientes se dañan, o enferman, o crecen torcidamente después de que los viejos hayan caído. Has tenido suerte hasta el momento de ser bendecido con una buena dentadura. Esperemos que siga así. Pronto te convertirás en un hombre joven, en tu mejor momento, y cómo tu cuerpo comienza a tomar forma ahora estarás conmigo para siempre. Si alguna parte de eso no es satisfactoria, enfrentarás exhaustivas correcciones cosméticas, o, dependiendo de qué tan bien eres de atractivo para mí mismo o para otro Maestro, podrías ser dispuesto.

Mi corazón se hundió y mis rodillas comenzaron a doblarse, pero me enderece rápidamente.

Empujó abriendo la puerta y los gritos escaparon de la habitación en un torbellino, como si hubieran estado esperando desde el otro lado de esa puerta para ser liberados. Quería cubrir mis oídos con mis manos, pero sabía que era mejor no intentarlo. Sabía que debía permanecer de pie con mi espalda recta, mis ojos abajo y mis brazos ya sea hacia abajo a mis costados o apoyados sobre mi trasero como Olaf estaba parado. Opté por juntar mis manos detrás de mí así podría al menos remover mis dedos uno al otro como una manera de enfrentar y distraerme de los gritos. Hacían eco ruidosamente a través de la sala de tamaño mediano, con altos techos de bóveda. Podía oler la sangre. Amarga y fuerte, con tanta claridad como si mi cara hubiera estado metida en una



piscina de la misma. Lamentablemente siempre había tenido un fuerte sentido del olfato que a menudo pensaba en él como una maldición. Especialmente en momentos como estos.

Olaf me guió a otra habitación adyacente a la sala principal, donde un chico, mayor que yo y probablemente de la edad de Willa, estaba atado a una silla de aspecto extraño que permitía a sus piernas estirar hacia fuera delante de él, elevadas horizontalmente con el resto de su cuerpo. Su cabeza rubia se encontraba atada contra un reposa cabeza por una gruesa pieza de cuero, al igual que su torso, sus tobillos y brazos, los cuales estaban en línea recta contra los brazos de la silla y atados por las muñecas.

El muchacho se retorció en la silla, a pesar de que apenas podía moverse. La sangre se derramaba por su mentón, carmesí y pegajoso. Su cabello estaba empapado en sudor. Sus ojos se encontraban muy abiertos y asustados.

Quería vomitar. Quería salir corriendo de esa habitación tan rápido como podía, para esconderme en la habitación de Willa y esperar nunca ser encontrado, excepto por ella para que pudiera sostenerme contra sus pechos y consolarme.

Pero no podía hacer nada.

Un hombre con el cabello gris rizado, vestido con una bata blanca de laboratorio parado sobre el muchacho con un par de pinzas en su mano, cubierto de sangre. Ni siquiera usaba guantes. Tuve una oscura sensación de ese hombre, incluso peor que la que recibí de Olaf. A este hombre le gustaba la sangre. El olor de ella. El color carmesí fascinante de ella. El espesor de la misma. El sabor de la misma. Pero más que nada, podía sentir que él amaba derramarla, de cualquier manera posible. Este hombre me asustaba más de lo que Olaf jamás podría.

—¿Este es el pequeño chacal? —preguntó el hombre.

—Sí, este es Fredrik.

—Bien, bien —dijo el hombre y atrapó mi mirada con una sonrisa escalofriante.

No quería mirarlo, y se suponía que no debía hacerlo, pero no pude evitarlo. Afortunadamente él no sentía ninguna necesidad de reprenderme por el error. No, este hombre estaba más allá de las palizas y los castigos. Su mente bailaba demasiado en el reino de la Muerte como para molestarse con cosas insignificantes.



Se dio la vuelta de nuevo hacia el asustado muchacho adolescente atado en la silla y metió la pinza en su boca. El chico gruñó y trató de gritar al intentar morder las pinzas al mismo tiempo. Pero el hombre agarró su mandíbula inferior con su otra mano y lo obligó abrir su boca.

Mis manos estaban temblando en mi espalda. La bilis se revolvía violentamente en mi estómago. Empecé a mirar hacia otro lado hasta que recordé rápidamente que si Olaf se daba cuenta, iba a castigarme.

La pinza giraba de atrás hacia adelante, de lado a lado, y un sonido escalofriante de hueso crujiendo casi me hizo desmayar. Mis rodillas comenzaron a doblarse de nuevo, pero esta vez no fui capaz de controlarlas y sentí la mano de Olaf alrededor de mi codo, atrapándome antes de que golpee el suelo.

Me recompuse rápidamente y me quedé parado con mi espalda recta, mi respiración pesada y rápida, mis manos temblando ahora hacia abajo a los costados.

El hombre sacudió el diente de la boca ensangrentada del chico y lo dejó caer en el suelo.

Y luego fue a trabajar sobre otro.

Para el quinto diente, ya no podía mantenerme en pie por mí mismo.

No puedo mirar a Cassia. Mi pecho se siente pesado con el recuerdo, un peso tan opresivo y cruel que aún estoy sorprendido cada día de mi vida de que no me mató. Todavía tengo pesadillas. Aún me despierto bañado en sudores febriles, tan atormentado por los rostros, esos malvados, esos incapacitados, que creo que lo estoy reviviendo de nuevo. Y en mi realidad, hace que mi necesidad sea mucho mayor. Hace que mi adicción sea mucho más peligrosa. Todo lo consume.

Nunca me detendré. Nunca puedo detenerme.

El pasado me ha formado, convirtiéndome en un monstruo. Un monstruo con un corazón oprimido y un alma muerta.



CAPÍTULO 9

Cassia

Traducido por Jadasa Youngblood
Corregido por ღჳჳKhaleesiღჳჳ

No puedo hablar, no porque no sé qué decir, sino porque no sé con qué empezar.



Mi corazón se está rompiendo en millones de pedazos.

Fredrik empuja mis manos cuidadosamente cuando trato de ahuecar su cara en mis palmas.

—Sin compasión —dice—. ¿Entendiste eso?

—¿Cómo puedes *decir* eso? —Miro profundamente a sus ojos llenos de absolutamente nada, los míos llenos de angustia—. Fredrik...

—No —dice decididamente y se pone de pie, dejándome en el suelo—. Tienes que entender, Cassia, no me lastima hablar de ello. Por la noche, no lloro hasta quedarme dormido pensando en mi infancia. Hace algo *más* por mí. Me pone en un lugar mucho más oscuro. —Sus hermosos ojos azules miran hacia abajo a los míos con una oscuridad escalofriante—. No merezco ni *quiero* compasión.

Me pongo de pie desde el suelo, arrastrando la cadena alrededor de mi tobillo mientras me acerco a él.



—¿Ese hombre alguna vez te puso en esa silla? —pregunto en voz baja desde atrás ahora que está de espaldas hacia mí—. ¿Te sacó los dientes?

Los hombros de Fredrik suben y bajan con una respiración silenciosamente pesada.

Se da la vuelta para enfrentarme, su estatura elevada y rasgos magníficos como siempre hacen a mi corazón palpar aceleradamente y mi estómago se endurece cuando me mira de esa manera, como si estuviera hambriento de algo. Es la oscuridad en su interior, la parte de él que se hace cargo y le obliga a controlarme, consumiéndome de esa manera, que aunque no recuerdo, sé que ningún otro hombre lo ha logrado.

—No —responde—. Nunca llegó a eso conmigo. Pero si para muchos de los otros chicos, que no fueron tan afortunados. —Aleja su mirada, sus brazos desnudos definidos por los músculos duros cruzados sobre su pecho lampiño—. Me hicieron otras cosas a mí. Hubiera preferido que me sacaran los dientes.

—¿Qué tipo de cosas? —Mi pecho se tensa incómodamente de solo pensar en ello. Doy un paso acercándome un poco más, siendo cuidadosa de no invadir su espacio demasiado rápido porque no estoy segura de su actitud.

—¿Por qué quieres saber, Cassia? —Se da vuelta completamente ahora para poder enfrentarme. Parece sospechoso—. ¿Qué estás tratando de sacar?

Sacudiendo mi cabeza repetidamente digo:

—¿Es eso lo que crees? ¿Qué estoy tratando de *manipular*? —Aunque puedo entender por qué tendría sospechas, aún me preocupa saber que él alguna vez remotamente crea eso.

Doy un paso hasta él y cierro esa última parte de espacio entre nosotros, resentimiento en mis ojos.

—¿Es eso lo que *sinceramente* crees, Fredrik? ¿Que utilizaría algo tan horrible como tu pasado en tu contra para mi propio beneficio?

—Si yo estuviera en tu lugar —dice ladeando su cabeza hacia un costado—, es lo que yo haría.

Herida por su admisión, mis ojos se apartan de él.

—¿Recuerdas algo? —pregunta, muy pronto volviendo a lo inevitable.



Y no tengo la energía para seguir peleando.

—No. —Sacudo mi cabeza—. No recuerdo nada.

La cadena se arrastra ruidosamente por el suelo mientras me alejo de él, y regresó a mi rincón.

—Cassia —dice Fredrik en voz baja—, por favor, no te sientes en el suelo. Te lo estoy pidiendo.

Lo hago de todos modos.

Acurrucándome en el rincón con mi espalda presionada contra la pared, estiro mis rodillas cubiertas por mi vestido largo hacia mi pecho y envuelvo mis brazos alrededor de ellas. Y miro fijamente hacia nada, la frustración me consume.

—¿Por qué lo que soy no es suficiente? —pregunto con apatía.

Siento los ojos de Fredrik sobre mí, sin tener que levantar mi mirada hacia él.

No dice nada.

—¿Por qué amas tanto a esa mujer? —Continúo—. Puede que no sepa nada de ella porque te niegas a contarme, pero en mi corazón, sé que debe ser malvada. Te hizo algo terrible, algo imperdonable, sin embargo aún la amas. Puedo decirlo.

—Cassia, no estás viendo el cuadro completo.

Se acerca y está de pie sobre mí. Aún no levanto mi mirada hacia él. Mi mirada se mantiene fija hacia adelante, algo blanco, probablemente el tocador, haciéndose borroso lentamente en el centro.

—Y nunca veré el cuadro completo si no me lo dices. —Ahogo mis lágrimas. Ya no quiero que me vea llorar—. Pero, ¿por qué no soy suficiente? Dime por qué la amas, una mujer que no parece querer ser encontrada, sin embargo... estoy *aquí* y me rechazas.

—No amo a nadie —dice y sé que está mintiendo—. Y tú tampoco.

Herida por su acusación, finalmente levantó mi mirada hacia él. Pero no puedo hablar. Estoy demasiado herida para hablar. Me pregunto cómo un hombre puede estar *tan* dañado que no ve el amor, el *verdadero* amor, cuando está justo frente a él.



—Te lo preguntaré una vez más —dice—. ¿Hay algo que quieras decirme sobre lo que recuerdas?

—No —miento—. No recuerdo nada. —Lo fulminó con mi mirada por un largo momento tenso, las lágrimas finalmente escapan de mis ojos, y entonces dejo caer mi mirada hacia el suelo y Fredrik me deja sentada aquí mientras hace su camino hacia los escalones de concreto.

—¿Vas a matar a ese hombre ahí? —pregunto sin mirarlo.

Se detiene por un momento, pero luego sigue subiendo las escaleras sin decir una palabra.



CAPÍTULO 10

Fredrik

Traducido por flochi
Corregido por ზღჳKhaleesiღჳ

Hoy es el primer día en mucho tiempo que he dejado a Cassia sola bajo el cuidado de Greta y me siento aliviado de estar lejos de ella. Es peligrosa para mí y no puedo dejar que se meta bajo mi piel. Puede ser que sea un diablo por derecho propio, pero sigo siendo humano, y siento remordimiento y compasión por Cassia, entre otras cosas, que son una receta para el dolor y arrepentimiento.

Seraphina es mi prioridad. Es todo lo que debería importarme porque al final...

No, no puedo pensar en ello en este momento. No aquí.

—¿Fredrik? —dice Izabel Seyfried desde su asiento a mi izquierda. Su voz me regresa al momento—. ¿Sigues vivo allí dentro? —Ondea una mano frente a mi cara, sonriéndome con brillantes ojos verdes enmarcados por cabello largo y castaño rojizo que cae sobre sus hombros.

Izabel se ha convertido en un activo, y toda una asesina, de nuestra organización en crecimiento. Es como una hermana para mí, una terca, luchadora, sedienta de sangre, buscadora de venganza, pero una hermana no obstante. Y no tengo espacio para hablar. Ella y yo somos más parecidos de lo que me gustaría admitir.

Dejo escapar un pesado suspiro y apoyo ambos brazos contra la mesa alargada. Entre ellos hay fotos de dos objetivos en el estado de Washington. Las mismas fotos se encuentran sobre la mesa frente a Izabel, Niklas del otro lado de la mesa directamente



frente a ella, Dorian frente a mí, y junto a él, de todas las personas que apestan a marcadores permanentes y queso, James Woodard.

Resulta que Woodard estaba diciendo la verdad sobre Marion Callahan, el hombre estaba vendiendo información falsa, la cual a su vez casi consigue que lo mate.

Victor se sienta en la cabecera de la mesa donde siempre se sienta, entre Izabel y Niklas. Soy de mayor rango que Izabel y normalmente me sentaría a la izquierda de Victor, pero viendo que ella es quien se acuesta con él y que podría rebanarme si discuto con ella sobre eso, no me importa mucho la degradación en la distribución de los asientos.

La habitación está iluminada débilmente con paredes oscuras y gastadas y un solo bombillo de luz expuesto en el techo. No hay ventanas y todo el lugar apesta a moho y a paredes dañadas por el agua. Es una de las docenas de bases diseminadas por todos los Estados Unidos que usamos para realizar negocios y mantener reuniones como esta.

Esbozo una sonrisa hacia Izabel, esperando disuadirla de cavar más profundo en mi cabeza.

—Esa es una sonrisa falsa como si nunca hubiese visto una —dice, desafiándome—. En serio, ¿qué pasa contigo?

—No he dormido mucho en los últimos días. —Me contengo de mirarla a los ojos. Si alguien en esta mesa puede detectar una mentira que no sea yo, esa es Izabel. Ella es, después de todo, una maestra en la manipulación y el engaño.

—Si necesitas no participar en esta misión —habla Victor—, eres libre de hacerlo, y sólo serás contactado si un interrogatorio es necesario.

—No —digo inmediatamente porque quiero estar tan lejos de Cassia como pueda estar—. Me parece bien ir. Conseguiré dormir durante el vuelo. —Vuelvo a bajar la mirada a las fotos de un hombre y una mujer tomadas fuera de restaurantes, tiendas, y una del hombre saliendo de una guardería, la cual es preocupante en muchos niveles—. Además, tengo el presentimiento de que esta mujer, si no llegamos antes al hombre, no lo entregará.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta Izabel simplemente con curiosidad.

Miro a la mujer rubia de la foto de pie afuera del restaurante, llevando una bebida en una mano y una pequeña cartera en la otra.



—No lo sé exactamente —digo mirando al objetivo—, pero tiene esa mirada. Probablemente me necesitarán. Ella no será fácil de romper.

Las patas de la silla de Woodard raspan irritantemente contra el suelo cuando ajusta su posición del asiento. Todos los ojos se mueven a él. Sonríe letárgicamente hacia mí y estira la mano para empujar sus gafas hacia arriba sobre el puente de su nariz con la punta de un dedo regordete.

—Supongo que has estado interrogando personas el suficiente tiempo para ver este tipo de cosas —dice con una admiración que me pone incómodo—. Realmente admiro tu trabajo. O... o sea, no es que sea un monstruo sádico con una erección para ese tipo de cosas, si... sino que me refiero a lo capaz que eres de quebrar *a cualquiera*. —Su sonrisa se agranda, revelando sus dientes ligeramente oscurecidos—. Es impresionante.

Dorian, sentado a su lado, intenta reprimir una sonrisa. Niklas, del otro lado de Dorian, arquea una ceja y sonríe en mi dirección.

—Parece que alguien *sí* que tiene una erección por ti, Gustavsson —bromea Niklas.

—Maldición, hombre —dice Dorian mirando a Woodard—, ¿podrías ser más obvio?

—O... oye, estoy dando crédito a quien lo merece. —Woodard intenta cubrirse a sí mismo—. He escuchado cosas sobre el Especialista por años. —Me señala ahora como si algo saltara en su mente—. Siempre he querido preguntarte, ¿por qué te llaman el Chacal?

Mis dientes se aprietan detrás de mis labios cerrados.

Me vuelvo hacia Victor.

—¿Por qué está aquí, exactamente? —pregunto.

—Deberías probablemente callarte —le dice Dorian a Woodard.

—Sabes, esa en realidad es una buena pregunta, respecto a lo que está haciendo él aquí —le dice Izabel a Victor—. Todavía no creo que sea una buena idea dejarlo ver tu rostro. Ni siquiera lo *conocemos*.

—Y no me agrada —agrega Niklas y Woodard parece calmadamente ofendido.



He notado todo el tiempo que hemos estado en esta reunión que la mano de Niklas a menudo se mueve nerviosamente sobre el paquete de Marlboro rojo en la mesa frente a él. Me sorprende que no haya dicho, *Mierda*, y se haya encendido uno ya, pero tiene más respeto por su hermano y líder, Victor Faust. Al menos hasta que la nicotina finalmente gana.

Victor se sienta calmadamente y aparentemente imperturbable ante todo el mundo hablando a su alrededor, pero cuando se dan cuenta que deberían dejarlo hablar, la mesa queda en silencio y todos los ojos se mueven en su dirección.

—Woodard está aquí porque yo *quiero* que vea mi cara —anuncia Victor. Junta la punta de los dedos frente a él—. Marion Callahan ignora que estamos tras él. Usaré a Woodard para alimentar a Callahan con información que quiero que tenga. Pero no es nada de lo que ninguno tenga que preocuparse. Seattle es su prioridad. Manejaré esta situación con Callahan mientras están fuera.

El cabello rojizo de Izabel se mueve a su alrededor.

—No me gusta eso, Victor —dice exigente—. Enviar a todos nosotros lejos mientras tú...

—He estado haciendo esto más que nadie en este cuarto —interrumpe Victor, conservando su postura impasible—. Sin ofender, Izabel, pero soy muy capaz de cuidar de mí mismo.

La nariz de Izabel se arruga en un lado. Finjo no haberlo notado. Obviamente, Victor no está contento con que las “preocupaciones de su amante” sean lanzadas en la mesa para que todos las veamos. Victor sólo piensa en los negocios cuando los negocios están siendo llevados a cabo. Izabel, aunque lo sabe, todavía no lo ha comprendido. Puede que nunca lo haga.

Las relaciones son bastante ridículas.

—Oye, soy digno de confianza —habla Woodard ofensivamente—. No te apresures a... —Un ruido de raspadura atraviesa el aire cuando Woodard casi se cae de la silla cuando Izabel se inclina encima de la mesa en sus ajustados pantalones negros y entierra la punta de su cuchillo en la madera frente a él. Sus ojos oscuros y brillantes se agrandan en sus cuencas y su doble barbilla se mueve hacia atrás.

—Nadie te ha preguntado —gruñe Izabel. Saca el cuchillo de la mesa y lentamente se desliza de regreso en su asiento.



Woodard, rígido como una estatua, mueve solamente sus ojos para mirar a Victor.

Victor se encoge de hombros.

—No me *mires* —dice despreocupadamente—. Si ella quiere matarte, no la detendré. Entonces, quizá deberías cuidar tu lengua.

Woodard se desploma contra el respaldo de su asiento y deja caer sus brazos cortos de la mesa poniendo las manos en su regazo.

Dorian y Niklas no pueden dejar de sonreír. Sacudo la cabeza.

—Como estaba diciendo —continúa Victor—, lidiaré con Callahan por mi cuenta. Si es un líder de la orden, *seré* quien lo elimine. Esta será la oportunidad de Woodard de probarme que es un activo para nosotros. Y si no lo hace, lo mataré.

La garganta de Woodard se mueve nerviosamente mientras traga.

Aprovecho la oportunidad para profundizar más en la discusión de nuestra misión, deslizando la foto del hombre saliendo de la guardería, al centro de la mesa.

La golpeo con mi dedo.

—El sujeto presuntamente abusó de una niña de cinco años —señalo—. ¿Qué hace cerca de una guardería, mucho menos abandonando una?

—No fue condenado por el crimen —dice Victor. Sus manos unidas por la punta de los dedos se separan de la mesa mientras se apoya cómodamente en la silla—. La culpabilidad no pudo ser probada.

—Déjame adivinar —dice Dorian, inclinándose hacia adelante y doblando las manos juntas sobre la mesa—, los padres de la niña de cinco años son los clientes. Claro que sí. Me gusta su estilo. Nada que no haría si algún malnacido tocara a mi hija. —Hace una pausa y agrega—: Bueno, en realidad asesinaría a ese pedazo de mierda yo mismo.

Niklas saca un cigarrillo del paquete y lo desliza entre sus labios, pero no lo enciende. Se recuesta en la silla, entrelazando las manos detrás de su cabeza.

—¿Qué hay de la mujer? —pregunta.



—Es la novia —dice Victor y luego me mira—. Y la razón por la que está dejando una guardería es porque acaba de dejar de su hija de dieciocho meses.

Una serie de profundos suspiros se mueve ligeramente alrededor de la mesa.

—No me gusta esto ya —dice Izabel. Se vuelve a recostar en su silla y cruza una pierna sobre la otra, luego los brazos.

—¿Ambos padres son los blancos? —pregunto.

—No —dice Victor—. Sólo el hombre. Su nombre es Paul Fortright. La novia, Kelly Bennings.

—Muy bien, pero ¿por qué los cuatro tenemos que ocuparnos de esto? —pregunta Dorian—. Estoy seguro de que uno de nosotros puede manejar a este *único* sujeto.

—Y podrías —dice Victor—. Pero no somos la única organización que el cliente contrató para que se haga el trabajo. La que lo logre primero es la que recibe el pago.

El rostro de Niklas se extiende en una sonrisa.

—Una competencia. Ese es mi tipo de trabajo.

—Hmmm —Dorian frota la parte inferior de su barbilla con el borde de su dedo índice, pensando—, entonces las apuestas son altas, ¿esto significa que matamos a quien se meta en nuestro camino? ¿Agentes rivales incluidos?

—*Especialmente* agentes rivales —confirma Victor—. El día de pago es de veinte mil, no mucho, pero el dinero no es la razón por la que tomé el trabajo.

—Lo tomaste debido a la organización rival —asume Izabel—. Es la oportunidad perfecta para sacarlos de las sombras.

—Precisamente —dice Victor.

—¿Qué pasó con *reclutar* miembros de otras organizaciones? —pregunta Dorian—. ¿No necesitamos números?

—*Tenemos* números —hablo y Victor asiente, confirmando que estoy en el camino correcto—. Y si el reclutamiento es lo único que demostramos, las otras organizaciones rivales empezarán a temernos menos, dejando que solamente los



líderes y sus hombres y mujeres manos derechas mirando por encima de sus hombros.

—Sí —dice Victor—. Es momento de que empecemos a tomar grupos enteros y enviar un mensaje. En el año pasado tras asumir las órdenes del mercado negro que tenemos, nos hemos cruzado con muchos que no tienen lealtad. Venderán a sus líderes y su organización ante la entrega de unos miles de dólares. Quiero que los futuros reclutas *quieran* trabajar para nosotros, no debido a cuánto les pagamos, y no solamente por la lealtad, sino porque saben que somos los más peligrosos y los más intolerantes.

Todas las cabezas alrededor de la mesa, incluyendo la de Woodard, asintieron simultáneamente en acuerdo.

Victor se pone de pie de la silla y endereza su chaqueta.

—Hay preferencia en matar —dice—, aunque la nuestra es diferente de la de nuestros rivales. Es cómo los clientes sabrán cuál de nosotros lo consiguió primero. —Empuja la silla debajo de la mesa y se para detrás de ella—. Un solo disparo en la parte posterior de la cabeza —agrega.

—Bueno, eso me deja fuera —dice Izabel decepcionada—. Me encantaría matar algún pederasta.

—Lo siento, Izzy —se burla Niklas, sabiendo que ella odia el sobrenombre—, pero no eres la mejor en disparar en la Mesa Redonda.

—Cierra la boca, Niklas —espeta ella—. Siempre puedo practicar contigo.

Niklas sonríe y pone el cigarrillo sin encender nuevamente entre sus labios.

Los ojos de Victor se cierran momentáneamente, pareciendo como de repente ha adquirido un dolor de cabeza.

Entonces me mira.

—La oferta permanece —dice—. Puedes ser notificado si eres necesitado. Puede ser que no tengan problemas en encontrar a Paul Fortright sin la novia. Ella es sólo un plan de respaldo que probablemente no será utilizado.

Niego con la cabeza.



—Iré por si acaso —digo y me pongo de pie también—. Además, me sentiré mejor estando allí por si me necesitan, en especial si tenemos una competencia.

Victor asiente, aceptando mi decisión y probablemente estando de acuerdo con ella. Me parece de alguna manera extraño que me dejara tomar la decisión habiendo tanto en juego. Así no es Victor Faust. Aunque no es un líder egoísta y tirano y toma nuestro bienestar en cuidadosa consideración todas las veces, todavía no es probable que me permitiera tal libertad en un trabajo como este.

—Toda la información que necesitan —dice Victor, mirando a cada uno de nosotros—, está en el sobre. Manténganse informados de todos los eventos. Nos veremos en no más de tres días.

Todos los demás en la mesa se ponen de pie, todos salvo Woodard quien no estaba seguro de qué hacer. Sus ojos pequeños y brillantes se lanzaron alrededor de todos nosotros, contemplando lo que se esperaba de él observando, y finalmente sigue el ejemplo.

—James Woodard —dice Victor y sacude la cabeza hacia atrás sutilmente—, ven conmigo.

Woodard traga saliva con nerviosismo otra vez y se tropieza alrededor de la silla cuando se aleja de la mesa. Ese sujeto tiene que madurar pronto si espera sobrevivir con nosotros, incluso si todo lo que está destinado a hacer es sentarse detrás de la pantalla de un ordenador y ser nuestros ojos y oídos sobre las oleadas de información.

Al mediodía, estoy en un avión hacia Seattle y aunque normalmente sería capaz de no pensar en nada más que en la anticipación de un posible interrogatorio, Cassia es todo lo que hay en mi mente.



CAPITULO 11

Cassia

Traducción SOS por magdys83 y Jadasa Youngblood

Corregido por ღᄃKhaleesiღᄃ

Greta toma mis platos vacíos de la cena y los coloca a un lado en el escalón inferior de la escalera de cemento. Es una cocinera maravillosa. Una persona maravillosa que me ha tratado con nada más que amabilidad desde que Fredrik nos presentó. Creo que ella se preocupa más por mí de lo que me preocupo por mí misma.

—¿Quieres postre? —pregunta—. Hay un tazón con frutas arriba en la nevera. La hice justo como te gusta, con miel y coco.

Me acosté en la cama a mi lado, mis manos encajadas en mis rodillas, la almohada de espuma suave aplastada contra mi mejilla. La cadena alrededor de mi tobillo colgando sobre el borde de la cama.

Sonríó a Greta—. No, gracias.

Se acerca a mí con esa mirada maternal que siempre me da cuando está tratando de hacer que me abra a ella. La cama se mueve suavemente cuando se sienta junto a mí. Me trae mi edredón favorito tejido en azul y blanco desde el final de la cama y cubre mis piernas expuestas. La palma de su mano me acaricia suavemente en la cadera antes de deslizarse lejos.

—No le dije a Fredrik —digo casi en un susurro.



—¿No le dijiste qué? —Su voz es suave y amable.

Mirando fijamente por delante de mí, dejo que el recuerdo se mueva a través de mis ojos de nuevo antes de que le diga finalmente a Greta.

—Que recuerdo que me solía gustar Connie Francis —digo y de repente, mi rostro se rompe en una sonrisa cálida por más que imagino los pedazos de mi vieja vida. Me rio ligeramente en voz baja—. Y mi amiga que vivía al otro lado del corredor, creo que su nombre era Lanie, ella creía que era gracioso que yo escuchara esas cosas viejas. —Ajusto mi cabeza así puedo ver a Greta a mi lado. Una sonrisa brillante ha grabado líneas profundas alrededor de su boca y extendiéndose en las patas de gallo en el rabillo de sus ojos.

Acaricia de nuevo mi cadera.

—Me encanta Connie Francis —dice ella, sonriente—. Es una de mis favoritas. ¿Recuerdas lo que te hizo empezar a escucharla?

Mi mirada cae de nuevo adelante.

—No, no recuerdo mucho. Pero no puedo dejar de pensar que es más que eso. Tal vez no sólo escuché su música, sino que podría haber... —me ruborizo interiormente ante el pensamiento, —Que podría haber cantado en algún lugar. No lo sé. Es ridículo. Estoy segura.

—Oye, tal vez no —dice Greta—. No veo ningún motivo de por qué eso no podría ser verdad. Seguramente puedes cantar.

—¿Qué te hace pensar *eso*? —pregunto sonriendo de una manera incrédula.

Greta se encoge de hombros.

—Oh, no lo sé. Es sólo una corazonada, supongo. Tal vez cantes una de sus canciones para mí algún día.

—Oh, no, no podría hacer eso —digo y siento mis mejillas calentarse con un rubor.

Escucho a la calefacción central zumbear a la vida en medio del silencio repentino entre nosotras y después el aire caliente filtrarse a través de dos conductos de ventilación en el techo.

—¿Por qué no se lo dijiste? —pregunta en voz baja.



La sonrisa desaparece de mi rostro mientras me quedo mirando adelante, ahora pensando sólo en Fredrik.

—Porque quería que él me dijera más sobre su vida. Y lo hizo. Pero no fue suficiente. —Me detengo y suspiro profundamente—. Quería que me contara sobre Seraphina. *Cualquier* cosa sobre ella. Creo que él me debe eso.

—¿Le preguntaste de nuevo?

Sacudiendo mi cabeza contra la almohada, digo—: No. De hecho, incluso le dije que ya no me *importaba* saber de ella. Supongo que esperaba que él podría haber cambiado de opinión si yo... fue estúpido de mi parte. Es sólo que no entiendo su... *obsesión* con esa mujer. Y no me gusta.

—¿Cassia? —La voz de Greta es cuidadosa y maternal—. No quiero cuestionar a tu corazón, pero, ¿por qué te preocupas tanto por él? Un hombre quien te sacó de tu vida, quien te mantiene encadenada en un sótano. Supongo que sólo me cuesta entender tu forma de pensar. —Coloca su mano de nuevo en mi cadera pero esta vez no la aleja—. Entiendo el Síndrome de Estocolmo. Y durante mucho tiempo pensé que tú eras un caso clásico, pero...

Siento sus ojos en mí y miro hacia ella. Cuando ella no continúa enseguida, levanto mi cuerpo de la cama y me siento erguida, mirando directamente a ella con una sensación de impaciencia en la boca del estómago.

Otro momento de silencio pasa entre nosotras.

—Pero Fredrik me contrató sólo una semana después de que te trajo aquí —ella continúa finalmente—, y tú no le tenías miedo, Cassia. Incluso con el Síndrome de Estocolmo, generalmente todavía hay mucho miedo poco tiempo después de un secuestro. Tú no mostraste ninguno absolutamente. Al menos, no hacia Fredrik.

—¿Qué quieres decir? —La miro con curiosidad y determinación—. ¿Tenía miedo de *tí*?

Ella asiente.

—Al principio, sí. Cassia, tú estabas tan traumatizada cuando te conocí. Hablaste en tu sueño. Mencionaste el nombre de Seraphina. —Mira a otro lado lejos de mí y tengo la sensación de que está decidiendo si decirme o no algo más, como si ya hubiera dicho demasiado.

—¿Qué pasa, Greta? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?



Sus hombros huesudos se elevan y caen por debajo de su blusa de botones rosa claro. Sus manos envejecidas se mueven nerviosamente en su regazo.

—No le digas a Fredrik que te dije esas cosas. Porque nunca le he dicho nada de esto.

Niego con mi cabeza, los ojos bien abiertos con anticipación, mi corazón martilleando en las yemas de mis dedos mientras espero ansiosamente sus palabras.

—Creo que tú estabas muy cerca de Seraphina —dice y eso tuerce mi estómago—. No sé qué tan cerca, pero tú la conoces y la conoces bien. Y ella te aterroriza. Creo que es por eso que no le tienes miedo a Fredrik, o de estar encarcelada aquí. —Por sus palabras, siento en lo profundo de mi interior que es verdad, y se hunde en mi mente como las piezas que faltan en un rompecabezas, ella pregunta—: No quieres irte de aquí, ¿verdad, Cassia?

Distraídamente, niego con la cabeza, mi mente todavía está tratando de aceptar todas estas cosas que ella me está diciendo.

—No—admito—, tengo *miedo* de dejar este lugar. Aquí me siento segura. No sé por qué, pero lo hago.

Greta asiente y después acaricia la parte superior de mi pie desnudo levantado en la cama.

—Pero, ¿por qué él no iba a querer que yo supiera esas cosas?

—No estoy segura —dice distraídamente—, pero creo que en cierta forma... él realmente no quiere que recuerdes. Fredrik tiene algo con Seraphina que necesita resolver. Sé esto. He visto esa mirada antes en los ojos de un hombre. Nada va a detenerlo de encontrar a esa mujer y encargarse de lo que sea que él tiene que encargarse. Pero... Fredrik también tiene otra mirada que he visto antes en un hombre.

Ella se detiene.

—¿Qué mirada, Greta? —Me inclino hacia ella, ansiosa por lo que tiene que decir. Pongo mi mano en la suya—. Dime. ¿Qué mirada?

Sus ojos azules arrugados están en conflicto como si ella todavía no está muy segura de sí misma.



—La de un hombre cuando sabe que va a tener que renunciar a algo y no quiere, por algo más.

—No entiendo.

Y en verdad, no lo hago. Por un breve momento, pensé que tal vez ella quería decir que Fredrik se estaba enamorando de mí, y que él sabía que tendría que dejarme ir una vez que encuentre a Seraphina porque ella es el amor de su vida. Pero rápidamente me doy cuenta que estaba equivocada mientras algo oscuro y triste apareció en sus ojos y ha permanecido ahí desde entonces, haciéndome creer que la verdad es algo mucho más terrible.

—No estoy segura, pero creo que es por eso que tal vez él no quiere que recuerdes—continúa. —Como si al principio, tú eras sólo un medio para llegar a un objetivo, pero ahora las cosas son diferentes. Muy diferentes.

Ella fuerza una sonrisa y se levanta de la cama.

—Sinceramente, no lo sé, Cassia. Todo lo que sé es que no me gusta que te mantenga aquí abajo. Pero nunca lo he visto lastimarte. Es muy evidente para mí que te está protegiendo. Él sabe de lo que es capaz Seraphina y si él no te mantiene aquí, podrías estar muerta. Pero al mismo tiempo, necesita que la encuentres. Él te está protegiendo, pero también te está utilizando.

Mis manos han estado temblando ligeramente y sólo ahora me doy cuenta de ello. Cruzó mis piernas al estilo indio estratégicamente en la cama así no voy a lastimar mi tobillo atado, doblo mis manos juntas en mi regazo para tranquilizarlas.

—Ella trató de matarme la noche que Fredrik me sacó del refugio —digo distraídamente—. Sé en mi corazón que ella prendió el fuego en el edificio. Pero me escapé bajando por la escalera de incendios. Recuerdo vagamente caer una corta distancia y golpearme la cabeza. Recuerdo haberla visto. Incluso me habló. Pero no podía matarme ahí porque estaba afuera al aire libre. —Paso mis manos a través de la parte superior de mi cabello, sintiéndome agotada mentalmente por todo esto.

Me detengo—. No me gusta pensar en estas cosas.

Greta cambia el ambiente en la habitación con esa sonrisa grande y una mirada de emoción en sus ojos.

—Tengo una idea —dice, levantando un dedo índice huesudo.



Me deja sentada en la cama y se mueve al otro lado de la habitación hacia la escalera.

—Regresaré enseguida —dice justo antes de dirigirse.

Unos minutos más tarde, la televisión enorme de la pared frente a mí, vuelve a la vida. Siento la sonrisa escapar de mi cara en un instante y un puño metafórico colapsa alrededor de mi estómago. Mi aliento se traba y mis manos empiezan a temblar y todo lo que quiero hacer es acurrucarme cuidadosamente en mi esquina favorita. Todo esto es la reacción inicial a cada vez que la televisión se enciende debido a las cosas que Fredrik, algunas veces me obliga a ver. Pero a regañadientes mi cuerpo empieza a calmarse, y en lugar de tratar de localizar la esquina, me levanto de la cama y camino, en su lugar, hacia la televisión, la cadena alrededor de mi tobillo se arrastra entrometidamente en mi camino.

La pantalla se congela en lo que parece como una página web. Unos segundos más tarde, la luz del pasillo en el piso superior se esparce en los escalones cuando Greta abre la puerta y desciende de ella. Está llevando alguna clase de dispositivo electrónico plano en la palma de la mano con una pantalla brillante que ilumina los colores y líneas en su rostro en medio de la oscuridad circundante de la escalera, ahora que la puerta ha sido cerrada.

—Fredrik utiliza esta cosa algunas veces —dice bajando la vista a la pantalla, de alguna manera insegura acerca de sus habilidades para usarla correctamente—. Él me dijo que nunca la tocara, así que vamos a mantener esto entre nosotras, ¿está bien?

Llevo mi mano a mi boca y presiono el pulgar y dedo índice juntos haciendo un movimiento horizontal de cerrar con la cremallera a lo largo de mis labios.

—Ni una palabra —digo con una sonrisa.

Greta mueve su dedo sobre el dispositivo y cambia la pantalla de la televisión. Ella escribe "Connie Francis" en el cuadro de búsqueda de Youtube y una fila de videos aparece. Inmediatamente, sé cuáles son las intenciones de Greta, y en lugar de ponerme nerviosa como lo hice antes, mi pecho hormiguea con emoción y se propaga hacia todos mis miembros como una oleada de calor.

Prácticamente grito cuando da un clic en *Fallin'*, y no tengo idea de por qué.

La sonrisa de Greta se ensancha cuando me mira.



—No voy a aceptar un no por respuesta —dice y sé exactamente lo que quiere que haga.

—Vamos a tener un poco de diversión para variar —agrega, colocando el dispositivo en el escalón inferior justo después de pulsar reproducir.

Y como si yo hubiera cantado esta canción una y otra vez, de nuevo como una profesional, el segundo en que la música empieza a reproducirse en voz alta a través de los altavoces en el techo, mi cuerpo y mente van directo sin dudarlo.



Fredrik

Comienza a sonar música muy fuerte desde el bolsillo de mi pantalón y cada par de ojos, incluyendo los de Kelly Bennings, a quién atrapamos hace menos de una hora, gira en mi dirección.

Dorian me mira con una ceja levantada en curiosidad.

—¿En serio? —se burla—. ¿Ese es tu ringtone? —Las risas se reproducen.

Tengo un nudo en el centro de mi garganta. Ese no es un tono de llamada, pero no puedo decirle eso a nadie aquí. Y todo en lo que puedo pensar es en qué infiernos está pasando de nuevo en Baltimore y cómo me las arreglé para iniciar un interrogatorio sin poner de antemano, mi teléfono en silencio.

Izabel, tratando de mantener una cara seria y haciendo un trabajo horrible, se me acerca y mira momentáneamente hacia abajo a mi bolsillo con el humor bordeando sus ojos.

Reprime una sonrisa y frunce sus labios.

—Fredrik, sabía que eras un hombre con clase —se burla de mí—, pero no sabía que eras de *esa* clase.

Me alegro de que Niklas no esté dentro del almacén para agregarse a sus bromas.

Dorian explota en carcajadas mientras la canción, y la sorprendente voz de Cassia combinados, continúa como un faro en mi bolsillo, alertando a todos sobre mi oscuro secreto y precisamente dónde encontrarlo.

—Mejor responde eso, hombre —interviene Dorian—. Podría ser tu novio.

Realmente quiero torturar a este tipo. Sólo por diversión.

—¿Qué demonios está pasando? —dice Kelly desde la silla de madera en la que atamos sus muñecas y tobillos a hace unos momentos—. ¡¿Quién mierda *son* ustedes?! —chilla—. ¡*Respóndanme!*



Todos la ignoramos como lo hemos estado haciendo desde que la secuestramos desde el estacionamiento de una tienda de comestibles y la encerramos en el maletero de nuestro auto prestado.

Siento la mano de Izabel apoyada sobre mi brazo y miro hacia ella. Ya no está sonriendo, quizás porque todavía después de sus chistes, no mostré indicio de encontrar algo de eso digno de sonreír. Suavemente inclina su cabeza y me mira de una manera preocupada.

—Por qué no te tomas un descanso —sugiere, cabeceando hacia la puerta que conduce afuera—. Responde esa llamada y lidia con lo que sea que necesites. Esto puede esperar un poco más.

Realmente no puede, pero va a tener que.

—¡Sí! —grita Kelly—. ¡Cariño, tómate todo el tiempo que necesites! ¡Puede esperar toda la noche! —Sin duda quiere poner en espera lo que sea que está a punto de pasar durante el mayor tiempo posible.

Dorian se mueve de detrás de la silla de Kelly, y se nos une a Izabel y a mí.

—¿Estás bien? —pregunta, finalmente dándose cuenta de que no estoy de humor para su mierda.

No respondo, sobre todo porque sus palabras y las de Izabel son reprimidas en la parte de atrás de mi cabeza, y la única cosa que puedo escuchar claramente es la voz de Cassia.

Izabel atrapa mis ojos de nuevo y su mano cae indecisamente de mi brazo.

—Regresaré en un par de minutos —digo mientras deslizo mi temblorosa mano en mi bolsillo y agarro mi teléfono.

Izabel asiente en aceptación, me doy la vuelta y me dirijo a través del frío almacén hacia una puerta lateral, cerrando firmemente detrás de mí una vez que estoy afuera.

No puedo sacar el teléfono lo suficientemente rápido de mi bolsillo y lo hago torpemente, casi dejándolo caer. Hace mucho frío afuera y mi camisa de vestir con las mangas enrolladas hasta los codos, ya que me estaba preparando para interrogar a Kelly sobre el paradero de su novio, Paul Fortright.



Mirando hacia abajo a la pantalla, comienzo a ver el video en vivo que Greta debió accidentalmente activar desde mi iPad.

De repente, ya no siento el frío, o soy consciente de que estoy parado afuera, a una temperatura de treinta grados. Me olvido de que estoy más de mil millas de distancia de mi casa y que tengo una importante interrogatorio, de tiempo limitado para hacer al otro lado de esas paredes altas de acero. No me importa nada en este momento, excepto lo que estoy viendo.

Ella debe haber recordado... debe de haber recordado algo.

Con mi corazón en mi garganta, miro la pantalla pequeña en la palma de mi mano, concentrándome tanto que no recuerdo parpadear. Creo que he dejado de respirar.

Cassia baila alrededor en el centro de la sala, cantando la canción palabra por palabra, y entonación correcta. Si no lo supiera mejor, pensaría que ella *era* Connie Francis.

Trago saliva y miro la pantalla hasta que mis ojos duelen.



CAPÍTULO 12

Cassia

Traducido por Helen1
Corregido por ღჳ3Khaleesiღჳ3

Bailo alrededor de Greta, moviendo mis caderas al compás de la música, aplaudiendo con mis manos mientras cantaba las letras como si las hubiera escrito yo misma. Todo se siente tan natural, tan... familiar, pero me estoy divirtiendo mucho con Greta para preocuparme por nada de eso en este momento.

Y Greta no es tan mala en bailar al estilo de los años 50, fácilmente manteniéndose al día conmigo. Empezamos a aplaudir junto con la música en el momento adecuado y es como que estamos compartiendo un pequeño escenario... *en un elegante bar escondido en una gran ciudad que solo sirve los mejores vinos... y estoy vestida con un ajustado vestido negro de piel que abraza mi cuerpo hasta las pantorrilla... con zapatos de tacón alto negros ... perfume... cigarros... el sonido de hielo en el fondo de vasos de whisky, los altos espejos que cubren las paredes a ambos lados de mí, velas encendidas, porta velas de color ámbar profundo en forma de burbuja en el centro de cada mesa en la audiencia, el piano negro elegante en el escenario a mi izquierda... la mujer con pelo corto de color negro azabache en el escenario junto a mí, a mi derecha...*

El recuerdo sale de mi mente mientras la voz de Greta grita encima de la música.

—¡Tu voz es hermosa, Cassia! —dice mientras canta la canción en sus últimas notas.



Estoy mareada. Absolutamente mareada. Tanto es así que no puedo dejar de sonreír y mi cara se siente como si se puso rígida de forma permanente en la misma posición radiante.

Cuando la canción termina, aún drogada en el momento, señalo al dispositivo en el escalón y digo:

—Duffy. *Mercy*. ¡Busca esa!

Y Greta hace justamente eso, y después de que yo canto esa como si lo hubiera hecho cientos de veces, ella encuentra cada otra canción que le pido encontrar, hasta que al final nos vamos de vuelta a “*Fallin*” por Connie Francis porque es mi favorita. Bailo y canto hasta que mi garganta está seca y ya no tengo aliento para dar otra nota.

Me caigo sobre mi cama grande con mis brazos a los lados como si estuviera volando, y yo miro hacia el techo todavía con una sonrisa en mi cara mientras trato de recuperar el aliento. Mi corazón late tan rápido, puedo sentirlo bombeando a través de cada vena directo hasta la punta de los dedos de mis manos y pies.

Casi nada en el mundo podría apartarme de este momento.

Pero ese recuerdo... No puedo sacarlo de mi cabeza. Y cuanto más lo pienso, más empiezo a ver, y mientras más oscuro se pone la luz sobre mis ojos. Instintivamente, alcanzo y limpio las esquinas de ellos mientras las lágrimas queman su camino hacia la superficie.

—¿Cassia? —habla Greta suavemente a mi lado—. ¿Es algo malo?

Mi cabeza cae hacia un lado y forzó una sonrisa, secándome la cara otra vez por las lágrimas que lograron escapar.

—No, Greta, estoy bien. Todo está bien. —Esnifo y le sonrío un poco más cálidamente.

Me pregunto si ella me cree, o si puede ver a través del dolor que ahora albergo.



Fredrik

—Tienes que estar bromeando —dice Niklas caminando—. ¿Paraste un interrogatorio para utilizar tu teléfono celular? —Sacude la cabeza, el humo del cigarrillo mezclado con aliento frío saliendo en grandes bocanadas de sus labios. La brasa caliente del cigarrillo quema entre los dedos hacia abajo a su lado—. A menos que fuera Victor en el teléfono.

Corriendo mi dedo sobre la pantalla, apago el video en vivo y luego configuro el teléfono para que vibre antes de dejarlo caer de nuevo en el bolsillo de mi pantalón.

Niego con la cabeza.

—No, no era Victor... fue inesperado. —Qué excusa tan inútil.

Sé que Niklas tiene razón. Y estoy de acuerdo con él.

Él solo se me queda mirando por un momento incómodo y luego echa su cabeza hacia atrás.

—¿No deberíamos volver a la perra bocazas en la silla?

—Sí —le digo asintiendo y le sigo dentro.

—Dorian —dice Niklas en voz alta cuando nos acercamos—, ¡que estás haciendo! Está frío como la mierda allá afuera. —Su voz se hace eco a través del almacén vacío.

Niklas, Dorian e Izabel, anteriormente acordaron turnarse para vigilar el edificio por fuera, dependiendo de cuánto tiempo podría tomar este interrogatorio.

Dorian se encoge de hombros en su chaqueta de bombardero negro y cierra la cremallera hasta la garganta. Camina junto a mí y dice:

—Espero que tengas todo cuadrado. —Y me da una palmada en el hombro, pero su preocupación está enlazada con la burla típica de Dorian. Luego mira a Niklas—.



Prefiero estar afuera vigilando, de todos modos. —Él mira a Kelly asegurada a la silla con una mirada de odio y desafío torciendo sus facciones ya antiestéticas—. Estoy como cansado de esa fea puta follándome con sus ojos. Maldita sea, me siento como que necesito una maldita ducha. —Se estremece y luego las sombras del edificio lo tragan mientras pasa por debajo de una sección baja de techo y se dirige afuera.

Sin perder más tiempo, camino directamente hacia Kelly Bennings, con la intención de conseguir terminar con esto tan pronto como sea posible. Antes, yo quería estar lejos de Cassia, pero ahora las cosas han cambiado. Han cambiado significativamente.

Solo espero que pueda funcionar durante este interrogatorio, porque ya me siento fuera de balance y profundamente distraído.

—No sé qué carajo están haciendo ustedes —espeta Kelly cuando me paso más cerca—, ¡pero esto no se supone que esté sucediendo! —Ella aprieta los brazos y las piernas contra las cuerdas que la sujetan a la silla y tironea su cuerpo contra el metal. Las piernas rebotan contra el suelo de cemento. Su pelo despeinado marrón cae alrededor de su mandíbula huesuda y descansa sobre sus hombros.

Saco una silla extra y la pongo delante de ella.

—Estás aquí para darme información —digo con calma mientras tomo asiento, cruzando una pierna sobre la otra—. Siempre y cuando cooperes, y siempre y cuando digas la verdad, nadie va a hacerte daño.

Por un breve momento ella se ve confundida, sus grandes ojos saltones rebotando en nosotros tres, pero cuando sus ojos se posan en mí otra vez, ella sonríe, de todas las cosas.

Encuentro eso muy interesante. Ella no nos teme.

—¿Qué demonios es lo que quieres saber? —pregunta con una creciente sonrisa que estira sus labios finos y sin pintar.

—La ubicación actual de tu novio, Paul Fortright —le digo.

Su cara decae.

—¿Por qué? ¿Qué quieren con él?

—Eso no importa —le digo—. Y tú no eres quien hace las preguntas.



—P...pero no... quiero que le hagan daño —tartamudea, sus ojos constantemente lanzándose entre mí, Niklas e Izabel—. Solo dime de qué se trata.

No tengo tiempo para esto.

Me levanto de un salto de la silla y saco el cuchillo de Izabel de la envoltura alrededor de su muslo, y en un instante, entierro la hoja en la parte superior de la mano de Kelly. Sus gritos espeluznantes llenan el almacén, viajando desde la pared hasta el techo como un alma en pena herida.

—¡Fredrik! —dice Niklas en voz alta—. ¡¿Qué mierda?!

Siento los ojos muy abiertos de Izabel en mí, pero no ha podido todavía manejar algo que decir.

Me vuelvo a sentar en la silla con tanta naturalidad como lo había hecho antes, y esta vez me inclino hacia adelante con las piernas abiertas, metiendo mis manos entre ellas.

—¿Dónde está Pablo Fortright? —Pongo mi cabeza hacia un lado.

Las lágrimas caen por las mejillas enrojecidas de Kelly, pero no son tanto lágrimas de dolor como lo son de ira.

Si ella me pudiera matar ahora mismo, lo haría con una sonrisa en su rostro.

—¡Está en la casa de su maldito amigo! —Escupe ella airadamente—. Viendo la maldita lucha libre en pay-perview.

Echo un vistazo a Izabel momentáneamente y ella me está mirando con sorpresa y confusión en sus brillantes ojos verdes.

Niklas no dice nada más, aunque me doy cuenta por la vibra de que es solo una cuestión de tiempo.

—¿Y dónde está tu hija? —le pregunto a Kelly.

—¿Mi *hija*? —Un rayo de cierto miedo cruza su rostro—. ¿Po... por qué quieres saber de mi hija?

—Nadie va a hacerle daño a tu hija —le aseguro—. Pero si respondes una vez más con una pregunta, voy a poner el otro cuchillo de Izabel —miro hacia abajo a la mano en buen estado—, en *otra* mano.



—¡Ella está *con* él! ¡Pero por favor no le hagan daño! ¡Por favor! ¡Esto no se supone que debe estar sucediendo! —Comienza a llorar—. ¡¿POR QUÉ ESTÁ SUCEDIENDO ESTO?!

Me paro de la silla de nuevo e Izabel alcanza intuitivamente el cuchillo envainado a su otro muslo, colocando la mano alrededor de la empuñadura.

—¿Qué demonios estás haciendo, Gustavsson? —pregunta Niklas—. ¿Has perdido tu maldita razón?

—Sí, en serio, Fredrik —dice Isabel, todavía con la mano en el cuchillo, temerosa de que podría tratar de quitárselo.

—Ven conmigo —le digo con calma y sin darles la oportunidad de preguntar por qué, mientras me dirijo hacia la puerta lateral que conduce afuera.

—¡BASTARDO DE MIERDA! —grita Kelly desde atrás.

Salimos al aire frío y nos unimos a Dorian que está apoyando la espalda contra la pared de acero del edificio. Se aleja de ella de un empujón y se pone en posición vertical cuando nos ve, inmediatamente en estado de alerta.

—¿Qué está pasando? —pregunta Dorian.

—Eso es lo que *yo* quiero saber —dice Niklas.

Izabel se encuentra justo en frente de mí, mirándome con una necesidad desesperada de respuestas.

—Esto no es propio de ti, Fredrik —dice ella—. Ni siquiera le das la oportunidad de decirte nada.

—¿Qué hizo él? —corta Dorian y luego me mira directamente tan desesperado en busca de respuestas, casi tanto como Izabel—. ¿Qué hiciste, hombre? ¿Oh, mierda, la mataste ya?

—No —interviene Niklas, cruzando los brazos para mantener el calor—, pero estoy empezando a preguntarme si es una buena idea dejar que él vuelva allí porque tal vez sí podría hacerlo. —Él me mira con frialdad—. Ella no es el objetivo.

—Ella está en ello —le digo y el silencio sobreviene por un momento intenso—. Continúo mientras todos están mirándome, esperando respuestas—. Había algo raro en ella en el momento en que la atamos a la silla. No tiene miedo de nosotros.



—Ella parece ser un poco desafiante —añade Isabel.

—No puso mucho esfuerzo en preocuparse por el novio cuando le pregunté por su ubicación, tampoco. Debido a que fue un acto.

—Y ella lo entregó con demasiada facilidad —dice Isabel.

Asiento.

—Metió un maldito cuchillo en su mano —argumenta Niklas—. Yo diría que eso es una manera fácil de hacer que alguien hable.

—La tengo que hacer hablar, ¿no? —señalo.

Niklas piensa en eso un momento y se encoge de hombros debajo de su chaqueta de cuero negro.

—Sí, supongo que no puedo discutir con eso. Pero, maldita sea, Izabel tiene razón; no eres tú esta noche.

Eso es un eufemismo. Esta es la primera vez que alguna vez, en mis treinta y cinco años de vida, he estado demasiado preocupado por otras cosas para poder llevar a cabo un interrogatorio, y no tengo ningún deseo de comenzar incluso la tortura. Eso es *muy* distinto a mí.

—Está bien —dice Niklas—, ¿qué estás pensando? Tenemos que hacer algo más que quedarnos aquí y tratar de averiguar los misterios de la vida. Volvamos allí y averigüemos donde vive este amigo de Paul Fortright, por lo que lo podemos encontrar antes de que lo haga la otra organización, y terminar esta misión.

—¿Escuchaste lo que dije? —Hago un gesto de mis manos delante de mí—. Ella está *en* ello. Seguía diciendo “*Esto no tenía que suceder*”, porque estaba metida en ponerle una trampa al novio.

—Mierda, él tiene razón —dice Izabel ampliando los ojos y abriendo los labios. Se vuelve hacia Niklas—. El cliente es el padre de la chica a la que Paul Fortright supuestamente abusó. Vi el archivo. Él es un padre soltero. Su esposa murió el año pasado en un accidente automovilístico.

—Entonces, ¿qué? —dice Niklas, poniéndose más impaciente—. Nada de esto importa.



—Importa si Paul Fortright es un hombre inocente y Kelly Bennings y este cliente están trabajando juntos de algún modo para sacar a Fortright. Piensa en ello. Fortright nunca fue condenado por abuso sexual. Ahora hay un objetivo puesto sobre él. En cualquier otro momento lo encontraría normal. Mata al hombre culpable que cometió un error administrativo. Pero hay más en eso que esto y yo lo sé.

—Tiene razón —dice Isabel, mirando a Niklas para que esté de acuerdo, porque él supera en rango a todos nosotros.

—Mierda, esa mujer apesta peor que cualquiera de nosotros.

Niklas sacude la cabeza y suspira con agravación.

—Hemos venido aquí para hacer un trabajo —dice—. No jugar a detectives y superhéroes.

Él se aleja de nosotros, abriendo un camino entre Izabel y yo, rumbo hacia la puerta.

—No somos una orden de mercado negro, Niklas —le digo—. Si matamos a Paul Fortright y él es solo un hombre inocente que los culpables quieren matar solo para sacarlo de su camino, nos va a *hacer* una.

—Tiene razón, Niklas —dice Izabel suavemente desde atrás—, y yo no quiero eso en mi conciencia.

Niklas se detiene frente a la alta puerta plateada antes de abrirla. Sus hombros suben y bajan y aliento frío sale de su boca mientras se da la vuelta.

Llega al bolsillo de su chaqueta y recupera su teléfono celular.

—Dorian —dice Niklas—, ve adentro y quédate con Bennings por ahora. Asegúrate de que la perra apestosa no encuentre una manera de salir de esa silla. Y no la dejes en lo que hablamos.

—Me parece bien. —Dorian, como probablemente solo quiere salir del frío, entra en el edificio sin cuestionar.

Niklas habla con Victor durante varios minutos, explicándole todo lo que pasó. Y para el momento en que baja del teléfono, es evidente con solo escuchar a Niklas hablar con Victor que nuestra misión ha cambiado drásticamente. Nunca fue por el dinero para empezar. El pago de este trabajo ofrecía una gota en el océano comparado con lo que Victor acepta normalmente.



Niklas pone su teléfono en el bolsillo.

—Usaremos a Paul Fortright para atraer a la otra organización —comienza—, y luego los sacamos.

—¿Qué pasa con Fortright? —pregunta Izabel—. Por no mencionar ¿a esa perra loca allí, y su hija?

—Por ahora seguimos jugando el juego —dice Niklas, encendiendo otro cigarrillo—. Vamos a conseguir la dirección de la casa y la dejamos creer que vamos a matarlo y traer a su hija con ella. —Se detiene y mira a los dos con intención—. Pero no vamos a interferir en su drama de mierda. Victor quiere que tomemos los otros operativos, dejamos que Fortright viva por ahora y eso es todo. Diablos, ni siquiera estamos seguros de si esto es aún de fiar. Ustedes podrían estar delirando.

—Me ofende eso —espeta Izabel.

—Por supuesto que lo hace, Izzy. —Él sonríe y toma una larga aspiración de su cigarrillo, la brasa caliente de color naranja brillante alrededor de su cara—. Pero me importa una mierda.

La mandíbula de Izabel se aprieta y si las miradas mataran Niklas ahora sería una pulpa sanguinolenta.

De repente, mi teléfono vibra contra mi pierna y mi corazón termina en mi garganta. Mi primer pensamiento fue que es Greta llamándome sobre Cassia, pero cuando miro hacia abajo en la pantalla me sorprende ver que no lo es.

—Es Victor —digo en voz alta, aunque más a mí mismo.

Respondo rápidamente Niklas e Izabel escuchan, tan curiosos como yo lo estoy.

—Quiero que salgas del resto de esta misión —dice Victor al teléfono—. Vuelve a Baltimore y nos encontramos en la base en una semana.

Confundido y un poco preocupado acerca de sus razones, me toma un momento para poner mis palabras juntas.

—Soy capaz de acabar esto —le digo—. Sí, fui rápido para apuñalar a Bennings, pero conseguí el resultado que quería.



—Eso es lo que me preocupa —dice Victor—. No eres tú mismo. No eras tú mismo en la reunión de ayer, y no podemos permitirnos errores. Toma el tiempo libre y despeja tu cabeza. No es una opción.

Suspiro profundamente y cedo. Tanto como quiero quedarme aquí y terminar lo que empecé, quiero aún más volver a Cassia y averiguar lo que está recordado.

—Está bien —le digo en el teléfono—, retrocederé ahora.

Dos horas y media más tarde y mi vuelo está finalmente listo para salir de Seattle.

Me siento en el avión todo el tiempo, reproduciendo el vídeo de Cassia cantando en el sótano, una y otra vez, con mis audífonos presionados en mis orejas, para no molestar a las personas que se sientan a mi alrededor. Cassia sabe algo. Ella *recuerda*. Tiene que recordar. Puedo saborear a en mi boca que Seraphina está tan cerca. Finalmente, después de seis años de búsqueda incansable voy a estar con ella otra vez.



CAPÍTULO 13

Fredrik

Traducido por martinafab
Corregido por ღᄃ3Khaleesiღᄃ3

No he dormido en casi veinticuatro horas, pero estoy bien despierto cuando vuelvo a mi casa en Baltimore justo después de las 10:00 de la mañana del día siguiente. El viejo Honda Civic Amarillento de Greta está estacionado en la entrada. Me detengo a su lado y paro el motor.

Estoy increíblemente nervioso, un sentimiento tan extraño para mí que al principio no sé qué hacer con él.

Llevando mi bolsa de viaje de cuero negro en una mano, me dirijo por el camino de ladrillo rojo y siento como si no pudiera llegar a la puerta principal lo suficientemente rápido. La puerta está cerrada y mientras lucho por dar con la llave correcta, estoy esperando a que Greta abra la puerta como normalmente hace cuando sabe que estoy de regreso. Pero esta vez me doy cuenta de que no es consciente de mi regreso temprano.

Por fin abro la puerta y entro en silencio.

La casa huele a huevos y bollos y salchichas. Está impecable como de costumbre, ni una mota de polvo dejada en nada o incluso pruebas del desayuno que preparó a parte del persistente aroma en el aire. Pongo la bolsa con cuidado en el suelo de la sala de estar, queriendo evitar que sepan de mi presencia. Entro en la cocina, rodeando ese



espacio en el suelo que siempre cruje al caminar sobre él y me dirijo a la barra. Mi iPad está justo donde lo dejé antes de ir a Seattle, y en la misma posición horizontal como si Greta se hubiese asegurado de colocarlo exactamente como estaba y esperara que no lo fuera a notar. Desbloqueo la pantalla y muevo el dedo sobre la aplicación, abriendo la transmisión en vivo del sótano.

Están sentadas en la cama de Cassia hablando. Aparentado ser inofensivas. Subiendo el volumen sólo un poco, escucho su conversación durante varios minutos. Nada de importancia. Greta le está contando a Cassia de su hija y su viaje a Monte Carlo del año pasado. Cassia sonrío tan maravillosamente, tan inocentemente, y me afecta en el peor de los sentidos. Aparto el dolor y la culpa que siento por mantenerla encarcelada durante tanto tiempo, impidiéndole vivir la vida y ver el mundo como yo sé que sueña con verlo. Ese brillo en sus ojos marrones es inconfundible mientras escucha a Greta hablar de Monte Carlo. Ella misma se está imaginando allí. Y en lugar de insistir en la verdad de su situación, ella solo sonrío y lo acepta.

Soy un maldito hijo de puta.

Con las palmas de las manos contra la encimera, bajo la cabeza levemente entre mis hombros rígidos y dejo escapar un suspiro largo y miserable, cerrando los ojos suavemente.

Pero cuando los abro de nuevo, me doy cuenta de algo que me choca y me hace ponerme de nuevo en posición vertical. Se me amplían los ojos con pánico. Una vez que me las arreglo para deshacerme del entumecimiento paralizante del que mi cuerpo ha sido víctima, me lanzo por el pasillo hacia la puerta del sótano, abriéndola de golpe y luego pisando los escalones de concreto de dos en dos hasta que llego a la parte inferior.

Tanto Greta como Cassia saltan al verme, Cassia arrojándose contra la pared del otro lado de la cama.

Voy hasta ella y en un arrebato la pongo entre mis brazos.

—¿Por qué lo quitaste?! —le grito a Greta, mi voz y mi cara llena de reprimenda.

Greta dispara a ponerse de pie mientras Cassia presiona la cabeza duramente contra mi pecho. La agarro con un brazo alrededor de la parte posterior de su cintura y la otra por debajo de las curvas de sus piernas.



Echo un vistazo breve al tobillo de Cassia donde se supone que el grillete tiene que estar, y luego otra vez a Greta que está cerca de cinco segundos de conocer a su creador.

—Por favor, Fredrik —Cassia llora en mi pecho—, no culpes a Greta. Le supliqué que me lo quitara. Me estaba haciendo daño. —Pone su pequeña mano en el lado de mi cuello para aferrarse a mí. Por poco me marchito bajo su toque.

La sacudo rápidamente y pongo a Cassia sobre la cama.

—Tráemela —le exijo a Greta.

Greta, con miedo de hablar, se apresura a coger la cadena en la mano. Agachándome en el suelo delante de Cassia, deslizo la delgada bata amarilla por sus suaves piernas, rozándole la piel con los dedos y ésta reacciona ante mi tacto cuando pequeños escalofríos aparecen.

—Lo siento mucho, señor Gustavsson. —Greta sostiene el grillete hacia mí—. No la habría dejado escapar. Pero estaba preocupada por su tobillo. Lo limpié como siempre me ha pedido.

—Ya te he dicho que nunca lo quites. Nunca. —Con mis manos sobre los cálidos muslos de Cassia, vuelvo la cabeza lentamente, con indignación, y miro a Greta de pie junto a mí, a mi derecha—. Si no le gustaras tanto... —aprieto la mandíbula y miro hacia otro lado.

Tranquilizándome a mí mismo, le doy a Cassia toda mi atención de nuevo, deslizándola su pierna hacia abajo en mi mano libre, hasta dejarla junto a su tobillo. Y entonces me detengo y dejo caer el grillete al suelo en vez de ponérselo de nuevo. Dejando escapar un profundo suspiro, bajo la mirada hacia mis zapatos, sintiéndome aún más culpable de lo que me sentía cuando había estado observándola desde la transmisión en vivo. Miro de nuevo el tobillo lesionado de Cassia. Sangre se ha extendido allí donde el metal raspaba contra la parte posterior de su pie, justo encima del talón. Y hay pequeñas ampollas en un patrón horizontal en el interior de su tobillo, justo debajo del hueso del tobillo. Tiene la piel amarillenta por los moretones, y roja e inflamada alrededor de los cortes y ampollas. Algo claro brilla por toda su piel, probablemente ungüento antibiótico que Greta le puso después de limpiarla.

—Mierda —digo en voz baja.

Me levanto y recojo a Cassia de la cama, envolviendo mis brazos alrededor de su pequeña figura. Ella envuelve las piernas alrededor de mi cintura y los brazos



alrededor de mi cuello. Su cuerpo tiembla contra el mío, aunque sé que es sólo miedo por Greta y no por sí misma.

—Discutiremos esto por la mañana —digo, volviéndome hacia Greta que está mirándome con tranquilo temor en sus rasgos—. Ven aquí a la hora habitual.

—Sí, señor. —Ella inclina la cabeza y se mueve rápidamente hacia la escalera.

En el momento en que escucho la puerta del sótano cerrarse, aprieto los brazos alrededor del cuerpo de Cassia y cierro los ojos para saborear el momento.

—Por favor, no le hagas daño a Greta —susurra con voz llorosa en un lado de mi cuello.

Trago saliva.

—No voy a hacerle daño —le susurro como respuesta, y acuno la parte posterior de su suave cabeza rubia en la palma de mi mano libre.

La sensación de sus muslos desnudos apretándose alrededor de mi cintura me pone duro. El calor entre sus piernas en mi estómago. Trato de ignorarlo, empujando mi necesidad de estar con ella lejos en el fondo de mi mente. Pero es tan difícil. Doloroso y tortuoso.

Cassia es mi castigo. Yo sé que lo es. Por todas las cosas horribles que le he hecho a la gente en todos estos años, he sabido desde el pasado año que ella debió haber sido enviada como mi castigo. Y mi perdición. Preferiría estar atado a mi propia silla y que me sacaran los dientes, o me clavarán agujas debajo de las uñas o me arrancaran la piel, que sufrir *este* tipo de tortura. Preferiría morir. Sólo matarme y acabarlo de una vez. El dolor de estar cerca suyo y saber que no puedo ceder a mis sentimientos por ella, es el peor tipo de dolor que jamás he sentido.

Y la única otra cosa que quiero más en este mundo que encontrar a Seraphina, es que este dolor desaparezca.

—Debería estar más aquí —le digo en voz baja en su cabello—. Mi trabajo ha sido más exigente de lo habitual. Nunca quise descuidarte.

Cassia levanta la cabeza de mi hombro y me mire profundamente a los ojos mientras la mantengo apoyada alrededor de la cintura con su trasero en mis manos.

Esto no está bien.



Debería ponerla de pie.

Ignoro mi voz interior y le devuelvo la mirada, luchando eternamente con mi conciencia.

La suavidad de los dedos de Cassia se arrastran por los lados de mi cara y luego sus labios caen en las esquinas de mi boca. Una y luego la otra.

Debería detenerla

Debería dejarla en la cama y dejarla estar.

No hago ninguna de las dos.

En cambio, la aprieto más y cierro los ojos suavemente, buscando sus labios con los míos, aunque todavía se resisten a probarlos. Porque sé lo que va a hacerme.

Antes de que me deje besarla, me aparto y la llevo hacia el cuarto de baño. Arrastro mis manos suavemente sobre la piel desnuda de sus muslos mientras la siento en la encimera.

Me quito de encima los pensamientos prohibidos de nuevo y tiro de su tobillo en mi mano.

—Esto se ve mal —digo—. Siento que haya dejado ponerse de esta forma.

—Greta se encargó de ello —dice amablemente.

—Sí, pero no debería haber llegado tan lejos. —Doy un paso hacia el estante alto en la pared y abro el armario, que también suele estar cerrado, pero no lo está. Saco algo de peróxido en una botella de spray y un paño limpio—. Voy a estar aquí todos los días durante la próxima semana, al menos —continúo, pulverizando el tobillo con el peróxido—. Pero creo que es mejor de esa manera.

Todavía me molesta que me hayan dado un "permiso de ausencia" porque obviamente estoy demasiado distraído para llevar a cabo mis deberes, pero es lo mejor para todos.

—¿Fredrik?

—¿Sí? —no la miro, pero sigo limpiando sus heridas a pesar de que ya han sido limpiadas recientemente.

Hay una disputa de silencio momentáneo y finalmente Cassia habla en voz baja.



—Yo... bueno, no quiero que me dejes de nuevo. ¿Por qué no puedes quedarte aquí conmigo? O bien, ¿llevarme contigo cuando te vayas?

Levanto los ojos de mi trabajo y miro los suyos. Ella sonríe suavemente, pero también veo desesperación en sus delicadas facciones.

—Eso no es posible. —Miro de nuevo su tobillo.

Cambia de humor y puedo sentir que su sonrisa ha caído.

—No huiré —dice; la desesperación prevaleciendo en su voz—. Quiero estar aquí contigo. *Quiero* quedarme contigo. Tienes que creerlo.

Dejo caer su tobillo con más dureza de la que pretendía y la parte posterior de sus talones chocan contra la puerta del armario debajo de la encimera.

—¿Por qué te sientes así? —arremeto, las cejas endureciéndose en mi frente—. Cassia, mira lo que te he hecho ¿Cómo puedes decir o creer estas cosas por ti misma? Tienes que parar esto... ¡lo estás haciendo mucho más difícil para *mí*! —No quise decir eso último, pero para el momento en que me di cuenta, las palabras ya habían huido de mis labios.

Cassia sólo me mira, confusión y curiosidad en sus ojos.

—¿Por qué es más difícil para ti?

Le doy la espalda y vuelvo al armario y guardo el peróxido.

—Porque, Cassia, jamás podrá suceder. Nada más de lo que ya ha sucedido entre nosotros, jamás podrá suceder. —No puedo mirarla.

—Es por Seraphina —dice ella.

Asiento.

—Sí. Es por a Seraphina. —Odio la verdad. Me odio por la verdad.

Este es el máximo castigo.

—Pero yo estoy enamorada de ti —dice en voz baja por detrás y mi corazón se hunde dentro de mi pecho con una fuerza aplastante.

—¡No digas eso! —me giro para enfrentarla—. ¡No estás enamorada de mí, Cassia! ¡Ni siquiera sabes lo que estás diciendo!



Lágrimas brillan en las esquinas de sus ojos y lo único que quiero hacer es aplastarla contra mí y jamás soltarla. Pero no puedo y no lo haré. Sus ojos marrones café me miran con tanto dolor que casi no puedo soportar las consecuencias. Sus labios carnosos tiemblan en los bordes. Su cabello largo y rubio yace como seda sobre sus pequeños hombros desnudos, deteniéndose justo debajo de sus pechos que son algo visibles a través de la delgada tela de satén del vestido amarillo que lleva puesto. Me pregunto por qué nunca se viste con las ropas regulares que compré para ella. Pero sólo me lo pregunto por un breve instante.

Trato de apartar los ojos hasta que ella dice:

—Esa mujer tiene tal dominio en tu corazón que no puede respirar. Ella es la razón de que tu corazón sea oscuro. Mira lo que te ha hecho. Mira lo que te está haciendo todos los días de tu vida. —Mis manos se han apretado en puños a mis lados—. ¿Por qué no me *miras*? —Su voz comienza a elevarse desesperada.

Levanto la mirada y mis ojos caen sobre los suyos.

—Seraphina es malvada —dice—. Y mira lo que te está haciendo. —Un rastro de ira ata sus palabras.

Pero no es la ira lo que me llama la atención, es algo críptico que se encuentra debajo de ella.

—¿Qué estás diciendo, Cassia?

Niega con la cabeza suavemente y su mirada cae hacia el suelo.

—¿Cassia? —digo en un tono de advertencia—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—No —dice ella después de una larga pausa.

—Estás mintiendo.

Levanta la mirada. Dolor, resentimiento y amor residen en sus ojos.

Doy un paso más cerca.

—¿Qué has recordado?

—Nada.

—¡Dime la verdad! —Mis dedos se clavan en las palmas de mis manos—. ¡¿Qué has recordado?!



—¡Nada!

Golpea las manos contra la encimera.

—¡Maldita sea! ¡No me acuerdo de nada!

—¡Estás mintiendo!

Mis manos vuelan a sus brazos y la sacudo con tanta fuerza que su cabeza se mueve hacia atrás y adelante en el cuello.

—¡Dime la verdad, Cassia!

Me pica el lado de la cara de cuando ella libera un brazo y me da una bofetada tan fuerte en la mejilla que oigo un zumbido en mis oídos. Le agarro las muñecas con las manos y la empujo contra la pared donde solía estar el espejo, presionando mi cuerpo entre sus muslos abiertos. Sus pies se levantan sobre la encimera. Se le abren los ojos todo lo que pueden con la boca fruncida medio abierta mientras su respiración se expulsa rápidamente de sus labios. Puedo sentir su corazón latiéndole en las muñecas seguras bajo mis dedos apretados.

Inclinándome incluso más, mis ojos se clavan en los de ella, mis labios a centímetros de los suyos.

—Vas a decirme lo que recuerdas, Cassia, o te juro por el jodido Dios que te sentaré en esa silla. —Mi voz es calma, pero dura e implacable.

—Que te jodan —dice ella y es más sorprendente de lo que fue la bofetada en mi cara.

Me aparto sólo unos centímetros y la miro. Lágrimas fluyen de las comisuras de sus ojos. No es desafío lo que veo en ella, sino puro dolor.

—Recuerdo —dice, temblando—, recuerdo todo lo relacionado con Seraphina. Cómo la conozco. Por qué me quiere muerta. Lo recuerdo. —Sorbe por la nariz. Me está desgarrando por dentro verla así. Pero no puedo dejar que me afecte. No ahora de todas las veces que lo ha hecho desde que he tenido posesión de ella.

—Dime.Lo.Que.Sabes.

Ella niega con la cabeza y mis manos aprietan más alrededor de sus muñecas presionadas contra la pared detrás de su cabeza.



—No voy a decirte nada hasta que tú no me digas *todo*.

Apretando los dientes, mantengo la posición de su cuerpo contra la pared durante unos pocos segundos más antes de finalmente soltarla. Doy un paso hacia atrás. Tengo la cabeza llena de pensamientos despiadados. Una mirada oscura sin alma cubre momentáneamente mi visión y todo lo que veo delante de mí es lo que me *gustaría* que ella fuera. Seraphina. La otra mitad de mi alma. La única otra persona en este mundo que puede controlarme, que puede controlar mis impulsos, mis violentas, tendencias asesinas. Porque si ella estuviera aquí, podría follarla. Podría sacar la ira y la culpa y el dolor y la venganza sobre ella y ella me amaría por ello. Porque Seraphina nunca quiso que fuera amable. *Quería* que le hiciera daño. Quería que la hiciera sangrar. Quería sentir cuando sacaba mi lado más oscuro porque sólo estaba en paz consigo misma cuando alguien más oscuro que ella lo tenía controlado. Yo era la única persona más oscura que Seraphina. Juntos, no podríamos rompernos.

La necesito ahora.

La necesito ahora porque Cassia *puede* romperse. Y yo no quiero herir a Cassia. Nunca podría vivir conmigo mismo si permitiera que mis demonios arrasaran con ella como yo arrasé con Seraphina.

En algún momento durante mi mirada sin alma, Cassia logró deslizarse de la encimera y ahora está de pie frente a mí.

¿Cómo he llegado a esto?

Levanto la mirada para encontrarme con que ya he salido del baño, pero no recuerdo haber traspasado la puerta.

—Fredrik —la voz de Cassia es suave y suplicante y preocupada.

Levanto ambas manos, creando un muro entre nosotros. Se detiene y me mira con dolor en sus ojos.

—Te lo voy a preguntar una vez más —digo con calma y evito el contacto visual—: Dime lo que recuerdas.

—Lo siento —dice ella con suavidad y para nada enfadada—, pero quise decir lo que dije. Me debes mucho. No me importa lo que me hagas. No me importa si me pones en esa silla de nuevo. —Siento su presencia cuando da un paso más cerca, pero yo doy otro hacia atrás—. Haz lo que tengas que hacer.

Un último intento desesperado me consume y giro el resto del camino hacia ella.



—¡No puedo decírtelo! —Me inclino hacia su rostro, pero ella se queda firme en lugar encogerse y alejarse de mí como medio esperaba que hiciera—. ¿Por qué estás haciendo esto tan difícil, Cassia? —Mi voz empieza a calmarse, reduciéndose de ira a suplicante—. No puedo hablarte de Seraphina. ¡No a ti, de toda la gente en este jodido mundo! ¡¿Por qué no puedes *entenderlo*?!

Cassia levanta la mano y se limpia las lágrimas de los ojos. Entonces, muy despacio, como si fuera la última cosa que quisiera, se vuelve sobre sus talones y camina hacia la esquina en la que a menudo la encuentro.

Se sienta, presionando la espalda contra la pared y tirando de las rodillas hacia el pecho con su vestido extendido sobre ellas.

Entonces me mira y dice por última vez:

—Haz lo que tengas que hacer.

Queriendo presionar mi puño a través de una pared, me dirijo rápidamente hacia el grillete y la cadena, cogiéndolos en la mano y me acerco a ella con ellos. Agachándome a su lado, le tomo del tobillo que no está lesionado y cierro el grillete a su alrededor. No me mira y mucho menos forcejea.

Me dirijo a la escalera y me detengo sólo el tiempo suficiente para oírle decir:

—Te perdonaré, Fredrik. Por lo que sea que tengas que hacerme —y trago el dolor que sus palabras causaron y la dejo allí.

No puedo torturarla. Tal vez lo sabe. Tal vez me está tomando por tonto, usando la psicología inversa en mí. No lo sé, pero no puedo hacerle eso a ella.

Pero voy a hacer algo.

Antes de que acabe el día, me dirá lo que recuerda.

Se lo sacaré. De una manera u otra.



CAPÍTULO 14

Fredrik

Traducido por martinafab
Corregido por ღᄃᄃKhaleesiღᄃᄃ



Paso el resto del día ignorando a Cassia, y sólo compruebo como está de vez en cuando a través de la señal de video streaming de su habitación. He pensado en todo y la única idea que me viene a la cabeza es obligarla a ver otro interrogatorio. Obligarla a verme matar a un hombre. Durante un rato, era lo que tenía previsto hacer. En lugar de hacerla verlo desde un lado del sótano, iba a atarla a una silla *en* la sala de interrogatorios conmigo y dejar que lo vea de cerca y personalmente. Dejar que presenciara la horrible tortura que apenas puede soportar ver a través de una pantalla de televisión. Oler la sangre fresca mientras está drenándose, el sudor.

Pero sólo hay un problema: no tengo a nadie a quien torturar. No queda nadie como Dante Furlong que sé que merece pasar por eso. El de “respaldo” más cercano que tengo está a cuatro horas de aquí y no puedo dejar a Cassia sola en el sótano durante tanto tiempo.

Sintiéndome totalmente derrotado, y enojado, y resentido hacia Cassia por mantener la única cosa de mí que necesito, me levanto como un disparo del sofá, accidentalmente golpeando la bandeja portátil con mi cena y tirándola al suelo.



Levantando ambas manos, las arrastro a través de la parte superior de mi cabello oscuro, apretando los dientes y reprimiendo el rugido situado detrás de mi lengua.

Mis brazos caen a los costados y levanto la mirada hacia el techo, dejando que la derrota haga lo que quiera conmigo.

Pero entonces, de repente, un pensamiento parpadea en mi mente y todo está bien en el mundo de nuevo. Agarro el iPad del sofá junto a mí y enciendo la cámara de mi habitación. En una pantalla dividida, Cassia levanta la mirada instantáneamente cuando oye el televisor en su habitación encenderse. Se queda mirando la transmisión en vivo de mi cuarto vacío por un momento, curiosa, confundida y nerviosa.

Si no puedo asustarla o torturarla para sacarle la información, voy a extraérsela de una manera igualmente cruel.

Deslizo los pies en mis zapatos de vestir y luego los brazos en las mangas de mi chaqueta de traje, después encogiéndome en mi largo abrigo. Cuando entro rápidamente a la cocina agarro mis llaves del mostrador y salgo de la casa.



Generalmente no es mi estilo, elegir a una mujer de un bar ruidoso como éste que huele a ceniceros y whisky barato. El lugar es ruidoso con voces de borrachos y una especie de rock clásico fluyendo continuamente de los altavoces de un tocadiscos. Suelo cazar en lugares más tranquilos donde sirven vino y puedo oírme a mí mismo pensar. Pero esta no es una noche típica y no tengo tiempo para cazar en los lugares habituales.

Estoy fuera de lugar, vestido con un traje de Armani y zapatos negros brillantes y un reloj de ocho mil dólares. Todo está llamando la atención, pero eso sólo hace que sea más fácil para mí.

No pasa mucho tiempo después de que esté sentado en el bar con mis zapatos apoyados en el eje del taburete para encontrar a la mujer que quiero. Cabello oscuro que fluye más allá de sus hombros. Sus ojos son marrones, puedo decirlo incluso desde tan lejos a través de la sala. Es menuda, llevando puesta una falda negra holgada que se detiene justo encima de las rodillas, y un par de botas negras de mujer vaqueras en los pies. Un top negro de manga larga con botones en la parte delantera le cubre la parte superior del cuerpo, pero los pocos botones superiores han quedado desabrochados revelando su escote. Un collar de plata de cadena larga está envuelto



alrededor de su delicada garganta color crema con un colgante colgando en el extremo que cae por debajo de sus pechos.

Está soltera. Al menos por esta noche lo está. Lo puedo decir por la forma en que los dos hombres de pie junto a ella al lado de la mesa de billar están echándole miraditas a ella y a su amiga. La forma en que ambas mujeres sonríen y se sonrojan cuando los hombres dicen lo guapas que son y lo mucho que les gustaría llevárselas a casa esta noche. En realidad no puedo oír lo que están diciendo, pero como sean sus palabras exactas, todo se traduce a lo mismo.

La mujer de pelo oscuro, la que yo quiero, ya ha hecho contacto visual conmigo una vez.

Esto va a ser fácil.

Me siento inclinado sobre la barra con los brazos descansando sobre la parte superior, un pequeño vaso de whisky en la mano derecha. Corro las puntas de los dedos hacia arriba y hacia abajo por las hendiduras artísticas en un lado del vaso para aparentar estar distraído. Mi abrigo largo negro cubre la parte posterior del taburete detrás de mí. Me dejé la chaqueta de traje puesta, desabrochada, y la camisa blanca de vestir por fuera de los pantalones.

Por último, tomo un pequeño trago, dejando que el borde de la copa vague cerca de mis labios después. Miro de nuevo a mi izquierda y por supuesto la mujer me está mirando como si ella hubiera estado esperando a que mirase.

Demasiado fácil.

Sonríe íntimamente y luego mira a su amiga de pelo claro. Palabras pasan entre ellas, pero me da la sensación de que no son cercanas, probablemente acaban de conocerse esta noche porque la otra mujer parece más interesada en los dos hombres que en su conversación. Pronto, los cuatro están mirando en mi dirección, los dos hombres con decepción en sus rostros.

La mujer de pelo oscuro coge su pequeño bolso negro de la mesa en la esquina y se lo mete debajo del brazo.

Camina hacia mí, sacudiendo sus caderas bien formadas suavemente debajo de la falda.

—Hola —dice tímidamente mientras se acerca, pero me da la sensación de que hay poca timidez en ella. Tal vez está fingiendo ser del tipo tímida, pero yo ya siento



que no está en su naturaleza rechazar a un hombre como yo, uno que sabe muy dentro de ella en alguna parte que es el tipo de hombre que encarna el control sexual.

—Buenas noches —respondo con una leve sonrisa.

Ella se sonroja.

Me levanto a mitad de mi taburete y hago un gesto hacia el que está vacío a mi lado, indicándole que se siente. Ella lo hace, apoyando la bota en el eje para empujarse a sí misma en el asiento. Apoya su pequeño bolso en la barra.

Huele bien, como polvo perfumado ligeramente espolvoreado por su piel. Se acaba de lavar el pelo y aunque ha estado bebiendo, todavía puedo oler débilmente rastros de su pasta de dientes de menta.

Hago un gesto al camarero que se acerca y espera.

—¿Quieres un trago? —le pregunto a la mujer.

Ella sonríe y sus ojos marrones parecen centellear.

—Claro, gracias —dice—. Ron con Coca-Cola.

Cuando el camarero va a preparar su bebida, tomo otro trago del mío y empujo el vaso de mi camino. Me doy la vuelta en el taburete hacia ella, dejando el codo derecho sobre la barra.

—No es frecuente que hombres como tú vengan aquí —dice ella.

El camarero pone su vaso en la mesa y luego nos deja solos.

—¿Hombres como yo? —pregunto casualmente.

Ella asiente con un rubor que crece en sus mejillas.

—Bueno, sí —dice, acariciando las hendiduras en la copa como yo lo había estado haciendo—. Un hombre de negocios con clase por lo que se ve. Con un acento en eso. —Mira el reloj que está debajo de la manga de mi chaqueta—. Y los hombres aquí por lo general no vienen llevando Rolex.

Interesante. Realmente sabe identificar un Rolex cuando lo ve y ni siquiera necesita echar un vistazo más de cerca. ¿Cazafortunas? ¿Rica por sí misma? Podría ser un montón de cosas diferentes, pero una cosa que no es, es recatada, y tiene una relación profunda con el dinero. Pero está lejos de ser vulnerable. No, ésta es buena en



sus propios juegos. Podría engañar fácilmente a un hombre haciéndole *pensar* que es vulnerable. Pero yo no soy un hombre que se deja engañar fácilmente. Me pregunto si es lo suficientemente buena como para darse cuenta de eso.

—Gwen —se presenta a sí misma—. ¿Qué te trae a un lugar como este? ¿Necesitabas ahogarte en tus penas? ¿Problemas con la esposa? —Mira mi dedo anular desnudo.

—Fredrik —me presento con una leve sonrisa oscura—. Afortunadamente no tengo penas que ahogar. Y, ciertamente, ninguna esposa.

Ella sonríe y toma otro trago. Luego aparta el vaso del camino con las puntas de sus dedos largos y delgados, después apoya el codo en la barra superior. Cruza las piernas y sigilosamente tira de los extremos de su vestido por encima de la rodilla tirando del tejido en su regazo con la mano libre. Tiene rodillas sexys unidas a unas piernas largas y flexibles.

Gwen es una mujer con mucha confianza escondiéndose detrás de la apariencia de una tímida Jane. Es una cazadora, como yo. Y está acostumbrada a salirse con la suya. Está acostumbrada a que los hombres babeen al verla, que no pueden pasar mirando sus pechos el tiempo suficiente para ver que está jugando con ellos.

Esta noche va a ser interesante para ella, si no le abre los ojos.

Si esto fuera cualquier otra noche y encontrar a mi ex-esposa no fuera una prioridad, podría querer cazar a esta mujer un poco más. Tomarme mi tiempo. Sentirla para averiguar cuál es su juego. Lo jugaría sólo porque puedo y porque ella no es tan diferente a mí y probablemente también lo disfrutaría.

—¿De qué es? —pregunta—. El acento.

Sus ojos parecen iluminarse con las posibilidades, como si la idea de acostarse con un hombre con acento la excitara.

Me inclino hacia ella, cerrando el espacio entre nosotros e inhalando su olor. Mi mirada escanea la curvatura de su cuello y la gordura de sus labios de color malva.

—Sueco —le respondo y dejo que mis ojos se posen en los de ella. Me inclino más cerca para que ella pueda sentir el calor de mi aliento en el lado de su cuello—. Debo decirte, Gwen —su cuerpo se inclina hacia con avidez—, nunca pierdo el tiempo con el ritual de apareamiento, llegar a conocernos el uno al otro antes de que nos follemos ofreciendo pequeñas cucharadas de información personal para romper el



hielo. —Siento su cuerpo tensarse y su respiración comienza a profundizarse, pero ella no hace ningún esfuerzo en alejarse de mí—. Si quieres irte conmigo, entonces vamos. Te puedo prometer una cosa.

Me alejo y la miro, esperando su respuesta. Sus ojos están muy abiertos y esa boca regordeta suya está parcialmente abierta. Ella ya no es la segura de sí misma, la mujer de juegos que era cuando caminó hacia aquí. Está aturdida por probablemente la primera vez en su vida.

Ella vacila por un largo momento, contemplativa y finalmente pregunta:

—¿Qué me puedes prometer, exactamente? —Entonces se ríe nerviosamente y añade—: ¿Que no me matarás y tirarás mi cuerpo en un contenedor de basura? — Parece sólo ligeramente preocupada por esa posibilidad.

Sonrío y hundo los dedos alrededor de mi copa antes de llevarla a mis labios y tomar un trago.

—No, no voy a hacer eso —le digo y bajo el vaso de nuevo—. Pero lo *haré* a mi manera contigo, es decir, si puedes soportar la situación. No voy a mentirte, no soy gentil.

Se muerde con ternura la esquina de su labio inferior.

Gwen hace una pausa y luego gira lentamente en el taburete, mirando hacia adelante. Toma otro pequeño trago y pone el vaso en la mesa dejando que sus dedos permanezcan en el borde mojado. He visto esa mirada de emoción y el conflicto en una mujer antes. Es inconfundible, la mirada de una mujer que quiere probar la oscuridad sin importar los riesgos. Su piel color crema está ruborizada por el calor. Sus dedos largos y delgados siguen bailando alrededor del borde de la copa en un movimiento repetitivo lento. El borde interno de su labio inferior sigue húmedo mientras la punta de su lengua húmeda lo traza cuidadosamente.

Leyendo silenciosamente sus pensamientos, que son tan fuertes como la música tocando en el fondo, me obligo y dejo caer el brazo derecho de la barra, deslizando mi mano entre sus muslos y separándolos cuidadosamente. Sin mirarme, y sin objeciones, su cuerpo cede y sus piernas se descruzan en el taburete.

Al igual que el resto de la barra, la zona es oscura, sólo el brillo naranja y rojo de varias luces de la barra tarareando contra las paredes. La sombra juega contra el perfil de Gwen, acentuando la forma en que su garganta se mueve cada pocos segundos cuando traga. Y cuando mis dedos se deslizan detrás del elástico de sus bragas finas en



la curva de su pierna, la sombra revela cómo se separa su boca aún más con anticipación.

Rozando su pequeño grano de sexo, Gwen jadea ligeramente y ambas manos colapsan alrededor de su copa en la barra, con los dedos flojos, pero inquietos. Separa más las piernas, dándome, suplicándome, más acceso.

Deslizo el dedo medio dentro de ella y la siento apretarse a mi alrededor, deseando mantenerme ahí. Sus ojos se cierran suavemente. Su espalda se ha enderezado como una chica inglesa correcta. Sus hombros están un poco rígidos, sus pechos agitándose con cada respiración llena de placer que toma, pero que trata de contener por el bien de estar en público. Y sólo cuando siente la sensación de mi dedo deslizándose con cuidado de ella gira la cabeza para mirarme de nuevo. Colocando la mano sobre la parte superior de mi vaso, dejo caer mi dedo medio entre los otros y lo sumerjo en el whisky antes de tomar un trago. Dejo el vaso sobre la mesa, colocando después la punta de mi dedo mojado en mi boca y saboreándola.

Ella sólo me mira fijamente. Lujuriosa. En conflicto. Confundida.

Entonces me levanto del taburete y aparto el abrigo largo de la parte posterior, deslizando los brazos por las mangas. Gwen me mira en silencio, con intensidad, todavía luchando con el ángel en su hombro que perdió ante el diablo en el otro lado en el momento que la toqué.

Dejo caer un billete de cincuenta dólares en la barra al lado de mi vaso.

Y entonces me alejo.

No miro hacia atrás mientras me dirijo a la salida frontal, pasando mesas ocupadas y camareras ocupadas y empujándome a mí mismo a través de las gruesas volutas de humo de cigarrillo.

Tan casualmente como había entrado, salgo al aire gélido, juntando mi abrigo en la parte delantera mientras el viento roza fuertemente mi cara. Antes de que baje de la acera y entre al estacionamiento, escucho la música y las voces desde el interior del bar de la puerta principal cuando Gwen sale de ella caminando hacia mí.

—Voy a arriesgarme con lo del contenedor de basura —le oigo decir y yo sonrío dándole la espalda.

Me vuelvo hacia ella, con las manos enterradas en los bolsillos. Lleva puesto un abrigo largo, también, con una capucha forrada de piel de imitación envuelta



alrededor de su pelo oscuro donde mechones sueltos empujan contra su rostro por el viento.

Es bastante guapa.

—Me alegro de oír eso —digo con total naturalidad.

Ella sonríe, rompiendo un poco de la tensión sexual en aras de la conversación.

—Eres realmente... contundente.

Me encojo de hombros y curvo suavemente los labios.

—Supongo que lo soy. —Sonrío débilmente con la boca cerrada, ofreciéndole la mano.

Sonríe y pone sus dedos entre los míos.



CAPÍTULO 15

Fredrik

Traducción SOS por Otravaga
Corregido por ჯჳჳKhaleesiჯჳჳ

Estamos en mi casa después de diez minutos de viaje. Gwen habla mucho. Tal vez está nerviosa después de entrar en un auto a altas horas de la noche con un hombre al que no conoce, pero no podría importarme menos lo que tiene que decir o lo que podría estar pensando. La traje aquí por una cosa y no es conversación.

—Vaya, esta es una bonita casa —dice cuando entra por la puerta—. Desde el exterior, nunca esperé que se viese así de... costosa. —Me mira con signos de dólar en sus ojos mientras le quito el abrigo desde atrás—. No es que el exterior se vea mal, es sólo que es... bueno, muy diferente. —Ella sonríe.

No respondo al ritual de apareamiento. Ya esto está empezando a sentirse como el inicio de una relación de citas... incluso si es sólo con mi dinero. Y yo no salgo en citas. De hecho, no me va eso de las relaciones “normales”. Esto es muy incómodo para mí.

Desearía que simplemente dejara de hablar.

Necesitaba una casa que pasara desapercibida para que fuese más difícil de encontrar para la Orden. Así que elegí una pequeña y vieja casa de ladrillos y rediseñé el interior para adaptarse a mi costoso estilo de vida. Pero puse el mayor énfasis en el gran sótano. Quería que Cassia se sintiera segura en mi casa... a pesar del encarcelamiento.



Me saco mis dos abrigos y abro los botones de mi camisa de vestir. Gwen me mira con una lujuria vagamente oculta en sus ojos, y un poco de preocupación, que no va a desaparecer hasta que esté segura de que sólo la traje aquí para el sexo.

—¿Cuánto tiempo has vivido aquí?

Mátenme ahora.

—Quítate las botas —digo, sólo para descarrilar la cháchara inútil.

—¿Eh?

Inclino mi cabeza ligeramente hacia un lado.

—Dije que te quites las botas. —Mi expresión estándar nunca flaquea.

Los ojos de Gwen se amplían un poco más. Se muerde el labio inferior de nuevo.

Me quito la camisa y la dejo en el respaldo de la silla de cuero cercana.

Por último, para aliviar sus miedos y poner en marcha esta noche, me inclino hacia su boca y digo:

—No te voy a obligar a quedarte... —Rozo sus labios y deslizo mi mano hasta la parte inferior de su falda. Ella jadea—, pero si te *vas* a quedar, vas a hacer lo que sea que yo te diga. ¿Está claro? —Mi dedo medio presiona entre sus labios inferiores sobre la parte superior de sus bragas mojadas. Un pequeño gemido vibra de sus labios a los míos mientras deslizo mi lengua en su boca. Respirando profundamente, la beso con una intención depredadora y cuando me alejo, a ella le toma un momento más de lo que debería para abrir los ojos de nuevo.

—Ahora quítate las botas —repito.

Se las quita sin renuencia esta vez, y luego las esquinas de su boca de labios cerrados se elevan seductoramente mientras espera mi próxima orden. Pero lo que realmente quiero que haga es que me diga que me vaya a la mierda. Quiero que sea desafiante y agresiva, como a menudo lo era Seraphina. Quiero que me golpee, pero que todavía quiera que la deprede con lujuria y violencia. Ese es el tipo de sexo que necesito esta noche, pero sé que no puedo tenerlo porque sólo Seraphina puede dármelo del modo en que ansío.

Pero esto no es sobre mí. Esto es *todo* por Cassia.



Extiendo ambas manos y toco los botones de la camisa de Gwen, quitándosela una vez que el último botón está abierto. Sus pechos de tamaño generoso están prácticamente a punto de salirse de su sujetador de encaje negro. La cadena que lleva yace cuidadosamente entre ellos. Alcanzo su espalda y cierro los dedos alrededor de la parte trasera, desabrochándolo en el primer intento. Sus ojos están mirando a los míos, pero no estoy dispuesto a devolverle el gesto. Ella tiene que ganárselo.

Su sujetador cae alrededor de sus pies descalzos junto con su camisa y ella permanece frente a mí medio desnuda. Casi todo rastro de nerviosismo se ha ido, dejando sólo anticipación y deseo. Ella aparece recatada, con sus ojos bajos de una manera sumisa.

Eso me frustra, pero lo ignoro.

Ajustando los dedos detrás del elástico de su falda, deslizo el material lentamente sobre sus caderas y sus muslos. La tela se acumula alrededor de sus pies. Una vez que está completamente desnuda, enrolló mis dedos en la parte posterior de su cabello, halando su cabeza hacia atrás, sorprendiéndola en la sumisión completa. Sus ojos se ensanchan más, inseguros, incluso con un poco de miedo. Pero ella no dice nada y la dirijo hacia mi habitación al final del pasillo, encendiendo la luz del techo cuando paso por el interruptor de la puerta para que Cassia pueda ver todo sin que las sombras y la oscuridad le impidan la vista.

Empujo a Gwen de rodillas en el piso alfombrado donde no se atreve a moverse. Puedo sentir cada parte de su cuerpo ya abierto para mí, desesperada por sentirme dentro de ella. Ha jugado este juego antes. Sabe cómo ser sumisa. A ella le gusta. Y en cualquier otra ocasión me acomodaría a ese deseo y lo disfrutaría, porque soy un hombre de control. Pero la verdad es que nunca he respetado a una mujer totalmente sumisa a mí. Me gusta una mujer que de pelea, no que ladre cuando le diga que ladre, o que chupe sin discutir cuando ponga mi polla en su boca.

Ni siquiera Cassia, tan suave y frágil como es, quien sé que haría cualquier cosa por mí, se sometería a sí misma a esto. Y eso sólo me hace preocuparme por ella mucho más.

Cassia...

Miro hacia la pequeña cámara oculta en el armario de la habitación. Me pregunto si me está mirando.

¿Por qué tengo la esperanza de que no lo esté haciendo?



Me lo saco de la cabeza rápidamente cuando siento la mano de Gwen moviéndose entre mis piernas por encima de mis pantalones. Ella me mira sugestivamente, y bastante sorprendida, con sus ojos almendrados suavizados por la disposición, calentados por el hambre.

Si tan sólo Seraphina estuviese aquí para ser parte de esto. Era la única que podía hacer que una chica sumisa resultara excitante para mí.

Retuerzo de nuevo la parte posterior del cabello de Gwen en mi puño y la halo para ponerla de pie.

—Te preferiré de rodillas sobre la cama.

Soltando su cabello una vez que está de pie, ella hace exactamente lo que le digo, apenas mirando sobre su hombro hacia mí, diciéndome con sus ojos que está bien, que quiere que esto de la manera en que *yo* lo quiero. Sólo que esta *no es* la manera en que lo quiero y sigo fingiendo.

Gwen se arrastra por el borde de la cama y me paro detrás de ella, colocando mi mano sobre la parte baja de su espalda y presionando su cuerpo hacia adelante para levantar su culo en el aire. Mi polla se sacude cuando la toco con el dorso de mi dedo medio, deslizándolo longitudinalmente entre sus húmedos labios inferiores. Dos nalgadas resuenan a través del aire cuando cacheteo cada una de sus nalgas con fuerza suficiente como para hacerla gemir.

—No te muevas —le digo mientras doy un paso hacia la mesilla de noche, sacándome los pantalones en el camino.

Después de cerrar el cajón de la mesilla, la envoltura del condón está en el piso segundos después y estoy detrás de Gwen de nuevo.

—¿Qué fue eso? —Gwen levanta el rostro del colchón, las cejas juntándose mientras se concentra en escuchar el llanto que yo pretendo no haber escuchado.

Pero *sí* lo escuché. El lado de Cassia del sótano está directamente debajo de mi habitación, precisamente donde estoy parado.

De repente, siento una urgencia mayor de comprobar la transmisión de video de su habitación en mi teléfono celular, que de continuar con lo que estaba haciendo.

—Un condón —digo, fingiendo.

Ella gira su cuello en ángulo de modo que puede verme.



—No, me pareció oír algo... como un llanto.

—Yo no oí nada —digo—. Puede haber sido la televisión en el sótano.

Gwen acepta mi respuesta y presiona su mejilla contra la cama otra vez.

Trato de ignorar mis pensamientos de Cassia, aferrando los muslos de Gwen firmemente en mis manos y presionándome contra ella. Pero *no puedo* ignorarla y me enfurezco conmigo mismo, hundiendo los dedos en la carne de Gwen.

—¡Ayy! ¡Jesús! Carajo eso *duele*... —Ella suena enojada. Pero sólo un poco.

¿Eso era *resistencia*?

Repentinamente, siento como que después de todo podría conseguir el sexo violento que necesito.

Entonces escucho a Cassia gritando mi nombre y, aunque es débil y está amortiguado por el suelo, me desgarrar como un atizador caliente quemando un agujero a través de mi pecho.

No creo que Gwen lo oyera esta vez porque cuando me mira de nuevo, parece sólo por curiosidad. Se pregunta por qué me alejé de ella, por qué en este punto no estoy ya en su interior.

Está tan confundida como yo.

Miro a la cámara oculta de nuevo, deseando que pudiera verla a través de ésta como ella puede verme.

—¿Vamos a hacer esto, o...?

—Tienes que irte —interrumpo.

Ella parpadea, aturdida, y luego se da la vuelta en la cama.

—Estás bromeando, ¿cierto?

—¿Me veo como que estoy bromeando?

Ella parpadea varias veces más, como tratando de restablecer su cerebro porque tal vez no me oyó bien, y presiona las palmas de sus manos contra el borde del colchón. Sus brazos y hombros se vuelven rígidos cuando deja que su cuerpo se encorve en medio de ellos.



Inclina la cabeza hacia un lado y sonrío.

—¿Esto es parte de tu juego? —pregunta en broma y luego inclina la cabeza hacia el otro lado—. Jugaré cualquier juego que quieras que juegue, nene.

Preocupado por Cassia, me estoy volviendo más impaciente e intolerante a cada segundo. Extendiendo la mano, tomo a Gwen por el codo y la halo desde la cama.

—Coño sólo vete, ¿de acuerdo?

Está sin palabras. Y cabreada. Y humillada. Su boca cae parcialmente abierta, sus ojos se tensan hacia adentro con dureza y parece que acabara de darle una bofetada en la rostro.

—Te llamaré un taxi —digo, pero sostiene su mano frente a ella, indicando que no necesita ni quiere mi ayuda.

—No, gracias, imbécil —dice bruscamente, desnuda atravesando a pisotones la habitación hacia la puerta del dormitorio—. *Yo misma* llamaré uno y lo esperaré en la gasolinera de la esquina. —Unos minutos más tarde, después de que Gwen se ha vestido en la sala de estar y ha encontrado su bolso, la casa se sacude cuando la puerta delantera se cierra de golpe.

Estoy entumecido. Completamente entumecido por dentro y por fuera. No me he movido del lugar en mi habitación desde que Gwen salió hecha una fiera de la casa. Mi pecho duele por Cassia.

¿Qué me está pasando?

Hurgando dentro del bolsillo de mi pantalón en busca de mi teléfono celular, lo agarro y lo saco, dejando caer mis pantalones de nuevo en el suelo. Abro la transmisión a la habitación de Cassia para verla acurrucada en posición fetal en la cama, no en la esquina, llorando suavemente en sus delicadas manos. Y la observo por un momento, tratando de ordenar el caos en que se ha convertido mi mente.

Me duele el corazón. *Todo* me duele. Pero esta vez no lucho contra eso porque ya no me sale hacerlo.

Lanzo el condón a la basura junto a la cómoda y me pongo mis bóxer negros antes de precipitarme al sótano para arreglar lo que destruí.



CAPÍTULO 16

Fredrik

Traducido por Helen1
Corregido por ჯჳKhaleesiჯჳ

Tomando los pasos uno a la vez, hago mi camino poco a poco en el sótano con una roca asentada en la boca del estómago. El hormigón es frío contra las plantas de mis pies descalzos, el aire poniéndose más fresco mientras una tormenta de invierno comienza a pujar en la costa este. Hago una nota mental para asegurarme de subir la temperatura significativamente cuando vaya al piso de arriba para que Cassia se mantenga cómoda aquí.

Pero todos estos pensamientos al azar son solo mi manera de empujar el momento inevitable que sé es seguro para dejarme tambaleando en el fondo de mi mente todo el tiempo que pueda antes de que sea obligado a enfrentarlo.

Cuando paso el último escalón, no puedo dejar de mirar por encima a la televisión tras el cristal de protección para ver la vista desde mi habitación. Esa piedra en el estómago comienza a quemar dolorosamente cuando me imagino lo que Cassia acaba de ver. Cuando imagino lo que casi hice.

Cuando me doy cuenta de cuan bastardo realmente soy, que la iba a hacer ver.

Apago el televisor.

—¿Cassia? —Hablo en voz baja.



Ella no responde de inmediato. Yace de lado, de espaldas a mí, su cuerpo cubierto únicamente por la fina tela de su camisón. Siento un impulso desesperado de ir y cubrirla con la manta para que no se enfríe. Pero no lo hago. Todavía no. No estoy seguro si ella aún me quiere allí. Y estoy inseguro de por qué incluso me importa. Lo que *ella* quiera. ¿Desde cuándo lo que Cassia quiere se volvió mi prioridad? Quiero decir "hace unos momentos", pero eso sería una forma de negación y creo que he estado en negación durante demasiado tiempo. Cassia ha sido mi prioridad durante mucho tiempo, poco después de que la traje aquí. Y solo ahora estoy permitiéndome creerlo.

—Aléjate de mí —la oigo decir con una voz herida. Obligado por su rechazo, me acerco a ella en lugar de alejarme.

—No quiero hacerte daño —le digo, dando un paso más cerca de su cama—. Nunca quise hacerlo.

Cassia rueda sobre ella y se pone de pie tan rápido que casi no tengo tiempo para reaccionar.

—¡Te dije que permanezcas lejos de mí! —grita ella, lágrimas se disparan desde sus ojos angustiados—. ¡Te odio! Bastardo, ¡te odio!

Estoy directamente delante de ella en un instante con sus pequeños puños golpeando mi pecho.

Dejé que me golpeé tan fuerte y durante todo el tiempo que quiera, tomando golpe tras punzante golpe merecidamente. Los sollozos sacuden todo su cuerpo, sus ojos están bien cerrados con tanta fuerza que me pregunto cómo las lágrimas pueden continuar filtrándose a través de sus párpados en absoluto. Ella me grita, tan fuerte y afectada que sé, que debe estar lastimando su garganta.

—Lo siento —le digo en voz baja detrás de sus gritos, todavía tratando de entender por qué me he disculpado. Y es en este momento que me doy cuenta de que la argolla no está bloqueada alrededor de su tobillo.

Confundido y un poco en pánico por dentro, quiero preguntarle cómo consiguió desbloquearlo, pero no puedo ya que no es el momento adecuado.

Sus puños golpean mi pecho un poco más, hasta que finalmente tomo su pequeño cuerpo en mis brazos y la aplasto contra mi corazón.

Me tiemblan las manos.



¿Por qué tiemblan mis manos?

Las parte trasera de mis ojos arde y quema. Se siente como si un puño se ha derrumbado alrededor de mi corazón restringiendo el flujo de sangre, y esa roca caliente en mi estómago ha crecido hasta abarcar todo mi pecho, robándome el aliento.

Sollozando en mi cuerpo, en un primer momento Cassia intenta alejarme, pero me niego a dejarla ir.

La quiero aquí, ahora más que nunca. Debido a que es donde pertenece. Sus uñas se clavan en mis músculos del pecho. Su llanto rompe mi corazón una y otra vez. Pero yo solo la aferro con más fuerza hasta que ella cede y su cuerpo se hunde en el mío.

—Te odio —ella llora, dejando poco a poco ir la ira y rindiéndose solo al dolor—. *Te odio...*

Cierro los ojos suavemente y aprieto los labios en la parte superior de su pelo rubio suave como una pluma.

Yo sé que ella no me odia. Ella me *ama*. Ella me ama más de lo que ha amado a nadie ni a nada en toda su vida.

¿Cómo puede ser el destino tan jodidamente despiadado y cruel? ¿No fue suficiente lo que la vida me hizo cuando era un niño?

La aprieto con más fuerza.

—Cassia, lo siento.

—¿Por qué no simplemente me pusiste en la silla? —llora—. ¿Cómo pudiste hacerme esto a mí? —Sus dedos presionan más duro en mis desnudos músculos del pecho—. ¡Rompe mi cuerpo! ¡Rompe mi voluntad, Fredrik! ¡Pero no rompas mi maldito *corazón*!

—Lo siento...

Es todo lo que puedo decir.

Es difícil decir algo más cuando ni siquiera entiendes tus propios sentimientos, tus propias reacciones. Cuando has llegado a la conclusión de que hay más en ti de lo que siempre quisiste creer. Siento que me acaban de presentar a un hombre que se ve



exactamente igual que yo, sin embargo, es muy diferente en el interior que ya nada tiene sentido. Estoy mirando en un espejo a mi doppelganger y lo único que quiero hacer es jodidamente matarlo para que pueda sentirme normal otra vez. Así que pueda tener el control de nuevo. Para que pueda volver a no preocuparme por ella otra vez.

Es mucho más fácil cuando no te importa.

—No podría hacerlo —le susurro en su cabello, sobre Gwen.

Siento las lágrimas cálidas y húmedas sobre mi pecho.

—Desearía que estuviera muerta —dice Cassia entre dientes—. Espero que Seraphina esté muerta para el momento en que la encuentres. —Ella se empuja lejos de mí y finalmente la dejó ir. Cassia toma varios pasos hacia atrás, sus pequeños puños apretados hacia abajo a sus lados, sus facciones angelicales torcidas con enojo, resentimiento. Nunca la había visto así antes, tan desfigurada por la indignación, y es una cosa trágica para presenciar en una persona tan amable y hermosa.

Ella fija sus ojos con los míos y hay algo más en ellos que nunca he visto antes.

¿Furia? ¿Retribución? No puedo estar seguro. Y entonces, justo cuando tengo la intención de explorar más a fondo, desaparece de su rostro y se reemplaza nuevamente por el dolor y la angustia.

Cassia cae sobre su trasero contra la suave alfombra que cubre el suelo. Me muevo de inmediato para agacharme delante de ella, equilibrándome a mí mismo en las almohadillas frente a mis pies. Lloro en sus manos abiertas y yo me estiro para tomarla en mis brazos otra vez, pero me rechaza, levantando sus ojos marrones a los míos llenos de derrota. Retirando mis manos, me siento contra la alfombra con mis piernas abiertas y las rodillas hacían arriba con mis antebrazos descansando sobre ellas.

Ella dice en voz baja:

—¿Por qué no puedes amarme, Fredrik? Y cada palabra atada con tristeza que me rompe el corazón en un millón de diminutos fragmentos de vidrio—. ¿Qué está mal conmigo que no me puedes amar?

Niego con la cabeza rechazando su auto-depreciación y me estiro para tocar el lado de su cara.



—No hay *nada* malo contigo. Eres perfecta en todos los sentidos, Cassia. —
Rozo el borde de mi pulgar contra su mandíbula—. No dejes que mis imperfecciones
como ser humano sin valor te hagan sentir como de menos valor como persona, eres
mejor persona de lo que yo podría ser *alguna vez*.

Me devuelve la mirada, sus ojos llenos de lágrimas, con suficiente angustia que
si no fuera tan fuerte en su interior seguramente la mataría.

—No me importan tus imperfecciones, Fredrik. —Su mano cae encima de la
mía aún apoyada en el lado de su mejilla—. Solo quiero saber por qué no me puedes
amar.

Mi mirada se desvía.

—No puedo amar a nadie —le digo en voz baja.

—Eso es mentira —dice ella igualmente. —Ella se mueve entre mis piernas,
manteniendo las rodillas flexionadas y su vestido cubriéndolas—. Eso es mentira y lo
sabes.

Miro hacia arriba a pesar de que yo no quería enfrentarla. Debido a que tiene
razón.

El amor es un juego perverso, pienso para mis adentros, recordando lo que
Seraphina me cantaba en el escenario una noche en Nueva York, poco después de que
nos conocimos. *Juego perverso*. Porque al igual que Cassia, Seraphina fue una vez una
cantante. Y por lo que recuerdo a Cassia admitir recordar todo lo relacionado con
Seraphina, me doy cuenta de que ahora mismo en este momento con ella, no me
importa. No me importa saber lo que he esperado tanto tiempo para averiguar.

Simplemente no me importa....

Los suaves labios de Cassia tocan los míos y mis brazos están alrededor de su
pequeño cuerpo antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo. La agarro contra
mí, presionando sus pechos cubiertos escasamente, en mi pecho desnudo, mi boca
sobre la de ella colapsando con avidez mientras la beso como nunca la he besado
antes. Sus cálida lengua se enreda con la mía, sus dedos, presionan en la parte de atrás
de mi cuello, los míos en la carne de sus nalgas mientras la izo a mi regazo. Empujando
su camisón hacia arriba y fuera del camino, sus muslos desnudos a horcajadas sobre
mi cintura, y todavía sin romper el beso, hundo mis dedos más profundo, gimiendo en
su boca con anticipación.



Ella muerde mi labio inferior, rompiendo la piel. El dolor punzante abrasa a través de mi boca, se desplaza hacia el estómago, calentando cada parte de mí y haciendo doler otras partes y palpitando con necesidad. Pruebo la sangre en mi boca, y ella sólo me besa más fuerte como si quisiera probarla ella misma, para compartirlo conmigo.

Agarrando su trasero con fuerza, fuerzo sus caderas hacia mí, empujando mi dureza contra ella hasta que no puedo soportarlo más y me apresuro para conseguir sacar sus bragas. Tiro y halo a ciegas, nuestros ojos cerrados, los labios todavía encerrados en un beso devorador, hasta que por fin las saco y sus piernas desnudas caen alrededor de mi cintura otra vez.

Ella se echa hacia atrás y me mira a los ojos, los brazos alrededor de mi nuca. Sus labios tocan los míos de nuevo suavemente, una mano cayendo para encontrar la cintura de mis bóxer. Empujando suavemente sus caderas contra las mías, me vuelve loco sentir mi polla presionada en ella a través de una fina capa de tejido que se siente como la diferencia entre el éxtasis y el infierno. Gimiendo contra sus labios, levanto mi culo del suelo suficiente para darle acceso a sacarlos. Pero la impaciencia se apodera y la agarro por la cintura con una mano para sostenerla firme mientras los arranco el resto del camino por mí mismo con la otra mano.

Carne sobre carne caliente, ella misma se aprieta contra mí, mirando a mis ojos con la boca entreabierta suavemente. Quiero probar sus labios de nuevo, pero en lugar de eso los estudio, la gordura de su labio inferior, la pequeña perfecta hendidura de la parte superior, justo debajo de su nariz.

Su aliento huele un poco a menta. El olor natural de su piel que siempre me envía en una breve subida, cuando estoy tan cerca de ella.

—Soy toda tuya. Siempre —susurra en mi boca y me besa una vez, pulsando la cálida humedad entre sus piernas contra la rigidez dolorosa entre las mías—. Incluso si no puedes amarme en la forma en que la amas a ella, yo siempre seré tuya.

Agarro la parte posterior de su cabeza con ambas manos y aplasto mis labios contra los suyos, robándole el aliento y sustituyéndolo por el mío. Me duele. Cada parte de mí duele. Por ella. Solo por ella.

Tengo que matar a alguien para deshacerme de estos sentimientos, pero en este momento no puedo hacer otra cosa que ceder ante ellos.



Agarrándola con firmeza alrededor de su espalda, me empujo a mis pies con sus piernas alrededor de mi cintura, llevándola a la cama donde caigo entre sus muslos.

La miro a los ojos —¿qué estoy haciendo?— y aseguro su cabeza con mis manos en sus mejillas. La calidez de sus muslos que siento a cada lado de mí, la suavidad de su carne. Así delicada. Tan inocente. *¿Cómo puedo hacerle esto a ella? ¿Cómo puedo hacerme esto a mí?*

—Lo siento, Cassia —susurro y bajo mi cuerpo sobre el suyo. Ella nunca aleja sus ojos de los míos, sus dedos bailando contra un lado de mi cara sin afeitar—. Lo siento por todo lo que te he hecho... y por lo que estoy a punto de hacer. —Le doy un beso profundo y con hambre, y deslizo mi polla dentro de ella con cuidadosa intención depredadora.

El dulce sonido de su lloriqueo mientras entro en ella solo me dan ganas de ir más profundo. Sus muslos tiemblan a mis costados, sus dedos se clavan en la piel de mi espalda. *Rompe la carne, Cassia*, digo solo a mí mismo.

Ella lo hace, rompe la carne y mi cuerpo reacciona de manera primitiva que no puedo evitar sino hacerle daño mientras me forzó a ir dentro de ella tan profundamente como puedo ir. Su cuello se arquea y los brazos van detrás de ella, en busca de la pared detrás de la cama. Yo no me atrevo a *preguntar* si le estoy haciendo daño. *Quiero* hacerle daño. Quiero sentirla rompiéndose por debajo de mí, ver las lágrimas en sus ojos, escuchar el estremecimiento de su aliento. Quiero saber que ella quiere el dolor tanto como yo necesito infligirlo.

Gemidos y quejidos diminutos se mueven a través de su garganta cuando me meto dentro de ella. Ella es tan pequeña y estrecha que me siento como su primera vez todo de nuevo.

Todo de nuevo...

Casi perdiendo el control demasiado pronto, me obligo a la sensación de éxtasis de vuelta durante todo el tiempo que puedo, girando mi pelvis contra la de ella para golpear su punto dulce. Ella empuja las caderas hacia adelante, sus muslos apretando alrededor de mi cintura, como si ella me pudiera aplastar con ellos.

—No te detengas —dice con voz entrecortada—, por favor, no te detengas.

Y yo empujo más duro hasta que rompe la piel en mi espalda de nuevo con sus uñas y me envía sobre el borde. Devoro sus labios cuando me vacío dentro de ella,



gimiendo intensamente en su boca. Sus muslos se fortalecen mientras la siento apretar y palpar alrededor de mi polla. Ella gime de nuevo, arqueando hacia atrás la cabeza contra el colchón, su respiración fuera de secuencia mientras su cuerpo se funde en el olvido por debajo del mío.

¿Qué he hecho?

La miro a los ojos, manteniéndome dentro de ella, y rozo sus mejillas con las yemas de mis dedos. Sus ojos, llenos de tanto amor e inocencia, que ellos solo brevemente menoscaban mi necesidad de cortarla de vuelta con mi hoja y lamer la sangre de sus heridas. Para enlazarme con ella de la manera en que me vinculé con Seraphina.

Quiero hacerlo.

Pero sé que no puedo. Ya lo he llevado demasiado lejos con Cassia. No puedo permitirme llevarla hasta el final, o entonces yo realmente sería el diablo.

Aprieto los labios a la frente. Ella me sonríe suavemente.

Yo no soy mejor que Seraphina...

Con la intención de parar esto, empiezo a salirme de ella, pero sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura mientras me sostiene quieto.

—No te vayas —susurra, sus dedos tocando mis labios, con la otra mano cuidadosamente dentro de mi pelo—. Por favor no te vayas.

Me besa suavemente.

Trato de alejar mi mirada, porque me da vergüenza lo que he hecho. No es la primera vez que me he rendido a Cassia como esta, no es la primera vez que me acosté con ella en el año que ha sido mi prisionera. Pero es la primera vez que lo he hecho con algo más en mi corazón que la oscuridad.

—Cassia, no debería haber...

Ella niega con la cabeza suavemente contra el colchón.

—Por favor, quédate. —Su sonrisa se desvanece y de repente parece abatida, pero siento que no es un intento de mantenerme aquí.

Es otra cosa.



Su cabeza cae hacia un lado y ella mira hacia fuera de la habitación mientras el silencio desciende entre nosotros. Espero pacientemente, aunque colgándome de su repentino cambio de humor con un corazón *impaciente* y en conflicto. Siento que lo que queda de mi mundo está a punto de ser sacado de debajo de mí.

—Yo tenía diez años de edad cuando conocí a Seraphina —dice con una voz lejana que se apodera de cada fibra de mi conciencia—. Ella era mi mejor amiga... hasta que ella asesinó a mis padres y fue enviada lejos.

Una lágrima se mueve desde el rabillo de su ojo y se amontona alrededor de su nariz, descansando en esa pequeña hendidura por encima de su labio.

Trago sus palabras y no digo nada porque no hay nada más que decir. Ahora sé que todo está perdido y nunca voy a recuperarlo.



CAPÍTULO 17

Cassia

Traducido por MaEx
Corregido por ღჳ3Khaleesiღჳ3

Fredrik levanta cuidadosamente su caliente cuerpo del mío y se sienta en posición vertical, con la espalda contra la pared. Sus piernas se separan, con los brazos apoyados en la parte superior de sus rodillas dobladas. Inclina la cabeza hacia atrás. Su hermoso rostro, sin afeitar parece cabizbajo y derrotado mientras mira hacia fuera de la habitación.



Me levanto y me posiciono entre sus piernas, el costado de mi desnudo cuerpo apoyado en su pecho. Todavía puedo sentirlo moderadamente duro mientras su virilidad presiona contra mi espalda baja. Me encanta sentarme entre sus piernas. Me hace sentir segura. Y me derrito en él cuando siento sus sólidos, cálidos brazos envolverme desde atrás.

—Mi madre y mi padre eran personas muy amorosas —empiezo—. Ellos nunca me harían daño. Pero a Seraphina no le gustaban. Ella decía que eran malvados y que quería ayudarme a conseguir que me alejara de ellos.

Me detengo, atenta a los latidos del corazón de Fredrik zumbando a través de los músculos de mi espalda. Siento el aliento de su nariz cálida contra la parte superior de mi hombro mientras libera una inhalación profunda y prolongada, de sus pulmones.

Aun así, él no habla, pero me tiene muy cerca de él, y le digo lo que pasó exactamente como lo recuerdo.



Hace veintitrés años...

Pensé que la chica que se mudó al lado era un poco extraña. Nunca la vi alrededor de sus padres. Ni siquiera sabía que había una niña viviendo al lado, hasta meses después de que se mudaron. Estaba sola en el cobertizo detrás de nuestra casa –pasaba la mayor parte de mi tiempo allí porque era tranquilo– cuando oí a la chica cantando en el patio trasero. Me arrastré fuera por la puerta de metal desvencijada, tratando de no dejar mi padre saber de mi escondite, y me colé por el lado para mirar a través de una rendija entre las tablas en la gran valla de privacidad de madera que separaba nuestros patios traseros. Tenía el pelo negro azabache cortado justo por debajo de los hombros. Y ella llevaba un par de pantalones cortos de color rosa con un extravagante arco iris impreso en el muslo izquierdo, tuve un par como ellos y estaba intrigada por ese, en su defecto, insignificante detalle.

Ella estaba sentada en la hierba con un animal de peluche de raza en su regazo, escondido en entre sus piernas cruzadas. Junto a ella había un grueso libro para colorear. Pensé que era extraño, también, ya que parecíamos de la misma edad y yo ya había pasado los libros para colorear. Escribía furiosamente sobre el papel con un lápiz mientras cantaba en voz baja para sí misma. Tenía una hermosa, melodiosa voz.

Presioné mi cara más contra la cerca, tratando de obtener una mejor visión de lo que era la coloración, pero estaba un poco demasiado lejos para descifrarlo.

Pero entonces sintió que estaba siendo observada y el canto se detuvo. Su cabeza se disparó hacia arriba y se sentó allí por un momento, escuchando los sonidos. No me moví. Ni siquiera podía respirar. No sé por qué estaba tratando tan duro para no ser vista, porque realmente quería hablar con ella. Tal vez una parte de mí, la parte que sabía lo peligrosa que era antes de que el resto de mí lo hiciera, estaba asustada de ella.

Y entonces ella me vio. Sólo me moví un centímetro porque mi espalda estaba comenzando a sufrir calambres, pero ese ligero movimiento fue suficiente para revelarme.

Ella miró en mi dirección por un minuto antes de levantarse sobre sus pies y acercárseme, el animal de peluche, un andrajoso, sucio cordero, me di cuenta mientras se acercaba, en una mano y un lápiz de color rojo en la otra. Dejó el libro para colorear sobre la hierba.



—Hola —dijo, inclinando la cabeza hacia un lado como si fuera a ver más claro a través de la desigual brecha en las tablas—. ¿Cuál es tu nombre?

—Cassia Carrington —respondí—. ¿Cuál es el tuyo?

—Seraphina. —Sonrió ampliamente.

Sonreí de vuelta. Le gusté al instante.

Se sentó en las hojas al lado de la valla y yo hice lo mismo y hablamos durante unos minutos.

—No te he visto en mi escuela —dije.

—Nah, soy una educada en casa.

La miré a través de la brecha en la cerca, sólo capaz de vislumbrar el sucio cordero en su regazo y la punta de su dedo índice trazando alrededor de su pequeño y brillante ojo negro.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Tengo diez.

—Yo también —dijo—. Pero mi cumpleaños ya casi está aquí, así que tendré once.

—Acabo de tener mi cumpleaños. Mi mamá me compró una bicicleta nueva.

—Eso me hace mayor que tú —dijo con un aire inocente de autoridad en su voz que realmente me hizo sentir protegida—. Pero no tengo una bicicleta —añadió con tristeza.

Nunca tuve hermanos, o hermanas, y siempre había querido uno. Fue difícil ser hija única, sobre todo cuando no tenía amigos, tampoco. Al menos no hasta Seraphina. Y en diez minutos de hablar con ella, me sentía como si no sólo por fin tenía un amigo, sino la hermana mayor que siempre quise, también.

Me tomó un momento darme cuenta de que había habido algo triste en su voz cuando dijo que no tenía una bicicleta.

—Oye, podrías venir y montar la mía siempre que quieras —ofrecí.



Oí su suspiro—. Gracias —dijo ella, se paró y luego agregó—, pero a mi padre no le gusta que vaya a las casas de otras personas.

—Oh. —Golpeé el extremo de una rama con mi dedo medio y se disparó a través de la hierba—. Bueno, tal vez podría ir a tu casa.

Seraphina se quedó callada por un momento incluso más tiempo.

—A ellos no les gusta eso, tampoco —dijo finalmente—, pero todavía podemos ser amigos.

No estaba segura de cómo resolveríamos el vernos mientras una valla nos separaba y no se le permitía tener compañía o ir a cualquier parte.

Pero lo hicimos funcionar.

Todos los días después de llegar a casa de la escuela, Seraphina se coló en mi cobertizo a través de una abertura en la valla que hicimos al final del patio trasero. Había utilizado un martillo del cobertizo para aflojar los clavos en dos tablas para que pudiéramos deslizarlos fuera del camino y volver a ponerlos fácilmente en su lugar para hacerlo parecer que nada se había movido nunca.

Seraphina y yo pasábamos mucho tiempo en mi cobertizo, jugando con las muñecas Barbie y muñecos de peluche. Incluso empecé a colorear de nuevo y me di cuenta de que realmente me gustaba.

Éramos inseparables, como hermanas. Pero a medida que pasaban las semanas, empecé a ver lo diferentes que éramos, cómo de diferentes eran nuestros padres.

Una tarde, la áspera voz de su padre gritando su nombre desde la puerta de atrás, hizo que todo el cuerpo de Seraphina temblara como si hubiera estado metido en un congelador. Salió corriendo del cobertizo lo más rápido que pudo y se lanzó en sus manos y rodillas en toda la suciedad, hojas y rocas hacia la abertura secreta en la valla. Supongo que estaba asustada de que si corría erguida, su padre la vería desde el porche trasero.

La ayudé a atravesar la valla de manera rápida y la bloqueé después de que ella estuviera en el otro lado. Minutos después, escuché a Seraphina gritando desde el interior de su casa. Me senté acurrucada en el interior del cobertizo, sacudiéndome escuchando su espeluznante, cortante llanto a través de todos los huesos de mi cuerpo. Me hizo orinarme de asustarme tanto. Lo que parecía una larga tira de cuero resonaba a



través del aire. Una y otra vez. Y Seraphina gritaba y gritaba hasta que se quedó en silencio. Pero aun así, pude oír la correa de cuero cayendo sobre ella.

Me senté acurrucada en un rincón del cobertizo, sollozando en mis manos, saboreando la sal, el moco y la bilis en la parte posterior de mi garganta. Por un breve pero profundo momento, había esperado que él la hubiera matado por lo que ella nunca tendría que pasar por eso otra vez.

No vi a Seraphina durante una semana después de eso, pero entonces un día ella estaba sentada en la hierba en el patio trasero de nuevo, al igual que estaba el día que la conocí.

—¿Seraphina? —susurré en voz baja por el hueco de la valla.

No miró hacia arriba, pero podía sentir que me escuchó.

—¿Seraphina? ¿Estás bien?

Apenas volvió la cabeza, pero incluso en un ángulo tal que podía ver el dolor en su rostro. Estaba vestida con pantalones y una camisa de manga larga a pesar de que hacía calor fuera. Sabía por qué. Sólo podía preguntarme como lucían las contusiones debajo de su ropa.

Los dos estábamos asustada por que ella viniera a mi lado de la cerca, pero también quería decírselo. Así que, después de unos minutos, finalmente se escurrió al fondo del patio y la ayudé a gatear a través de la abertura.

—¿Lo descubrió? —pregunté una vez que estábamos escondidas con seguridad lejos en el interior del cobertizo—. ¿Sobre ti a escondidas por aquí?

Ella sacudió su cabeza oscura y bajó la mirada al pequeño cordero en el regazo.

—No —dijo en voz baja—, estaba loco porque dejé mi ropa en el piso de mi dormitorio.

Pensé que era la cosa más terrible. La cosa más estúpida por la que meterse en problemas. Me quedé allí sentada mirándola con mi boca abierta.

Seraphina casi nunca me miraba a los ojos. Se sentaba con torpeza, como si los huesos de la espalda y la parte baja dolieran tanto para poder sentarse con comodidad. Y me di cuenta de que ella seguía tirando de la entrepierna de sus pantalones púrpura,



como si el material estuviera irritando su piel allí. Me hizo sentir extraña. Oscura. Quería preguntar por qué le estaba picando, pero estaba demasiado asustada. No sé por qué.

Seraphina levantó sus ojos hacia mí.

—Me tengo que ir —dijo ella de repente y se impulsó a pararse, con dificultad, el cordero de peluche asegurado en la curva de su brazo—. Tengo que volver a mi proyecto.

—¿Qué proyecto? —pregunté con intensa curiosidad.

Seraphina sonrió, lo cual me pareció que era muy extraño en dicha circunstancia, ¿ya había olvidado lo que le pasó? Ella me ofreció la mano. La tomé y me ayudó a ponerme de pie.

—Sólo es algo que tengo que hacer —dijo—. Te diré al respecto pronto.

Y luego se fue, de nuevo a escondidas a través a su lado de la valla sin decir nada más.



Fredrik nunca me ha sostenido tan estrechamente. Sus brazos están envueltos alrededor de mí de forma tan segura que si fuera algo más apretado, no sería capaz de respirar. Siento sus labios en la parte superior de mi cabeza, y su corazón latiendo con fuerza contra mi espalda.

Levanto la cabeza de su brazo y giro ligeramente en un ángulo para poder verlo. Hay humedad en sus ojos. Nunca lo había visto así antes y me recuerda las cosas que me dijo que atravesó cuando era un niño.

Le beso la parte superior de sus nudillos.

—Lo siento... si esto trae malos recuerdos —digo—. Puedo parar.

Fredrik niega con la cabeza y se limpia los ojos antes de que las lágrimas puedan caer.

—No —dice en voz baja—, no te disculpes conmigo; esto no tiene nada que ver conmigo. Por favor... sólo cuéntame la historia.



Le beso los nudillos otra vez y de mala gana continuó.

Seraphina estaba diferente después de la última vez que su padre le pegó, pero no fue gracias a mí o a mi madre. Porque traté de ayudar a Seraphina. Me senté con mi madre una noche en que mi padre se había ido al bar y le conté lo que pasó.

—Pero mamá —dije—, él la golpeó tanto. La oí gritar y me da pesadillas.

Mi madre sacudió la cabeza y se clavó el tenedor en la boca, tomando un bocado de la ensalada.

—Debes permanecer fuera de eso, Cassia —dijo ella, masticando las hojas verdes—. No le digas a nadie, tampoco. ¿Me oyes? Si lo haces, te meterás en un montón de problemas. —Señaló con el tenedor hacia mí—. Su papá es algún gran peso de tipo del gobierno. Muy peligroso. No nos involucramos, ¿entiendes? —Bebió hasta lo último de su agua.

Asentí con la cabeza nerviosamente, y aunque a pesar de que no podía entender por qué mi madre —que era una mujer cariñosa e inteligente— no querría llamar a la policía de inmediato sobre lo que estaba pasando al lado, sabía también que ella debe haber estado asustada del padre de Seraphina por una buena razón. Y así lo hice como ella dijo, y mantuve la boca cerrada.

Esto se prolongó durante tres años.

Para el momento en que Seraphina y yo cumplimos los trece años, ella unos pocos meses antes que yo, Seraphina era una chica muy diferente a la que conocí en la hierba sosteniendo el pequeño cordero. Todavía tomaba palizas de su padre, pero no parecía asustada de él ya.

Incluso empezó a venir a mi casa. Caminó directamente fuera de su puerta delantera un día, subió mi acera y mis escalones del porche. Estaba sorprendida cuando abrí la puerta y la vi allí de pie. Por un momento, me quedé allí mirándola.

—¿No me vas a dejar pasar? —dijo con una sonrisa.



Ya no estaba llevando el cordero de peluche para estas fechas. Dijo que se deshizo de él. Encontré sus restos en un montón de cenizas en mi patio trasero.

Seraphina nunca me dijo sobre su "proyecto", pero dijo que un día iba a alejarse de sus padres y que su proyecto era su boleto. Había dejado de hacerle preguntas al respecto.

Esa tarde, Seraphina pasó el resto del día en mi casa, escondida en mi habitación conmigo. Vimos TV y hablamos de lo que sea. Se jactó de robar algunos perfumes de su madre y metía sus muñecas debajo de mi nariz para que pudiera olerlas. Realmente me gustó ese perfume. Al caer la noche, cuando oí a mi padre viniendo del trabajo, Seraphina se puso nerviosa. Podía verlo en sus ojos, en su postura, en la forma en que su espalda se tensó y su pecho dejó de moverse como si sus pulmones se olvidaron de cómo funcionar. Al igual que un montón de cosas que pensé sobre Seraphina, pensé que su reacción hacia mi padre viniendo a casa del trabajo, era extraña. Sobre todo después de que parecía que no estaba ni siquiera asustada de su propio padre ya. Así que, ¿por qué estaría asustada del mío?

—¡Cassia! —oí a mi padre gritar—: ¡Ven a comer la cena!

Los ojos de Seraphina se agrandaron mientras miraba fijamente la puerta de mi dormitorio.

—¡Solo un minuto, papá! —grité.

Volviendo a Seraphina, dije, con un movimiento de cabeza hacia la puerta del dormitorio—: Vamos, creo que es hora de que te vayas a casa.

Seraphina negó con la cabeza y parecía que ni siquiera parpadeaba.

—Me iré por la ventana —dijo—. No quiero a tus padres diciéndole a los míos que estaba por aquí.

Ella todavía estaba asustada de su padre, después de todo, pero sólo había mejorado en ocultarlo, me di cuenta.

Asentí con la cabeza—. Está bien —dije y me acerqué a mi ventana, dando la vuelta al cerrojo y levantando el cristal.

—¡CASSIA! —gritó mi padre—. ¡TRAE TU CULO AQUÍ Y COME! —jadeé fuertemente ante su tono.



Él era un buen padre, nada como el padre de Seraphina, pero intolerante a la desobediencia.

Seraphina acababa de empezar a salir por la ventana, pero cuando lo oyó por segunda vez, se detuvo y miró hacia mí con una mirada furiosa en sus grandes ojos marrones.

Agité mis manos hacia ella, tratando de apurarla y arrastró los pies sobre el alféizar de la ventana.

—¿Por qué está hablándote así? —preguntó ella con los ojos entrecerrados e ira en su voz.

Seguí mirando hacia atrás y hacia adelante entre ella y la puerta del dormitorio, poniéndome más nerviosa cuanto más tiempo tomaba. No quería ser castigada.

—Él siempre es así cuando llega a casa del trabajo —dije—. Ahora date prisa. Me tengo que ir.

Unos pocos segundos de mirar entre la puerta y yo, Seraphina finalmente se deslizó fuera y corrió a través de mi patio trasero. La vi deslizarse a través del agujero secreto en la valla en lugar de moverse por su puerta de entrada audazmente como yo esperaba después de tanta valentía de venir a la mía antes.

Una semana más tarde, yo estaba sentada en el cobertizo escribiendo en mi cuaderno que mantuve como un diario, cuando Seraphina se unió a mí. Tenía una astuta y rencorosa mirada en su rostro, una sonrisa que envió un escalofrío por mi espalda. Sus ojos estaban oscuros y me miraba como si estuviera a punto de decirme algo que yo sabía que iba a hacerme sentir incómoda.

Se dejó caer en el suelo cubierto de concreto y me besó en la mejilla.

—¿Me quieres, Cassia?

Sonreí ridículamente—. Por supuesto que sí. Eres como mi hermana.

Ladeó la cabeza hacia un lado y cruzó las manos en el hueco de su regazo.

—¿Recuerdas aquella vez que me dijiste que querías ir donde quiera que yo vaya? ¿Eso de que querías que fuéramos hermanas para siempre, pase lo que pase?



Asentí con una sonrisa aún más brillante, porque era cierto. Quería ir a dondequiera que ella fuera. Era mi mejor amiga. Quería que creciéramos y envejeciéramos juntas.

—Sí, lo recuerdo.

Ella sonrió y suavizó sus ojos—. Bien. Entonces esta noche vamos a huir juntas.

Mi cara cayó y traté de tragar el nudo que se había formado de repente en mi garganta, pero ya estaba demasiado seca.

—¿Q... Qué quieres decir, huir? —Me sentí culpable por siquiera tener la conversación.

Seraphina me llevó a un breve abrazo, luego dejando sus manos rozar a lo largo de mis brazos hasta que sus dedos encontraron los míos. Sostuvo mis manos con firmeza y dijo—: Quiero ir a Nueva York. Lo tengo todo planeado. Podemos subir a un autobús, es fácil, lo hacen en las películas todo el tiempo y nadie comprueba la identificación excepto que se parezcan a niños. Pero no parecemos niñas —agitó su dedo hacia atrás y adelante entre nosotras—, puedo pasar perfectamente por diecisiete, y tú, bueno, creo que podrías también si te pones un poco de maquillaje.

Estaba sacudiendo mi cabeza con aire ausente todo el tiempo que estaba explicando su plan, pero seguía hablando con emoción cada vez mayor en sus ojos.

—Quiero ser cantante —dijo con una gran sonrisa de asombro que jamás había visto en su rostro. Agarró mis manos con más fuerza—. Y Cassia, tú podrías, también. Podríamos ser cantantes. ¡Cantas incluso mejor que yo!

Me sonrojé y bajé la mirada a nuestras manos.

—N... No lo sé, Seraphina. —Miré hacia la puerta del cobertizo, aterrorizada de lo que mis padres podrían haber estado escuchando—. Huir no será fácil. Mis padres me chequean todas las noches. Primero mi mamá. Luego mi padre. Sabrían que estaba desaparecida antes de que lleguemos a la estación de autobuses, ¿y qué pasa con el dinero? No tengo dinero.

Seraphina sonrió y se inclinó hacia delante para que pudiera llegar alrededor de su bolsillo trasero. Había un fajo de billetes en su mano cuando la trajo de nuevo alrededor.



—Lo robé del joyero de mi mamá —dijo con una sonrisa orgullosa y luego colocó el dinero en mis manos—. Esto nos llevará a Nueva York.

Miré hacia abajo al dinero y luego de nuevo hacia ella. No quería decirle que no, pero al mismo tiempo, estaba asustada. Tenía miedo de huir. Quedar atrapada. Quedar castigada por el resto de mi vida.

Pero creo que sobre todo, estaba asustado de Seraphina.

—Así que, ¿vas a salir conmigo?

Se sentó allí con sus manos en su regazo, los dedos enrollándose ansiosamente alrededor los unos con los otros. Su cara estaba llena de emoción, peligro, riesgo y problemas, todo de lo que siempre me mantuve alejada. Todo de lo que estaba asustada.

Pero, finalmente, dije—: Pero ¿qué pasa si mis padres se despiertan y ven que me he ido? ¿Y si nos cogen antes de que lleguemos a Nueva York?

—No nos van a atrapar —dijo ella con tal determinación que yo no podía dejar de creerle—. Voy a tener cuidado de eso antes de que nos vayamos.

Antes de que Seraphina escapara de mi cobertizo esa tarde y volviera a entrar en su patio, había accedido a ir con ella. Y a confiar en ella, no importa lo que ella tuviera que hacer para ayudarme a salir.

Estoy acostada en la cama ahora con mi cabeza en el muslo de Fredrik. Ni siquiera recuerdo cuando cambié la posición, he estado tan absorto en el recuerdo. Ha sido un año desde que he recordado algo de esto, ni nada sobre mi vida en absoluto, por lo que es todo un buen montón para asimilar.

La mano de Fredrik se mueve suavemente a través de la parte superior de mi pelo, enviando escalofríos por mi nuca y todo mi cuerpo. Se siente como que me está consolando, pero más que eso, se siente como que le está haciendo daño y no quiero continuar. Sé que tuvo una vida terrible y que pasó por algunas cosas horribles



cuando era un niño, cosas que probablemente nunca me dirá. Pero sabía que eran mucho peor que cualquier cosa que pasé.

—¿Qué le hizo Seraphina a tus padres, Cassia? —pregunta en voz baja mientras balancea los dedos por mis largos mechones.

Miro hacia la televisión en la pared a través del sótano y dejo la escena de aquella noche pasar ante mí como si estuviera pasando en la oscura pantalla.

Y entonces respondo.

—Apuñaló a mi padre en la garganta mientras él estaba dormido en su sillón favorito. Y luego echó gasolina que tomó del cobertizo en mi patio trasero por toda la casa y dejó la casa en llamas. Mi madre murió quemada en su habitación.

Una parte de mí los extraña, pero otra parte de mí no siente nada porque fue hace mucho tiempo.

—No fui a Nueva York con Seraphina —digo lejanamente, imaginando el rostro de Seraphina en mi mente, la forma en que la miré cuando se la llevaron en el auto policial. La forma en que su cara estaba presionada contra el vidrio mientras me miraba—. Le dije a la policía lo que había hecho y se la llevaron lejos. Admitió todo. Nunca la volví a ver. —Mis dedos agarran la sábana debajo de mí en el colchón—. Nunca la volví a ver hasta hace un año cuando me encontró en mi apartamento en Nueva York y trató de matarme. Sé que ella piensa que me estaba ayudando al matar a mis padres, creo que mató a los suyos, también, antes que a los míos. Pero la traicioné por abandonarla. Y ahora... ella quiere vengarse de mí por la vida que perdió.

Fredrik no dice nada por un tiempo muy largo y me elevo, preocupada por lo que debe estar pensando. ¿Puede todavía amarla ahora que sabe lo que hizo? Nunca fue mi intención hacerle dejar de amarla por decirle la verdad, pero no puedo dejar de esperar que tal vez ahora será capaz de ver la razón.

—¿Fredrik?



CAPÍTULO 18

Fredrik

Traducido por Jenn Cassie Grey y Rivery
Corregido por ღᄃᄃKhaleesiღᄃᄃ



—¿Sí? —**le respondo**, a pesar de que en este punto, no estoy seguro de si seré capaz de forzarme a responder algo más que esas dos letras.

Mi vida estaba terminada. Todo lo que pensé que sabía sobre Seraphina, sobre nuestra vida juntos, el amor que compartimos, estaba terminado. Porque ahora que sé que no hay manera en que pueda ayudarla, que no hay forma de traerla de regreso a mí. Ella es un peligro para mí, para ella misma y para todo el mundo a su alrededor. Incluso Cassia. *Más que nadie...* Cassia. Seraphina estaba trastornada cuando la conocí hace ocho años atrás, y cuando me enamoré de ella. Pero nunca supe la extensión de su enfermedad... hasta ahora. Nunca supe que había sufrido una experiencia traumática cuando era niña como me sucedió a mí.

Nunca lo supe.

Pero ella y yo somos muy diferentes a pesar de nuestros pasados similares. Yo no mato gente inocente. Aunque sea un bastardo sádico y torturador y asesino, tengo



límites y patrones. Sé cuándo parar. Me siento culpable por mis errores. Pero Seraphine, sé que no *entiende* la culpa o el remordimiento.

¿Cómo pude *alguna vez* haber estado tan equivocado con ella?

¿Cómo pude *alguna vez* haber sido tan ciego?

Amor.

Seraphina tuvo razón todo el tiempo. Estar enamorado es estar muerto porque eventualmente te mata.

Cassia alza su cabeza de mi pierna y alza su cuerpo sosteniéndose en un brazo. Me mira a los ojos.

—Habla conmigo —dice y besa mi mejilla—. ¿Estás bien?

Fuerzo una sonrisa ligera alrededor de mis ojos y asiento en respuesta.

Entonces ella baja sus ojos y siento la tristeza y la preocupación consumiendo sus emociones. Estirando mi mano, alzo su mentón con la punta de uno de mis dedos.

—Ahora tú habla conmigo —le digo gentilmente—. ¿Qué es lo que está en tu cabeza?

Traga nerviosamente y mira hacia arriba, su ojos castaños suavizados con preocupación.

—¿Me seguirás protegiendo de ella cuando finalmente la encuentres?

Mi corazón está muerto. Negro. No tengo. Pero no para Cassia. Apenas late por ella, por cuanto tiempo me puedo aferrar a eso, no estoy seguro.

Me inclino y presiono mis labios contra su frente, acunando la parte trasera de su cabeza en la palma de mi mano, y la sostengo así con mis ojos fuertemente cerrados.

Pronto voy a tener que hacer la cosa más difícil que he alguna vez he hecho en mi vida. Pero por ahora, le daré a Cassia lo que sea que quiera de mí.

Cassia me da una cálida y agradecida mirada y recuesta su cabeza nuevamente en mi regazo. Nos sentamos en silencio por un largo tiempo, paso mis dedos a través de su cabello, hasta que eventualmente, se duerme. Me muevo por debajo de ella cuidadosamente para no despertarla, y la cubro con una manta antes de mirar el



grillete negro alrededor de su tobillo ileso. Noto la llave estuvo en la mesa de noche a un lado de su cama todo este tiempo y me doy cuenta que no la llevé conmigo la última vez que la dejé sola. Así fue como ella fue capaz de abrir el grillete.

Nunca trató de escapar, y dudo que alguna vez lo haga, pero no puedo tomar el riesgo.

Dejo a Cassia sola y regreso al piso de arriba donde me siento sobre mi sofá en mis bóxer, mirando a la oscuridad pensando en todo lo que sucedió. Y me quedo de esa forma hasta que la luz de un nuevo día quema a través de las cortinas y brilla en el suelo a un lado de mis pies desnudos.



—Fredrik ¿qué pasa? —dice Izabel en el teléfono, detectando la urgencia de mi voz.

—Solo necesito hablar contigo —digo después de finalmente romperme y admitirme que debería de hablar con alguien sobre todo. Pero si va a ser alguien, solamente puede ser Izabel—. ¿Regresaste de Seattle? ¿Cuándo y dónde puedes verme?

—Sí. Regresé esta mañana. Niklas y Dorian se quedaron para terminar todo. La otra orden solamente mandó a dos hombres, pan comido.

—Bien ¿Dónde nos podemos ver?

—¿Por qué no simplemente voy a tu casa? —pregunta con cautela—. Puedo estar ahí en dos horas.

—No —digo caminando al mi puerta principal para dejar que Greta entre—. Tenemos que hablar en otro lado. En cualquiera lugar excepto aquí.

—Fredrik estás comenzando a preocuparme. Primero tú...

—¿Puedes encontrarme en el parque Druid Hill? —la corto—. ¿El mismo estacionamiento donde nos encontramos antes del golpe de Vanderbilt el mes pasado? En dos horas.



Izabel hace una pausa.

—Está bien. Estaré ahí.

Pasando mi dedo sobre la pantalla, la llamada finaliza. Greta camina frente a mí dándome una sonrisa asustada. Siempre ha estado asustada de mí, pero después de liberar a Cassia de sus ataduras sin mi permiso, ella probablemente no quería venir aquí en absoluto.

Deja su bolso en la barra de la cocina, dejando sus llaves en la parte superior de la misma después. Comienza a limpiar inmediatamente, agachándose para tomar el spray limpiador de cocina de debajo del fregadero, evitando el contacto visual conmigo a toda costa.

Ya vestido con un par de jeans, un grueso suéter negro y mis más cómodos Converse, deslizo mis brazos dentro de mi abrigo y me preparo para salir.

—Voy a estar fuera por unas pocas horas —digo, ajustando el cuello de mi suéter dentro de mi abrigo—. Por ninguna circunstancia liberarás a Cassia de esa cadena. ¿Está claro? —Finalmente, pongo un gorro negro de lana sobre mi cabeza.

Greta asiente haciendo muy poco contacto visual.

—Sí, Sr. Gustavsson.

Tomando mis llaves del mostrador, las tomo en una mano mientras busco mi cartera en la parte posterior de mis jeans.

Greta pone spray en la encimera y comienza a limpiarlo.

—Por cierto —añado—. Cassia tal vez confié en ti las cosas que recordó.

Greta alza la mirada de su trabajo, sorprendida.

—¿Ella *recordó*?

—Aparentemente —doy un paso más cerca, encontrando su nerviosa mirada—. Pero no quiero que hables con ella sobre eso. No a menos que ella quiera contarte por sí misma. Y aun así, responde muy poco. Déjala llevar la conversación y lo necesita, pero eso es lo máximo que puedes hacer. ¿Entendiste?

La confundida mirada en el rostro lleno de arrugas de Greta se profundizó, pero estuvo de acuerdo con otro tenso asentimiento de reconocimiento.



—¿Estará aquí para la cena? —pregunta mientras camino hacia la puerta frontal. No me detengo a contestar y salgo al frío aire de invierno, yendo directo hacia mi carro.

Me detengo por café y gasolina y luego por un periódico, tratando de encontrar cosas en las que perder el tiempo por dos horas. Y para pensar. Mayormente para pensar. ¿Cuánto puedo decirle a Izabel? No todo, pero lo suficiente; ya me estoy arrepintiendo de esta reunión. No hay nada que Izabel pueda hacer, solamente darme un consejo, y ¿desde cuándo soy el tipo de hombre que necesitó consejos?

Nunca he confiado en nadie en mi vida más que en Seraphina, y Willa antes cuando era solamente un chico debajo del pulgar de un hombre malo. Pero ahora... ahora estaba desesperado y no era cercano a nadie en este mundo más que a Izabel Seyfried. Victor Faust tal vez era mi amigo y alguien en quien creía podía confiar, pero era un hombre, y nunca había sido capaz de desarrollar el mismo tipo de lazo con ningún hombre como el que había hecho con muy pocas mujeres.

Mi pasado con los hombres prohibía ese tipo de lazos.

Dos horas parecen una eternidad y paso la última media hora esperando en el estacionamiento del parque con el motor encendido para mantener el calor. El cielo está gris y cubierto por espesas nubes de invierno que comenzarán a dejar caer nieve en cualquier momento.

Nota a mí mismo: Cuando todo esto termine, mudarse al sur.

El Mercedes negro de Izabel entra al estacionamiento. Se estaciona a un lado mío.

—Mierda, está helando —dice estremeciéndome mientras salta al asiento de copiloto de mi auto y cierra la puerta rápidamente.

Le paso un café caliente en una taza con una tapa.

—Me conoces muy bien —sonríe y sus grandes ojos verdes brillan con agradecimiento mientras toma la taza con ambas manos para calentarlas. Frunciendo sus labios sopla al vapor que sale de la pequeña abertura de la tapa y luego toma un sorbo con cuidado, siseando cuando el líquido quema sus labios.

—Así que ¿de qué se trata todo esto? —deja la taza en el portavasos que está en la consola en medio de nosotros. Se ajusta su largo y blanco abrigo, jalándolo por



debajo de su trasero y después guarda sus llaves dentro del bolsillo. Su largo y castaño cabello estar recogido en una sedosa coleta en la parte trasera de su cabeza.

Dudo un poco por una larga cantidad de tiempo, dejando caer mis manos de la parte baja del volante sobre mi regazo. Mi cabeza cae contra el reposacabezas de cuero.

—Bueno, antes de que digas algo —dice rápidamente—, quiero que sepas que le dije a Victor que me iba a encontrar contigo aquí.

—No esperaba que *no* le dijeras —le sonrío y bromeo—: ¿Qué? ¿Pensaste que planeaba matarte?

Izabel ríe ligeramente y me golpea en el hombro con su puño.

—Le cuento todo a Victor, sabes eso —dice con una sonrisa —Además, tú no me matarías.

Alzo una ceja y curvo un lado de mi boca.

—Oh ¿en serio? Debes creer que eres especial. Tengo noticias para ti, muñeca. —Su cara completa se rompe en una sonrisa—. Está bien, eres algo especial —admito, pero señalo hacia ella y estrecho mis ojos diciendo—: pero no dejes que esa mierda se te suba a la cabeza, aun así te mataría.

Sonríe, rueda sus ojos y recuesta su cabeza contra el reposacabezas por un momento. Entonces dice:

—¿Está es tu manera de romper el hielo? —Su cabeza cae a un lado así puede mirarme—. Porque tengo el presentimiento de que cualquier cosa que tienes para decirme es algo serio.

—Lo es —asiento.

—Bien —dice, mirando a través del parabrisas—, solo recuerda la razón por la que le dije a Victor sobre ti.

—Lo sé —digo—. Porque no le escondes nada.

Alza su cabeza del asiento y se gira un poco para mirarme de frente.

—Te admiro por eso —le digo—. Que seas honesta con él.



—Tengo que serlo. En primera, lo amo. En segunda, si no fuera honesta con él, podría matarme algún día.

Sonrío.

—Dudo que Victor te mataría.

Ella mira hacia mí de soslayo.

—No has estado mucho alrededor de él últimamente. Todo ese poder. —Se ríe—. Me asusta un poco.

La sonrisa en sus ojos me dice que es pura mentira.

—Mira, eres como un hermano para mí —dice poniéndose seria nuevamente—. Y si alguna vez me pides que mantenga cualquier cosa *personal* de ti en secreto, no le diría a Victor, o a nadie más. Pero quería darte una advertencia antes de que comenzaras a hablar, así puedes estar segura que cualquier cosa que vas a decir, es algo que debo saber o no.

—Lo sé —digo—, y aprecio que cuides de mí, pero solo actuó sin sentido los miércoles. Sé lo que estoy haciendo.

—Humm, Fredrik —ella sonríe e inclina su cabeza pensativamente —, hoy es miércoles.

Suspiro—. Sí, lo sé.

La sonrisa abandona su cara en un instante cuando se da cuenta de lo serio que es esto, y como ya sé muy bien, que me estoy arriesgando mucho por contarle cualquier cosa.

Por último, recojo mi móvil de la guantera del salpicadero y deslizo mi dedo sobre la pantalla para abrir el canal de vídeo en directo desde mi sótano. Izabel me mira fijamente mientras espero a que aparezca el vídeo. Primero lo miro por un momento para ver si hay algo fuera de lo común. Cassia está sola en la habitación, por ahora, caminando de un lado a otro y arrastrando la cadena alrededor de su tobillo tras de ella. Lleva una bata gruesa de color azul sobre el camisón que le cae hasta las pantorrillas. Se ve perdida y ansiosa. Por un momento me pregunto si Greta ya ha estado allí abajo con ella y luego llego a la conclusión de que sí porque ella tenía que desayunar.



Dudo, dejando caer mi mano rápidamente en torno al del teléfono, y considero todo esto en silencio por última vez, asegurándome de que quiero destapar este asunto.

Le entrego el teléfono a Izabel.

A regañadientes, lo toma de mi mano y baja la vista detenidamente hacia a la pantalla. Después de observar un momento, y mirando de atrás hacia adelante entre mí y la transmisión, pregunta—: ¿Quién es? —Y luego mira a la pantalla de nuevo.

—Su nombre es Cassia.

Otra larga pausa.

Izabel levanta la vista del teléfono y me mira durante mucho más tiempo.

—Vale —dice simplemente, esperando a que me explique.

—Esto es una señal de vídeo en directo —digo—, desde mi sótano.

Frunce las cejas con confusión.

—¿Hay una chica en tu sótano? No lo entiendo.

Suspiro pesadamente, teniendo un momento difícil intentado averiguar cómo contárselo. ¿Con qué empiezo? ¿Qué omito? Tengo que tener cuidado porque Izabel es inteligente y se dará cuenta con facilidad de las lagunas en mi historia.

—He estado utilizándola para que me ayude a encontrar a Seraphina.

—¿Utilizándola cómo? —Izabel ya tiene una mirada de desaprobación—. ¿Qué tiene que ver con Seraphina? ¿Cuánto tiempo la has tenido ahí abajo? Espera... —Se detiene abruptamente y mira la pantalla una vez más. Cuando levanta su mirada hacia mí de nuevo, llena de sospecha y crítica, dice—: ¿Eso es una cadena alrededor de su tobillo?

—Sí —admito.

Izabel trata de librarse de sus sentimientos iniciales de desaprobación para darme el beneficio de la duda—. De acuerdo, así que estás interrogándola. Está involucrada en la vida de traición y asesinato, y Dios sabe qué más de Seraphina. Lo entiendo. —Coloca el teléfono en la guantera.



Puedo decir por la mirada de incertidumbre en su cara que no está tan segura de que ninguna parte de la excusa que se le acaba de ocurrir sea aceptable.

—No —admito con vacilación—. Cassia es una chica inocente. La he mantenido prisionera en mi sótano durante casi un año ya. Desde cinco meses después de que el trabajo de Hamburg y Stephens se hundiera en Nuevo México.

Izabel se congela.

—¿Un *año*? —dice horrorizada—. ¿Y ella es *inocente*? Fredrik, ¿qué demonios te pasa?

Cierro los ojos suavemente—. Cálmate y déjame explicarlo.

Ella toma una respiración profunda e intensa y simplemente me mira a través del pequeño espacio cerrado.

—Victor tenía razón —dice y hace que mi cabeza se hunda del todo—. Cuando te envié a casa desde Seattle, Victor me contó que tenía sospechas sobre tu implicación con Seraphina, que eso es lo que ha estado distrayéndote. Yo ni siquiera sabía que seguía viva hasta la otra noche, Fredrik. —Sacude la cabeza suavemente—. Demonios, la única razón por la que Victor me contó cualquier cosa fue porque estaba muy preocupada por ti y por la forma en que has estado actuando últimamente. Pero Fredrik, no puedes hacerle esto a esa chica, no importa qué parte juegue en la vida de Seraphina. No si es inocente. Tienes que dejarla marchar.

—Izabel —digo en voz baja, con la esperanza de poder hacer que lo entienda sin contarle demasiado—. Cassia no quiere que la dejen marcharse. Está aterrorizada de Seraphina. *Quiere* quedarse conmigo.

Las arrugas se profundizan en la frente de Izabel cuando frunce las cejas.

Le lleva un momento poner en orden sus palabras, pero dice—: ¿Quiere estar contigo? Jesús, Fredrik, tiene una *cadena* alrededor del tobillo. Está encerrada en un *sótano*. —Hace un gesto con las manos, dándole énfasis a las palabras, tratando de hacerme entender lo ridículas que suenan—. Si quiere quedarse contigo, ¿por qué la mantendrías encerrada?

—Es sólo una precaución. En caso de que intente escapar. —Incluso mis propias palabras suenan contradictorias y estúpidas para mí.



Y a juzgar por la sonrisa forzada en los ojos de Izabel, ella piensa lo mismo.

Pero entonces su expresión cambia de repente como si una explicación razonable acabara de deslizarse en su mente.

—Estás enamorado de ella —me acusa y me impresiona un poco...De todas las cosas, no había esperado eso—. No quieres dejarla ir porque estás *enamorado* de ella. Tiene sentido. Y puedo ver algo en ti, Fredrik...Podía sentir que algo en ti era diferente, y no se sentía como algo... malo. Simplemente diferente.

Quiero decir: *Izabel, estás tan lejos de la verdad*, porque lo que está diciendo es ridículo, pero al mismo tiempo es una escapatoria. Si piensa que la única razón por la que estoy manteniendo prisionera a Cassia es porque estoy enamorado de ella le parecerá menos cruel e Izabel posiblemente sería capaz de obligarse a sí misma a vivir con mi decisión y guardar mi secreto, aunque sólo sea por un poco más de tiempo, hasta que pueda resolver todo.

—Y ella debe estar enamorada de *ti*. —Ella continúa, su rostro iluminándose con la comprensión conforme une más piezas—. Síndrome de Estocolmo. Tiene sentido totalmente.

En realidad me sorprende lo mucho que todo lo que acaba de decir *tiene* sentido.

Lo único es, que nada de eso es cierto.

Izabel se inclina sobre el salpicadero y se abre paso en mi línea de visión—. Pero Fredrik, esto es una locura, incluso para ti...

—Oh, bueno, gracias por eso. —Interrumpo con una leve sonrisa, intentando aligerar el ambiente.

Ella sonríe.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Por supuesto que sí, pero no lo pude evitar.

Entonces, tan pronto como me las había arreglado para introducir una broma, vuelvo a la oscuridad y alejo mis ojos de ella, mirando a través del parabrisas al día frío y gris.

—Sabes que Victor, diablos, incluso *yo*, te ayudaremos a encontrar a Seraphina. —Coloca su cuerpo contra el asiento de nuevo, todavía frente a mí. No le devuelvo la



mirada—. Sé que piensas que esto es algo que parece que tienes que hacer tú solo, entiendo eso completamente, pero no *tiene* por qué ser así. No a costa de esa chica inocente. Fredrik, ¿por qué necesitas encontrar a Seraphina?

Mis hombros ascienden y descienden con un profundo suspiro y mi mirada se desvía hacia mi regazo donde mis dedos se mueven nerviosamente sin descanso. Y luego, después de un momento de silenciosa meditación, le cuento a Izabel la misma historia que Cassia me contó anoche acerca de cómo se conocieron ella y Seraphina. Izabel escucha todo el tiempo con los labios entreabiertos y con una mirada cada vez más horrorizada y triste crispando lentamente sus rasgos. Trato de no mirarla a los ojos en absoluto porque puedo sentir cuánto la está afectando personalmente la historia. Y empiezo a sentir remordimientos por contárselo, a Izabel de todas las personas, quien vivió nueve años de su vida bajo el dominio de un infame capo de la droga mexicano que abusó de ella, la violó y la mantuvo prisionera el tiempo suficiente para convertirla en la asesina que es hoy.

Para el momento en que la historia ha terminado, Izabel no puede hablar durante lo que parece una hora, pero es sólo cuestión de minutos. Veo que las crudas emociones la carcomen por dentro, provocadas en su mayoría por las cosas por las que pasó Seraphina, los recuerdos de su propia vida con Javier Ruiz y todas las cosas de su pasado que ella justo como yo hago con mi similar pasado, intenta bloquear de su mente cada día. Pero también al igual que a mí, no importa cuánto lo intente, las cicatrices más profundas *nunca* desaparecen.

—Fredrik... —dice en voz baja y luego gira la cabeza para mirarme—, ...tienes que dejar que la chica se vaya. Tienes que hacerlo, ahora más que nunca.

Niego con la cabeza, aunque en realidad no quería que me viera hacerlo, fue un reflejo. No puedo dejar marchar a Cassia, y no lo haré, no importa cuánto me presione Izabel.

¿Por qué le contaría nada de esto? ¿Qué podría haber ganado con ello?

Siento su mano en mi antebrazo mientras agarro el volante. Sus dedos se aprietan alrededor de mi hueso.

—Escúchame. —Su voz se vuelve más intensa, determinada, y finalmente le devuelvo la mirada—. Mira lo que ha pasado. Piensa en lo que acabas de decirme. —Sacude mi brazo—. Esa perra fría, independientemente de las cosas terribles que tuvo que pasar, mató a la madre y al padre de esta chica. Ella estaba traumatizada como un niño a causa de lo que tu ex-esposa le hizo. Pasó por algo que nadie, maldita sea *nadie*, debería tener que pasar *nunca*, y ahora está siendo mantenida prisionera,



encadenada en un sótano como un animal, ¡y lo que hace que sea más enfermizo es que piensa que está enamorada de ti! —Su voz en aumento llena el auto, sus dedos se clavan en mi brazo por encima de la manga de mi chaqueta.

Izabel se parece mucho a mí cuando necesito torturar y matar a alguien para apaciguar los recuerdos dolorosos.

Ahora no puedo mirarla.

Mis dedos se aprietan al volante dejándome los nudillos blancos.

Finalmente, siento que su mano se afloja y luego se aleja de mi brazo.

—Te ayudaré —dice suavemente—. Haré cualquier cosa que necesites que haga, pero tienes que liberar a esa chica. La dejaremos en una casa de seguridad para protegerla hasta que Seraphina sea capturada...

—No.

El silencio llena el auto.

Consumido por el arrepentimiento, la culpa y toda una plétora de otras emociones negativas que me corroen lentamente, todo lo que puedo decir es:

—Siento lo que pasaste cuando estabas con Javier Ruiz. Y lo siento porque te arrastré a esto, ni siquiera sé por qué lo hice, pero *no* voy a dejar a Cassia irse. La necesito para encontrar a Seraphina. Es de la única forma que voy a encontrar a Seraphina *alguna vez*.

Después de un momento, Izabel dice sombríamente:

—Entonces no eres quien yo creía que eras.

Oigo la puerta abrirse con un chasquido y una ráfaga de aire frío se cuela en el auto.

—¿A dónde vas? —pregunto con cuidado sin mover un músculo.

Abre la puerta del todo y sale del auto. Inclinandose hacia el interior con una mano apoyada en el borde de la puerta me mira, con los ojos llenos de ira, decepción y dolor.

—Si no vas a dejar que esa chica vaya —dice entre dientes—, lo *haré* yo.



Cierra la puerta de un golpe, interrumpiendo el flujo de aire frío en el auto.

—¡Izabel, espera! —Estoy fuera del carro en cuestión de segundos y camino alrededor de la parte delantera hacia ella al otro lado—. No puedes hacer eso. ¡Tienes que confiar en mí en esto!

Se detiene junto a su puerta sin abrirla, cruzando los brazos con fuerza contra su pecho mientras el viento azota contra su largo abrigo blanco.

Disgustada conmigo, niega con la cabeza, indignada.

—Estaba equivocada —dice—. No amas a esa chica en absoluto. Aún estás enamorado de esa perra loca. Y estás *tan* enamorado de ella que estás dispuesto a arruinar la vida de una chica inocente sólo para encontrarla. ¡Como si lo que Seraphina le hizo no fuera ya bastante malo! ¡No puedo creer que hayas *hecho* esto, Fredrik! —Su voz se quiebra.

Una pequeña familia se acerca desde el aparcamiento en dirección al invernadero. Al oír los gritos de Izabel, el padre toma la mano de su niña pequeña y la coloca entre él y su esposa. Nos miran por encima del hombro mientras se apresuran por el sendero.

Izabel y yo esperamos hasta que se escabullen en el interior del edificio antes de decir nada más, mirándonos a los ojos, los suyos llenos con más ira y decepción hacia mí de lo que nunca quise ver.

—No puedo dejar que se vaya —digo con calma, una vez más.

Se da vuelta sobre sus talones y abre su puerta de un tirón, decidida a dejarme aquí de pie.

—¡Izabel! —Mi voz se propaga en el aire.

Se detiene, de pie apretada entre la puerta y el marco, con el rostro consumido por la rabia, el cuerpo rígido y en conflicto con su necesidad de escapar.

Suspiro pesadamente, y bajo la mirada a mis zapatos, dejando que el arrepentimiento y el dolor me destruya desde el interior hacia afuera.

Y, finalmente, me doy cuenta de por qué Izabel me trajo aquí, por qué la necesito tanto.



—No puedo dejarla ir...no puedo porque Cassia es Seraphina...

Me mira sin comprender, sin embargo, detrás de sus ojos hay un lago de conmoción, confusión y negación y se está ahogando en él.

Se aleja de la puerta, pero la deja abierta, y camina muy lentamente hacia mí. Le estudio en silencio mientras se acerca, tratando de descifrar el velo aparentemente impenetrable de perplejidad que la consume, y todo lo que puedo percibir de él es dolor. Aunque no puedo decir por quién está sufriendo: Cassia, Seraphina, yo o ella misma.

Las comisuras de sus ojos comienzan a brillar con la humedad. Da un paso sobre la acera y extiende el brazo con cuidado para tocar el lado de mi cara, y en el momento en que lo hace, ese dolor sin nombre que alberga se transmite desde ella, directo hacia mí. Su garganta se mueve mientras se traga las lágrimas. Me doy cuenta en este momento de que yo hago lo mismo.

—Oh, Fredrik —dice en voz baja, sacudiendo la cabeza.

Pero es todo lo que puede decir y deja caer su mano fría de mi cara y coloca el brazo en su costado.

Contengo mis propias lágrimas porque son jodidamente ridículas y no deberían estar en mis ojos. No tengo ese derecho. No *quiero* ese derecho. Entonces deslizo las manos en los bolsillos de mi abrigo y recompongo el rostro para parecerme solamente a Fredrik Gustavsson, el Especialista, el Chacal —cualquier cosa menos al hombre herido con el corazón herido que perdió su derecho a llorar o a preocuparse o a amar, hace mucho mucho tiempo.

—Necesito tu ayuda, Izabel.

Asiente con la cabeza varias veces.

—Cuéntame todo —dice.



CAPÍTULO 19

Fredrik

Traducido por flochi
Corregido por ზჷ3Khaleesiჷჷ3

Saliendo del frío y pequeño espacio dentro del auto, Izabel dijo que necesitaba más espacio para respirar luego de lo que le acababa de decir encontramos un lugar tranquilo para sentarnos juntos dentro del Desert House del conservatorio. El banco está escondido entre rocas y plantas de yuca y cactus. Está bastante cálido acá, una notable diferencia con la gélida temperatura del exterior. Izabel y yo nos quitamos los abrigos y los doblamos sobre nuestros regazos antes de sentarnos. Me quité mi gorro negro y lo empujé dentro del bolsillo de mi abrigo junto con mis llaves.

—¿Por qué sigues mirándome así? —le pregunto por esos tristes ojos verdes llenos con angustia y lástima.

No aceptaré la lástima. Seguro que ella lo sabe.

—Sólo... bueno, sé cuánto amabas a Seraphina —dice con palabras suaves y llenas de dolor—. O sea, nunca supe toda la historia, pero sabía, *sé*, lo suficiente para saber que esto no puede resultarte sencillo. Simplemente no... no puedo imaginarlo... ¿Cómo es *posible*?

Bajo la mirada a mis manos.

—Honestamente, no lo sé —digo con derrota—. No sabía el grado de todo esto hasta anoche. —Miro de reojo a Izabel a mi izquierda—. Finalmente recordó su pasado, o lo que cree que es su pasado. Izabel, no tenía idea... ni siquiera sé lo que



estoy diciendo. Estoy tan confundido sobre todo esto tanto como tú. —Mi mirada cae a mis manos una vez más, dobladas entre mis piernas abiertas, mis codos apoyados sobre mis muslos. Acaricio mi grueso anillo texturado bajo las puntas de mis dedos inquietas, recordando brevemente el grabado que había puesto en el interior que dice: El Chacal. Para recordarme siempre de dónde había nacido la oscuridad en mi interior. En caso de alguna vez quisiera olvidarlo.

—¿A qué te refieres con que ella recordó?

Dudando, miro la flora del desierto, buscando señales de visitantes que podrían estar a punto de entrar a hacer un recorrido por la habitación.

—Cassia, *Seraphina*, ha tenido amnesia desde que la tomé del refugio luego del fuego...

Hace un año, Ciudad de Nueva York

Había estado rastreando a Seraphina por dos semanas luego de verla en un noticiero transmitido en Times Square, caminando detrás del reportero en una pequeña multitud. Golpeé una humeante taza caliente de café sobre mi portátil cuando vi su rostro aparecer por la pantalla. Seis años había estado buscándola. Seis años, desde la noche que mató a la última de tres mujeres inocentes debido a mi causa, pensé, me inyectó con drogas, prendió fuego mi casa y arrastró mi cuerpo a un gran campo que había detrás para no quemarme hasta la muerte. Nunca la volví a ver luego de esa noche hasta hace un año. Pensé que se habría ido hace mucho tiempo para entonces. Muerta, incluso. Porque no era propio de Seraphina simplemente desaparecer. Le gustaba el juego. Vivía por eso. Esperé que me dejara un sendero de cuerpos, todas mujeres de cabello rubio, para cazarla. Entonces, cuando la vi esa noche luego de todo ese tiempo, algo oscuro y depredador se desencadenó en mi interior. Anticipación. Venganza. Lujuria. Amor...

Abandoné Baltimore ese día y fui a Nueva York.

Dos semanas después, la encontré donde debí pensar en buscar todo el tiempo, trabajando como una cantante en un exclusivo bar y restaurante de Jazz y Blues. No hubo rastros de "Seraphina Bragado" en donde sea que pudiera buscar en Nueva York, o en ninguna otra parte, para el caso. Había estado usando los recursos de La Orden para hacer correr su nombre contra todo por seis años. Ella ni siquiera tenía un certificado de



nacimiento o una tarjeta de crédito bajo ese nombre. Pero eso no me sorprendía mucho porque ella trabajó para otra orden, y como todos nosotros, nunca usamos identificaciones reales. Pero no tenía idea que la razón por la que no podía encontrar nada de Seraphina era porque estaba viviendo bajo "Cassia Carrington". Ella tenía un apartamento en Nueva York. Pagaba impuestos. Tenía una amiga cercana que vivía a su lado. Y estaba trabajando. Viviendo una vida normal al descubierto y parecía haber sido así por un largo tiempo.

Finalmente, tras años de búsqueda, pensé que la tenía.

Fui al bar esa noche, vestido en mi traje más elegante, de la manera en que siempre le gustaba verme vestido, y tenía un plan.

El bar olía a cigarrillos dulces, bourbon y perfume de mujer. Estaba intoxicado por la atmósfera. Siempre había adorado lugares como este donde los vinos más exquisitos son servidos y el entretenimiento es elegante y sofisticado. Seraphina, a pesar de su profesión como asesina, o sus oscuras necesidades sexuales que sólo coincidían con las mías, era una mujer bastante clásica y sofisticada, cuando no estaba matando personas, o compartiendo sangre conmigo durante el sexo, por supuesto.

Escogí una mesa, pequeña, redonda y apenas iluminada, a la izquierda del escenario por lo que me encontraría a plena vista, pero no el primer rostro que ella vería cuando se acercara al micrófono. Un pequeño puñado de instrumentos ocupaba el escenario detrás de donde estaría ella de pie, y dos micrófonos más altos estaban posicionados detrás y a un lado de ella donde las cantantes de respaldo estarían.

Ya eso estaba trayendo muchos recuerdos de cuando estábamos locamente enamorados por dos breves años.

Nunca había estado tan ansioso, mi estómago se había desplomado en una bola de roca sólida hecha de músculos calientes ardiendo a través de mis entrañas. Mi garganta estaba dolorosamente seca sin importar cuántas veces bebiera de mi vaso de whisky sólo para humedecerla. Pero mantuve mi compostura perfectamente, sin dejar de fingir para cualquiera sentado en las mesas alrededor de mí que estaba listo para explotar con la anticipación y la necesidad que sólo Seraphina entendería.

La banda salió al escenario silenciosamente y tomaron sus posiciones, y luego las cantantes de respaldo, vestidas en vestidos de encaje negro a juego que abrazaban sus cuerpos hasta sus rodillas.

Seraphina salió última.



Estaba hermosa. La cosa más hermosa que haya visto, al igual que lo había sido siempre desde el día que nos conocimos. Sólo que esta vez su largo cabello rubio cubría sus hombros, fijado perfectamente por lo que cada lado caía en una onda de rubio sedoso y terminaba en un medio rizado justo por debajo de cada pecho. Ni un mechón de cabello fuera de lugar. Usaba un vestido corto color crema adornado con plumas y lentejuelas de flores como diamantes dispuestos en un patrón intrincado sobre sus caderas y muslos. Y unos zapatos de tacón alto color crema con brillos plateados alrededor de los tacones y suelas.

Me quedé fascinado. Nunca la había visto con cabello rubio y sólo una pizca de maquillaje de sombras naturales de color rosa, o vestida en algo tan ligero y suave. Seraphina siempre había estado vestida de negro. Coloreaba sus ojos y labios con colores oscuros. Fue como si un ángel hubiera reemplazado al mal justo ante mis ojos.

No tenía idea de cuán cierto fue ese pensamiento. No entonces.

La música empezó a tocarse e inmediatamente la familiaridad de eso me sacó de mi adormecimiento. Mi mano se apretó alrededor de mi vaso de whisky. Mis hombros se pusieron rígidos y dejé de respirar por el momento.

La letra de Whicked Game llegó a través de sus labios, tan sensuales y llenos de alma. Exactamente de la manera que la recordaba cantando para mí hace años. ¿Sabía que me encontraba aquí? ¿Me había visto entrar al edificio, o caminar a través de la sala en busca de la mesa perfecta? ¿Había sabido que estaba en la ciudad todo el tiempo y que la había encontrado? Era posible. Seraphina era una maestra asesina y espía. Estaba en la cima de su juego, difícil de esconderse e imposible escapar una vez que ella te había encontrado. Siempre se encontraba un paso delante de mí.

Pero mientras más la miraba, más empezaba a rechazar la idea.

Unas pocas veces ella hizo contacto con la multitud, entre cerrar los ojos para enfatizar alguna letra en particular. Movía su cuerpo delgado y curvilíneo a tiempo con el ritmo lento, gesticulaba con sus manos cubiertas de anillos en frente de ella de vez en cuando.

Esa ansiosa bola caliente que estaba en mi estómago había empezado a prender fuego mi pecho cuando la canción continuó y continuó y ella nunca me notó. Quise ponerme de pie y mirarla directamente a los ojos, pero no lo hice. Me senté allí pareciendo tan calmo como todos los demás que estaban allí para disfrutar del entretenimiento.



Para el momento en que llegó el último estribillo, pensé que seguramente iba a tener que moverme a otra mesa para que me viera.

Pero entonces ella finalmente lo hizo.

Sus suaves ojos marrones se fijaron en los míos a través de la corta distancia. Y luego apartó la mirada.

Seraphina no me conocía.

Incluso si ella hubiese estado fingiendo, habría detectado, el menor atisbo de reconocimiento. Ella no tuvo ninguno. Yo era para ella lo mismo que cualquier otro hombre sentado en la audiencia esa noche, haciéndole el amor con mis pensamientos, bebiendo del alma que vertía sobre la audiencia en cantidades provocadoras a través de su voz.

Me sentí desconcertado.

Y desconsolado.

Puede ser que la haya querido matar, porque tenía que hacerlo, pero seguía amándola con intensidad, y cuando la única mujer que he amado me miró a los ojos y no supo quién era yo, no supe qué más hacer. Conmigo mismo. Con nada. Fue bastante difícil vivir los pasados seis años de mi vida sin ella, pero al menos había tenido la esperanza de que ella seguía allí y que estaríamos juntos algún día nuevamente. Pero luego de esto, mi plan... ya no había ningún plan.

Luego de esa noche, empecé a seguirla y observarla incluso más de cerca. Fui tan lejos como irrumpir en su apartamento del tercer piso de su edificio y llenar de micrófonos su casa.

Seraphina, viviendo como Cassia, era tan normal como cualquier otro. Las conversaciones que tenía con su amiga del otro lado del corredor eran sobre trabajo y facturas y alquiler y hombres, a lo que sólo su amiga tenía mucha participación sobre los hombres. Seraphina era soltera, y de acuerdo a su amiga, había estado "sin hombre por demasiado tiempo" y necesitaba "soltarse un poco"- Las dos incluso habían tenido relaciones sexuales las cuales, admito, me excitaban mientras las escuchaba a través de la transmisión de audio en la habitación de Seraphina. Pero eran sólo amigas, se desahogaban sexualmente porque estaba fácilmente disponible y ninguna esperaba nada más de la otra. Tener sexo con mujeres no era algo fuera de lo común para Seraphina, de todas maneras. Lo hacía a menudo cuando estábamos juntos, aunque sólo conmigo involucrado. Hombres, esa es otra historia. Había sido el único hombre con el



que ella había estado. Hasta Marcus de la Casa de Seguridad Dieciséis. Pero otra vez, esa es otra historia...

Pero esta Seraphina no era mi Seraphina. No se parecía en nada a ella, y sin el cabello negro y pesado, maquillaje oscuro, apenas se veía como ella. Comencé a pensar que tal vez tenía una hermana gemela que no conocía. Pero rápidamente rechacé la idea, también, una vez que pensé en ella subida a ese escenario, cantando esa canción con las mismas notas y emoción con que me había cantado.

Era Seraphina, después de todo, pero no era ella misma.

Y estaba determinado a averiguar por qué.

Otras dos semanas pasaron y me estaba dirigiendo a su apartamento una vez más una noche fría de diciembre cuando escuché a la policía, una ambulancia y sirenas del camión de bomberos resonando clamorosamente entre los viejos edificios de la calle donde ella vivía. Olí el humo. Mientras apresuraba mi paso, mis manos se enterraron profundamente en los bolsillos de mi abrigo, corrí hacia el edificio mientras una caliente y naranja luz brillante ardía contra las estructuras circundantes. Las personas estaban paradas alrededor en las aceras, mirando y señalando, todos apiñados en batas de noche y grandes abrigos y bufandas echadas descuidadamente alrededor de sus cuellos. Me paré entre medio de ellos, observando con un terror silencioso como el apartamento de Seraphina ardía con llamas lamiendo en el oscuro cielo nocturno y frío. El fuego había empezado en su apartamento y rápidamente fue propagándose al resto del edificio mientras el departamento de incendios trabajaba rápidamente para apagarlo.

Me sentí muerto por dentro, como si algo se hubiera arrastrado dentro de mi alma y muerto allí. Pensé que ella estaba muerta. Ese apartamento estaba envuelto en llamas. Pero entonces, por el rabillo del ojo, y más allá de todos los trabajadores de emergencia arrastrándose por la calle, la vi yaciendo a un lado de la fría acera rodeada por dos EMT y una pila de muebles viejos y cajas probablemente dejadas afuera luego de una reciente vacante en el complejo.

Aspiré una bocanada de aire rápidamente, aliviado de ver que ella estaba viva. Y por un momento, pude haber jurado, justo antes de que fuera levantada en una camilla, que me vio a través de la calle, incluso a través de la oscuridad y la multitud reunida. Y pude haber jurado que supo quién era yo por un instante. Pude sentirlo, como un depredador puede sentir el miedo.

Mi corazón se saltó dos latidos y resonó bulliciosamente detrás de mis costillas.

Me vio y me conoció.



El juego estaba de nuevo en marcha. O eso pensé.

Casi treinta minutos después, cuando había resuelto en mi mente que iba a terminar siguiéndola al hospital, Seraphina fue ayudada a salir de la ambulancia por el EMT. Débilmente escuché su rechazo a sus recomendaciones de ir con ellos al hospital para exámenes adicionales. Agitando las manos delante de ella, les dijo que no, y luego se fue, caminando en dirección opuesta al complejo de apartamentos incendiándose y deslizándose en las sombras oscuras arrojadas por los edificios circundantes.

Bajándome de la acerca, me dirigí a través de los pequeños focos de mirones y la seguí.

Mientras más lejos iba, más silencioso se volvía todo. Las sirenas y las voces empezaron a desvanecerse en el fondo. Las luces de emergencia rebotando esporádicamente en los edificios fueron reducidas a vagos destellos en la distancia. ¿A dónde iba? Empecé a preguntarme si incluso ella misma lo sabía.

Con la manta que el EMT le dio envuelta en sus hombros, Seraphina continuó con una grave cojera, bajando por la oscura acera dirigiéndose a las afueras de la ciudad. Mantuve mi distancia, quedándome en las sombras para que ella no me viera. ¿Sabía que la estaba siguiendo? Y si así era, ¿a dónde me estaba llevando?

Quince minutos se convirtieron en treinta. Cuarenta y cinco. Casi una hora de caminar sin cesar, empezando una manzana y terminando otra, a través del tráfico y más allá de las tiendas, supe que ella no tenía idea de adónde iba, o incluso dónde estaba. Y si estaba jodiendo con mi mente, lo cual era siempre posible, ella estaba haciendo un maldito buen trabajo.

La seguí todo el camino hasta un refugio de indigentes, donde en vez de ir dentro, se sentó en frente del edificio en el frío y duro concreto de la pasarela y envolvió la manta apretada alrededor de su cuerpo magullando y estremeciéndose.

Levantó los ojos cuando me paré frente a ella.

—Hola —dijo con cautela.

Intenté buscar sus ojos por el mismo reconocimiento que pensé que había visto antes, pero no hubo ninguno.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.



Volvió a alzar la mirada hacia mí, temerosa de hacer contacto visual. Presionó juntas sus rodillas desnudas y apretó las manos alrededor de la tela tejida bajo la manta. Ráfagas de aliento se movieron a través de sus labios. No usaba zapatos.

—Estoy sentada aquí —dijo con una ausencia de comprensión a su propia respuesta.

Receloso de ella, y medio esperando que rebanara mis tobillos con un cuchillo oculto bajo la manta y luego huyera sonriéndome, retrocedí un paso y me agaché delante de ella, los extremos de mi largo abrigo negro tocando la acerca.

Rayas negras de hollín manchaban sus mejillas enrojecidas. Todo el lado derecho de su rostro era una larga serie de raspones, como si alguien la hubiese agarrado por la cabeza y raspado su cara contra el asfalto hasta hacerlo sangrar. Se estremeció por el frío y por su temor de mí.

—Por... por favor, déjame sola —dijo, alzando los ojos para mantenerme en su punto de mira, pero sin intentar hacer contacto visual.

—Sera...

Me detuve y en cambio dije:

—¿Cuál es tu nombre?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé. Por favor, déjame en paz.

—¿Sabes tu nombre? —pregunté—. Si puedes decirme tu nombre, te dejaré sola. —Ella no pudo.

Una parte de mí seguía sin creerle. Creí que estaba sufriendo de amnesia, sí, pero estaba convencido de que una vez recordara quién era, el juego de una vida volvería a iniciar y retomaría donde ella y yo lo dejamos seis años atrás.

Y no iba a perder esta vez.

Después de persuadirla, y manipularla, tomando ventaja de su evidente vulnerabilidad, la convencí de ir a casa conmigo, y una vez que la llevé a Baltimore, se volvió mi prisionera. La haría recordar quién era y la tendría en mis manos en el momento en que ella recordara.



CAPÍTULO 20

Fredrik

Traducido por Apolineah17
Corregido por ზჳKhaleesiზჳ

—... **Es sólo**, que cuando por fin recuperó la memoria hace unos días, nunca esperé que fuera el recuerdo de una chica que nunca conocí.

Miro por delante de mí, las palabras perdidas en mis labios, mi mente perdida en los recuerdos como si los acontecimientos acabaran de pasar de nuevo. Puedo escuchar las suaves respiraciones de Izabel siendo expulsadas de sus fosas nasales, está sentada tan cerca. Casi puedo oír sus pensamientos en voz alta con confusas ideas y frases rotas. Quiere decir algo, lo *necesita*, pero todavía no puede averiguar qué decir.

—¿No le dijiste quién era? —pregunta después de una larga pausa, girando el banco hacia mí—. Si ella no puede recordar, ¿no le dijiste su nombre?

Niego con la cabeza una vez.

—Casi lo hice un par de veces, pero estaba tan intrigado por el hecho de que no pudiera recordarme. Intrigado por su extraña y delicada personalidad. La oscuridad dentro de mí quería entenderla, analizarla. Nunca había visto tanta fragilidad en una mujer antes y verlo en alguien como Seraphina, de todas las personas, estaba intrigado.

—¿Qué hiciste entonces? —pregunta Izabel casi sin aliento a mi lado mientras se aferra a cada una de mis palabras.



—La torturé —hago una pausa, considerando el dolor del recuerdo de lo que he hecho—. Y durante todo el tiempo que la torturé, mi conciencia me decía que ella era inocente. Sufría por ella mientras la hacía sangrar. Pero no me detuve. Ella todavía era Seraphina, después de todo.

—¿Por qué no simplemente me dices quién crees que soy? —gritó Cassia desde mi silla de interrogatorios mientras yo estaba de pie detrás de ella, al lado de mis herramientas—. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡No sé qué es lo que quieres de mí! —Los sollozos sacudieron su cuerpo, cubierto por nada más que un par de bragas blancas y un sostén a juego.

—No va a funcionar de esa manera, amor —le dije, dando un paso alrededor de la silla con una larga navaja en la mano. Sus ojos se abrieron más amplios que las cuencas que los contenían cuando vislumbró la cuchilla plateada colgando de mis dedos—. Vas a decirme por ti misma quién eres realmente. Quiero escucharte decirlo, amor. Soy quien tiene el control del juego ahora. —Me acerqué a su lado y miré de reojo hacia abajo, hacia su rostro contraído y empapado de lágrimas—. Y puedo hacer esto por seis años más —me burlé—. Hasta que recuerdes. Hasta que me digas tu nombre.

—¡Mi nombre es Cassia! ¡Cassia Carrington! —gritó tan fuerte que su voz se volvió momentáneamente ronca. Tironeó contra las restricciones de cuero que la sostenía en la silla por sus tobillos, muñecas, torso y frente.

Coloqué la cuchilla en mis dedos y empecé a hacerle cortes en las piernas...

—La admisión de Cassia de su nombre nos sorprendió a ambos, aunque ignoré eso mientras la torturaba. Había recordado algo sobre su vida tan rápido. Apenas unos días antes, cuando la tomé de la calle frente del albergue, no podía recordar *nada*. Pero había recordado su nombre, aunque no el nombre que yo quería, y tomó un absoluto terror hacerla verlo de nuevo. Supe entonces que esa era la forma en que iba a sacar a Seraphina y traerla de regreso a mí. Con miedo. Y dolor. Y eventualmente... —me detengo y trago la culpa de mis transgresiones.

La mano de Izabel toca mi hombro.

—¿Eventualmente qué, Fredrik? —pregunta en voz baja.



Eventualmente con sexo, quiero decirlo pero no me atrevo a admitirlo en voz alta porque me siento como si me hubiera aprovechado de ella, a pesar de que ella lo quería todo el tiempo. Me siento culpable y avergonzado por profanar a una chica tan frágil e inocente. Me siento indigno de alguien como Cassia porque es tan amable, compasiva y pura. Y cada vez que estaba dentro de ella, me odiaba a mí mismo más y más.

Todavía mirando hacia adelante, digo distante:

—Eso no importa.

Con silenciosa renuencia, Izabel acepta mi negativa a decírselo.

Su mano se desliza fuera de mi hombro al mismo tiempo en que la pequeña familia de antes entra al espacioso lugar. Izabel y yo tomamos nota de su presencia, como ellos de nosotros, eligiendo caminar en dirección opuesta a nosotros.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta, encontrando mi mirada—. Parece muy... no sé, traumatizada. Jesús, Fredrik, por mucho que la odio por lo que te hizo, no puedo evitar también sentir pena por ella.

—No sé lo que está mal con ella —digo con una punzada de impotencia. Bajo la cabeza, apoyándola en mis manos levantadas. Después de un momento, la levanto de nuevo y golpeo las palmas de mis manos en mis piernas—. Podría haber lidiado con cualquier cosa. Estaba preparado para matarla, Izabel, incluso por mucho que la amaba. Estaba preparado. Mierda, había estado preparado para ello desde que me dejó en ese campo. Estaba listo para enfrentarme a cualquier cosa que me lanzara. Pero no esto. —Sacudo la cabeza, mi mirada fija en un punto en el suelo entre mis zapatos—. Nunca imaginé nada como esto.

—¿Por qué elegiste decirme algo de esto?

—Porque no sé qué hacer. Tenía un plan y cambió cuando finalmente la encontré. Entonces ideé otro plan, y al igual que el anterior, he tenido que deshacerme de él y empezar desde cero. —Suspiro largo y profundo y luego endezco la espalda de mi posición encorvada—. Es un jodido problema y creo que no voy a encontrar las respuestas que necesito para lidiar con algo como esto en Google.

Las voces de la pareja y su pequeño hijo se vuelven más pronunciadas a medida que se acercan suavemente.

Me paro del banquillo, poniéndome mi abrigo. Izabel hace lo mismo.



—Fredrik —dice en voz baja—. ¿Querías mi consejo porque no sabes qué hacer, o realmente sólo estás buscando la validación de la elección que ya has hecho?

Frunzo el ceño ligeramente, pero elijo no responder. Porque no estoy seguro de la respuesta.

—No puedo estar con alguien como Cassia —digo en su lugar—. Ella y yo somos demasiado diferentes. Alguien como ella merece a alguien mejor que yo.

—¿Eso qué significa? —dice cuidadosamente Izabel, aunque tengo la sensación de que entiende algo de lo que he dicho más de lo que yo lo hago.

Pienso en ello un momento, pero ella ayuda diciendo:

—Dijiste “alguien como ella”. No dijiste Cassia. ¿Por qué no dices Cassia?

Ahora lo entiendo y eso sólo hace mi estado de ánimo más oscuro.

—Porque cuando todo esto termine, hay una posibilidad de que ella ya no vaya a ser más Cassia.

Izabel me mira con ojos benévolos.

—Entonces creo que, mientras tanto, deberías amar a la que está ahí —dice justo cuando la familia se aproxima desde atrás.

¿Amor? ¿Fue una acusación o simplemente una observación?

Izabel me mira con un rostro suave y comprensivo, pero entonces el momento es interrumpido, afortunadamente, por la familia que ahora está demasiado cerca para que podamos hablar más.

Caminamos lado a lado, en dirección a la salida. Izabel mira por encima de mí y añade:

—Sólo por curiosidad, ¿qué planeabas hacer con Seraphina cuando la encontrarás?

—*Todo* —respondo y lo dejo en eso.

Caminamos hacia afuera, al aire helado y nos dirigimos rápidamente a nuestros carros estacionados uno al lado del otro en el estacionamiento.



—No le diré nada a Victor —dice, de pie en la puerta de su carro, mirando por encima del techo de mi automóvil hacia mí—. Técnicamente estás de permiso, así que todo esto es personal. Lo entenderá.

Asiento, sintiendo escalofríos por debajo de mi abrigo.

—Gracias, muñeca.

—Pero cuando Victor te llame de nuevo al campo, si todavía estás considerado fuera de comisión debido a esto, tendré que decirle por qué.

—Lo sé —digo en voz baja.

—Por ahora, investigaré a Cassia Carrington —dice—. Si no pudiste encontrar nada de Seraphina Bragado, tal vez tenga mejor suerte con su otro nombre. —Asiento—. Te diré lo que encuentre.

Abre la puerta y comienza a entrar, pero se detiene y me mira de nuevo una vez más. Una especie de pena innombrable descansa en sus rasgos.

—Y si me necesitas para *cualquier otra cosa* más... lo que sea, Fredrik, sabes que lo haré.

Ninguno de los dos parpadea durante unos segundos mientras nos miramos fijamente; el significado tácito de su oferta danzando entre nosotros como un acontecimiento trágico e inevitable, demasiado doloroso para decirlo en voz alta.



Permanezco lejos de mi casa por el resto del día. Tengo mucho que pensar, a pesar de que va a tomar varias horas ordenar mis pensamientos.

A las seis en punto, he llegado a absolutamente nada. A las ocho, después de conducir por ahí sin rumbo fijo por todo el tiempo que puedo, sólo me he vuelto más intolerante a toda esta situación. Ni siquiera puedo pensar con claridad. Ni puedo funcionar lo suficiente por mi cuenta para formar una oración razonable, mucho menos una solución.

Porque no existe ninguna maldita solución.



Sé que no importa lo que pasa, lo único que puedo hacer es *dejar* que siga su curso, de todos modos.

—¿Quieres más café? —escuchó decir a una suave voz.

Llevando mis dedos a la parte superior de mi cabello, levanto la cabeza de la mirada fija hacia mi teléfono en la mesa. La mesera de hermoso cabello oscuro está parada a mi lado con una sonrisa, mirando hacia mi taza vacía de café.

¿Por cuánto tiempo he estado sentado aquí?

Niego con la cabeza.

—No, pero gracias.

Ella me deja solo con mi dolor de nuevo y una parte de mí desea que no lo hiciera. El viejo Fredrik la encantaría por un tiempo, prometiéndole cosas con la mirada que sé que la excitarían y luego la esperaría después de que su turno hubiera terminado. El viejo Fredrik la llevaría al hotel más cercano y le ataría las manos en la espalda. La follaría hasta que hubiera lágrimas en sus ojos y me hubiera rogado que no me detuviera.

Pero el viejo Fredrik se ha ido y cuanto más me someto a este “problema”, más siento que me estoy empezando a convertir en el aún más *viejo* Fredrik. La persona que era antes de conocer a Seraphina, cuando torturaba y mataba imprudentemente porque no podía evitarlo. Me aferré a ser más disciplinado, el hombre que Seraphina me ayudó a ser, todos estos años porque tenía la esperanza de que la encontraría y ella estaría en mi vida de nuevo algún día. Pero ahora sé que eso no es posible, siento que estoy volviendo a caer a la vida de pura y poco adulterada de oscuridad que llevé desde que era un niño y escapé de mis captores.

Si me convierto en él de nuevo, me destruirá.

No seré adecuado como parte de la nueva orden de Victor Faust.

Tendré que dejar este lugar y la vida que he construido con aquellos con los que he crecido para cuidar, y continuaré en el camino solitario y autodestructivo del Chacal.



CAPÍTULO 21

Fredrik

Traducido por veroonoel
Corregido por ღჷ3Khaleesiღჷ3

Greta me ha estado espiando desde diferentes ventanas desde que aparqué en la calzada hace media hora. No pude entrar. Aún no puedo. Ahora mismo prefiero la tranquila soledad del auto con las paredes de metal tan cerca por todos lados que se siente como si mis pensamientos están mejor contenidos por ellas. Son todo lo que puedo oír. A pesar de que no me gusta nada de lo que están diciendo.

Aparte de mi conversación con Izabel y todas las cosas en las que no quiero pensar más, también pienso en las mujeres. Gwen del bar. La camarera de la cafetería al comienzo de esta noche. Pienso en la última con la que tuve sexo. Y la anterior a ella. Nunca me di cuenta hasta la mujer de la cafetería que soy menos yo, incluso más de lo que pensaba. Y lo he sido desde poco después de que sacara a “Cassia” de la calle aquella noche en Nueva York.

Ya no puedo disfrutar con otras mujeres. No sin la apasionada culpa y lamento que se establece en mi pecho por días.

En el año que he mantenido a Cassia en el sótano, Gwen fue la primera mujer que traje a casa. Había tenido intenciones de traer a otras antes de ella, para hacerles cosas que hacía con las mujeres que Seraphina y yo compartíamos, así tal vez se extraerían los recuerdos de Seraphina mientras ella miraba la pantalla de la televisión. Es por eso que puse una entrada de video en mi habitación, para empezar. Pero hasta Gwen, nunca podía llegar hasta el final.



Con Seraphina, era normal.

Con Cassia, no puedo hacerlo.

Una pequeña porción de luz de la ventana de la cocina parpadea mientras Greta deja caer la cortina en su lugar.

—Tengo que enfrentar esto —me digo a mí mismo en voz baja.

Luego de una larga pausa, apago el motor y me dirijo a la casa.

—Está dormida —dice Greta cuando entro en la cocina.

Dejo caer mis llaves en el mostrador.

—¿Cómo está? —pregunto, quitándome el abrigo.

—Está bien —dice Greta con una cálida sonrisa alrededor de sus ojos—. Creo que está mejor desde que ha recordado quién es. Más en paz tal vez.

—Te contó entonces.

Greta asiente su canosa cabeza mientras su cara cae.

—Es terrible lo que le pasó, Sr. Gustavsson. Y si bien aún no me gusta que la mantenga encerrada, ni tampoco lo entiendo, podría ser lo mejor. Seraphina es peligrosa. Necesita ayuda, sí, pero es peligrosa.

No digo nada.

Greta camina alrededor del mostrador y toma su largo abrigo de lana del respaldo de una silla de la cocina, deslizando sus brazos en las gruesas mangas.

—¿Por qué no te tomas el día libre mañana? —le digo—. No tengo planes y estaré con Cassia todo el día.

—¿Está seguro? —pregunta con cautela.

Levanto una ceja.

—¿De que no tengo planes? —Digo ofendido—: ¿O de que soy capaz de cuidar de ella durante veinticuatro horas por mí mismo?

—Yo... no quise decir eso, señor. —Dobla sus manos juntas delante de ellas.



Suspirando, digo:

—Pido disculpas —tomando nota de mi irritación fuera de lugar con ella—. Solo tómate el día libre. Te llamaré cuando necesite que vuelvas.

Meto la mano en mi billetera y tomo cinco billetes de cien dólares y coloco el dinero en su mano.

—Esto es solo un poco más de lo que te pago. —Baja la vista hacia el dinero ligeramente sorprendida, pero sobre todo agradecida—. Aprecio tu ayuda con Cassia.

No dice nada, pero las palabras no son necesarias para expresar el agradecimiento en sus ojos.

Luego de que Greta se va, cierro la puerta detrás de ella y quedo de pie en la entrada del pasillo por un largo rato antes de obligar a mis piernas a que me lleven a la puerta del sótano. No quiero verla. No quiero verla a causa de lo que me está haciendo.

Hago mi camino por las escaleras de hormigón iluminadas solo por una vaga franja de luz procedente de su cuarto de baño. Me quité los zapatos arriba para que no la despertaran y el hormigón está frío bajo mis pies. Pero el aire es cálido; el calor explota de las rejillas de ventilación en el techo haciendo que el sótano se sienta algo calentito. Pero Cassia parece cómoda acostada allí con solamente la manta cubriendo su espalda baja y la mitad superior de sus muslos. Está acostada sobre su estómago de cara a mí con sus pequeños y delicados brazos aplastados debajo de ella. Su largo y rubio cabello yace despeinado sobre la almohada. La cadena bloqueada en su tobillo cuelga a un lado de la cama y se extiende mucho más por el piso.

Quiero tocarla, pero tengo miedo. Miedo a despertarla. A enfrentarla. A mirarla a sus consumidores ojos marrones y el riesgo de caer profundamente en ellos más de lo que ya he caído.

Pero no puedo evitarlo.

Sentándome cuidadosamente a su lado en la cama, extendiendo mi mano y muevo su cabello de su rostro con mis dedos. Se mueve. Y luego sus párpados se separan y poco a poco me mira.

—Fredrik. —Mi nombre en sus labios siempre me aplasta, me hace sentir en conflicto por dentro—. Te extrañé. —Sonríe y siento su mano tocando la mía.



Miro hacia abajo a sus dedos, intrigado por la facilidad en que su toque me hace emocionalmente sumiso a ella sin que lo intente. Luego de un momento, su delgada mano se desenfoca a medida que mis pensamientos se convierten en más pesados.

¿Qué me está sucediendo?

—¿Qué pasa? —pregunta suavemente, tan compasiva que siento un peso en mi pecho.

Sus dedos acarician la punta de los míos.

Miro a sus ojos de nuevo.

—Nada. —Muevo mi mano de debajo y la coloco encima de la de ella en su lugar.

—¿Te vas a quedar conmigo esta noche? —pregunta en voz baja.

—Sí.

Una pequeña sonrisa ilumina su rostro.

Aleja su mano y agarra la manta, tirándola a un lado para dejarme espacio.

Solo la miro por un momento y luego finalmente dejo ir al conflicto que ha estado rabiando dentro de mí desde que la traje aquí.

—No —digo uniformemente y muevo la manta lejos. Luego meto la mano en el bolsillo de mis jeans para tomar la llave—. Dame tu pierna, amor. —Tomo su pierna en mi mano y cuidadosamente desbloqueo el grillete del tobillo.

Dejando caer la cadena al piso y la llave descuidadamente junto a ella, me pongo de pie y luego me inclino, tomándola en mis brazos.

—¿A dónde vamos? —pregunta, cubriendo sus brazos alrededor de mi cuello, sus piernas descansando sobre mi brazo derecho.

—A mi habitación.

Cassia apoya su cabeza en mi pecho mientras la llevo por las escaleras, un lugar que solo ha visto por la pantalla de la televisión en su habitación desde la noche en que la traje aquí.

Llevándola a través del pasillo oscuro y dentro de mi habitación, la dejo sobre mi cama en medio de las sábanas oscuras y el grueso edredón. La sensación de sus dedos



dejando los míos cuando me alejo de ella hace algo en mí que no puedo entender completamente. Y en contra de mi gran necesidad de aferrarla a mí, me saco el suéter y lo dejo caer al suelo. Posteriormente la camiseta que llevaba debajo. Me mira con delicada inocencia mientras me saco el resto de mi ropa y quedo desnudo frente a ella antes de meterme en la cama a su lado. Siempre duermo desnudo. Ella sabe eso. Sé que no espera nada por el gesto.

Solo la quiero a mi lado.

Cassia se acurruca a mi lado, apoyando su cabeza en mi pecho desnudo. La atraigo más cerca, como si no estuviera ya tan cerca como podría estar.

—¿Por qué me trajiste aquí? —Besa mi pecho.

Apretando mi brazo a su alrededor, digo:

—Porque estoy entendiendo que me he estado comportando como un estúpido.
—Beso la parte superior de su cabello.

—¿Fredrik?

—¿Sí? —Miro hacia el techo.

—Lamento lo que te hizo Seraphina.

—No lo lamentes. No fue tu culpa.

Sus pequeñas respiraciones calientan mi piel cuando exhala.

—No tiene que ser mi culpa para lamentar lo que te hizo. —Angustia se establece en su voz.

Mi cabeza cae hacia un lado para poder verla e incluso en el oscuro tono azul de la habitación puedo ver las lágrimas brillando claramente en sus ojos.

—¿Por qué estás llorando? —pregunto, limpiándolas con mi pulgar.

Su mirada se aleja de la mía. No quiere responder, pero luego dice:

—Porque tengo miedo de que cuando la encuentres, te olvidarás de mí.

Respiro profundamente por mi nariz, instintivamente tratando de alejar la sensación de picazón formándose detrás de mis ojos.



Me doy vuelta con cuidado sobre ella, sujetándola debajo de mí y mirando hacia abajo a su rostro suavemente dolorido. Mis labios se encuentran con los suyos una vez. Mis manos toman los lados de su cabeza, mis dedos rozan los suaves y perfectos contornos de sus mejillas. Soy intoxicado por su carne cálida contra la mía, el olor de su piel femenina, el calor dulce de su aliento, la sensación de su corazón latiendo rápido zumbando hacia abajo en mi estómago y más lejos.

—No pienses en nada de eso —susurro en su boca—. Porque no tienes nada de qué preocuparte. —Mis labios cubren los suyos.

Deslizo sus bragas y me coloco en su interior en un dulce suspiro que expulsa sin control de sus labios. Se tensa al principio, pero luego se rinde y se funde en mí. Estoy delirante al instante con la sensación de su cuerpo cálido y pequeño envuelto firmemente alrededor del mío en todos los sentidos. Gime contra mi boca mientras voy más profundo, gime en el lado de mi cuello mientras empujo con más fuerza mis caderas contra las de ella. La boca de mi estómago duele de éxtasis; nunca he sentido algo así antes. Nunca. No así.

Mi boca devora sus labios, besándola con avidez, robándole el aliento. Solamente el calor húmedo de su lengua enredada con la mía amenaza con enviarme a la felicidad sexual. Y cuando mi boca se aleja de la de ella busca su cuello y el pequeño hueco en la parte inferior, y luego sus pechos, donde los beso y los lamo y los muerdo suavemente para no lastimarla.

—Por favor, no me dejes nunca más —se estremece en mi oído, presionando sus caderas hacia mí para tomarme con más profundidad.

La sensación de su boca me hace empujar más duro. Pero me detengo y me mantengo dentro de ella y digo:

—No te dejaré. —Y luego empujo mis caderas hacia delante de nuevo a los sonidos de sus gemidos suaves y suplicantes.

Los dedos de Cassia se envuelven en la parte superior de mi cabello. Sus muslos golpean alrededor de mis lados. Su cabeza cae hacia atrás en la almohada y arrastro mi lengua por la suave pendiente de su garganta expuesta hacia mí, hasta que mi boca encuentra sus labios de nuevo. La beso apasionadamente, posesivamente. Porque es mía. Me pertenece a mí como siempre lo ha hecho, y no me importa una mierda quién cree que es. Es mía y será mía hasta el día que muera.



CAPÍTULO 22

Cassia

Traducido por veroonoel
Corregido por ჯჳჳKhaleesiჯჳჳ

No sé lo que me está sucediendo.

Pero no me gusta.

Fredrik se levanta de la cama tan tarde en la mañana que espero oler pastel de pollo en el horno para el almuerzo. Greta siempre hace eso para mí los jueves. El sol brilla a través de la ventana de la habitación, casi cegándome, no porque recién me desperté sino porque no he visto el sol en un año. Estoy fascinada en silencio por él mientras me recuesto en mi lado en medio de las sábanas de Fredrik, dejando que la luz traiga una ráfaga de puntos negros y amarillos delante de mis ojos.

Justo cuando Fredrik está a punto de salir de la habitación con un par limpio de bóxers y una camisa aplastadas en su gran puño, se da cuenta de que estoy despierta y se detiene de repente en la puerta. Se vuelve para mirarme como si se hubiera olvidado de algo y me fundo en su mirada de ojos azules.

—Ven a ducharte conmigo —dice, y luego regresa a la cama, extendiendo su mano; una sonrisa de labios cerrados toca suavemente su atractivo rostro sin afeitar.

Me hace feliz que quiera que esté con él para una cosa aparentemente tan insignificante, pero no puedo evitar preguntarme cuánto de esto es porque no confía en que esté sola en la casa a menos que esté encerrada en la planta baja. Pero no me



preocupo por eso y trato de no pensar en ello. Estoy con él ahora en formas que solo he soñado desde que me trajo aquí.

¿Pero por qué esta sensación ominosa de tristeza en mi corazón tan de repente? ¿Cómo puedo estar tan feliz porque Fredrik parece haber cedido a mis sentimientos hacia él, y aún así siento una tristeza tan extraña y amenazante creciendo por dentro?

Tomo su mano y me ayuda a salir de la cama. Me tropiezo al principio, tan acostumbrada a la cadena siempre arrastrándose detrás de mí, pero rápidamente aprendo que se ha ido. Solo me pregunto cuánto tiempo durará, pero trato de no pensar en ello tampoco.

Caminando conmigo por el corto pasillo con mi mano entrelazada con la suya, estoy maravillada de estas cosas tan pequeñas. El hermoso piso de madera oscura bajo mis pies descalzos, la pintura blanca-crema en las paredes y el techo que hace que se destaque la moldeada corona oscura bordeándolo. La rica mesa decorativa posicionada en el extremo de la sala con una pequeña estatua griega exhibida en su centro. Incluso la instalación de luz en el techo encima de mí, con hermosas tallas de cristal en forma de cúpula, llaman mi atención más que algo tan simple y aburrido como una instalación de luz haría normalmente.

Cuando vislumbro la puerta del sótano, recordándolo caminando conmigo a través de ella la noche anterior, se me arrebató el aliento y mi garganta se seca al instante.

Me detengo en el pasillo con mi mano aún enlazada con la suya. No quiero ir más lejos.

—Está bien —dice Fredrik suavemente, tirando de mi mano—. No te voy a llevar allí abajo.

Me insta a continuar, caminamos solo hasta la puerta del baño y me encuentro respirando de nuevo una vez que damos un paso dentro.

Fredrik abre la puerta de la ducha de cristal y enciende el agua. Me siento extraña aquí de pie. Quiero ver el baño en asombro de la misma manera que hice en el pasillo, pero más quiero mirar a Fredrik. Su duro cuerpo bronceado, la fuerza de sus sólidos y abultados músculos de la pantorrilla, la perfecta curvatura de sus músculos oblicuos y cómo se sumergen hacia abajo en su pelvis en un patrón fuerte y masculino. Su paquete de seis abdominales que aún no puedo sacar de mi cabeza de la noche anterior mientras los rozaba bajo mis dedos cuando estaba encima de mí. Cuando estaba dentro de mí. Solo pensar en la noche anterior me hace doler por la necesidad y



hormigues de calor debajo de mi vientre. No solo por el sexo, sino por lo diferente que fue Fredrik respecto de cada vez anterior. No solo me tomó, me *apreció*.

Un rubor calienta mi rostro cuando se da la vuelta de la puerta de cristal y me mira con esos magnéticos y profundos ojos azules.

Me guía con él a la ducha.

El agua humeante corre hacia abajo en mí, y es celestial, pero nada es más celestial que la sensación de sus manos masajeando suavemente el champú en mi cabello, o sus labios sobre mis hombros húmedos, o en los lados de mi cuello.

—¿Dónde te gustaría ir hoy? —susurra en mi oído.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral.

Sorprendida por la pregunta, vuelvo la cabeza en un ángulo para obtener una visión de él detrás de mí. Sus grandes manos masajean constantemente mi cabello.

—¿Qué quieres decir? —Sé lo que quiere decir, pero me cuesta creer que esté considerando sacarme de la casa.

Sus labios caen en la esquina de mi boca.

—A cualquier lugar que quieras ir —dice—. Dilo y te llevaré allí.

Dándome la vuelta, guía mi cabeza bajo el chorro de agua. Cierro los ojos mientras enjuaga el champú de mi cabello.

—Yo... no lo sé —dice cuando finalmente me aleja del chorro y puedo abrir los ojos de nuevo.

Sonríe y se ve un poco sorprendido.

—¿No puedes pensar en ningún lugar? —pregunta—. ¿Ni *un* lugar?

Miro hacia arriba, presionando mis labios en una línea dura en un lado de mi boca, pensando en las posibilidades.

—Manhattan. La villa de Greenwich —digo entrecortadamente mientras poco a poco recuerdo el lugar—. No he comido un buen perro caliente en un largo tiempo.

Fredrik sonríe y me hace sonrojar.



Hace todo por mí, me lava de pies a cabeza, limpiando con cuidado alrededor de la curación, aunque aún hay heridas muy sensibles alrededor de mi tobillo. Y me besa bajo el constante chorro de agua. En los hombros. Los lados y centro de mi garganta. Las esquinas de mi boca. Mis labios. Y por mucho que me gustaría que me tome aquí mismo en la ducha, estoy igual de contenta de que no me toque de esa manera, y se esté controlando a sí mismo.

Cuando terminamos, Fredrik me pone delante del espejo cargado de vapor, su pecho y área pélvica tocándome ligeramente por atrás. Está duro, pero aún así no pierde el control de sí mismo y solo me hace quererlo más.

Siento la punta de su dedo trazando las cicatrices en mi espalda. Luego sumerge su cabeza y labios en ellas, una por una.

—¿Puedes decirme dónde obtuviste estas cicatrices? —pregunta, besando otra.

La pregunta me confunde. No porque me preguntó, sino porque... no me acuerdo.

—Yo... realmente no sé.

Me frustra por completo. Pensé que había recordado todo sobre mi pasado. ¿Cómo podía no recordar algo tan inolvidable como las cicatrices en mi espalda? Fredrik siempre las toca. Desde la primera noche que me trajo aquí, siempre ha tenido un interés en ellas. Me colocaría sobre mi estómago a través de mi cama y tiraría suavemente de mi camisón hasta mis hombros. Trazaría sus dedos a través de las cicatrices, tal como está haciendo ahora. Y luego la punta de su lengua como si estuviera probando y saboreando un recuerdo. Nunca supe que las cicatrices estaban allí hasta que le pregunté qué había en mi espalda que parecía atesorar tanto.

—Está bien —dice levantando su cabeza—. No tienes que recordar todo.

Siento como si estuviera un poco aliviado de que no lo sé. Pero eso es ridículo. ¿Por qué estaría aliviado de que no podía recordar ninguna parte de mi pasado cuando ambos hemos luchado tan duro y durante tanto tiempo para desentrañar todo?

Lo dejo pasar y me sonrío a mí misma, pensando solo en él. Estar aquí juntos.

Pero luego cicatrices que *sí* recuerdo destellan a través de mi mente. Con aire ausente, toco las que están en mis muslos —seis en cada uno— cortadas en una línea perfectamente horizontal de siete centímetros. La mano de Fredrik toca la mía,



alejándola de ellas, las cicatrices que *él* me hizo cuando me torturó en aquella silla en el otro lado del sótano.

—Lamento hacerte esto a ti —dice, con su voz atada fuertemente a la tristeza y el arrepentimiento y la vergüenza y la culpa—. No quiero que me perdones. Porque yo nunca me lo perdonaré.

—Pero yo sí...

Coloca sus dedos sobre mis labios. Al instante me veo obligada a cerrar mis ojos y besarlos, pero no lo hago.

—Las cosas serán diferentes a partir de ahora —dice con sus labios contra el lado de mi cuello. Entonces siento una suave toalla frotando suavemente contra mi espalda mientras comienza a secarme.

—Fredrik —le digo casi en un susurro—, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

Aprieta los extremos de mi cabello con la toalla, absorbiendo el agua en el grueso algodón.

—Nada de eso importa —dice—. No quiero que pienses en nada de eso.

—¿Pero qué hay de Seraphina? —pregunto en voz baja, nerviosa.

Sus manos dejan de moverse y siento que suspira detrás de mí.

—*Más* que nada —dice con pesar—, no quiero que te preocupes por *ella*.

—Pero me está buscando. Y sé que me puedes proteger, pero todavía tengo miedo de ella. Tengo más miedo cuando te vas. Cuando solo estamos Greta y yo aquí.

Siento que la toalla cae y luego sus manos ahuecando mis brazos. Besa la parte superior de mi cabeza, de pie mucho más alto que yo. Y sé que es solo un gesto afectuoso, pero no puedo dejar de sentir que es también uno de pesar, o tal vez incluso de dolor.

—Cassia, ¿me creerías si te dijera que no te haría daño si no piensas en ella?

Empiezo a darme la vuelta para mirarlo, pero me mantiene cuidadosamente quieta. Luego extiende una mano y la desliza a través de la gruesa capa de humedad que cubre el espejo grande.



Mis manos comienzan a temblar, aunque no sé por qué. Se hace un nudo de nervios en mi estómago y me siento enferma de repente, mis nervios deshilachados. Miro hacia abajo en el mostrador.

—Yo... no lo sé —tartamudeo con inquietud—. ¿Co... cómo evitaría eso que me encontrara?

No sé lo que me está pasando... pero no me gusta.

Fredrik continúa limpiando el vapor del espejo. Continúo mirando hacia abajo.

Se detiene y deja caer su brazo, encajando ambas manos en mis lados, justo por encima de mis desnudas caderas.

—Bueno, creo que dejas que te afecte demasiado, amor. —Mi corazón salta en mi pecho cada vez que me llama así—. Quiero que dejes de preocuparte por ella. Solo deja de pensar en ella y vive tu vida. De la forma que estás haciendo ahora. Prisionera de nadie. Ni de mí, ni de Seraphina. ¿Puedes hacer eso?

De mala gana, asiento.

Entonces me vuelvo para mirarlo, poniendo mi espalda hacia el espejo.

Empujando hacia arriba con los dedos de mis pies, beso sus cálidos y deliciosos labios.

Sonríe.

—Creo que puedo hacer eso —le digo y le sonrío.

Me hace el desayuno y nos sentamos juntos en la mesa de la cocina como un matrimonio, ambos con una taza de café caliente, Fredrik mirando hacia abajo al periódico del día. Pero no puedo dejar de notar de cuánto de ese periódico parece no estar leyendo porque sigue levantando los ojos de él para sonreírme, sonreír ampliamente, a través de la mesa.

Me siento como una adolescente con mi primer amor de nuevo, mi rostro ruborizado de emoción.

Hablamos durante mucho tiempo acerca de todo y de nada. Y a veces me encuentro perdida en su voz profunda y preciosa. Podría escucharlo hablar todo el día y nunca me aburriría o querría ninguna tipo de interrupciones.



A la hora de terminado el desayuno, he cambiado de opinión acerca de ir a Nueva York. No solo porque es ridículo ir a tres horas por un perro caliente, sino porque a pesar de que Fredrik me pida que deje de preocuparme por Seraphina, no puedo. Y Nueva York fue donde ella intentó matarme. Ella afecta mis pensamientos y atormenta mis recuerdos.

—¿Por qué no quieres ir? —pregunta Fredrik.

Bajo mi mirada porque nunca fui buena mintiendo y digo:

—Solo quiero quedarme en Maryland. —Me río a la ligera por si acaso—. He estado aquí por mucho tiempo y nunca he visto nada fuera de esta casa.

Fredrik frunce el ceño.

Sonrío y le digo:

—Oh no, amor, no te estoy culpando —le aseguro.

Algo brilló en sus ojos cuando lo llamé “amor”.

¿Por qué lo llamé así? No importa. Me gusta. Y se siente bien. Natural.

Aplana el periódico en la mesa y me mira inquisitivamente.

—Entonces si no es Nueva York, ¿a dónde te gustaría ir? —Su hermosa sonrisa se ensancha—. Soy nuestro todo el día.

Mi cara se ruboriza de nuevo.

—¿Por qué no eliges un lugar?

Frunce los labios.

Quiero besarlos...



Fredrik

Todo es una ilusión, me dice la voz en el fondo de mi cabeza constantemente mientras me siento frente a Cassia en el mejor restaurante de todo Baltimore. *Todo es una ilusión*: nosotros dos. Sentados juntos aquí de esta manera. Como lo haría cualquier pareja normal. Es una ilusión, Fredrik. Una y otra vez. Porque todavía tengo que dejarme creerlo. Una parte de mí no quiere creerlo. El viejo Fredrik. Y el incluso más viejo. Las partes de mí que solo he conocido. ¿Qué es esta extraña luz que siento en presencia de Cassia?

Debe ser lo que se siente una vida normal.

Y aunque siento una gran sensación de satisfacción, la luz me asusta de la misma manera.

Una ilusión, se burla la oscuridad dentro de mí. Este tipo de vida nunca fue para ti, así que no caigas en la trampa, o lo que queda de tu vida se vendrá abajo a tu alrededor en pedazos tan pequeños que nunca se podrán juntar de nuevo. ¡Cierra tu puta boca!

La sonrisa de Cassia es tan vibrante, sin embargo tan frágil que siento que el más pequeño toque de oscuridad puede lavarlo fácilmente. Está usando un suéter blanco bonito que queda suelto sobre sus hombros, revelando la suavidad de su clavícula y su cuello largo y delicado. Una falda gris alargada se aferra a su forma de reloj de arena, más debajo de sus rodillas y cae sobre un par de botas negras altas de invierno. La llevé de compras cuando salimos de la casa esta mañana. Era tímida y al principio no quería que le comprara cosas. Así que elegí atuendos para que usara y los compré de todos modos. Y mientras la vestía, besé las cicatrices en su espalda como siempre he hecho. Cicatrices dejadas por cortes que puse ahí con el tiempo, uno por uno, mientras hacía el amor con Seraphina.

Salimos del restaurante y nos dirigimos de vuelta al frío, nuestros zapatos crujiendo en los apenas cinco centímetros de nieve que habían caído la noche anterior. Abro la puerta del auto para ella y la ayudo a subirse en el asiento del pasajero. El auto ya está cálido. Me aseguré de usar el arranque a control remoto antes de salir del restaurante.



—Fredrik —dice Cassia suavemente desde su asiento—, siento como si te conociera de toda la vida. —La miro y su cara está colorada por el calor. Sonríe suavemente, aunque por dentro no estoy sonriendo tanto, y continúa—: Sé que si le digo a otra persona lo que siento sobre ti, a pesar de las circunstancias de cómo nos conocimos, probablemente pensarían que estoy loca. Greta debe pensar que estoy loca. —Sus ojos se encuentran con los míos de nuevo. Está buscando confirmación o rechazo a su teoría. No tengo el corazón para ser honesto con ella.

Pongo la llave en el contacto y desbloqueo la rueda para que el auto permanezca funcionando.

—Greta no piensa de esa manera —digo simplemente.

No la miro esta vez.

—Pero realmente no importa lo que piensen los demás —dice con incertidumbre—. ¿O sí?

Le echo un vistazo brevemente.

—No —digo, aunque no sé lo que estoy diciendo, o si debería estarlo diciendo en absoluto—. La forma en la que alguien elige sentirse hacia otra persona es su elección y su asunto. —Traté de ser vago.

Sonríe y pone sus manos juntas sobre su regazo.

—Pero la verdad es que siento que te conozco de toda la vida —repite—. Yo... no lo puedo explicar. Pero se siente bien. —Sonríe.

¿Quiere que esté de acuerdo?

¿Qué quiere de mí?

Pongo el auto en reversa y salgo del estacionamiento.

Paso todo el día con Cassia, tal como prometí. Eventualmente comenzó a aflojarse y sugiere lugares a los que le gustaría ir, cosas que le gustaría hacer. No me sorprendió mucho que todo lo que eligió era simple y no lujoso o caro. Hubiera gastado con mucho gusto cada dólar que poseo por ella, comprado el auto más extravagante. Hubiera hecho cualquier cosa por ella. Pero lo único que me pidió fue pasar una hora y media mirando una película en el teatro local. Comimos palomitas y bebimos refrescos y nos sentamos juntos con nuestros zapatos apoyados en la parte posterior de los asientos vacíos delante de nosotros. No había hecho nada parecido



en... nunca he hecho nada parecido. Pero fue liberador e inmaduro y poco sofisticado, y lo haría de nuevo. Si ella estuviera conmigo. Y Cassia, para una mujer de estructura pequeña, tiene un enorme apetito, igual que Seraphina. Además del almuerzo y luego las palomitas, tuvo su parte justa de comida rápida antes de que terminara el día.

Poco después de caer la noche, fuimos hacia un lindo bar en la mejor zona de la ciudad. Elección de Cassia. Ha estado a cargo de elegir desde antes de la película.

—Solía cantar en un bar y restaurante —dice desde el asiento del pasajero—. Cuando vivía en Nueva York.

—¿En serio? —pregunto, tratando de sonar sorprendido.

La gente viene y va del edificio en frente de nosotros vestidos con pantalones casuales y bonitos suéteres y abrigos largos, parejas tomados de los brazos, algunos vagamente borrachos mientras salen y van a sus autos en el estacionamiento.

Cassia los observa de una manera silenciosa y reflexiva; los recuerdos de su tiempo cantando en Nueva York jugando seguramente en su mente.

Me mira y sonríe.

—Sí, cantaba. Aunque era mi trabajo.

Sonríó a cambio.

—Apuesto a que tienes una voz hermosa. —*La voz más hermosa que he oído nunca.*

Cassia mira hacia abajo a sus manos en su regazo, su rostro volviéndose rojo debajo de esa piel suave.

Entonces se ríe y dice con una sonrisa:

—Bueno, sí, soy bastante buena —pero está inmediatamente avergonzada por la confesión.

Inclinándome sobre la consola hacia ella, tomo su barbilla en mi mano y cierro mis labios alrededor de los de ella, robándole el aliento. No puedo detenerme. *Te he extrañado.* No quiero. *Pero ya no eres tú.* Debería detenerme, porque sé que no puede salir nada bueno de esto. Pero no puedo.

Tiene que haber una manera.



El beso se rompe. Miro en sus ojos castaños, saboreando el sabor persistente de su boca en mis labios.

Es una ilusión. No... no lo es.

—Fredrik —oigo que dice su voz, pero es débil al principio mientras estoy encerrado en mis propios pensamientos en lucha—. ¿Hay algo mal?

Me libro de ellos.

Me sonrío con curiosidad.

—¿Por qué no entramos? —pregunta sobre el bar a pocos metros de nosotros.

De repente, tengo un nuevo plan. Y esta vez voy a hacer que funcione. La miro en silenciosa contemplación, y en cuestión de segundos sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué tal si nos saltamos el bar? —sugiero, besándola suavemente en los labios—. Creo que prefiero pasar el resto de la noche a solas contigo. Podemos descansar y mirar televisión. Podemos sumergirnos en un baño caliente juntos. —Cualquier cosa menos el bar. Cualquier cosa menos lo que podría ayudar a traer de vuelta más recuerdos. La noche en que Greta le sacó su grillete y bailaron y cantaron Connie Francis fue la noche en que Cassia trajo de vuelta sus recuerdos. Recuerdos que no esperaba, pero en fin.

Cassia sonrío.

—Está bien —dice sin reticencias o preguntas—. Entonces vamos a casa.

Casa. Seraphina ha vuelto a casa.



CAPÍTULO 23

Fredrick

Traducido por Rivery
Corregido por ღᄃ3Khaleesiღᄃ3

Nunca imaginé sentirme de esta forma por nadie. Seraphina siempre será una parte de mí, pero *esta* parte de *ella* que probablemente nunca entenderé, ha llenado los agujeros de mi alma que han estado vacíos desde que era un niño, desde el día en que la traje aquí. Los agujeros que la mitad más oscura de Seraphina no podía llenar. Nunca he conocido la luz. Sólo la oscuridad. Nunca he experimentado sensibilidad, fragilidad o compasión, hasta Cassia. ¿Cómo puede una persona ser tantas cosas? ¿Tener tantas caras? ¿Alojar tantos deseos?

Le doy a Greta otro día libre completo y paso el día siguiente con Cassia también. Y el siguiente. Pero hacia el final del fin de semana, algo mucho más profundo que la frustración comienza a crecer dentro de mí. ¿El resentimiento hacia la verdad? ¿Saber que lo que tanto deseo, no lo puedo tener en realidad? Y para empeorar las cosas, empiezo a darme cuenta de que sólo porque algo bueno está de pie frente a mí, no puedo olvidar tan fácilmente lo que realmente soy por dentro. La necesidad de apaciguar mi venganza y sed de sangre está haciéndose fuerte otra vez, más fuerte ahora que mi oscuridad se siente amenazada por algo más poderoso que está tratando de retenerme, de hacer que deje de ser yo. Y lo único que va a silenciar la voz brutal en el fondo de mi mente es encontrar un participante poco dispuesto y hacer lo que mejor sé hacer.



Estoy tratando tan duramente de ignorarlo.

Cassia se sienta a mi lado en el brazo del sillón de cuero en el salón de mi casa. Sus dedos se envuelven suavemente en la parte superior de mi pelo oscuro.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice de manera insinuante mientras vislumbro sus muslos desnudos sobre el brazo del gran sillón a mi lado.

—Por supuesto —le digo.

Mantengo mis ojos en el iPad frente a mí en la mesa de café, intentando no dejarme distraer por ella.

Pero al igual que ignorar mi lado oscuro, eso no es tan fácil de hacer.

—¿Cómo le hiciste el amor a Seraphina?

Mis ojos se cierran durante un breve e imperceptible momento de arrepentimiento. Los dedos de Cassia continúan enredándose por mi pelo, enviando escalofríos por mi nuca.

—Creo que es mejor que no hablemos de ella. —Tengo el dedo sobre la pantalla, simulando estar pre-ocupado. Pero todo lo que puedo pensar es en la forma en que su piel huele y lo cálidamente que su cadera se presiona contra mi brazo.

—¿Cómo era ella? En la cama, quiero decir.

—Cassia... —Evito sonar enfadado y dejo escapar mi aliento en un suspiro—. Por favor, me prometiste que no harías esto.

Se desliza del brazo del sillón y se sienta a horcajadas en mi regazo.

Me empalmo incómodamente bajo la tela de mis pantalones, pero no puedo permitirme reajustarlo porque no quiero moverla ni un centímetro de mi regazo. Ella llevaba una camiseta gris sin sujetador y un pequeño par de bragas de algodón apretadas y de color rosa. Bajo la mirada entre sus piernas abiertas con los muslos a cada lado de mí, con las rodillas apretadas contra el cojín, y mi cabeza empieza a dar vueltas por la necesidad.

—Fredrik ... por favor. —Ella suaviza su mirada hasta el punto de fruncir el ceño y yo lucho para no ser masilla en sus malditas manos—. La forma en que estuviste conmigo todas las veces anteriores... fuiste diferente. A veces rudo, otras veces me mirabas antes de que tomarme como si estuvieras luchando contra algo en tu interior.



Algo depredador, primitivo. —Mueve sus pequeñas caderas en mi regazo con un propósito. No puedo respirar—. Siempre estuviste ocultándome algo. Y ahora... —Se inclina de forma íntima y desliza su lengua entre mis labios una vez. No puedo ver a través de mis párpados hormigueantes—... ahora me tratas con tanta fragilidad.

—¿Preferirías que no lo hiciera? —pregunto con mi propio propósito, quiero que se sienta culpable para que deje esto pasar—. ¿Qué, no te gusta?

Se aleja de mis labios e inclina la cabeza con desánimo a un lado.

—No, no, *sí* me gusta. —Descansa sus manos en mi pecho cubierto por la camisa—. A veces siento como si pudiera correrme sólo cuando me tocas. No quiero que cambies *nunca*. Necesito que seas como eres. La forma en que me haces sentir...nunca me había sentido así antes.

—Entonces, ¿qué importa cómo era con Seraphina? —Inclino mi cabeza de la misma manera, mirándola—. ¿Por qué te importa?

—Curiosidad, supongo. —Se encoge de hombros y de alguna manera incluso eso me resulta sexy—. Tal vez quiero que tú...

Un rayo de celos se dispara a través de mí de repente, y se da cuenta del cambio de inmediato.

—Cassia —digo arrastrando la yema de mis dedos por la suavidad de sus brazos desnudos—, dices que nunca te has sentido así antes, de la manera que te sientes conmigo... ¿has estado con otros hombres?

Su cara decae y baja la mirada hasta sus manos que ahora descansan entre sus bragas y mi estómago. No se ve avergonzada. Se ha quedado tan en blanco como cuando le pregunté hace unas noches dónde obtuvo las cicatrices de su espalda y no pudo recordarlo.

Sus ojos se encuentran con los míos con reticencia.

—No es que pueda recordar —dice—. *Nunca* cuando vivía en Nueva York. Pero antes de eso...no lo sé.

—¿Puedes recordar *cualquier cosa* de antes de Nueva York?

Ella niega con la cabeza y ahora se ve avergonzada.

—Ven aquí —digo ahuecando la parte posterior de su cabeza y tirando de ella



hacia mi hombro donde apoya el lado de su cara—. No te preocupes.

—¿Fredrik?

—¿Sí?

—Si hubiera estado con otros hombres, ¿todavía me mantendrías aquí contigo?

Mi mano se pone rígida en su pelo y la presiono con fuerza contra mí, envolviendo la otra mano alrededor de su espalda.

No lo sé.

—Sí —le digo—. No me importaría —miento.

Con cualquier otra mujer que no fuera Seraphina, no me importaría con quién o con cuántos hombres haya estado. Pero Seraphina era diferente. No era virgen cuando nos conocimos, pero supe por su negativa a hablar de su primera vez, que se trataba de alguien que *necesitaba* olvidar. Seraphina *me* llamó su “auténtico primero”. Despreciaba a los hombres. Yo era el único hombre al que jamás podría amar. El único hombre al que alguna vez le dejaría tocarla. Seraphina *mató* a hombres por tocarla, si yo no llegaba a ellos primero. Pero yo era el único. Hasta Marcus de la Casa de Seguridad Dieciséis. Y lo maté diez días después de enterarme.

Cassia levanta su cuerpo del mío y me mira a los ojos sonriendo suave y tímidamente. Y otra vez con un propósito, se presiona hacia abajo contra mi dureza y se me corta la respiración. Un gruñido bajo y gutural retumba en silencio a través de mi pecho.

—Cassia —digo, listo para quitarla de encima de mí, metiendo mis manos debajo de sus muslos—, no deberíamos hacer esto ahora mismo.

¿Qué se le ha metido? No es que me moleste, todo lo contrario, , pero tengo la sensación de que está celosa de Seraphina y está tratando de tomar su lugar en todos los sentidos, no sólo en mi corazón.

Ella frunce el ceño.

—No hagas eso —digo.

—Lo siento, yo sólo...

Extendiendo un brazo firmemente alrededor de su cintura para que no se caiga,



agarro el iPad de la mesa de café y lo tiro al suelo. Segundos después, retiro de un golpe los archivos que había estado leyendo sobre Kelly Bennings y Paul Fortright en Seattle. Las fotografías y las hojas de papel blanco se esparcen sobre la alfombra decorativa. Me inclino hacia delante y Cassia instintivamente me agarra por el cuello para no caerse hacia atrás, y coloco mis manos sobre la parte superior de las patas de la mesa de café, tirando de ella más cerca.

La recuesto en ella sobre su espalda.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con curiosidad pero sin inseguridad, se imagina lo que estoy haciendo.

—Lo que yo quiera —digo, ajustando mis dedos detrás del elástico de sus bragas y tirando de ellas.

Agarrando sus tobillos, sostengo sus pies en el borde de la mesa.

Sus ojos se ensanchan.

Mi polla se pone más dura.

Sus muslos se separan frente a mí, extendiéndose como las alas de una mariposa. La ayudo a mantenerlos quietos, agarrándolos con ambas manos, hasta que ella los mantiene quietos por su cuenta.

—Si me juras que nunca preguntarás por Seraphina de nuevo —deslizo el dedo medio entre sus labios inferiores, arriba y abajo dos veces antes de separarlos. Ella jadea—, haré esto para ti. Donde quieras que lo haga. Cuando quieras que lo haga. Y a menudo, cuando menos te lo esperes.

Sus dedos se enroscan firmemente alrededor de los bordes de la mesa, agarrando la madera hasta que sus nudillos se vuelven blancos. Su pecho sube y baja junto con sus pequeñas bragas lo que me deja más hambriento de ella.

Me inclino y arrastro la punta de la lengua entre sus labios húmedos y ella se estremece y gime.

—Pero tienes que jurarlo, maldita sea.

La lamo de nuevo y empujo mis dedos índice y corazón profundamente dentro ella. Echa su cabeza hacia atrás, arqueando su cuello contra la mesa de café, con su pelo largo y rubio extendido completamente en la madera oscura.



—Lo juro. —Ella se estremece.

Con mis dedos aún dentro de ella, muevo rápidamente mi lengua contra su clitoris.

—No es muy convincente, amor.

Me alejo totalmente de ella, dejando caer mi espalda contra el gran sillón de cuero, mis largas piernas abiertas, dejándome la vista perfecta de su cuerpo desnudo expuesto. Mis manos cubren casualmente los brazos del sillón.

—¡Lo juro, Fredrik! ¡Lo juro!

—No levantes la cabeza —le digo.

Se tumba de nuevo.

—Nunca volveré a preguntar sobre ella. —Sigue suplicando y sólo me da ganas de meter algo más que mis dedos o mi lengua dentro de ella, pero no lo haré.

—Hmmm —digo mirando hacia el techo, tomándome mi tiempo—. Todavía no estoy seguro de poder creerte. Quiero decir, antes me prometiste una vez...

—Lo juro, Fredrik, ni siquiera diré su *nombre* otra vez.

Eso llama mi atención.

Levanto la espalda de la silla y arrastro mi mano contra sus muslos, sólo rozando el calor entre sus piernas para llegar al otro lado.

—Di que lo prometes —digo suavemente.

—Lo prometo —dice en un susurro tembloroso.

Meto mis dedos del medio en su interior, deslizándolos hacia adentro y hacia fuera con cuidado. Una serie de suaves gemidos se le escapan. Juego con ella durante un rato. Porque me gusta tocarla. Podría tocar y probar durante horas y nunca aburrirme.

Cada vez más jadeos, dulces y que hacen palpar mi polla.

Finalmente, mi cabeza cae entre sus muslos temblorosos y la lamo con furia, trabajando mis dedos dentro y fuera al mismo tiempo. Cassia jadea, agarrándose a los bordes de la mesa de café. Su estómago se encoge e inhala profundamente para jadear,



dejando al descubierto el contorno de sus costillas.

Oigo llaves tintineando en la puerta principal, pero no me detengo.

Todo lo que importa es volver loca a Cassia, abierta de piernas justo aquí en mi sala de estar.

—¡Oh, Fredrik! Por favor, no te detengas...

No planeo hacerlo, amor.

Chupo su clítoris repetidamente en mi boca, presionando mis labios con fuerza contra su hueso pélvico.

Oigo otra exclamación, aunque no viene de Cassia. Sólo paro cuando sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza y ella mira hacia la entrada del salón con una expresión de terror.

Greta está de pie allí con la boca abierta y los ojos más abiertos de lo que habían estado las piernas de Cassia.

Sin levantar mi cuerpo, levanto la vista al frente hacia ella y digo:

—¿Te importa esperar fuera como —lo calculo en mi cabeza rápidamente—, un par de minutos más?

Greta, dándome la sensación de que no ha echado un polvo en un tiempo muy largo, se toma unos segundos para poner en orden sus pensamientos.

—Estaré en el auto —dice ella, moviéndose rápidamente hacia la puerta—. Sólo avísenme cuando...hayan acabado.

La puerta delantera se abre y se cierra tan rápido que probablemente corrió los últimos metros.

—Oh Dios mío, ¡estoy tan avergonzada!

—No lo estés —le digo mientras sujeto sus muslos firmemente con ambas manos y los extiendo lejos de mi cabeza—. Ahora quédate quieta.

—Pero no puedo...

—Oh, sí, puedes. Confía en mí. Ahora recuesta la cabeza.



Inmediatamente, hace lo que le digo y vuelvo a trabajar.



Mientras Cassia está en mi dormitorio vistiéndose, Greta vuelve a entrar en la casa sin hacer ningún tipo de contacto visual. No es que sea inusual, pero esta vez es por una razón muy diferente.

—Lo siento mucho, señor Gustavsson. —Pone su bolso en el mostrador y va hacia un taburete para poner su abrigo sobre el respaldo, pero falla y cae al suelo en su lugar. Se inclina y lo intenta de nuevo, agarrándolo con torpeza todo el tiempo—. Me dijo que entrara. Yo sólo no...

—No te preocupes por eso. —Doy un paso hacia ella. Da un paso hacia un lado, dejando caer su mirada. Camino rodeándola hacia el refrigerador—. Fue mi culpa. Sabía que estarías aquí, pero...bueno, pasaron cosas que no anticipé.

—*Ya lo diría* —murmura Greta en voz baja.

Lo dejo pasar.

Cassia entra en la habitación, vestida con su camiseta gris sin mangas y un par de pantalones de correr cubriendo sus pequeñas bragas rosas. Apenas puede mirar a Greta a la cara, incapaz de contener el sonrojo para sí misma. Es tan jodidamente lindo que quiero ponerla sobre el mostrador de al lado.

—Hola Greta. —Cassia saluda con la mano delicadamente.

Abro la nevera y saco una botella de agua del estante superior.

—Hola Cassia, querida. Yo eh, asumo que has estado bien estos últimos días.

Niego con la cabeza ante su torpeza, pero no digo nada.

Si Cassia estuviera de pie en una playa, parecería como si estuviera enterrando tímidamente los dedos de los pies en la arena.

¿Cómo pueden ella y Seraphina ser la misma persona?



—Sí, Greta —dice Cassia con una sonrisa implacable—, las cosas han sido maravillosas.

Los ojos de Greta finalmente se encuentran con los míos, pero no me mira por mucho tiempo, sólo el tiempo suficiente para exponer la incertidumbre escondida dentro de ellos. Lo dejo pasar también. Es muy maternal cuando se trata de Cassia, y francamente, ahora estoy empezando a apreciar eso de ella incluso más.

De repente, cae en la cuenta y la sonrisa de Cassia decae mientras se gira hacia mí. Si Greta está aquí sólo puede significar una cosa.

—¿Te vas? —Sus ojos tristes se cierran. Me destroza un poco por dentro.

—Sí. —Desenrosco el tapón del agua—. Tengo que reunirme con alguien en una hora. Es muy importante.

Es importante, pero también me tiene de los nervios. Casi que no quiero encontrarme con Izabel en la cafetería porque tengo miedo de lo que va a decirme.

Cassia se acerca a mí.

—No quiero que te vayas.

Dejo el agua abajo y coloco mis manos sobre sus hombros y me inclino para besar su frente.

—No será por mucho tiempo. Vas a estar bien.

Greta comienza a vaciar el lavavajillas, fingiendo no estar escuchando, pero está pendiente de cada palabra.

La expresión de Cassia se ve atormentada. Sé que no quiere que me vaya, pero esto no es sólo por eso. No quiere volver a entrar en el sótano y aunque no le he confirmado que vaya a pasar, ella sabe que será así.

Tomo su mano y ella me lo permite.

Dejamos a Greta en la cocina y camino con Cassia por las escaleras de concreto, encendiendo las luces mientras paso. Tengo que reconocer que incluso para mí que parece como entrar en una prisión a pesar de que no he sido el que ha estado confinado en este lugar. Me gustaría poder dejarla vivir libremente en mi casa, que fuera capaz de mirar por las ventanas o incluso a salir cuando quisiera. Pero en este momento eso no es posible. Y puede que nunca.



—¿Prometes que no ausentarte por mucho tiempo?

Apoya su cabeza en mi pecho, con sus brazos doblados y apretados entre nosotros, sus dedos agarrando mi camisa de vestir.

Acuno la parte posterior de su cabeza en mi mano, apretando mi agarre a su alrededor.

—Lo prometo.

Levantando la cara, me mira con aprensión.

—¿Fredrik?

Le beso la frente.

—¿Qué pasa?

—Tengo miedo.

Ahucando su cara entre mis manos, beso sus labios temblorosos.

—No tengas miedo.

—Pero lo tengo. Siempre voy a tener miedo. —Sus dedos se aprietan sobre la tela de mi camisa.

—¿Fredrik? —repite, aunque esta vez con renuencia.

Suavizo la mirada, haciéndole saber que está bien hablar de Seraphina. Esto es diferente.

—¿Puedes prometerme que nunca la dejarás hacerme daño de nuevo? —Las comisuras de sus ojos se llenan de humedad—. Sé que la amas —Tira de mi camisa más fuerte, atrapando mi mirada desorientada—, sé que *siempre* la amarás. Pero, por favor, *nunca* dejes que me haga daño de nuevo.

Mirándola a los ojos y viendo sólo a Cassia por primera vez, digo—: Nunca dejaré que te lastime de nuevo. —Le beso en la frente—. Y creo que no quiero encontrarla nunca más.

Cassia no dice nada más mientras cierro el grillete alrededor de su tobillo y hago mi camino de vuelta por las escaleras de concreto.



Cassia

Sentí una sonrisa tratando de abrirse camino hasta la superficie de mi cara, pero murió muy pronto. Mis manos caen a mis costados y simplemente me quedo aquí en el centro de la habitación, la cadena extendida junto a mí en el suelo. Debería estar contenta con lo último que dijo, *quiero* estarlo, pero me siento rara.

No sé qué me está pasando.

Pero no me gusta.

Fredrik



Con mi abrigo ya puesto y mis llaves en la mano, me dirijo a la puerta principal, pero me detengo en la entrada de la cocina.

—Greta, tienes que entender algo.

Ella coloca el paño de cocina sobre el mostrador y camina alrededor de él hacia mí, sus ojos sin dejar nunca los míos mientras percibe la importancia de lo que voy a decir.

—Cassia es peligrosa —Las cejas de Greta se endurecen al instante—, y necesitas tener cuidado cerca de ella.

—Perdóneme, señor Gustavsson —dice dando un paso a hasta mí—, pero pensé que había superado eso. Me dijo la primera semana que empecé a cuidarla que tuviera cuidado a su alrededor. Me contó que era porque no se podía confiar en ella, pero usted...



—Ya sé lo que dije. —La corto—. Sé que con el tiempo te dije que estaba bien, pero la verdad es que nunca debería haber permitido que bajaras la guardia alrededor de ella. Eso fue un error por mi parte.

—Cassia es inofensiva —dice, cruzando los brazos cubiertos por un suéter azul de punto—. ¿Cómo puede decir que es peligrosa, después de todo este tiempo? ¿Después de lo que... —entrecierra los ojos—, después de lo que ha pasado con ella?—. Se refiere a lo que de cierto modo vio cuando entró por la puerta esta noche.

—Escúchame —le digo con autoridad—. Te diré más cuando lo averigüe esta noche en mi reunión con Izabel. Con suerte, tendré una comprensión mejor. Pero hasta entonces, quiero que estés en guardia alrededor de Cassia en todo momento.

—Lo haré —dice Greta, dejando caer las manos a sus costados y caminando de vuelta alrededor del mostrador—. Pero permítame decir para que conste, y puede matarme por decirlo si quiere, que confío más en ella de lo que confío en usted. Señor. —Sus palabras fueron amargas, pero sinceras. Está resentida conmigo por mantener a Cassia prisionera, por tratarla como un animal, a sus ojos, incluso por contemplar la idea de que alguien tan dulce y cariñoso como Cassia es, podría ser peligroso.

—Tu opinión ha sido anotada —digo y abro la puerta principal—. Estaré vigilando las cámaras, así que no hagas nada estúpido.

—No lo haré, señor.



CAPÍTULO 24

Fredrik

Traducido por MaEx e IvanaTG
Corregido por ღᄃKhaleesiღᄃ

Estaciono en el aparcamiento de la cafetería y encuentro que Izabel ya está aquí, esperándome, quince minutos antes. Ella no está sonriendo cuando me acerco a su mesa en la esquina más alejada de la tienda. La única sonrisa en su rostro es del tipo lamentable cuando estás a punto de darle a alguien que amas una noticia devastadora.

Quiero girar sobre mis talones y caminar de regreso por la puerta. Tal vez si no escucho lo que tiene que decir, nada de eso será cierto.

Me siento en la silla vacía enfrente de Izabel.

No digo nada.

Izabel toma un grueso sobre blanco de su bolso sobre la mesa y lo pone frente a ella cubriéndolo con sus dedos bien cuidados.

Desprecio ese sobre. Está a punto de arruinar mi vida y quiero prenderle fuego.

Arrancando mis ojos lejos de él, miro sólo a Izabel.

—¿Cómo ha estado ella? —pregunta.



—En realidad, Cassia ha estado perfecta —respondo, como si este hecho vaya a negar todo lo que va a decirme—. No hay señales de ella recordando que es Seraphina. Incluso la dejé salir del sótano por primera vez en un año. La llevé a comer y al cine, puedes creer eso, a mí. Al cine. —No me di cuenta de lo grande que mi sonrisa se había puesto en poco tiempo, pero no podía remediarlo al recordar los últimos días a solas con Cassia.

Izabel parece comprensiva y la sonrisa se esfuma de mi cara.

—Fredrik, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro.

Me recuesto contra la silla y entrelazo los dedos a través de mi estómago.

Izabel mantiene sus manos en la parte superior del sobre y tengo la sensación de que no quiere que vea lo que hay dentro así como no quiero hacerlo.

—¿Fue tu infancia algo como la mía?

Eso me toma por sorpresa.

Nunca le he contado a Izabel sobre mi pasado. Las únicas dos personas, que yo sepa, que no sea Seraphina quien saben algo de eso en absoluto, son Victor Faust y nuestro ex empleador, Vonnegut. Ellos lo sabían porque era su negocio saberlo antes de que fuera reclutado por La Orden. Pero aun así ellos no lo saben todo.

Nadie lo sabía todo, excepto Seraphina.

—Algo como la tuya, sí. —Miro a la pared detrás de su cabeza.

—Victor no me dirá mucho de ti —dice suavemente—, porque no es asunto mío hasta que me lo digas tú mismo. Sé eso y lo acepto. Pero quería preguntar en caso de que te sintieras lo suficientemente cercano para contármelo.

—¿Qué tiene que ver mi pasado con lo que hay en ese sobre, Izabel? —Todavía no miro el sobre. Lo veo en mi visión periférica, pero no puedo obligarme a mirarlo directamente.

—Es sólo una pregunta, Fredrik.



—No, es más que eso —digo y luego bajo la voz para que el barista detrás del mostrador no escuche—. Pero sí, fui un esclavo sexual, al igual que tú lo fuiste. Sólo fui uno por un tiempo mucho más largo. Y no era el favorito de nadie.

No quise decir esa última parte que suene resentido o duro, pero por la mirada ofendida en los ojos de Izabel, estoy asumiendo que salió de esa manera.

Suspirando con pesar, cierro los ojos brevemente y pongo mis manos cruzadas sobre la mesa—. No quise decirlo en la forma en que sonó.

Izabel suaviza su expresión y asiente suavemente—. Lo sé.

—Pero no sé por qué algo de esto importa —corto—. ¿Qué tiene que ver mi pasado con Seraphina?

—No tiene nada que ver con Seraphina —dice ella—. Sólo quiero que sepas que estoy aquí para ti, no importa lo que pase tú y yo, somos similares en muchos aspectos y sé que estaba sola por mucho tiempo debido a la vida que fui forzada a vivir. No tenía a nadie. A excepción a las chicas que vivían en el recinto conmigo, pero mis relaciones con ellas eran siempre de corta duración. Ellas o bien eran vendidas, se suicidaban o eran asesinadas. No tenía a nadie, Fredrik. Y sé lo que se siente estar solo y en una horrible vida, no de mi elección.

Se inclina hacia delante, arrastrando el sobre hacia el centro de la pequeña mesa, pero aún no está preparada para dármelo. Sus ojos están tristes y llenos de comprensión.

—No hace poco tiempo —continúa—, pero desde la noche en que te conocí en Los Angeles, vi en ti la misma soledad y tormento que estaba en mí antes de que me encontrara a Victor. La gente como tú y como yo, pensamos que estamos ocultando nuestro dolor y oscuridad del resto del mundo, pero nos olvidamos de que lo podemos ver claramente en el *otro*.

Alcanzo el sobre, pero ella es renuente a mover la mano. Finalmente, cede. Lo deslizo hacia mí y mantengo mi mano sobre él. Pero no estoy preparado para leer el contenido.

—Aprecio la charla seria, Izabel, pero...

—Fredrik, estoy asustada por ti.



—¿Por qué? ¿Debido a esto? —Tocar el sobre con la punta de mi dedo sin mirar hacia abajo hacia él—. Puedo manejarlo. Sea lo que sea que estoy a punto de descubrir, puedo lidiar con ello.

—Pero sólo quiero decir que Seraphina *no* es la única persona en este mundo que alguna vez se ha preocupado por ti.

Mis dedos se aplastan alrededor de los bordes del sobre.

—Tal vez no —digo—, pero ella es la única persona que realmente me entiende.

Izabel asiente, pensativa—. Sí, pero ella no tiene que serlo.

—¿Qué se supone que significa eso? —Me río de repente—. ¿Vamos a tener una historia de amor? —bromeo, sonriéndole.

Izabel sonríe y rueda los ojos un poco, pero cambia el humor por determinación rápidamente.

—Sólo estoy diciendo que estoy aquí para ti. Haría cualquier cosa por ti. Espero que consideres eso.

Por último, miro abajo hacia el sobre, luego extraigo cuidadosamente la solapa de la parte interior, abriéndolo.

—James Woodard rastreó la información abajo sobre Cassia Carrington —dice Izabel mientras estoy desplegando las hojas gruesas de papel y mi corazón está golpeando violentamente dentro de mi pecho—. No fue difícil de encontrar.

Mirando hacia abajo, al texto impreso en el papel, leo con una mente abierta y un estrujado corazón:

25 de junio

Paciente: Cassia Ana Carrington

Edad: 13

Diagnóstico Primario: Trastorno de Identidad Disociativo

El paciente no muestra signos de engaño consciente. Es mi opinión profesional que Carrington realmente cree que una niña de su edad llamada Seraphina Bragado, es quien asesinó a sus padres y puso su casa en llamas. Carrington me ha contado largamente y con detalles complejos, la historia de cómo ella



"conoció" a su segunda personalidad, Seraphina Bragado, y cada vez que cuenta la historia, es exactamente la misma que la anterior. He tratado de confundirla con detalles, pero siempre me corrige. Ella cree que el cien por ciento de que todo lo que me está diciendo es real.

Carrington como 'Seraphina' me confesó que ella mató a los padres de Carrington porque estaba tratando de salvar a Carrington, para evitarle atravesar con su padre lo mismo que Seraphina atravesó con el suyo: brutal abuso físico, abuso sexual y violación. Esto no es raro para pacientes con TID, crear una personalidad que es emocional y mentalmente más fuerte que ellos mismos, quien puede hacer cosas de las que la personalidad primaria está demasiado asustada o son débiles para hacer por su cuenta. En el caso de Carrington, Seraphina se convirtió en la parte de ella que era lo suficientemente valiente como para enfrentarse a los abusos de su padre y hacer frente a su madre mirando para otro lado y no interviniendo para ayudarla.

01 de agosto

Paciente: Cassia Ana Carrington

Edad: 13

Diagnóstico Primario: Trastorno de Identidad Disociativo

La evidencia ha llegado a la conclusión de que el chico de catorce años de edad, Phillip Johnson, qué desapareció del barrio de Carrington seis meses antes, Carrington asesinó a sus padres, que también fue Carrington la responsable de su asesinato. El cuerpo de Johnson fue encontrado en el bosque detrás de la casa de Carrington, cubierto por ramas de árboles y arbustos. 'Seraphina' es que nos dijo dónde encontrar al chico. 'Seraphina' afirmó que Johnson trató de besar a Carrington, y para proteger a Carrington, Seraphina lo llevó al bosque y lo apuñaló hasta la muerte.



21 de septiembre

Paciente: Cassia Ana Carrington

Edad: 14

Diagnóstico Primario: Trastorno de Identidad Disociativo

El paciente no ha vuelto a su verdadero yo desde hace bastante tiempo. Ella insiste en que es Seraphina Bragado y estoy empezando a sentir que esta alterada personalidad se está adueñando lentamente. Me preocupa cuánto tiempo podría durar. El tratamiento para ayudar a Carrington no puede tener éxito si Carrington no es la personalidad con la que estoy tratando.

29 de octubre

Paciente: Cassia Ana Carrington

Edad: 15

Diagnóstico primario: Trastorno de Identidad Disociativo

Carrington volvió esta semana, pero fue un encuentro muy breve antes de que 'Seraphina' se hiciera cargo de nuevo. Pero en ese breve momento, por fin he encontrado el gatillo del paciente, o uno de ellos, por lo menos. A Carrington no le gustan los espejos. Seraphina no tiene ningún problema con mirarse en un espejo, pero Carrington se desviará para evitarlos. Creo que cuando Carrington se mira en un espejo, no es su propio reflejo el que le devuelve la mirada, sino más bien el de Seraphina. Pero no creo cada vez que se mire en un espejo, cambie su personalidad y se convierta en Seraphina. Después de más pruebas, es evidente que no hay un patrón real cuando Carrington convierte Seraphina, excepto que a veces, al ver su reflejo en un espejo puede desencadenar el cambio.



20 de abril

Paciente: Cassia Ana Carrington

Edad: 17

Diagnóstico Primario: Trastorno de Identidad Disociativo

Cassia Carrington no ha sido ella misma en más de un año. He llegado a la conclusión de que el caso de Carrington es uno de los peores que he visto en mi vida cuando se trata de la duración de una alterada personalidad permanece siendo el dominante. Es como si Cassia ya no existiera y Seraphina se ha hecho cargo por completo.

Nota al margen: Un pequeño grupo de personas —dos hombres y una mujer— llegaron a la institución hoy para ver Carrington. Alegaron que eran de una organización del gobierno, proporcionando la correcta identificación —sus nombres estaban incluso en el sistema apareciendo como visitantes permitidos— y pasaron tres horas a solas con ella en una desapercibida habitación. Se prohibieron cámaras y grabadoras de voz. Le pregunté a 'Seraphina' después de haber dejado lo que discutieron con ella. Ella no respondió.



01 de mayo

Paciente: Cassia Ana Carrington

Edad: 17

Diagnóstico Primario: Trastorno de Identidad Disociativo

Carrington ya no está en la institución. Fue trasladada, en extrañas circunstancias, en mi opinión, a otra institución en Nueva York, pero no se dio más información sobre el traslado. He sido ordenado por mi superior dejar el caso de Carrington y eliminar sus archivos de mi posesión.



Miro el papel en mi mano, dejando que el texto se desdibujase fuera de foco. Entonces lo dejé caer de mis dedos hacia la mesa. No tengo ningún interés en la lectura de otras diez o más páginas.

—Lo siento, Fredrik.

—No lo sientas. Te dije que puedo lidiar con esto.

Caigo contra el respaldo de la silla y tiro mi cabeza hacia atrás, riendo suavemente.

—Increíble. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Me enamoré de, probablemente, la mujer más mentalmente jodida en el planeta.

Izabel no está riéndose, ni siquiera está sonriendo por mi pobre intento de humor. Supongo que tenía razón cuando dijo que no podemos ocultar el dolor de los demás.

—Está bien —digo, señalando mis manos—. Así que ella está enferma. Ya sabía eso. De hecho, todo este asunto de personalidad múltiple, en el fondo de mi mente, sabía que eso es lo que era. Pero no quería creerlo. Quiero decir que *es* raro, después de todo. ¿Por qué tiene que ser ella? Esto es ridículo. No puedo inclu... —Ni siquiera sé lo que estoy diciendo ya.

Dejo caer mis manos en mi regazo y miro el arrugado papel en frente de mí. Izabel permanece en silencio, escuchando, observando, queriendo decir algo para hacer todo esto mejor, pero ella sabe tanto como yo que no hay nada que *pueda*.

—Así que, entonces puedo conseguirle ayuda —digo, mirando a través de ella—. Ha estado muy bien como Cassia, santa mierda, Izabel; Seraphina en realidad nunca existió. Cuando me casé con ella en privado, cuando hice el amor con ella, todas las cosas que hicimos juntos; ella era y siempre ha sido Cassia Carrington. Seraphina nunca existió. —La revelación casi me envía sobre el borde, y lo que queda de mi propia mente en el olvido.

—Puedo conseguirle ayuda —repito, resuelto a hacer precisamente eso.

—Fredrik —Izabel habla con cuidado—, no creo que haya nada ni nadie que pueda ayudarla.

—¿Por qué dices eso? —Siento mis cejas endureciéndose en mi frente.

Ella mira al papel en frente de mí.



—Deberías leer el resto de ella.

Niego con la cabeza.

—No voy a leer más. Seraphina está enferma. Necesita ayuda. Y voy a conseguirle ayuda. —Mi voz empieza a aumentar—. ¿Qué, crees que psiquiatras y médicos internan a personas como ella porque están enfermas? No. Los someten a terapia y les dan medicación...

—Sí, sí —añade Izabel con precaución y compasión—, pero no los que asesinan a gente inocente. He leído todo el archivo, Fredrik. Sus padres no pueden haber sido inocentes. Ella los mató y se lo merecían. Pero ese chico, Phillip Johnson, no era la primera persona inocente que Seraphina asesinó. Hubo muchos otros detrás de él. Todos hombres.

Y luego la inocente mujer rubia hace seis años, no se sabe cuántas personas mató Seraphina, eso nunca lo supe.

—¿Cuál parte de lo que ella hizo, o te *hizo*, amas más?

Levanto la mirada.

—Nunca dije que todavía la amaba.

—No *quieres* que decirlo.

Miro hacia abajo.

—Amaba a Seraphina porque era como yo —comienzo, viendo en mi mente únicamente el rostro de Seraphina, su corto cabello negro y el oscuro maquillaje—. Yo era un tipo diferente de monstruo cuando nos conocimos. Ella fue la respuesta a todo. Me ayudó a controlar mis impulsos y me mostró una manera de seguir siendo yo mismo sin arriesgar el ser atrapado. Éramos *perfectos* juntos, Izabel. Nunca recé y nunca soñé con nada, pero era tanto la respuesta a mis oraciones y un sueño hecho realidad. Ella fue *todo* para mí.

—¿Y qué hay de Cassia?

Imagino a Cassia ahora con su largo, hermoso cabello rubio y belleza natural porque ella nunca usaba maquillaje... solo ahora sé por qué: no podía mirarse en un espejo con el fin de aplicarlo.



—Cassia me dio algo que nunca me dio Seraphina. Me dio paz. Me hizo ver una luz en la oscuridad que es mi vida y me hizo sentir tan normal como cualquier otra persona. —Fijé mi mirada en Izabel—. Ella es mi luz.

Izabel me mira por un momento, dolor y arrepentimiento se extiende en sus rasgos.

—Necesitas a una persona completa, Fredrik —dice reflexiva y decidida—. Tengo que creer que un día la encontrarás, un amor que a la vez es luz y oscuridad, que te entiende y te llena la forma en que Seraphina lo hizo, pero que también puede darte paz. —Entrelaza sus dedos en la mesa y se inclina hacia adelante—. Pero no puedes hacer esto con *ella*, y lo sabes. No es una persona completa. Y ha ido demasiado lejos, en todos los sentidos, para que alguna vez se convierta en una. Podría romperse y cambiar en cualquier instante, y sabes eso, también. —Aparto la mirada. No quiero oír nada de esto. Porque sé que es verdad.

—La encontrarás...

—No —interrumpí; mis ojos clavados en los suyos—. Si no puede ser Seraphina... Cassia, entonces no será nadie. —Trituro mi mandíbula—. No estoy desesperado por el amor de una mujer, Izabel, estás completamente equivocada si eso es lo que piensas. Nunca quise a Seraphina cuando la conocí. Quería estar solo y la última cosa que necesitaba de ella, o de cualquier otra mujer, era que siga todos mis movimientos. Pero ya que me entiende y porque estuve emocionalmente solo toda mi vida, me enamoré de ella. Eso no se podía evitar. El amor me traicionó, al igual que la vida lo hizo el día en que nací en el baño de una tienda por una madre que no me quería. —Me inclino, empujándome más lejos de su vista así Izabel puede ver la resolución enterrada en la superficie de mi rostro—. No habrá nadie después de ella. No habrá *nada* después de ella excepto la cáscara del hombre que era antes de conocernos.

—¿Qué significa eso? —parece preocupada, por mí, sin duda.

Empiezo metiendo el papel en el sobre y luego lo empujo hacia abajo adentro del bolsillo de mi abrigo.

Me levanto de la mesa.

—Esto significa que podría no encajar en tu mundo o el de Victor nunca más.



Izabel me mira desde su silla; su largo cabello castaño rojizo cubriendo los hombros de su abrigo blanco, juntándose sobre la crespada piel sintética blanca alrededor del borde de su capucha, puesta contra su espalda.

Ella se pone de pie, alta en estatura usando un par de botas con tacón alto de color bronce.

Sus mejillas todavía están débilmente enrojecidas desde el frío exterior.

—Ella te ayudó a matar, ¿no?

Mi corazón se detiene. Echo un vistazo a través del sitio vacío al barista detrás del mostrador, y luego hacia abajo en el suelo.

—No —respondo—. Me ayudó a encontrar a la gente adecuada. —La miro de nuevo y continúo para hablar humildemente—. Personas que estaban atadas a sus asesinatos. Aquellos cuya muerte se podía cubrir y representados bajo su Orden. Todos ellos eran personas que lo merecían y que yo sabía al cien por ciento que lo tenían merecido. —Mis ojos se apartan de ella así tal vez no vea la vergüenza y la culpa oculta en ellos.

—¿Cómo lo... —mira al barista una vez y susurra incluso más bajo—, cómo lo hacías antes de Seraphina?

Mis hombros se elevan y caen. Me vuelvo a sentar.

—La gente de las calles —digo—. Los traficantes de drogas. Los proxenetas. Los miembros de pandillas. Personas que pocos notarían que falta. Pero... —Me detengo.

—Pero, ¿qué?

Bajando la mirada a mis zapatos continúo:

—Algunas veces, y me refiero a unas pocas, me gustaría tomar una persona inocente por error. Torturé a un hombre el año pasado. Fue en la época en que escapaste de México y huiste con Victor. Yo... bueno, como dije, lo torturé. Descubriendo antes de matarlo que él no era el hombre que estaba buscando. —Miro directamente a sus ojos, arrepentimiento descansando en los míos—. Torturé a un hombre *inocente*, Izabel. Un padre de dos hijas. Ni siquiera tenía una multa de estacionamiento.

—Pero no lo mataste. ¿Cierto? —se ve esperanzada.



Niego con la cabeza.

—No. No lo maté. Si no hubiera sido por esos instintos de los míos, aunque golpearon un poco tarde esa noche porque mi cabeza estaba tan nublada por la necesidad, nunca me habría detenido. Nunca lo habría escuchado a él diciéndome que no era quien yo pensaba que era. Lo dejé ir y —me río repentinamente—, y como si fuera a hacer todo mejor, como estampar una maldita curita en una herida de bala, le di la mitad de un millón de dólares. Le habría dado más si lo tuviese, pero no me había pagado La Orden en tres meses.

—Pero no lo *mataste* —dice Izabel con una pequeña sonrisa de urgencia.

No estoy sonriendo.

—No, tienes razón —digo—. No *lo* maté.

Su cara se cae con la misma rapidez.

—Había uno —digo con reticencia, imaginando la cara de la víctima—. Una mujer. No hace mucho tiempo en San Francisco. Era la hermana de uno de los asesinatos de Dorian. —Sus ojos se hacen más grandes ahora que sabe que fui yo el que mató a la mujer porque nadie sabía lo que le había sucedido hasta ahora—. En pocas palabras, dijo que ella estuvo en el asesinato que su hermano estuvo involucrado. Confesó mientras la mantuve cautiva en la habitación de enfrente, mientras que Dorian se hacía cargo de su hermano, no se suponía que ella estuviera allí. Estoy seguro de que recuerdas el informe. —Asiente—. Pero yo estaba en la desesperada necesidad de un derramamiento de sangre. Había pasado un mes desde mi último interrogatorio. Ella confesó y me obligó.

—Pero ella mentía, ¿no?

Asiento lentamente.

—Eso explica la expresión de tu rostro cuando te reuniste con Victor. Cuando Victor les mostró a Dorian y a ti la información encontrada sobre la hermana.

—Sí —digo gran pesar—. *Quería* morir y me usó para hacerlo por ella. Todavía me pregunto cómo François Moreau todo el camino en Francia, aparentemente, sin vínculos con estas personas, sabía de mí matándola.

—François Moreau —dice Izabel—, era el cliente que ordenó el asesinato de su hermano.



Desconcertado por esta información, al principio no puedo reunir las palabras.

Pero eso no es importante ahora mismo, así que lo dejo así.

Ella mete la mano en su bolso negro sobre la mesa y recupera otro sobre, colocándolo en frente de mí. Cauteloso después de que acabo de leer la noticia del primer sobre, solo le echo un vistazo.

—De todos modos, hablando de Paul Fortright y Kelly Bennings —dice, deslizando el sobre más cerca, instándome a tomarlo pero aún no lo hago—, tenías razón.

—¿Acerca de qué?

Ella cabecea hacia el sobre.

—Ábrelo y compruébalo por ti mismo.

Dudando al principio, finalmente hice lo que me sugirió. Leyendo por encima del papel de Kelly Bennings, realmente no es para sorprenderse.

Dejo caer el papel sobre la mesa y miro Izabel.

Con un encogimiento de hombros le digo:

—Entonces, ¿por qué me muestras esto? —encontrando ninguna conexión entre eso y Seraphina, la razón por la que me trajo aquí, y francamente, es lo único que me importa en este momento.

Ella mira a la mesa, sus largos dedos golpeando contra la madera fina aparentemente del leve nerviosismo. Luego dice:

—Es por eso que me pregunté si Seraphina te ayudó a matar. No lo sabía a ciencia cierta, pero por lo poco que sabía, tenía la sensación que de algún modo, era Seraphina quien te ayudaba con sus impulsos.

Aún sin entender a lo que quiere llegar, cruzo los brazos sobre mi pecho y miro entre ella y el papel, esperando a que continúe.

—Yo, umm, bueno, pensé que puede ser que necesites a alguien para poder sacar tu dolor. —Hace una pausa, insegura de cualquiera de sus palabras o mi próxima reacción a ellas, aunque probablemente ambas.



—Después de lo que te enteraste acerca de Seraphina esta noche. Sé que esto es difícil para ti. —Está adquiriendo más confianza, más decidida a hacerme entender—. Puedes pretender que lo puedes manejar, pero...

—¿Me estás ofreciendo una *víctima*? —acuso, teniendo dificultades para descifrar sus intenciones. Sé que eso es lo que está haciendo, pero lo que todavía no está claro es— Espera... ¿Victor sabe acerca de esto?

Ella no contesta.

Y no puede mirarme.

—Izabel, *Jesucristo*, ¿estás ofreciéndome una víctima que está involucrada en uno de nuestros contratos y Victor no sabe al respecto? —Niego con la cabeza y deslizo de nuevo el papel sobre la mesa hacia ella, rechazando el gesto.

Ella golpea la palma de su mano por encima de él.

—Mira, realmente nunca antes he tenido una familia —argumenta—, aparte de la señora Gregory, antes de conocer a Victor, a ti... y se retuercen mis tetas por decirlo, incluso Niklas. —Empuja el papel de regreso hacia mí—. Tú eres familia para mí y quiero ayudarte. Quise decir lo que dije acerca de decirle todo a Victor. Y lo *haré*. Pero le diré cuando esté lista. Ahora mismo, quiero ayudarte.

—No necesito esto, Izabel. —Quito mi mano de la mesa por completo y me pongo de pie.

—Puedo encontrar mis propias víctimas. Estoy seguro como el infierno que no necesito poner tu culo en riesgo por mí. Victor te va a *matar*.

Ella parpadea, aturdida, y levanta su cabeza.

—¿Pensé que habías dicho que nunca me mataría?

—Sabes lo que quiero decir. —Suspiro—. Mira, Izabel, se lo agradezco. De verdad. Pero puedo encontrar el mío.

—*Quiero* que la mates —sisea entre dientes, como si hubiera estado reteniéndolo todo el tiempo.

Me detengo en seco justo cuando estoy a punto de dejarla ahí sentada.

—¿Qué?



Ella se pone de pie a mi lado.

—Iba a hacerlo yo misma cuando me enteré de lo que hizo —susurra con dureza—. Estaba dispuesta a subir a un avión ayer por la noche. Incluso le dije a Victor que iba a visitar a Dina, el cual hice después, de esta manera no habría sido técnicamente una mentira, así que no me mires así. —Agarra la solapa de mi abrigo y me tira más cerca—. Pero después James Woodard me dio la información acerca de Cass... Seraphina, y entonces supe que matar a Kelly Bennings sería un mejor trabajo en tus manos. Tú lo necesitas más que yo. —Suelta mi abrigo—. En realidad no lo *necesito*. Solo lo *quiero*.

—¿Por qué lo quieres tanto?

Sus orificios nasales se abren brevemente.

—¡Por lo que les hizo pasar a su hija y la hija del cliente, todo por un maldito *hombre*! —Ella mira detrás de mí al barista. Un cliente entra en la tienda—. Esa perra *merece* morir, o al menos a ser torturada, ¿quién mejor para hacerlo que tú? Cualquier supuesta madre que correría el riesgo de arruinar la vida de su hija debido a un hombre, se merece todo lo que se merece. —Toma su bolso de la mesa y lanza la corta correa por encima del hombro.

Busco en su rostro de lo que ya sé que está ahí: el dolor de lo que su propia madre le hizo, llevársela a una corta edad para vivir con un mexicano narcotraficante que la mantuvo cautiva durante gran parte de su vida. Cualquier otro día podría meterme con su cabeza y acusarla de solo usarme para hacer su trabajo sucio, pero sé que no es eso. Izabel no necesita a nadie para hacer su trabajo sucio. Ella es más que capaz. Y le gusta.

—Necesitas esto, Fredrik. —Comienza a caminar más allá, pero se detiene frente a mí y me mira con sus suaves ojos verdes—. Eres mi familia —dice— y creo que deberías dejar que te ayude del modo Seraphina te usó. Y ahora, después de lo que dijiste antes, acerca de convertirte en la cáscara del hombre que solías ser, voy a hacer mi trabajo para ayudarte. Porque me niego a perder a ningún miembro de mi familia. ¿Entiendes? —Fue más una exigencia que una pregunta.

No digo nada, pero sé que no tengo que. Bajo la mirada al papel y luego lo tomo en mi mano.

—Gracias, Izabel —digo, ella asiente y sale de la tienda de café.



CAPÍTULO 25

Fredrik

Traducido por Jadasa Youngblood

Corregido por ღჷ3Khaleesiღჷ3

Esta noche no puedo soportar ver de nuevo a Cassia. Necesito tiempo para averiguar qué voy a hacer, porque al final voy a tener que hacer *algo*, y prefiero que sea de mi elección que ser sorprendido por lo que el destino me tiene reservado. Aunque como la historia demuestra, de todos modos, espero un ataque sorpresa.

Pero lo más importante, más que mi necesidad de alejarme de Cassia, es que debe ser nutrida mi necesidad de derramar sangre.

Minutos antes de salir para el aeropuerto, llamé a Greta y le dije que se mantenga alejada de Cassia hasta que regresé:

—¿Pero si me necesita para algo? ¿Hasta cuándo vas a estar fuera?

—No más de cuarenta y ocho horas —dije—. Por ese tiempo, Cassia estará bien por su cuenta.

Como siempre, pude detectar la frustración en la voz de Greta a pesar de que trató arduamente de ocultarlo.

Lo que Izabel hizo por mí... bueno, me preocupa, y cuando todo esto termine, trataré de encararlo más, porque no puedo encargarme de todas estas cosas a la vez. Pero no dejaré que se arriesgue a sí misma así por mí. Además, lo último que necesito es que Victor piense que algo está pasando entre nosotros. Cuando se trata de esa



chica, él no lo pensaría dos veces antes de colocar una bala en mi cabeza. Desafortunadamente, estoy muy familiarizado con la sensación. Me sentía de esa manera sobre Seraphina. Y ahora, Cassia...

Dorian extiende sus piernas, una en el pasillo del avión, y la curvo bajo su asiento. Por la ventana a mi lado, observo la oscuridad del cielo nocturno a cuarenta mil pies en el aire sobre el estado de Washington.

—Últimamente, no sé lo que te pasa —dice, apoyando su cabeza contra el asiento y cruzando sus manos sobre su estómago—, pero en realidad estás comenzando a decepcionarme.

Quiero reír ante la gravedad de su voz.

—Fui advertido —continúa—, de que trabajar contigo no sería fácil. Como que eras una especie de Sweeny Todd 2.0. —Me río en voz baja para mí mismo, de todos modos—. Pero, a decir verdad, me doy cuenta de que eres más endeble que cualquier otra cosa.

—Bueno, si quieres, siempre podría *ofrecerte* sentarte en mi silla —digo con una sonrisa.

—Sí, gracias, pero no gracias, imbécil. —Reajusta su posición, recogiendo su pie del pasillo—. Pero *estoy* solicitando una reasignación después de ayudarte con esto.

—No lo necesitarás —digo, mirando la parte trasera del asiento frente a mí—. Victor me aseguró de que el trabajo de Seattle sería nuestro último trabajo juntos.

Su cabeza cae hacia un costado para mirarme.

—¿De verdad?

Asiento.

—Hmm —dice bruscamente—. Me pregunto por qué todavía no me ha dicho nada al respecto.

—No sé. —Echo un vistazo hacia él brevemente—. Quizás el trabajo de Seattle no terminó cuando pensaste que lo estaría.

Se encoge de hombros y mira el asiento frente a él.

—Supongo que eso explicaría por qué vamos a volver —dice.



Sí, eso podría tener sentido si Victor fue quien nos envió de regreso a Seattle, pero esta vez es personal. Isabel estaba en lo correcto, necesito un trabajo por mí mismo para suavizar la situación. Supongo, que al igual que un adicto a las drogas que necesitan una dosis. Nunca pedí ser mejor que uno.

Tengo una cita muy especial con Kelly Bennings. Para mí y para Isabel.

Dorian mira otra vez.

—Sin ánimo de ofender, por supuesto —dice—. Simplemente estoy acostumbrado a trabajar con gente más como yo. ¿Sabes lo que quiero decir?

Asiento, aún sin mirarlo.

—Sé perfectamente lo que quieres decir —digo—. Y necesito liberarme de ti tanto como necesitas estar libre de mí.

Dorian se ríe entre dientes.

—Pero no veo que existan muchos más como *tú* esperando tomar mi lugar cuando me haya ido —dice con un aire de cómica incredulidad.

—No, no habrá. Debido a que los hombres como yo prefieren trabajar solos.

—Gustavsson, hay un jodido mundo solitario ahí afuera. —Cierra sus ojos—. Creo que si fuera como tú, probablemente me volvería loco haciéndolo solo, haciendo esa mierda demente que haces.

En gran manera, Dorian tiene razón. Mi vida *es* muy solitaria. Y si por mí fuera, Seraphina nunca me habría traicionado hace años. Nunca habría matado a esas tres mujeres inocentes. Nunca habría huido, dejándome viviendo solo sin ella. Pero más que nada, si por mí fuera, no estaría enferma y para empezar, nada de esto hubiera siquiera ocurrido y todavía estaríamos juntos. No *tendría* que estar solo.

Pero de todos modos, todo va a demostrar que probablemente todos estamos mejor por nuestra cuenta. Encariñarnos, nos hacía débiles y vulnerables. Jodía con nuestras emociones. Y no me gusta que jodan con mis emociones.

Antes de las seis de la mañana siguiente, con Dorian estamos en Seattle. Tenemos un auto de alquiler y encontramos un hotel donde pasamos algunos días revisando la información sobre la ubicación de Kelly Bennings y el cliente, quién nos contrató para asesinar a Paul Fortright. De acuerdo con los archivos *hay* una conexión entre Bennings y el cliente, Ross Emerson, quien afirmaba que Fortright abusó



sexualmente de su hija. Toda la información que necesito está aquí en el bolsillo de mi chaqueta. El resto es —y era— instinto visceral y todavía tengo que estar equivocado sobre una persona culpable, excepto, por supuesto, cuando una víctima *finge* ser culpable, lo cual era lo primero para mí y completamente me confundía. Pero el instinto puede ser un arma mortal cuando uno sabe cómo utilizarlo. Dominé el mío cuando era un niño. Porque si no lo hacía, nunca habría escapado de mis maestros y hubiera muerto siendo un esclavo.

Al caer la noche, con Dorian esperamos en el auto, estacionado frente al actual lugar de trabajo de Kelly Benning, una tienda de licores. Dos horas más tarde, después de seguirla a una gasolinera, un restaurante de comida rápida y, finalmente, a ningún otro lugar que el apartamento del cliente, Ross Emerson, la tenemos en el maletero, atada después de que finalmente se dirigió a casa y estaciono en la entrada para el auto.

Ahora, estamos de vuelta en el mismo almacén que utilizamos la primera vez para interrogarla, y es tan desafiante como lo era entonces.

Con mi pañuelo, limpio de mi cara su saliva y luego empujo el pañuelo en su boca.

—¡Mnnmmnn! —Sus gritos ahogados sin duda están llenos de maldiciones y amenazas—. ¡Dmmmmm... Mnnmmooo! —Está a la vista el blanco de sus ojos que se le salían. Se revuelve contra la silla de madera, haciendo que se sacuda de un lado para el otro arrastrando contra el hormigón.

Realmente deseo tener *mi* silla para atarla, haría las cosas mucho más fáciles.

Dorian permanece a un lado de la habitación, la pistola escondida en la parte trasera de sus pantalones, en su rostro de niño bonito una mirada de impaciencia mientras está de pie con su espalda apoyada contra la pared de acero.

Dejando caer mi mano alrededor de la parte posterior de una silla vacía en un rincón, la levanto del suelo desde las patas y camino con ella de nuevo hacia Bennings, colocándola delante de ella. Como la última vez. Me mira con sus ojos de color azul pálido enmarcado por su cabello despeinado, sucio color castaño. Sus gritos y amenazas continúa saliendo como gritos amortiguados, indescifrable pero al mismo tiempo, totalmente evidentes.

Cruzo una pierna sobre la otra y ladeo mi cabeza hacia un costado. Entonces miro hacia abajo a la gasa sucia alrededor de su mano atada al brazo de la silla y



sonríó ligeramente, recordando lo que sentí cuando le corte con el cuchillo de Izabel, satisfacción total y absoluta.

Desde el interior de mi abrigo, saco mi propio cuchillo. Los ojos de Bennings fijos en la cuchilla y deja de gritar.

Inclinándome hacia adelante, coloco el borde de la cuchilla sobre la piel desnuda de su hombro y la arrastro a lo largo de su brazo sin cortarle. La desvestí antes de atarla a la silla, y está sentada con nada más que su sujetador y braga que no combinan, sus piernas huesudas temblorosas contra la madera, sus costillas claramente visibles, casi cuarenta y un kilos de perra retorcida. Piel pálida que no es hermosa, pero sí enfermiza. Los círculos oscuros, manchan el área debajo de sus ojos. Me pregunto qué droga es de su elección, pero no me importa lo suficiente como para preguntarle y decido creer que debe ser la heroína.

¿Pero Kelly Bennings realmente merece morir?

Aun así, prácticamente en su cara, digo calmadamente:

—Si me vuelves a escupir, te cortaré la lengua.

Asiente furiosamente con lágrimas en sus ojos.

Vacilando sólo un momento, extendiendo mi mano cubierta con el guante de látex, y saco de su garganta el pañuelo empapado con saliva, lo estiro hacia atrás lo suficientemente lejos así no puede soltarlo por su cuenta, y lo dejo caer en el suelo junto a mis pies.

—¿Qué demonios quieres de mí ?!

Inclino mi cabeza hacia un costado.

—Y baja el volumen de tu voz —le digo—, porque estás comenzando a darme un dolor de cabeza.

Frunce el ceño reflexivamente, y me mira como diciendo: *¿Qué carajo me importa?*, pero no se atreverá a decirlo en voz alta. Al menos, no todavía. Ésta es audaz y casi totalmente sin miedo, es sólo una cuestión de tiempo antes de que su boca la meta en más problemas.

—Con Ross Emerson armaste ese golpe en contra de tu novio, Paul Fortright —digo, recostándome de nuevo en la silla.



—¿Qué? ¿De qué carajos estás *hablando*?

No es una muy buena mentirosa cuando sabe que está jodida.

—Sabes exactamente de lo que estoy hablando. —Bajo mi cuchillo arriba de mi pierna, cubriéndolo suavemente con mi mano—. Pero lo que es aún peor que armar un golpe contra él, es que estabas con Ross Emerson aprovechando para tratar de enviar a Fortright a la cárcel por abuso sexual infantil, donde la muerte habría sido una mejor pena.

Los ojos Bennings se hacen más oscuros y su boca se abre.

—¡Estás... estás *loco*! ¿Por qué *carajos* haría algo así?

—Porque eres una puta sin valor —digo simplemente, adelantándome—. Una pérdida de aire —giro mi mano cubierta con el guante blanco en el aire por encima de mis hombros—. Me molesta inmensamente que estés respirando mí mismo aire en este momento. —Dejo caer mi mano de nuevo arriba del cuchillo—. Con Emerson armaron el golpe cuando las acusaciones de abuso sexual no lograron encerrarlo. Para sacar a Fortright de tu vida y de la de Ross Emerson. Tú...

—¡Estás loco! ¡Jódete, hijo de puta psicópata! —Se retuerce de nuevo en la silla—. ¡Déjame salir de aquí! ¡Suéltame! —Comienza a gritar a lo máximo que dan sus pulmones.

—¡Mierda, hombre, cállala! —le escucho decir a Dorian desde la pared.

Pero ya me estoy inclinando hacia adelante con el cuchillo, presionando de nuevo contra su brazo antes de que Dorian termine su frase. Corto largo y profundo, la sangre brota desde el corte. Bennings grita de dolor y sufrimiento mientras el lado izquierdo de su cuerpo brilla con la sangre oscura, color rojo *maravilloso*.

—¡AHHHHH! ¡JODER! —lágrimas brotan desde sus ojos.

Finalmente, deja de gritar y todo lo que le queda por hacer es temblar, tartamudear y sangrar.

—E... ¡Está bien! ¡Le ayudé a Ross! ¡Lo hice! Pero, ¿qué te importa eso?! ¡Se suponía que ustedes iban a matarlo! ¡Para eso fueron *contratados*!

Muevo rápidamente la cuchilla ante su vista, y se calla al instante.



—Estabas dispuesta a arruinar la vida de un hombre inocente por otro hombre. Simplemente podrías haberlo dejado. —Nunca levantó mi voz.

Lucha contra sus ataduras, independientemente de saber que nunca se liberará de ellas.

—¡No podía simplemente dejarlo! —Sisea—. ¡Paul es un bastardo! ¡Me amenazó con sacarme nuestra hija si alguna vez lo dejo!

—No te preocupas por tu hija —digo.

Se ve conmovida. Y herida.

No me lo creo, y por mucho que sé que ella quiere creerlo, sé que tampoco lo hará por completo.

—¡Amo a mi bebé! ¿Cómo puedes decirme algo así?

Inhalo profundamente e irritadamente, ajusto mi espalda contra el asiento.

—Oh, seguro —me burlo—. La amas lo suficiente como para poner a su padre *inocente* en la cárcel por abuso de menores. —Hago un corte largo y profundo a lo largo de su otro brazo sólo porque me da la gana. Grita de nuevo, pero continuó tranquilamente a través de sus gritos—: Sin mencionar, que con Emerson llevaron a su hija a la policía, lavándole el cerebro para hacerla creer que fue abusada sexualmente. —No tengo ninguna prueba física de esto, pero no obstante, sé que es un hecho—. Tengo que decir señorita Bennings, que tú y tu aventura son los más bajos de lo bajo.

Ahora me doy cuenta, de que en algún momento Dorian se fue del área. Sabía que no estaría mucho tiempo una vez que comencé a cortar. Pero, de nuevo, tiene otro trabajo que hacer, por lo cual es porque lo traje, para comenzar.

—Mira, no sé por qué me has traído aquí —tartamudea Bennings con sus delgados labios temblorosos—. Pero Ross te pagará para que me sueltes. Te... te pagará el doble de lo que iba a pagarle a tu organización por matar a Paul. Solo llámalo. Por favor. Su número está en mi teléfono celular. En mi abrigo. —Mira a través de la habitación hacia su ropa amontonada en el suelo.

—Eso no será necesario. —Cruzo mi otra pierna y me alejo de ella, sentado tan indiferente como si estuviera en una reunión aburrida—. Pero estoy interesado en saber por qué crees que Ross Emerson haría algo como eso por ti. —Uno de los lados



de mi nariz se curva en una mueca débil mientras la miro de arriba abajo—. Mírate... estás asquerosa.

Conmocionada y completamente insultada, Bennings ataca verbalmente:

—¡Vete a la mierda! —Y todavía me sorprende cómo de desafiante y estúpida esta mujer es estando en la situación en la que está y no puede mantener su boca cerrada.

Sonrío.

—Así que, ¿vas a decirme? —pregunto, dando golpecitos con el cuchillo ensangrentado en contra de mi pantalón—. O, ¿voy a tener que recurrir a medidas más drásticas de interrogatorio?

Al igual que con cualquier otra persona, *realmente* espero que no hable.

Bennings me mira fríamente, líneas severas formándose alrededor de los bordes de sus ojos color azul pálido. Mechones de cabello están dispersos sobre su cara, cuello y clavícula, pegados a su piel por el sudor a pesar del frío que hace en esta bodega.

Arqueo ambas cejas preguntándole con ese gesto, *Entonces, ¿qué es lo que va a ser?*

—Ross haría cualquier cosa por mí —comienza—. Y yo haría cualquier cosa por él. ¡Cualquier cosa!

—¿Por qué?

—Porque estamos destinados a estar juntos. Porque lo amo. Porque él me ama. ¿Qué más *necesita* ser?

Sonrío de nuevo y miro pensativo.

—Una razón válida para arruinar intencionalmente o quitarlos por completo, la vida de una persona inocente —digo, pero me encuentro pensando sólo en Seraphina en este momento de discrepancia personal—. Si puedes darme una buena razón, una razón válida y justificable para lo que tú y Ross Emerson le hicieron a Paul Fortright y a dos niñas indefensas que utilizaste para conseguir lo que querías, entonces dejaré que tú y Emerson se vayan.



La boca temblorosa de Bennings se cierra de golpe, sus labios finos y agrietados se extiende en una línea dura.

Entonces se da cuenta y abre sus ojos ampliamente sobresaliendo hacia mí y toda el área fría, espaciosa y débilmente iluminada.

—¿Qué quieres decir con nos dejaras ir? —pregunta al principio con cuidado, pero luego su voz comienza a elevarse—. ¿Dónde está? ¡Dime! ¿Dónde está Ross? —Lucha contra sus ataduras.

—Está en la otra habitación —le digo, mirando por encima de mi hombro hacia la puerta de metal que una vez conducía a una sala de descanso de los empleados.

—Estás mintiendo —acusa, pero la mirada de preocupación en su rostro dice lo contrario—. Sólo estás diciendo eso para...

—¿Para *qué*? —me burlo—. No tienes más información de la que necesito, señorita Bennings, más que la última pregunta bastante simple que te hice. —Sonrío débilmente y sacudo mi cabeza—. Pero ambos sabemos que no es una pregunta que alguna vez tendrá una respuesta aceptable. Porque no hay una.

—¡La respuesta que te di es suficiente! —grita, su cabello despeinado cayendo más sobre su rostro y pegándose a sus labios—. ¡Sí! ¡Nos amamos, maldito bastardo! ¡Y sí! ¡Haríamos *lo que sea* el uno por el otro, incluso si eso significa arruinar la vida de otra persona! ¡Porque eso es lo que es el amor! ¡Es el significado de incondicional! ¡Tú nunca lo sabrías! —Escupe sobre el suelo y me mira con tanto odio y violenta venganza en sus ojos húmedos y entrecerrados.

Privadamente, aprieto mis dientes ante su último comentario.

Sin apartar mis ojos de ella, llamo a Dorian:

—¡Trae a Emerson aquí!

El sonido de la puerta de metal a la apertura de sala de descanso hace eco a través del gran espacio vacío y Emerson entra primero, con Dorian detrás de él apuntando una pistola en su espalda.

—¡Ross! ¡Ross! —grita Bennings, casi cayéndose con la silla.

Inclinándome hacia delante y golpeando la hoja de mi cuchillo contra la parte superior de su pierna desnuda, digo—: Volumen, señorita Bennings. Recuerde lo que dije sobre el volumen de tu voz y el corte de tu lengua.



Traga saliva y baja el volumen de su voz.

—Ross, lo... lo siento —más lágrimas corren por las comisuras de su ojos—. ¡Lo siento mucho!

Dorian obliga a Emerson a caminar el resto del camino con sólo la pistola como incentivo, mientras Dorian se asegura de detenerse a mi lado y no ponerse a sí mismo a la vista de la cámara oculta que tengo sobre ellos.

Ross es un hombre de baja estatura, con el cabello oscuro y rizado, hombros anchos, una mirada aterrorizada y cobarde. En los primeros treinta. Botas de trabajo del tipo de construcción que huelen a tabaco y loción para después del afeitado barato que encontró más fácil de sacar que la ducha. Quiere mirarla, pero está asustado. Mantiene sus ojos oscuros sobre el suelo, sus manos atadas a su espalda.

—Ross...

—Por favor, Kelly, solo cállate —dice Emerson en voz baja y derrotado—. No lo empeores.

—¿Estás... enojado conmigo? —pregunta Bennings con intensa preocupación.

Emerson sacude su cabeza.

—No, cariño, no. Te amo, ya sabes eso.

Hago rodar mis ojos y miro a Dorian.

—Ayuda al señor Emerson a tener un asiento, ¿por qué no?

Dorian sonrío.

—Me encantaría —dice correctamente y con una amplia sonrisa.

Suenan dos disparos. Los gritos de Emerson llenan el espacio mientras sus rótulas salen por culpa de las balas. Cae hacia el suelo frío sobre su costado, el costado de su cara golpea el hormigón.

—¿Qué demonios está *mal* contigo?! —grita Bennings—. ¡Él no ha *hecho* nada!

Disparo desde mi silla y giro con mi mano la mandíbula inferior de Benning, obligándola a abrir su boca, manteniéndome siempre de espaldas a la cámara. Intenta gritar, pero comienza a ahogarse con la saliva y las lágrimas que corren en la parte de atrás de su garganta cuando forzó su cuello hacia atrás. Agarro su lengua carnosa en



medio de sus gritos, sus luchas y sus dientes rechinando, forzando dos dedos en el músculo caliente y flácido debajo de ello, y mi pulgar en la parte superior para mantener mi agarre, sus ojos abiertos del terror, todos los huesos y músculos en su cuerpo tensos a la vez.

Coloco la hoja en el centro de su lengua.

—¡Por favor! ¡No la lastimes! ¡Te lo ruego! —grita Emerson desde el suelo, incapaz de levantarse a sí mismo en una posición sentada, y mucho menos sobre sus pies.

Me detengo indiferentemente con la hoja aún sobre su lengua.

—Sé que lo que hicimos estuvo mal —habla Emerson a través de respiraciones trabajosas y rasgos dolorosamente retorcidos—. Paul la amenazó —continúa—. Dijo que si alguna vez los dejaba a él y a su hija, que haría de su vida un infierno viviente. Que tomaría la custodia de Abigail y la obligaría a pagar la manutención de la niña. —Se detiene el tiempo suficiente para recuperar el aliento y dejar que más dolor corra a través de sus piernas—. El plan fue mi idea. De acusarlo de abusar sexualmente de mi hija. Simplemente lo quería en la cárcel. Fuera del camino. Era mejor que *matarlo*.

Sacudo mi cabeza con incredulidad.

—¿Es mejor vivir una vida exiliado por la sociedad y por tu propia hija porque lleva la etiqueta de un abusador de niños? —Me río ligeramente y presiono un poco más fuerte la hoja contra la lengua de Bennings, haciéndole sangrar. Ella llora un poco más, sus ojos abriéndose y cerrándose por el cansancio y el miedo, pero no se atreve a luchar sabiendo que un movimiento en falso podría sacarle la lengua.

Emerson no tiene ningún argumento.

—Señor Emerson, ¿usted me ve? —Me mira desde el piso, empujando a través de su dolor—. Dígame, ¿qué ve cuando me mira? Sea completamente honesto. No le haré daño por decir la verdad.

Los ojos Bennings se mueven de un lado para el otro, hacia mí y en dirección a Emerson, pero él está demasiado abajo contra el piso para que ella lo vea.

Emerson parece desconcertado por la pregunta, y receloso de la misma manera. Le toma un momento, pero finalmente comienza a tartamudear:

—E... eres un hombre justo.



Miro hacia arriba de manera molesta y decepcionante.

Desde atrás, Dorian se ríe.

—Eso es jodidamente divertido —dice—. Está siendo amable... *yo* te daré una respuesta honesta.

—No te lo pregunte —digo sin mirarlo.

—Bueno, sólo estoy diciendo, quieres saber la verdad, soy tu hombre. —Se ríe de nuevo y dice debajo de su aliento—: Un hombre justo. Jodidamente divertido.

Miro sólo a Emerson.

—Dije que quería la verdad.

—Pero... *esa es* la verdad.

Con profunda irritación, libero la lengua de Bennings y jadea rápidamente, aspirando de nuevo la saliva que se había acumulado en su boca que no podía tragar.

—Señorita Bennings, dime la verdad. —Sé que es la única con la voluntad de hacerlo—. ¿Qué ves cuando me miras? Esta es su oportunidad de sacarlo de tu pecho sin ninguna repercusión.

Bennings burla con odio.

—Eres un maldito enfermo... *eso es* lo que eres. Perturbado. Demente. —Escupe de nuevo sobre el suelo—. Apuesto a que cortas a la gente en pequeños jodidos pedazos para disfrutarlo, ¿no? Cuando te miro veo a un hombre que no está bien de la cabeza. Un *maldito enfermo*.

Sonrío suavemente y doy un paso alejándome de ella.

—Lo que estamos viendo realmente —digo—, es un hombre creado por gente como tú. La maldad encarnada que baila a su manera a través de la sociedad dejando caer veneno sobre las lenguas de los inocentes. Tú desfiguras, destrozas y robas la luz en aquellos que aún son demasiado jóvenes para controlar sus propios caminos, despojándolos de su luz y dejándolos solos en la oscuridad. —*Yo. Isabel. Cassia*—. Eres una infección. Una maligna. Y tienes razón, señorita Bennings, *soy* un maldito enfermo. Me deleito en lo que hago. Lo deseo. Y nunca me detendré porque ser un maldito enfermo, quién se complace en torturar a gente como tú, que me hicieron de esta manera, es lo único que me puedo imaginar ser. —Apuñalo mi cuchillo en la mano



ilesa de Bennings, recto a través del hueso, tendones y en la madera del brazo de la silla debajo de ella.

—JOOOODEEEEEER —grita.

Emerson llora también, extendiendo una mano hacia ella, pero sigue sin poder moverse.

Indiferente, doy un paso hacia atrás y fuera de la vista de la cámara oculta y me doy la vuelta hacia Dorian.

—Puede que desees ir a esperar en el auto —le digo.

—No tienes que decírmelo dos veces —dice, mete su pistola en la parte de atrás de sus pantalones y se dirige hacia la salida.

—¡Jesús! —Le escucho decirse a sí mismo mientras se aleja—. Tengo que *conseguir* una reasignación.

La alta puerta de metal se cierra detrás de él y miro hacia atrás a Bennings y Emerson, quienes saben que esta noche sólo ha tomado un giro desafortunado.

No pierdo el tiempo y me pongo a trabajar.



CAPÍTULO 26

Fredrik

Traducido por Otravaga
Corregido por ღჷ3Khaleesiღჷ3

—**¿Cómo está ella?** —le pregunto a Greta por teléfono, sentado en mi auto en el aeropuerto justo después de arribar de nuevo a Baltimore.

—Bueno, según la transmisión de video —dice Greta—, ella lo está haciendo muy bien. Pero no me siento bien acerca de esto, Sr. Gustavsson. Cassia sabe que estoy aquí y debe ser confuso para ella por qué no he ido a verla todavía.

—Ella lo entenderá.

Greta vacila, probablemente reordenando las palabras que había estado a punto de decir, y dice en cambio:

—¿Estará regresando pronto?

—Sí. Ya estoy de vuelta en la ciudad. Tengo un par de cosas que tengo que atender y luego me dirigiré allá. Espéreme antes de la medianoche.

—Sí, señor.

Esto es todo.



Este es el momento en el que tengo que tomar una decisión. No puedo volver a esa casa hasta que lo resuelva. No puedo porque una mirada a ella y mi mente, mis emociones y decisiones serán dictadas por ella y toda mi lógica me abandonará.

Mis manos se aprietan alrededor del volante mientras miro por el parabrisas a la noche fría donde los gases se arremolinan caóticamente desde los tubos de escape de los autos andando. Veo gente ir y venir desde el estacionamiento del aeropuerto, arrastrando sus maletas de ruedas detrás de ellos a través de una acera cubierta de nieve ligeramente barrida. Hombres de negocios. Parejas que vuelven de vacaciones o que llegan aquí a pasar los días festivos con su familia. Todos los rituales normales atendidos por personas normales. Nunca he soñado con ser como son ellos. Tienes que conocer una vida normal antes de que puedas extrañarla y soñar con tenerla de nuevo.

La única vida que extraño es la que viví con Seraphina.

Dejo el aeropuerto y me encuentro en la misma cafetería en la que estuve hace un par de noches atrás, y por la misma razón: no puedo ir a casa. Y la misma camarera que me sirvió esa noche también está aquí esta noche. Ella se acerca a mi mesa con una brillante sonrisa blanca, senos de tamaño promedio y largo cabello oscuro recogido en una cola de caballo en la parte posterior de su cabeza.

—¿De regreso tan pronto? —dice ella, sujetando una libreta de pedidos en la palma de su mano—. ¿Puedo empezar con un poco de café?

—Sí, gracias. —Sonrío escasamente y pongo mis brazos sobre la mesa.

Al verla alejarse, estudio la forma perfecta de su cuerpo: la curva de sus caderas de reloj de arena, la redondez de su trasero, la piel desnuda en la parte posterior de su cuello, donde pequeños mechones de cabello color chocolate se han liberado del elástico de su cola de caballo.

Pero todo lo que puedo ver es a Cassia.

Antes de que la camarera vuelva con el café, ya he dejado la cafetería y me estoy dirigiendo directamente a mi casa.

Son apenas pasadas las diez de la noche. Hay dos luces encendidas en el piso de arriba: la cocina y probablemente el televisor en la sala de estar. Me quedo mirando la casa por un largo tiempo, pensando en Cassia. En Seraphina. En cómo algo de esto podría haber sucedido alguna vez.



He tomado una decisión.

Voy a ayudar a Cassia. Sin importar lo que cueste, voy a ayudarla a recuperarse. Recordé en el camino a casa lo que había leído en los archivos que Izabel me dio:

El tratamiento para ayudar a Carrington no puede tener éxito si Carrington no es la personalidad que estoy tratando.

Pero Cassia está aquí ahora y lo ha estado durante un año... *más* de un año porque ha estado viviendo como su verdadero yo por un tiempo, hizo una vida por su cuenta en Nueva York. Eso tiene que significar algo. Eso tiene que ser una buena noticia. Le conseguiré la mejor atención médica en el mundo.

Voy a ayudarla.

Salgo del auto al aire frío, caminando enérgicamente por la acera hacia el porche delantero. Pero antes de poner mi llave en el pomo de la puerta, mis instintos empiezan a volverse locos. Greta no se asomó ni una sola vez a través de ninguna de las cortinas mientras permanecí en la calzada en el auto en marcha. No he visto su sombra moviéndose a través de las luces de la casa. Ella no está impaciente por abrirme la puerta.

La boca de mi estómago se convierte en un nudo apelmazado.

Mi boca se ha secado de saliva.

Mi corazón está pesado.

Abro la puerta cuidadosamente y miro dentro de la casa tenuemente iluminada encontrando inquietante lo tranquila que está; sólo el bajo volumen del televisor en la sala de estar haciendo cualquier tipo de ruido.

—¿Greta? —grito cuidadosamente.

Sin respuesta.

Entonces escucho las tuberías chirriando y de inmediato lo reconozco como la ducha siendo cerrada. Dejando escapar un profundo suspiro de alivio, finalmente cierro la puerta detrás de mí y me dirijo a la cocina, dejando caer las llaves del auto en la encimera. Quitándome mi largo abrigo negro, lo coloco sobre el asiento de un



taburete. Luego apoyo las manos sobre la encimera y dejo caer la cabeza entre mis hombros rígidos, mirando a la encimera de mármol negro.

—Pensé que nunca volverías —oigo la voz de Cassia detrás de mí.

Levantando la cabeza lentamente, volteo para verla allí parada donde la pared del pasillo y la cocina se encuentran, vestida sólo con una de mis camisas de vestir. Su largo cabello rubio está mojado, yaciendo contra su espalda.

Pero algo está muy mal con esta imagen. *Todo* está mal con esta imagen y esa voz en el fondo de mi cabeza está rugiendo en mi cerebro.

Receloso de ella —confundido, sorprendido, preocupado— una gama de emociones me mantienen inmóvil como una piedra, con las manos todavía apoyadas en la barra, mis hombros tan rígidos como una roca.

Ella camina hacia mí y todavía no puedo obligarme a moverme, y luego me pasa y se mueve alrededor de la barra.

—¿Dónde está Greta? —pregunto cuidadosamente.

Cassia abre la nevera y mira dentro, pero tengo la sensación de que no tiene nada que ver con ningún interés real en nada de lo que hay en ella.

—¿*Ese* era su nombre? —dice con tanta indiferencia que me pone los nervios de punta.

Luego cierra la nevera con una cerveza en la mano y me mira directamente. Haciendo estallar la tapa con el borde de la encimera, coloca la botella en sus labios y toma un pequeño trago, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Dónde está Greta, Seraphina? —pregunto una vez más e inhalo profundamente, tratando de contener mi tranquila fachada.

Seraphina sonríe, pero es una sonrisa inocente y relajada y no una de malicia.

Deja la cerveza en la encimera.

Finalmente enderezo mi espalda y dejo que mis manos caigan lejos de la barra y abajo a mis costados.

—Te he extrañado tanto, amor —dice y eso retuerce mi corazón—. No estoy segura de cómo me encontraste, o qué estaba haciendo abajo con una cadena



alrededor de mi tobillo, pero me encontraste limpiamente y siempre supe que lo harías.

Vuelve a caminar alrededor de la encimera y da un paso justo frente a mí: el embriagante y familiar olor de su piel, su cercanía incluso a pesar de los escasos metros de distancia, es suficiente para ablandarme, para querer empujarla violentamente contra la pared y enterrarme dentro de ella.

Mi corazón se está rompiendo.

Trago con fuerza y digo:

—Sí, te encontré —pero es todo lo que puedo pronunciar.

Seraphina camina más cerca, colocando las palmas de sus manos contra mi pecho y su calor se hunde a través de mi camisa y directo en mi piel.

—Iba a huir —dice en voz baja mientras su cabeza desciende lentamente hacia mi corazón—. Me iba a ir, pero estoy cansada de huir, Fredrik. Sólo quiero estar contigo de nuevo. Donde pertenezco.

Mis brazos se han plegado alrededor de su cuerpo y ni siquiera lo supe hasta que miré hacia abajo y los vi allí.

Cierro los ojos suavemente y la asimilo, toda ella, porque ha pasado tanto tiempo desde que la he sentido así de cerca de mí, que fui capaz de inhalar su aroma y sentir el calor de su cuerpo contra el mío.

Pero me obligo rápidamente a volver a la realidad.

Me alejo de ella con suavidad.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirándome con la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Dónde está Greta? —repito.

—Está en el sótano —dice como si en realidad no importara. Luego sonrío y me agarra de la mano—. Ven conmigo, amor. —Me hala con ella y de mala gana la sigo más allá de la sala de estar donde el televisor está brillando contra las oscuras paredes y luego hacia mi dormitorio.

Esa voz interior está gritando, pero sigo bloqueándola, con mi mente demasiado perpleja, emocionada, arrepentida y aliviada para hacer nada más.



Seraphina prácticamente baila hacia mi habitación.

Se detiene en la cama donde mira hacia atrás hacia mí mientras coloca los dedos alrededor de los botones de mi camisa que está usando, abriéndolos. Luego se para frente a mí desnuda, la camisa de vestir agrupada en torno a sus pies descalzos.

Niego con la cabeza.

—No —digo, dando un paso atrás. La deseo. La deseo más que a nada en este momento, pero mi conciencia me está moliendo a palos—. No voy a hacer esto contigo, Seraphina.

—¿Por qué no? —Se acerca a mí, sus esbeltas caderas curvilíneas contoneándose seductoramente a medida que se mueve, como una serpiente, de la forma en que sólo Seraphina podría moverse alguna vez.

Arrastrando sus dedos por mi pecho, ella busca mis botones a continuación, pero cuidadosamente coloco mis manos encima de las suyas y las alejo.

—Puedes cortarme, amor —susurra, girando su espalda hacia mí para que pueda ver las cicatrices que puse ahí, y sólo imaginarlo me pone duro—. Sé que ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo te las ha arreglado?

Doy un paso lejos de ella cuando lo que realmente quiero hacer es caer en la tentación, sentirla debajo de mí de nuevo, saborear su amor por mí otra vez.

Pero no puedo. Todo lo que veo frente a mí es a Cassia. Tal vez sea el largo cabello rubio, o que no está usando maquillaje, no lo sé, pero todo lo que veo es a Cassia. Y yo nunca podría lastimarla a *ella* de esa manera.

—¿Qué te pasa? —pregunta Seraphina, empezando a impacientarse.

Ella levanta la vista hasta mis torturados ojos con los suyos marrón claro perplejos y luego da un paso más cerca, su boca vuelta hacia abajo, con una expresión llena de remordimiento.

No puedo hacer esto.

—¿Fredrik?

—Yo... Seraphina, no puedo hacer esto. —Mis manos se elevan y clavo mis dedos a través de la parte superior de mi cabello oscuro y luego los mantengo allí—. Me traicionaste. —Siento mi voz elevándose, la rabia dentro de mí aumentando—. Yo te



amaba. Lo eras *todo* para mí. Mi ángel oscuro. Mi salvación. Mi cordura. —Yo soy el que tiene ojos torturados ahora, lo sé. La miro directamente a los ojos—. Te he buscado por seis años. ¡SEIS AÑOS!

Mis manos se alejan de mi cabeza y se convierten en puños a medias frente a mí.

Da un paso más cerca, con las manos frente a ella también, estirándose hacia mí con sus pasos lentos y cuidadosos.

—Lo sé, Fredrik... lo sé y nunca podré perdonarme a mí misma.

—¡Me traicionaste! —Siento mi rostro retorciéndose de rabia.

—¡Lo sé! —Los ojos de Seraphina comienzan a brillar con humedad—. ¡Pero te traicioné porque te amaba! ¡No porque amara a alguien más!

—¡ME DESTRUISTE, SERAPHINA! —Mi voz se propaga por la casa.

Se arroja a mis brazos.

—¡Pero te amo! ¡Siempre te he amado! ¿Por qué no puedes *perdonarme*? —Con los brazos doblados entre nosotros, sus dedos agarran desesperadamente mi camisa—. Si me amabas tanto, ¿por qué no podías *perdonarme*?!

—¡LO HICE! —Creí que la aparté de un empujón, pero supongo que fue sólo mi mente la que lo hizo: en cambio ahora la estoy abrazando—. Te perdoné hace mucho tiempo, Seraphina. Durante años, seguía diciéndome a mí mismo que cuando te encontrara te mataría. —Una lágrima cae de sus dos ojos y se arrastra por sus mejillas—. Pero sabía, la parte más profunda de mí sabía, que no sería capaz de llegar hasta el final. Te habría torturado. Sí, habría hecho tanto así. Pero no podría matarte.

Sus manos se mueven hacia arriba a los lados de mi cuello y su contacto envía un estremecimiento caliente a través de mi cuerpo como si acabara de beberme un trago de whisky.

—Pero ahora estoy aquí —dice ella, mirándome a los ojos con toda su oscura pasión, amor y sinceridad: todas las cosas de ella que he anhelado durante tanto tiempo—. Ahora estoy aquí y podemos estar juntos de nuevo. Podemos ser como solíamos ser. —Aprieta con más fuerza mi camisa en énfasis—. Somos una pareja única en su género, Fredrik. No hay nadie más por ahí como nosotros. Separados, moriremos solos. Juntos, del modo en que estamos destinados a estar, podemos ser felices de nuevo.



Como el ángel sobre mi hombro diciéndome que haga lo correcto sin importar cuán dulce sabe lo incorrecto, veo a Cassia de nuevo. El rostro de Cassia delante de mí hablando con los deliciosos labios venenosos de Seraphina.

Y sé que nunca nada podrá ser como era.

Finalmente, me las arreglo para apartarme de ella, sacudiendo la cabeza no sólo ante las palabras que salen de su boca, la cuales no quiero nada más que creer, sino ante mí mismo por darles demasiada importancia.

Sus brillantes ojos marrones se estrechan con sospecha.

—¿Quién es? —pregunta con ácido en su voz.

Aturdido por su repentino cambio de actitud, simplemente la miro.

—¿Quién es qué? —digo finalmente.

—¿Acaso era... —ella echa la cabeza hacia atrás, sus cejas engrosándose en su frente— ... acaso era la anciana? ¿Me olvidaste y me reemplazaste con una *anciana*?

—No —digo con mis manos extendidas hacia ella, tratando de calmarla.

Pero estoy aturdido de nuevo cuando en lugar de gritos, ira y acusaciones, ella llora.

Seraphina cae de rodillas, con el rostro enterrado en sus manos.

—Lo siento mucho, amor —dice en una temblorosa voz torturada—. No debería haberte dejado. No debería haberme entregado a ese hombre... ni siquiera puedo recordar su nombre.

—Marcus —lo digo por ella y hoy no estoy menos resentido al respecto de lo que lo estaba hace seis años.

—Es mi culpa —dice ella—. Tenía miedo de amar. Tenía miedo de *ti*.

Me arrodillo en el suelo al lado de ella y la halo contra mí envolviendo mis brazos a su alrededor. Esta no es la Seraphina que recuerdo. Esta no es la mujer de la que me enamoré. Seraphina era fuerte y orgullosa y la única vez que la vi llorar fue esa noche que mató a esa mujer en mi silla de interrogatorio porque pensaba que era otra persona.

Porque pensaba que la mujer era Cassia.



—¿Seraphina? —digo en voz baja en su cabello mojado. La aprieto con más fuerza y acaricio su espalda—. No era Greta. No me enamoré de Greta.

Seraphina levanta la cabeza desde el hueco de mi brazo y me mira a los ojos.

Tomo su rostro en mis dos manos y me inclino hacia adelante besándola suavemente en la frente.

Ella parece confundida. Preocupada.

—Me enamoré de Cassia —digo.

Todo su cuerpo se vuelve rígido bajo mis manos. Sus ojos se ensanchan y se traban en su lugar como si acabara de ver la cosa más traumatizante de su vida.

Entonces me aparta de un empujón y de un salto se pone de pie tan rápido que lo único que puedo hacer es levantarme de un salto hacia atrás.

—¿¿CASSIA?! —ruge—. ¿¿Amas a *Cassia*?!

Me estiro agarrándola por la parte superior de los brazos.

—¡SÍ! —grito a su enfurecido rostro plagado por la peor traición—. ¡Tú *eres* Cassia! ¿¿No lo ves?! ¡Por favor dime que lo entiendes! —Las lágrimas están quemando la parte posterior de mi garganta y la parte posterior de mis ojos, pero no voy a dejarlas caer.

La sacudo de nuevo, bruscamente, como si con una sacudida pudiera traer a Cassia de vuelta a la superficie otra vez, pero en el fondo sé que la he perdido.

La he perdido.

Las he perdido a las dos, cada parte de la única mujer que he amado o que alguna vez *amaré*.

La he *perdido*...

—¡Ella me traicionó, Fredrik! —Seraphina empuja su cuerpo contra el mío, pero la mantengo inmóvil—. ¡Pasé años de mi vida en una maldita institución mental por su culpa!

—¡Tú *eres* ella! —Mis manos se aprietan alrededor de sus brazos con tanta dureza que sé que debo estarla lastimando—. ¡Tú. Eres. Cassia! —Quiero hacerla entender. Sólo quiero que sea normal, que sea... ella nunca podrá ser normal.



—No me hagas esto de nuevo —digo a través de una voz angustiada, aunque no sé lo que estoy diciendo... es mi corazón hablando, no mi mente racional.

Se separa de mí y corre hacia la puerta del dormitorio, pero la agarro por la cintura antes de que llegue demasiado lejos y la fuerzo de nuevo a mis brazos.

—¡Suéltame! —grita.

—No. No hasta que me digas quién eres. —La abrazo estrechamente con su espalda apoyada en mi pecho, con mis brazos apretados alrededor de su cálida forma desnuda, mis labios cerca de su oído.

Traducción SOS por magdys83, otravaga y Jadasa Youngblood

Quiero llorar.

—¡Sabes quién soy! ¡Ahora déjame ir!

—Dime tu nombre. —No puedo abrir los ojos. Sólo quiero saborear este momento con ella.

Sólo quiero saborearlo.

Mis manos están temblando. Mi corazón está vivo de nuevo, pero sé que no por mucho tiempo. Tiene miedo. Miedo de lo que va a pasarle cuando sepa que ella se ha ido para siempre, cuando cada parte de ella se haya ido para siempre.

La aprieto más estrechamente, abrazando con fuerza su cuerpo desnudo contra el mío como si fuera la última vez que voy a verla de nuevo. Las lágrimas están ardiendo. ¡Jodidamente ardiendo!

—¡Soy Seraphina! ¡Tú me conoces, Fredrik! ¡Soy tu esposa! ¡La única mujer que alguna vez te ha amado! —Las lágrimas ruedan por su cuerpo y su forcejeo comienza a disminuir—. *Por favor...*

Repentinamente se funde en mí, rindiéndose no sólo a mí sino al dolor que mis palabras han causado. El peso de su cuerpo comienza a caer mientras se desliza hacia abajo.

—¿Por qué ibas a amarla a ella —dice entre lágrimas incontrolables—, de todas las personas en este mundo, por qué Cassia?

La abrazo fuertemente y ambos estamos sentados en el suelo, con ella todavía envuelta en mis brazos, pero ahora *queriendo* estar aquí. Acaricio su cabello y beso su sien y todavía las malditas lágrimas están ardiendo.



—Porque ella eres tú —digo en voz baja a un lado de su rostro—. Y porque tú eres ella. Puedo ayudarte si me lo permites, pero *tienes* que dejarla ir. Tienes que dejar ir a Cassia.

Por favor déjala ir...

—Maté a esa mujer en el sótano —dice sobre Greta y aunque tenía la sensación de que lo hizo, aun así es difícil oírla admitirlo—. La maté porque ella no me liberaba. —Sorbe sus lágrimas—. La estrangulé con la cadena alrededor de mi tobillo. Y luego tomé la llave de su bolsillo para liberarme yo misma.

—No tenías que matarla —digo con calma, pero en mi interior estoy todo menos calmado.

Sigo acariciándole el cabello.

—Sí tenía que hacerlo.

—¿Por qué? ¿Por qué tenías que matarla?

Se da la vuelta, sus dedos agarrando las mangas de mi camisa.

—Porque seguía llamándome Cassia. —Su voz es tranquila y distante, como si estuviera recordándolo—. Y porque ella no me liberaba.

Levanta la vista hasta mis ojos y me hace falta todo mi esfuerzo para no romper a llorar delante de ella.

—Te amo, Fredrik. Siempre lo he hecho. Eres la única persona en este mundo que alguna vez he amado.

Contengo mis lágrimas y la estrujo contra mí. Ella llora a un costado de mi cuello. Imagino los dos años que estuvimos juntos, dos cortos años que se sintieron como una eternidad. Cómo ella me ayudó, me moldeó, me hizo un hombre mejor y me amó. Imagino cómo me amó.

—Dime tu nombre —digo una vez más, con la esperanza de que esto será todo, que ella lo entenderá—. Sólo dime tu nombre y todo estará bien.

El silencio entre nosotros parece una eternidad mientras espero su respuesta. Mi corazón ha dejado de latir. Mi respiración está atrapada en mis pulmones.

Por favor déjala ir...



—Mi nombre es Seraphina —dice y mi corazón se desvanece en la oscuridad y mi aliento se libera en un largo suspiro interminable de angustia y tristeza.

Alcanzando el cuchillo a pocos centímetros por debajo de mi cama, y con un oscuro corazón apesadumbrado, lo muevo entre nosotros y entierro la hoja en su pecho. Las ardientes lágrimas finalmente irrumpen a la superficie, y dejo escapar un grito que nunca supe que podía producir. El calor de su sangre fluyendo por mi mano y en mi pecho, puedo sentirla pero tengo miedo de mirarla. Por primera vez en mi vida adulta como interrogador y torturador, no quiero ver la sangre porque me duele demasiado.

Su cabeza cae hacia atrás, balanceándose inestablemente sobre su cuello mientras ella me mira. Un hilillo de sangre se filtra desde una esquina de su boca. Me inclino y la limpio con un beso mientras los sollozos resuenan por mi pecho.

No he llorado así desde que era un niño.

—Lo lamento tanto... Lamento *tanto* que tuviera que ser así —digo a través de dificultosas respiraciones y una garganta ardiente—. Eres la única muerte que verdaderamente lamentaré hasta el día en que me una a ti.

Estira la mano débilmente y toca un lado de mi rostro. Yo hago lo mismo, dejando que mi mano suelte el cuchillo y tocando su mejilla en su lugar. La sangre mancha su rostro desde la punta de mis dedos.

Ella se ahoga y tose más sangre.

—No lo lamente —dice, pero no sé cuál de ellas es—. Tú me salvaste.

—¿Cassia? —No puedo ver a través de las lágrimas en mis ojos.

Sonríe débilmente y me acaricia el labio inferior con los dedos, y sé que es ella. Cassia.

Beso sus labios ensangrentados y la abrazo con más fuerza, sintiendo el mango del cuchillo presionando contra mí. Sus ojos son cada vez más pesados, su cuerpo cada vez más débil, sus brazos cada vez más flácidos. Empujo el cabello mojado sobre su frente donde más sangre mancha su rostro, pero no puedo dejar de tocarla, de acariciarla, de estar aquí con ella en su último momento. *Nuestro* último momento.

—Siempre te amé —susurro en sus labios—. Todo acerca de ti, Cassia. Y siempre lo haré.



Su mano se separa de mi rostro y su cabeza cae hacia atrás sin fuerzas en su cuello. Y cuando veo sus ojos muertos mirando hacia el techo me ahogo con mis lágrimas ardientes y estrujo su cuerpo contra mí, llorando hasta que me duele el pecho.



CAPÍTULO 27

Izabel

Traducido por Otravaga
Corregido por ღჳჳKhaleesiღჳჳ

La puerta principal de Fredrik está desbloqueada cuando llego con los limpiadores. Recibí una llamada de Fredrik hace dos horas.



No era él mismo:

—Fredrik, ¿qué está pasando? —pregunté, sorprendida de saber otra vez de él tan pronto.

El silencio siguió.

—¿Fredrik?

—Necesito que vengas aquí —dijo en una tranquila voz tan distante que me pregunté si me estaba llamando en su sueño.

—¿Está todo bien? —dije en el teléfono.

—¿Qué está pasando? —preguntó Victor, rodando en nuestra cama y envolviendo su brazo en mi cintura.

Alejí mis labios del teléfono y me volteé hacia Victor.

—No sé... algo está mal —dije en voz baja y no podía ocultar la preocupación y el dolor en mi voz, incluso si lo hubiera intentado—. Tengo que ir a verlo.



Me voltee hacia la llamada mientras Victor estaba encendiendo la luz de la mesilla.

—Fredrik —dije con urgencia—. Necesito que me digas lo que está pasando. Iré allí enseguida, pero sólo necesito saber para qué prepararme. Si acaso.

Sentí la cama moverse cuando Victor se puso de pie y caminó con el trasero desnudo por la habitación hacia nuestro baño.

Todavía sin escuchar la voz de Fredrik en el otro extremo, me senté por completo en la cama y pasé mis piernas desnudas por un lado del colchón.

—La maté —dijo Fredrik y mi corazón se detuvo, por la conmoción, pero sobre todo se detuvo por Fredrik.

Jadeé y salí disparada de la cama.

Victor estaba mirando directamente hacia mí mientras volvía a salir del baño.

—Dile que estarás allí pronto —dijo con un asentimiento.

Le agradecí a Victor con los ojos y dije en el teléfono:

—Fredrik, estaré allí pronto. Quédate donde estás. No te vayas, ¿de acuerdo? Prométeme que no te irás.

Nada.

—¿Fredrik?

Mis ojos no se apartaban de Victor entonces y sabía que debían estar llenos de preocupación y miedo. Miedo sólo por Fredrik.

El teléfono se cortó.

Durante mucho tiempo simplemente lo sostuve contra mi oído, pensando que tal vez él sólo estaba siendo demasiado taciturno. Finalmente, Victor lo tomó de mi mano y me sacó de mis paranoicos y preocupados pensamientos: ¿Fredrik se hará daño a sí mismo? ¿Era capaz de hacer algo estúpido? Los pensamientos me ponían los nervios de punta.

—Vístete y ve a verlo —dijo Victor en voz baja—. Haré una llamada y tendré un auto encontrándote allí.

Asentí escueta y rápidamente y luego luché para ponerme la ropa. Y antes de irme, Victor se acercó a mí, me besó en los labios y dijo:



—Y cuando vuelvas, creo que es hora de que me digas sobre Seraphina Bragado estando en su sótano.

Él lo supo todo el tiempo.

Me quedé ahí paralizada frente a él, preocupada por lo que estuviera pensando de mí, de Fredrik: de mí y Fredrik. Yo tenía miedo. No sé por qué, pero tenía miedo. Tal vez porque sabía que nunca podría, sin importar cuánto lo intentara, jamás ocultarle nada a él.

Victor me besó en la boca y me apartó el cabello lejos del rostro con el dorso de la mano.

—Lo entiendo —dijo—. Ahora ve a ayudarlo y mantenme al tanto.

Asentí.

Y luego me fui.

Entrando calladamente por la puerta principal de Fredrik, me asomo alrededor del marco antes de entrar por completo. La casa está casi completamente oscura, sólo el tenue matiz azul de la luz de la luna brillando a través de algunas ventanas. Está silenciosa. Tan silenciosa. Ni siquiera se puede escuchar el goteo de un grifo o el zumbido de la nevera o la calefacción central. Pero escucho mis latidos, bombeando sangre ansiosamente a través de mi corazón.

Dos de los hombres de Victor comienzan a entrar en la casa detrás de mí.

—Esperen —digo, levantando mi mano—. Permanezcan en el porche hasta que les diga que entren.

Parados en la puerta, asienten y retroceden un paso hacia afuera, dejando la puerta entreabierta.

Caminando con cuidado a través de la casa, me detengo en seco en la entrada de la sala de estar. Fredrik se sienta en el cojín central del sofá con sus largas piernas dobladas y los brazos descansando sobre sus muslos, con las manos colgando entre ellos. Su espalda está encorvada, con los hombros rígidos.

Está mirando al piso delante de él. Le echo un vistazo para ver que la mesa de café ha sido empujada a un lado, yaciendo torcidamente contra un sillón de cuero.

—Fredrik, estoy aquí —le llamo en voz baja.



Me acerco a él con cautela: mi corazón me dice que él me necesita, pero también que no está en su sano juicio y que podía ser peligroso.

No habla.

Me acerco un poco más. Mi corazón se está rompiendo por él.

—Estoy aquí...

—La necesito fuera de la casa —dice Fredrik sin mirarme o mover un músculo de su cuerpo que no sea su boca—. Y el cuerpo en el sótano.

Quiero preguntarle a quien pertenece “el cuerpo en el sótano”, pero no es el momento adecuado para eso.

Asiento a pesar de que él no me ve y llamo a los limpiadores, hombres designados para limpiar nuestras escenas del crimen, en el porche:

—¡Entren! ¡Y dense prisa! —Una vez que están de pie en la entrada de la sala de estar agregó—: Hay dos cuerpos. Uno en el sótano, el otro no sé, pero simplemente encuéntralos y sáquenlos de aquí.

Ellos asienten y se van rápidamente a seguir mis órdenes.

Me volteo hacia Fredrik, acercándome más, el ligero sonido de mis botas golpeteando contra el suelo de madera.

Finalmente, ando todo el camino hasta el sofá, me quito mi largo abrigo blanco y lo pongo sobre el cojín a mi lado cuando me siento. Fredrik sigue sin mirarme. No habla. No se mueve. Y no sé qué decir, porque realmente no hay nada que pueda decir para hacerlo sentir mejor.

Nos sentamos en silencio durante varios minutos mientras los limpiadores se mueven por otras partes de la casa. Afortunadamente, son lo suficientemente sensatos como para no llevar los cuerpos de vuelta a través de la sala y en su lugar los escucho a salir a la calle por una puerta trasera.

Le echo un vistazo a Fredrik, tan inmóvil como una estatua, y siento como que he perdido a mi mejor amigo, que su mente se ha ido porque su corazón se ha ido, y es devastador para mí.

¿Alguna vez será el mismo?



Algo me dice que la respuesta es no.

Una especie de oscuridad lo ha consumido en su totalidad, por dentro y por fuera, algo tan horrible, despiadado e implacable que me impregna de pesar, y me siento desesperanzada de nuevo como me sentí cuando estaba encarcelada por Javier allá en México. Quiero alcanzarlo y poner mi mano sobre su brazo, pero tengo demasiado miedo.

¿Por qué coño tengo miedo?

Lo hago de todos modos, aliviada de que Fredrik no mueva su brazo o me rechace. Pero no necesariamente está aceptándolo, tampoco, lo sé.

Me pregunto si siquiera lo nota.

—Lo habría hecho por ti —digo con cuidado—. No tenías que ser tú, Fredrik.

Él no dice nada.

—Hiciste lo que tenía que hacerse —digo, incluso con más cuidado esta vez porque siento que estoy caminando una línea peligrosa con este tipo de palabras—. Le diste paz a esa chica. Creo eso. —Hago una pausa y luego agrego—: Si hubiese sido yo, es lo que habría querido.

—Sé que le di paz —dice finalmente, pero aún no se mueve.

Tratando de consolarlo, rozo mi mano por su brazo una vez antes de apoyarla en el recodo, mis dedos metidos en el lado opuesto a la parte interior de su codo.

—Me quedaré aquí contigo —digo suavemente—, si necesitas que me quede. Puedo dormir aquí en el sofá.

—No. —Él sacude la cabeza sutilmente y finalmente mueve el brazo para que mi mano se separe de éste—. Voy a estar bien. Sólo necesitaba que alguien más retirara los cuerpos.

—Entiendo —cedo, aunque sé que Fredrik está todo menos bien.

—Quizás deberías ir...

Su cabeza se sacude hacia un lado y finalmente me mira directamente; la mirada torturada en sus ojos me pone nerviosa.

—Dije que no.



Asiento.

Pero después de unos segundos, alejo la parte de mí que quiere ceder a lo que él dice y digo lo que realmente siento:

—Sé que la amabas. Ambas partes de ella... lo sé. Y sé que sientes como que nunca podrás vivir contigo mismo por la forma en que todo terminó, o que siempre estarás solo porque crees que no hay nadie más por ahí como ella. Lo sé.

Me detengo, esperando que ya me hubiese interrumpido y me dijera que me callara y me fuera, pero aun así, él no ofrece palabras por su parte y no sé cómo sentirme al respecto. ¿Aliviada de que me esté escuchando? ¿Preocupada de que no lo esté haciendo? ¿Preocupada por lo que está pasando dentro de su cabeza que es tan absorbente que tengo que estar sorprendida de que no se haya opuesto a mí de ninguna manera?

Cuando aún no muestra signos de refutar, continúo:

—Esto puede sonar loco, en realidad, sé que va a sonar loco, pero me sentí así cuando maté a Javier.

Nada más que silencio.

—Después de estar con Javier por tanto tiempo, no importaba que me violara o me mantuviera prisionera, porque él era todo lo que conocía. Me lavé el cerebro a mí misma creyendo que solamente él me amaría alguna vez, que sólo Javier querría tener algo que ver conmigo alguna vez. Y cuando lo maté, sentí como que maté la otra mitad de mí. Si no fuera por Victor...

—Un día, Victor Faust será tu muerte, Izabel —me interrumpe y estoy sorprendida por sus palabras. Él me da un vistazo, trabando sus ojos en los míos—. Si quieres ayudarme, puedes hacerlo al mantener eso en el fondo de tu mente. De una forma u otra, vas a morir por su culpa, *porque* lo amas.

Quiero argumentar, defenderme y decirle que está equivocado, pero sé que está herido y no puedo convertir esto en algo sobre mí. No lo haré.

Él mira hacia otro lado.

—Dile a Victor que aceptaré cualquier sentencia que él sienta que se ajuste a mis ofensas.

—Fredrik...



—Por favor, sólo vete —dice mirando hacia abajo en el suelo—. Te doy mi palabra: Estaré bien. No quiero que te preocupes por mí, menos que nadie.

—Pero...

—¡Por favor, Izabel! —dice bruscamente.

Me levanto y lo miro por un momento antes de tomar mi abrigo del cojín.

Ni siquiera me molesto en ponérmelo cuando empiezo a caminar.

Deteniéndome en la entrada de la sala de estar de espaldas a él, digo serenamente:

—Voy a ayudarte. Justo como lo hice con Kelly Bennings. Durante el tiempo que sea necesario.

Una vez más, no dice nada, y con el corazón apesadumbrado dejo la casa y salgo al porche justo cuando los limpiadores están haciendo otro viaje afuera por el patio trasero. Pero los tres nos detenemos en mitad de un paso por la acera cuando un ruidoso *crac*, como vidrio rompiéndose, llena el aire de la noche proviniendo del interior de la casa de Fredrik. Y luego más vidrio. Y el sonido de muebles chocando contra las paredes.

Siento los ojos de los limpiadores en mí, pero no puedo forzarme a apartar los míos de la casa donde Fredrik está sintiendo el dolor más intenso que jamás ha sentido, justo al otro lado de esas paredes.



CAPÍTULO 28

Fredrik

Traducido por Otravaga
Corregido por ზჷ3Khaleesiჷ3

Hasta la última pieza de mobiliario, la destruyo, arrojando sillas y rompiendo mesas contra las paredes como rechazando su derecho a existir si Cassia no puede existir. Si Seraphina no puede existir. Cualquier cosa que se interponga en mi camino, la muevo con una violenta fuerza rencorosa.



Grito a todo pulmón antes de agarrar la última silla parada y lanzarla a través de la sala de estar hacia la pantalla del televisor. El cristal se hace añicos y lo que queda de la pantalla cae sobre el suelo enviando piezas de cristal esparcidas por todo el piso de madera dura.

Sigo su ejemplo, incapaz de mantener mi equilibrio y caigo contra el suelo sobre mi trasero en el centro de la habitación, rodeado de destrucción: la destrucción de objetos, pero también la destrucción de lo que quedaba de un hombre. Sentado sin poder hacer nada, con las piernas dobladas por las rodillas, hago lo único que el destino me permitirá hacer en este momento: lloro en las palmas de mis manos, dejando que el dolor haga conmigo lo que quiera. Del mismo modo que lo hacía cuando era sólo un niño, después de haber sido golpeado, violado y destrozado. Sólo que esta vez, el dolor que siento por dentro es cien veces más insoportable.

Oscuridad. Todo lo que veo es oscuridad aunque mis ojos están bien abiertos cuando miro hacia abajo al suelo. Y en esa maldita oscuridad todavía puedo ver su rostro. Sus ojos marrones claros y labios gruesos. Su piel suave, cremosa y tez casi



perfecta. El largo cabello rubio. El corto cabello negro. Y sé que ella rondará mi alma por el resto de mis días, independientemente de cuántos de ellos me queden para sufrir.

Y sé que me lo merezco.

Sin pensarlo más, me levanto de un salto desde el suelo y corro a la cocina, abriendo de golpe el armario debajo del fregadero. Sobre mis manos y rodillas, meto la mitad superior de mi cuerpo a través de la apertura, apartando furiosamente frascos de limpiadores y otros suministros diversos. Cuando no encuentro lo que estoy buscando, me levanto de un salto otra vez y hago lo mismo con todos los gabinetes, lanzando cajas de comida en el suelo de la cocina. Finalmente, en el gabinete encima del microondas encuentro una botella de líquido para encendedores y me muevo violentamente hacia el pasillo con ésta aferrada en mi mano, pero tropiezo con escombros en mi camino y caigo. Mi espalda choca contra la pared mientras mis manos golpean el suelo para bloquear el impacto, pero tan pronto como estoy en control de mi cuerpo otra vez, recojo la botella de líquido para encendedores a mi lado y me lanzo por el pasillo. Abriendo de golpe la puerta del sótano, vuelo por los escalones tomando tres a la vez y casi cayendo de nuevo, pero llego ileso a la parte inferior de las escaleras.

Rocío el líquido para encendedores en todas partes, empezando por la cama de Cassia y cuando la botella está vacía la tiro al suelo y sólo me quedo mirándola sin moverme hasta que mis piernas se entumecen debajo de mí. Miro a la cadena extendida por el suelo y luego a la esquina de la habitación donde a menudo encontraba a Cassia sentada cuando llegaba a casa.

Los sollozos resuenan por mi cuerpo y soy incapaz de detenerlos.

Apartando a la fuerza mis ojos de todo lo que queda de ella, miro alrededor de la habitación en busca de cualquier cosa que pueda usar para prenderle fuego al líquido, y cuando no encuentro nada estoy subiendo por las escaleras y regresando aquí tan rápido que se siente como si nunca me moví de este lugar.

El delgado camisón blanco de Cassia yace en un pequeño montón sedoso junto a mis pies. Me agacho y lo tomo en mis dedos, queriendo ponerlo en mi rostro y respirar su aroma por última vez. Pero no lo hago. Le prendo fuego con el encendedor en la otra mano y luego lanzo la tela quemándose rápidamente en la cama empapada de líquido. La habitación está envuelta en segundos.

Y me doy cuenta de que estoy aquí viendo las llamas lamer las paredes, que he llegado al punto de partida y que no hay vuelta atrás.



CAPITULO 29

Fredrik

Traducción SOS por magdys83, otravaga y Jadasa Youngblood
Corregido por ღჳ3Khaleesiღჳ3

Dos meses después...



Victor Faust posee un nuevo edificio elegante a las afueras de Boston y está bastante orgulloso de ello, aunque uno no lo sabría por su rostro inexpresivo, oh espera, él acaba de sonreír. Camino junto a él hacia su oficina privada, impresionado con el edificio, hasta el momento, con todo su encanto del Viejo Mundo, las paredes de piedra originales y los pisos de mármol recién amueblados y obras de arte impresionantes en grandes marcos intrincados. Definitivamente es adecuado para un hombre como Faust, y tengo que decir, que por más que me encante el estilo rico y moderno, podría acostumbrarme a esto. Pero es un edificio especial para todos nosotros en la nueva Orden de Victor, porque es el primer lugar donde podemos ser capaces de reunirnos y hacer negocios, y que se siente más como a negocios que a un escondite en un callejón trasero en algún lugar.

Estamos al aire libre –en cierto modo- escondidos a plena vista.

La palabra es que Vonnegut está amenazado por Victor, por *todos* nosotros. Y aunque todavía tenemos que cuidar de nuestras espaldas a cada minuto de cada día, estamos sacando ventaja.



Algunas veces pienso que la única razón por la que Victor eligió esconderse en primer lugar, tenía todo que ver con Izabel. Él haría cualquier cosa por mantenerla a salvo, por supuesto, él no puede decirle eso a *ella*.

Ingresamos en la oficina privada con paredes escalonadas cubiertas por estanterías atestadas de libros encuadernados en cuero, desde el piso hasta casi el techo. Una gran mesa alargada está situada como la pieza central de la amplia habitación, que ocupa ocho sillas oscuras de cuero de respaldo alto en cada lado y una en cada extremo. Asistiendo a esta reunión de hoy, además de Victor y yo, los de siempre: Izabel, Niklas, Dorian e incluso James Woodard a quien Victor ha decidido mantener con nosotros como su chico asesor de información oficial. Woodward ha llegado a ser parte de mí, lo admito. Dorian, no tanto.

—Bueno, mira quien es—dice Dorian desde su asiento con una sonrisa, —el chico trae lo “loco de vuelta”.

Dorian finalmente fue reasignado a un miembro nuevo de la Orden que creo que podría despreciarlo incluso más de lo que yo lo hice, una espía altamente cualificada llamada Evelyn Stiles que solía trabajar para la CIA. Pero ella todavía no ha sido probada completamente aquí y esta reunión no es de su incumbencia. James Woodward lo consiguió más rápido que lo habitual, pero confío en el juicio de Victor.

Tomo asiento al lado de Izabel. Ella sonríe mirándome, pero no dice nada. Los dos no hemos hablado mucho desde esa noche en que maté a mi esposa, hace dos meses en Baltimore. Pero la distancia que puse entre nosotros ha sido obra mía. No puedo dejar que se involucre en mi vida de la forma en que ella quiere estar, o la forma en que solía estar. No soy el hombre que era cuando Izabel –como Sarai– y yo nos conocimos. Y mientras estoy en control de mi vida, esa es la forma en que se quedará. No quiero amar a nadie –de ninguna manera o situación– porque el amor es *ser* controlado. Siempre me voy a preocupar por Izabel y cuidar de ella, y mataría por ella, pero no puedo permitirme amarla, ni siquiera como mi hermana o mi amiga. No quiero que Izabel, de todas las personas, termine como a todos los que he amado.

A pesar de la distancia que mantengo, ella todavía tiene en su cabeza que me va a ayudar con mis interrogatorios “*personales*” y torturas, de la forma en que lo hizo Seraphina.

Pero ella está muy equivocada.

Tengo otros planes para eso.



Woodward sonríe encima de su barbilla doble y empuja un periódico a través de la mesa hacia mí con su mano rechoncha.

—Es posible que te gusten estas noticias, señor —dice, siempre respetuoso, siempre aterrorizado de mí.

Le echo un vistazo a Victor una vez, mientras que él est  tomando su asiento en la cabecera de la mesa, y después bajo la vista al periódico el cual ha sido doblado en la segunda página. Me toma un momento darme cuenta que es un periódico de Seattle.

Escaneando sobre el texto y las imágenes, mis ojos caen en dos fotos pequeñas en una esquina, colocada una al lado de la otra, de Kelly Bennings y Ross Emerson en una fotografía para fichaje de estilo convicto. Mientras leo, el periódico revela cómo después de un *“secuestro e interrogatorio traumatizante y brutal por dos hombres desconocidos”* la pareja se est  *“enfrentando a años en prisión después de pruebas incriminatorias en un video que ha sido entregado en el departamento de policía de Seattle, el cual incluye sus confesiones y otros crímenes con todo detalle”*.

Me recuesto contra mi silla, cruzo una pierna sobre la otra y digo con indiferencia:

—Ellos están recibiendo lo que se merecen.

No veo de nuevo al periódico. Y no pienso en eso de nuevo.

—La razón por las que los he traído a todos hoy aquí —Victor habla fuerte con una mano encima de la otra en la mesa—, es porque tengo noticias importantes.

 l tiene toda la atención de la habitación.

—Parece que Vonnegut se ha unido con la orden de Sébastien Fournier en Francia y ellos están trabajando juntos por una razón. — l sólo levanta su dedo índice de la parte superior de su otra mano—. Confío en que todos saben muy bien cuál es esa razón.

—Porque están jodidamente asustados. —Niklas se mete en la conversación, sentado a la izquierda de Victor; un cigarrillo apagado cuelga de sus labios.

Dorian niega con su cabeza rubia, sonriendo.

—Yo digo que nos lo quitemos de encima y los eliminemos a *todos*.

—No puedes matar a alguien que no puedes encontrar —le recuerda Izabel.



Tanto Vonnegut como Fournier han probado ser escurridizos desde que Victor Faust se rebeló de La Orden.

—Eso no es del todo cierto —opino—. Hemos estado eliminándolos lenta pero seguramente al matar a aquellos leales a ellos y tomar el control de aquellos que no lo son.

—Sí, el Sr. Gustavsson tiene un punto —dice James Woodard y sonríe a través de la mesa hacia mí con algo de demasiada admiración para mi gusto.

Lo ignoro.

—Sí, pero esa ni siquiera es la noticia más importante que tengo para ustedes —dice Victor y todas las cabezas se giran simultáneamente de nuevo en su dirección.

Victor hace una pausa y coloca sus manos unidas por la punta de los dedos frente a él.

—Tengo razones para creer, y por ahora no revelaré mis fuentes, que la Inteligencia de los Estados Unidos de alguna manera sabe sobre nuestras operaciones. No sólo estamos siendo cazados por La Orden, sino que también podríamos ser cazados por el FBI y la CIA.

—¿Qué quieres decir con “podríamos”? —pregunta Izabel a la derecha de Victor, con los ojos llenos de preocupación—. ¿Y exactamente qué es lo que saben?

Todo el mundo, incluyéndome, quiere las mismas respuestas, así que nadie interrumpe.

—Lo que saben también es algo que voy a reservarme por ahora —dice Victor serenamente, sin mirar a nadie en particular—. No me sorprende que sepan algunas cosas, operaciones como la nuestra que siguen creciendo no pueden pasar del todo inadvertidas, es casi imposible, en realidad. Pero *sí* diré que saben lo suficiente como para llevarme a creer que podría haber un infiltrado entre nosotros.

Miro a Woodard. Woodard me mira hasta que se da cuenta de *por qué* lo estoy mirando y contrae la espalda contra la silla y opta por mirar a la mesa en su lugar. Izabel mira a Niklas. Niklas mira a Dorian y luego mira de vuelta a Izabel con los mismos ojos acusadores que ella está lanzando en su dirección. Dorian me mira. Seguro que hay muchas sospechas en esta mesa.



Todos miramos a Victor, aunque sólo con interrogación en nuestros rostros.

—¿Alguien en esta mesa es un traidor? —pregunta Izabel.

—Bueno, seguro como la mierda que no soy yo —dice Dorian.

Woodard alza sus abultadas manos.

—No...No soy yo tampoco.

Niklas se saca el cigarrillo de los labios y se repantiga en su silla, envolviendo un brazo sobre el respaldo casualmente y con frialdad.

—Sí, bueno aparte de mi hermano —dice con orgullo y confianza—, soy la última persona en esta mesa que no se implicaría en *nada* de esa mierda del gobierno. —Me imagino a Niklas escupiendo en el suelo para demostrar cuán profunda es su aversión por el gobierno de los Estados Unidos y la inteligencia, pero no lo hace.

—Tú eres mi primera opción —acusa Izabel, sus bonitos rasgos torciéndose en una sonrisa.

Niklas le muestra el dedo del medio.

—Oh, ¿cuán maduro puedes llegar a ser? —se burla Izabel.

Victor inhala una notable bocanada y todas las miradas caen sobre él de nuevo.

—Nunca dije que el infiltrado, si de hecho hay uno, estaba en esta mesa. Y en verdad, muy bien podría ser que Vonnegut, como un último intento por deshacerse de nosotros, es el que le proporcionó la información a la CIA y al FBI. Tengo mis sospechas, pero el dilema es que si ellos *en efecto* saben cómo y dónde encontrarnos, ¿por qué no han hecho un movimiento?

—Esa es una buena pregunta —digo y luego añado—: Si lo saben, ¿cuánto tiempo crees que lo han sabido?

—No estoy seguro —admite Victor—. Pero quiero que todos ustedes estén atentos a cualquier cosa sospechosa... por supuesto, no es que no lo hagan ya.

Tanto Dorian como Niklas se ríen.

—Así es la vida diaria para mí —dice Dorian.

Niklas asiente, de acuerdo.



Victor cambia de tema, un poco demasiado pronto, en mi opinión, y dice:

—Lo siguiente en la agenda es un asesinato de cincuenta mil dólares en Miami. Estoy asignándole éste a Evan Betts —él mira a su izquierda—, y a Niklas.

Niklas no parece contento.

—¿Me estás poniendo con un novato? —De hecho, se ve francamente ofendido.

Isabel, por otro lado, es toda sonrisas.

—Betts puede ser nuevo —dice Victor—, pero es bueno. Quiero ver más de su trabajo y sólo emparejaré a los recién llegados con alguien de esta mesa en la que sienta que puedo confiar.

Niklas parece más tolerante ahora, pero la sonrisa de Isabel se convierte en una mueca de desprecio.

La reunión se prolonga durante otros veinte minutos y cuando está llegando a su fin, todos se van salvo Victor y yo, que pidió que me quedara.

He estado fuera de servicio, por órdenes de Victor, desde lo que pasó hace dos meses. Había esperado más de una pena que el “tiempo libre para asuntos personales” que siento que me dieron, pero Victor no vio el que retuviera a Cassia como un secreto para él, como una traición. Esto demuestra más que Faust no es un líder tirano, sino un hombre con conciencia... aunque seguro se desvive por ocultar ese hecho.

Pero mi tiempo libre a solas para hacer frente a lo que quedaba de mi vida no tuvo el tipo de efecto que cualquier persona en la “mesa redonda” podría haber esperado. No me afligí, ni llegué a un acuerdo o tuve alguna epifanía. No me quité ninguna pesada carga de los hombros, ni me bañé en el sol, ni reflexioné sobre mi vida y me obligué a ser positivo y seguir adelante.

No, no hice nada de eso.

En cambio, me paré frente a un espejo.

Desnudo. Aún ensangrentado después de torturar y matar a un hombre, quién dirigía una conocida banda de Detroit. Me quedo parado frente a ese espejo mientras el agua de la ducha se ponía caliente y vi la cascara de mi antiguo yo regresándome la mirada con un nuevo interior. Nueva oscuridad. Nuevos demonios. Nuevos recuerdos. Todo nuevo. Y sí, seguí hacia adelante, pero no en la dirección hacia la luz.



Ese vislumbrar limitado de la luz que experimenté con Cassia fue una ilusión.

—Tengo que ser honesto contigo —dice Victor de pie detrás de mí—. No estoy convencido de que eres... tú mismo.

Asiento sutilmente, estando de pie con mis manos entrelazadas detrás de mí.

—Y estarías en lo correcto —admito.

Victor camina lentamente alrededor de la mesa lejos de su silla, también con sus manos entrelazadas detrás de su espalda como las mías están.

—Si fueras cualquier otra persona —continúa—, no me arriesgaría, pero todo lo que te estoy pidiendo es que si sientes que puedes hacer algo que nos podría comprometer, te retires de nuestras operaciones. ¿Puedo confiar en ti en que hagas eso?

Asiento de nuevo.

—Te doy mi palabra.

Victor mira hacia la pared y luego me mira como si hubiera utilizado ese breve momento para decidir qué decir a continuación.

—Tengo mucha confianza en ti, Fredrik, pero estaría engañándome a mí mismo al creer que no estás caminando entre la delgada línea de la cordura y la autodestrucción. He visto esa mirada antes, de hecho, una vez la vi en el espejo.

Qué irónico, las cosas que vemos en esas piezas de vidrio malignas y burlonas.

—Te preguntaría cómo tú, de toda la gente, alguna vez caminó esa línea —digo—, pero sé que no me lo dirías.

Victor sonríe imperceptiblemente.

—Y estarías en lo correcto —dice en el mismo tono, incluso como lo había dicho hace unos momentos.

—Pese a mi aceptación de todo esto —dice Victor dejando caer su sonrisa—, tengo que dejar algo muy claro.

No digo nada y simplemente escucho. Esta es la parte donde Victor cuelga su traje de comprensión y da lugar al amenazante.



—Izabel —sabía que comenzaría su frase con eso—, tiene en su cabeza que ella va a —hace un gesto con su mano, girando tres de sus dedos, como si eso permitiera que el término se materialice directamente en su lengua—, *ayudarte* a encontrar gente a la cual torturar, pero ambos sabemos que eso es inaceptable. ¿Correcto?

—Sí, estás en lo correcto —digo asintiendo—. No necesito su ayuda, ni tampoco la quiero. Lo hice por mi cuenta antes, y puedo hacerlo de nuevo. Si intenta ayudarme, le diré que serás el primero en saberlo.

—Aprecio eso.

Hago una pausa, quiero hacer una pregunta personal, pero no estoy seguro de si debería averiguarlo.

De todos modos, decido hacerlo.

—¿Te molesta —digo—, que ella y yo seamos muy cercanos?

—No —responde Victor con sinceridad—. No de la manera en la que puede que estés pensando. Confío en Izabel estando a solas contigo, o con cualquier otro hombre, si a eso te refieres.

—En cierto modo, sí —digo—. Pero realmente quería decir en todos los sentidos. Te ocultó cosas para ayudarme.

--Eres su familia —declara—. Nunca tuvo una de verdad. Me alegro de que estés ahí para ella. Puedes darle cosas que nunca pueda ser capaz de darle.

Sacudo mi cabeza una vez, rechazando sus palabras con el debido respeto.

—Ya no.

No se ve sorprendido.

—Sabes que le destrozará si la alejas.

Asiento.

—Es mejor alejarla ahora que ser la razón por la que termine muerta más tarde. —Parte de eso también era para que Victor preste atención, pero nunca sabré si entendió el mensaje oculto.

Victor lo deja así y hace gestos hacia la alta y pesada puerta de madera detrás de mí.



—Es bueno tenerte de vuelta —dice.

—Gracias.

Izabel me detiene en el pasillo bordeado por paredes blancas y suelos brillantes. Victor camina en la dirección opuesta, dejándonos solos.

Espera hasta que dio la vuelta en la esquina al final del pasillo, antes de que gire hacia mí y diga:

—Sé que él probablemente te amenazó por mi culpa, pero mira, Fredrik...

—Él no tuvo que hacerlo —le detengo—. Le dije que si alguna vez intentas ayudarme, se lo diré de inmediato. Y eso lo dije en serio. —Sostengo mi mirada decidida sobre ella.

—Pero estás... Fredrik, me preocupo por ti. Sólo quiero ayudar.

—Y puedes, permaneciendo fuera de mi camino y fuera de mis asuntos.

Un destello de dolor y conflicto pasa por su rostro.

—¿Por qué haces esto?

Comienzo a caminar por el pasillo, caminando alrededor de ella.

—Fredrik. Detente. Por favor.

Finalmente lo hago, pero sólo para que ella se lo saque todo, que diga lo que sea que tiene ahora en su mente, porque será la única oportunidad que alguna vez le daré.

Me quedo quieto de espaldas a ella.

—No voy a dejar que te destruyas a ti mismo —dice con rabia escondida y determinación no-tan-escondida—. Me importa una mierda el tipo de rostro que quieras usar para mandarme a la mierda, no me importa, pero no dejaré que te alejes. De nosotros. De mí. De ti mismo.

Me doy la vuelta para enfrentarla con mis manos dobladas juntas frente de mí, mis muñecas tocando la tela de mi fino traje de color negro.

—Llegas un poco tarde para eso, me temo —digo, dándome la vuelta y alejándome, dejo en mi estela, el sonido de mis zapatos de vestir golpeando contra el suelo.



CAPITULO 30

Fredrik

Traducción SOS por magdys83, otravaga y Jadasa Youngblood
Corregido por ღჳ3Khaleesiღჳ3

Baltimore, Maryland.



Tirando hacia atrás en la larga coleta oscura de la mujer, embisto mi polla dentro de ella, mis caderas empujando enérgicamente contra sus nalgas, sus manos agarrando las sábanas de la cama de hotel en un arrebató de placer y desesperación.

—¡Maldición! —dice con un lado de su cara presionada contra el colchón. Tira de su labio inferior entre sus dientes mientras me estrello en ella más duro, mi polla hinchándose en su interior.

Jadea, separando sus labios, incapaz de cerrarlos.

—¡Oh Dios mío, por favor... no te detengas! ¡Ni de coña te detengas! —. Casi está llorando. Puedo sentir la tensión y expectación apretándose alrededor de mi polla como si quisiera evitar que salga de ella antes de su momento explosivo. Me estrello más fuerte en su vagina y me inclino encima y a lo largo de su cuerpo, metiendo mis dedos en su boca abierta, tomando su mejilla. Tirando de su coleta con la otra mano, su cuello se arquea con rigidez y torpemente, si tiro algo más fuerte de su cuello podría romperse. Empujo adentro y afuera de ella con violencia, satisfaciendo a todos.



mis demonios, pero no a mí mismo. Todavía no. Empieza a lloriquear, forzando su culo hacia mí para poder tomarme más profundo.

Una lágrima rueda por su mejilla y descolora la sábana debajo de su cara.

Me detengo y me retiro de ella cuando siento que se va a venir, me levanto de la cama, mi polla palpitando dolorosamente contra la zona inferior de mi estómago. La tomo en mi mano y me doy yo mismo lentamente para mantenerme, pero desacelerando mi propio clímax.

La mujer, todavía con su culo elevado en el aire, levanta su cara del colchón y mira al otro lado de la habitación hacia mí, como si acabara de dar puñetazos a su madre.

Rompo el condón y lo lanzo a la basura junto a la mesa de noche.

—¿Por qué has...

—Ven aquí—le digo, sacudiendo con la cabeza hacia atrás una vez y tomando asiento en la silla de la mesa pequeña junto a la ventana.

Con una protesta ligera en su rostro, todavía se levanta de la cama y hace lo que le digo. Desnuda de pie enfrente de mí con ese cuerpo perfecto y ese culo bien redondeado y caderas curvadas, realmente quiero follarla un poco más, pero tengo que esperar.

—Ponte de rodillas —le digo.

Ella lo hace, y asumiendo que ya sabe lo que quiero que haga, ella toma mi polla en su mano sin mi orden, mirando boquiabierta por un momento en el tamaño, supongo, antes de que empiece a bajar su boca en ella.

—¿Te dije que hicieras eso ya? —le pregunto, mirando abajo a sus ojos entrecerrados y con una expresión atónita.

Ella niega con la cabeza, levantando la vista hacia mí con ojos verdes como cierva, con mi polla todavía en su mano.

La hago esperar algunos segundos mientras la estudio, arrodillada entre mis piernas, la forma en que su coleta descansa contra el centro de su espalda desnuda, la forma de corazón de su culo desnudo. Ella se ve de la misma manera que imaginaba en que se vería desnuda cuando la visité en la cafetería y pensé en follarla.



Nunca libera a mi polla, ni una vez. La quiere y no le importa dónde. Le gusta tenerla en su mano. Y no me importa ni un poco.

—Ahora, ponme en tu boca —digo—. Lentamente —agrego justo antes de que sus labios empiecen a deslizarse sobre mi cabeza.

Mi polla llena su boca, estirando sus labios alrededor, también como imaginaba. Inclino mi cabeza hacia atrás y gimo un poco mientras ella me tiene en la parte posterior de su garganta.

Levanto ambas manos de la parte posterior de mi cabeza y engancho mis dedos mientras la veo entre mis piernas separadas. Me salgo cuando se detiene para disculparse por arañarme con sus dientes, no porque me arañó sino porque ella se disculpó. No digo nada y la dejo que vuelva a su trabajo.

Pero lo hace de nuevo.

Me detengo a mitad de la oración, colapsando mis manos grandes sobre los lados de su cabeza y forzando a mi polla a la parte posterior de su garganta.

—No me importa si me arañaste, amor, me *gusta* el dolor.

Ella se atraganta un poco cuando se la meto toda, pero no se detiene, o protesta por la fuerza en que yo sigo poniendo su cabeza. No me gustan esos ruidos de arcadas, pero me excitan de la misma forma, su incomodidad, su dolor, las lágrimas ardientes en sus ojos.

Soy un cabrón enfermo.

Por fin, exploto en su boca, lanzando mi cabeza hacia atrás colgando sobre el respaldo de la silla, mis dedos se enrollan fuertemente en su cabello y la mantengo abajo, así que ella va a tragar.

Y lo hace. Como una niña buena.

Descansamos por poco tiempo. Nunca me levanto de la silla. Sólo miro fijamente hacia la pared, pensando en nadie más que en ella, aunque no puedo recordar su nombre. Kate. Kira. Kali. Espero que no pregunte.

Sale del baño, desfilando hacia mí. Tímida, no-tan-tímida, zorra, inocente, dominante, sumisa, una perra, una chica dulce, ella será cualquier cosa que le diga que sea.



Y es precisamente por eso por lo que no me gusta mucho.

Tenía esperanzas leves por ésta antes de traerla aquí.

Ensayo y error, Fredrik. Ensayo y jodido error.

—¿Por qué no me dejas montar tu polla? —dice con una sonrisa en sus ojos la chica cuyo nombre seguramente comienza con una K.

¿Por qué no simplemente montas mi polla y no me pides permiso?

—Sí —digo en voz alta—, quiero que montes mi polla —y luego desgarró otro paquete de condón de la mesa cercana y pongo el condón en su mano.

—Pónmelo primero —le digo.

Una vez más, ella hace exactamente lo que le digo, y lo admito, lo hace bien, deslizándolo hacia abajo sobre mí con cuidadosa precisión, asegurándose de sobar mis bolas cuando ha terminado, antes de soltarlas y ponerse de pie entre mi piernas abiertas.

Colocando las manos sobre mis hombros para mantener el equilibrio, da un paso sobre mi regazo y me monta a horcajadas en la silla. Estoy duro de nuevo en menos de un segundo. Cierro los ojos suavemente cuando por primera vez siento sus cálidos, húmedos e hinchados labios inferiores frotándose contra mi eje.

Ella me folla por un tiempo. Y cuando estoy cansado de estar sentado en la silla, la inclino sobre el borde de la cama y la follo ahí por un rato más. Y cuando estoy cansado de eso, la follo contra la pared. Y cuando estoy cansado de estar de pie, me acuesto de espaldas en la cama y dejo que me monte un poco más antes de finalmente ceder y decirle que se siente sobre mi rostro.

Un par de horas más tarde, estoy saliendo de la ducha cuando ella me dice desde la cama:

—¿Listo para otra ronda? —con una sugerente sonrisa llenando su muy hermoso rostro.

Apenas la miro mientras me meto en mis bóxer después de recogerlos del suelo.

Le echo un vistazo a mi Rolex.

—Lo siento, pero tengo que estar pronto en alguna parte.



Ella hace un mohín.

—Ah, vamos. Haré que valga la pena. Lo prometo. —Acaricia el colchón con la palma de su mano.

Metiéndome en mis pantalones de vestir los abotono y luego abrocho mi cinturón.

—Ya has hecho que valga la pena —digo serenamente—. Pero realmente me tengo que ir.

Mientras abotono mi camisa de vestir gris y meto los extremos en los pantalones, ella se levanta de la cama y camina desnuda el corto espacio a través de la habitación. Da un paso hasta mí y pone sus manos en mi pecho, pero me alejo hacia un lado de ella y termino los últimos botones.

Noto que sus hombros suben y bajan con un pesado suspiro decepcionado.

—Bueno, ¿te importaría darme tu número? —pregunta—. Me gustaría volver a verte.

Deslizo los brazos en mi saco y luego me pongo el largo abrigo de invierno negro.

—Lo siento, pero eso no va a suceder —digo.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

No la miro mientras camino hacia la puerta.

—El sexo fue genial —digo, volteando para mirar hacia atrás a ella y esperando dejarla con su dignidad, por lo menos. Nunca fue mi intención hacerla sentir usada—. Pero no vamos a volver a vernos.

Sólo se queda mirándome con la boca floja y sus cejas agrupadas en la frente.

Y salgo por la puerta.



Sólo regresé a Baltimore para una cosa y ciertamente no era el sexo.

Conduzco hasta el extremo opuesto de la ciudad y estaciono al lado de un contenedor de basura a un costado de un edificio de almacén, asegurando las puertas con sólo pulsar el botón en mi llavero cuando salgo. El olor de la gasolina del auto cargando el



tanque en la gasolinera llena el aire. Camino lentamente hacia las puertas dobles de vidrio del frente y empujo una abierta con el sonido de un timbre electrónico alertando al empleado de un nuevo cliente entrando en la tienda: el empleado no levanta la vista de lo que sea que esté haciendo detrás del mostrador. Entro al calor de la fetidez de alimentos fritos, agua sucia de trapeador y lejía. Un muchacho joven con desaliñado cabello rubio sale del baño por una puerta al otro lado de las neveras de refrescos y pasa pitando por delante de mí, empujando la alta puerta de vidrio con todo el peso de sus dos flacos brazos juveniles. Una ráfaga de aire frío penetra en el interior. Miro al chico de la puerta por un momento mientras corre hacia el auto en la gasolinera, abre de golpe la puerta de atrás y salta dentro. Segundos después, el auto sale a la calle y se va.

Vuelvo mi atención de nuevo a Dante Furlong trabajando detrás del mostrador.

Haciendo mi camino hacia él, me tomo mi tiempo, escaneando con indiferencia las diversas comidas chatarra de estación de gasolina con sobreprecio, los pastelitos envueltos individualmente y las pequeñas latas de salsa de frijoles que se exhiben en los estantes exteriores. Todo está alineado de una forma ordenada. El piso ha sido trapeado recientemente. Dante ha sido duro en el trabajo: en algo más que vender heroína y dejar que los adictos le hagan una mamada por un chute.

Finalmente, Dante mira hacia arriba.

Vuelve a mirar.

La sonrisa que sólo llegaba hasta sus ojos desaparece al verme. Jadea agudamente y cae hacia atrás contra los estantes exhibiendo diversos medicamentos, paquetes dobles de Tylenol y Advil y cápsulas para el resfriado y la gripe, y la mercancía cae de los soportes en un disperso desorden en el suelo.

—¡Eres tú! —Señala con un tembloroso dedo hacia mí—. ¡Mira, hombre, yo no he... yo... yo no he hecho nada desde aquella noche! ¡Lo juro!

Se consiguió un par de dientes superiores postizos, ya veo.

Todavía tambaleándose hacia atrás contra la estantería como si pudiera caminar justo a través de la pared detrás de él, más mercancía termina en el piso hasta que finalmente se da cuenta que no tiene a dónde ir.

Todo su cuerpo, vestido bastante decentemente con una agradable camisa blanca y un par de pantalones vaqueros azules limpios, se sacude febrilmente. Sus ojos azules pequeños y brillantes parecen tan grandes como pueden ser mis puños; las arrugas y



las líneas a su alrededor y en las esquinas se profundizan, se extienden y pulsán. Su oscuro cabello rizado ha sido lavado y no se ve grasoso bajo las luces fluorescentes encendidas por encima de nosotros en el techo. Ciertamente ha cambiado desde que lo torturé hace dos meses.

Avanzo el resto del camino hasta el mostrador y me quedo de pie con ambas manos enterradas en los bolsillos de mi abrigo. Los ojos de Dante se mueven de ida y vuelta de mi rostro a mis manos, probablemente preocupado por lo que podría estar escondiendo en ellas detrás de la tela de mi abrigo. ¿Agujas para inyectarlo? ¿Tenazas para sacarle el resto de los dientes? ¿Un cuchillo para cortarle la lengua, quizás? ¿Una pistola para sacarlo de su miseria?

Ninguna de las anteriores.

—Mira, no le dije nada a nadie —tartamudea con una mano hacia mí, la palma hacia adelante—. No dije mierda. No *hice* una mierda. —Mira alrededor de la tienda—. Tengo un trabajo de verdad aquí. No paga mucho, pero es un trabajo honesto. —Entonces su voz se eleva y grita cuando aún no respondo—: *¡No hice nada!*

—Lo sé —digo finalmente—. He estado vigilándote desde esa noche en que te deje.

Bajando mi mirada hacia una caja de gomas de mascar de dieta sobre el mostrador, cada uno envuelto individualmente en envoltorios de plástico transparente, señalo y digo:

—¿Te molesta?

—Por supuesto, por supuesto, sí —dice rápidamente, haciendo un gesto con ambas manos hacia la goma de mascar—. Estás en tu casa, hombre. De hecho, puedes tener toda esta maldita tienda si lo deseas. —Sonríe quisquillosamente.

Agarro una sola pieza de goma de mascar de la caja y le saco el envoltorio de plástico, haciéndolo estallar en mi boca.

—Veo que tienes nuevos dientes —digo y luego comienzo a masticar.

Asiente rápidamente.

—S... sí, aja, hay un dentista agradable del otro lado de la ciudad que ayuda a los adictos que tratan de mantenerse limpios. En realidad no perdí mis dientes por causa de la metanfetamina o algo —sonrió y continuó masticación—, pero él me ayudó. Me



consiguió una prótesis de verdad barata y me puso en un plan de pago. Lo tendré totalmente pagado en unos meses más.

Deslizo mis manos hacia atrás dentro de mis bolsillos.

—¿Cómo te gustaría un juego de implantes permanentes? —pregunto.

Dante frunce su ceño confusamente.

—¿No sé lo que quieres decir? —Está extremadamente nervioso.

Creo que huelo a orine.

Hago una mueca.

—Esta goma de mascar sabe a mierda —digo.

Asiente de nuevo rápidamente, inseguro y aún temeroso de todos mis movimientos y palabras.

—Sí, a los niños les gusta esas cosas...

—Bueno, Dante —regreso al punto en cuestión—. Tengo una propuesta de trabajo para ti. Es decir, si estás interesado en escucharla.

Silencio.

No sabe cuál es la respuesta que quiero que me dé, pero es seguro que sabe cuál es la respuesta que quiero escuchar.

Opta por el término medio.

—Mmmm, no estoy seguro de si entendí.

Llevando el pequeño envoltorio de plástico hasta mis labios, escupo el chicle de nuevo en él y luego lo arrojo a la basura presionada contra el mostrador en el suelo.

—He estado dando vueltas a algunas ideas —comienzo de la misma manera indiferente con la que entré—, y creo que eres el tipo de hombre para el trabajo. Puedes pagar por completo esas dentaduras con sólo una fracción de su primer cheque de pago y pagar los implantes dentales dentro de un mes. Por supuesto, pasarías a través de unas pruebas, médicas, entre otras cosas, y al igual que con cualquier trabajo honesto, estarás sujeto a pruebas de orina de vez en cuando, pero creo que eres el hombre correcto. ¿Qué dices?



—Mmm, bueno —se rasca su cabeza—, ¿cuál es exactamente el trabajo? Quiero decir, uh, supongo que me gustaría saber lo que se espera de mí... bueno, es decir, ¿si está bien que sepa antes de que esté de acuerdo?

Sí, eso que huelo definitivamente es orine.

Saco un cheque de caja con su nombre en él y lo coloco sobre el mostrador, deslizándolo en su vista.

Mira hacia abajo con nerviosismo, teniendo dificultad para mirarlo conmigo de pie lo suficientemente cerca como para agarrarlo cuando baje la guardia.

—Santa puta... —su voz se apaga y, finalmente, mantiene su atención sobre mí poniéndolo en segundo plano mientras las cinco cifras al lado de su nombre danzan en su línea de visión.

Agarra el cheque en su mano como si quisiera asegurarse de que es real, y finalmente de nuevo levanta su mirada hacía mí a través de esos ojos color azul muy abiertos sobre el exhibidor, debajo de su cabello rizado color negro.

—Puedes hacer mucho todos los meses —digo—. Mientras realices el trabajo a mi completa satisfacción y aprobación, siempre y cuando permanezcas limpio y no lo jodas.

Sus ojos finalmente están sonriendo de nuevo, al igual que lo comenzaba a hacer la primera vez que entré en la tienda y todavía no se daba cuenta de quién era yo. Ahora toda su cara está sonriendo. Codicioso. Como un pirata estando de pie sobre un cofre de oro. El trabajo podría apestar una vez por semana y probablemente estaría de acuerdo para esa cantidad de dinero.

—Soy tu chico —dice.

Sonríó imperceptiblemente y saco mi billetera del otro bolsillo, abriéndola y toqueteando unos veinte en mi mano. Los lanzo sobre el mostrador.

—Le echaré gasolina a mi carro —digo—. Veinte dólares.

Asiente y agarra el dinero.

—Espera, uhh —dice en voz alta mientras comienzo a alejarme, me detengo y me doy la vuelta para mirarlo—. ¿Cómo hago para...?

—Estaré en contacto —digo y empujo abriendo la puerta de cristal.



Dante Furlong se convirtió en mi asistente privado. Sabe mucho de los traficantes de drogas y los adictos que no pueden ser reformados, y prostitutas, o “un montón de sabandijas”, quienes han asesinado a hombres, choferes de camiones, esposos buscando algo “extraño”. Dante conoce a casi todo el mundo en el círculo de la delincuencia, no sólo en Maryland, pero en la mayoría de los estados circundantes. Conoce la jerga. Los detalles, y donde encontrar a toda la gente, quienes un día terminan en mi silla.

A veces cuando pienso en Seraphina, porque pienso en ella, así como en Cassia, me pregunto por qué simplemente no encontré a alguien como Dante hace mucho tiempo. Con él no hay ningún cariño, no hay riesgo de enamorarse, de perder el amor. Puedo mirar a Dante a los ojos y matarlo si tengo que hacerlo, sin pensarlo dos veces, o lamentarlo, o lastimarlo. Y cuando quiero joder, puedo encontrar las Kate, las Kira, las Kali y las Gwen. Sin cariño. Sin mirar atrás. Sólo siguiendo hacia adelante. A la siguiente mujer dispuesta, a quien puedo romper debajo de mí.

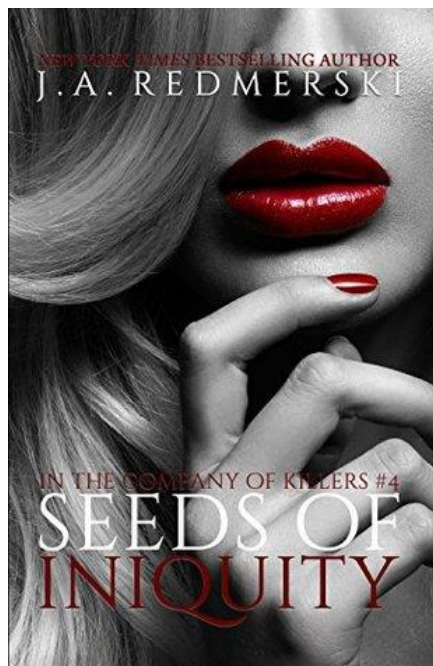
Y todos los días de mi vida, lucho contra el dolor que tortura mi corazón negro, el dolor que sé que nunca desaparecerá. El dolor de estar solo y sin ella. Sin nadie. Mis interrogatorios para la nueva Orden de Victor se vuelven más brutales con cada trabajo. Mi tolerancia para mis víctimas, disminuye. Mi capacidad de ofrecer misericordia, prácticamente inexistente. Y durante mis tormentos personales esos que dirijo a Dante, me vuelvo más sádico y me deja cada vez menos vivo.

Una parte de mí, pero sólo una pequeña parte, le preocupa que algún día vaya directo al punto, cuando asesine a todos y cada uno de ellos. Porque cuanto más mato, más me sumerjo en el dolor de los demás, más fácil es callar los gritos en mi cabeza y las imágenes de las dos caras de la mujer que amaba.

Mi hermoso cisne. Mi salvación y mi perdición.



PRÓXIMO LIBRO



La Nueva Orden de Victor Faust está creciendo. El negocio es bueno ya que no hay descanso para los malvados en un mundo subterráneo de delincuentes peligrosos y asesinato por encargo. Las relaciones entre los operarios han cambiado poco durante el año pasado, pero las cosas están a punto de cambiar ahora, y los seis miembros de alto rango de la nueva Orden serán sorprendidos por un enemigo poco probable.

Sus seres queridos, cuyos lazos con la organización de Victor sólo son sus relaciones con sus miembros, son secuestrados. El precio para recuperarlos de manera segura: los seis deben confesar sus más profundos y más oscuros secretos a esta misteriosa joven llamada Nora, que es tan mortal como hermosa, y que parece saber más sobre cada uno de ellos que lo que saben el

uno del otro. Y aunque nadie tiene ni idea de quién es Nora es en realidad, queda claro que ella también no es quien parece ser.

Así que mucho más está en juego que los secretos y las vidas de inocentes seres queridos; con cada miembro que Nora forza a confesar, la verdad sobre el pasado oscuro y objetivos actuales de ellos causarán sospechas, enfrentándose a unos contra otros, y con riesgo a quebrarlos.

Antes de que el juego haya terminado todo el mundo va a saber quién es esta mujer y por qué está aquí, pero el daño que dejará a su paso podría ser el comienzo de la destrucción de la nueva Orden.

¿De quién será el más oscuro secreto de todos? ¿Y puede la Orden de Victor sobrevivir alguno de ellos?



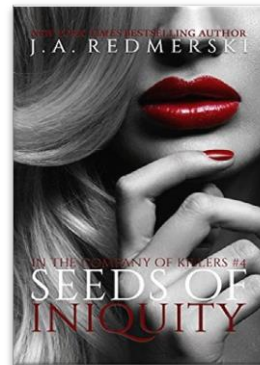
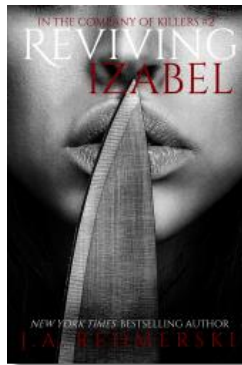
THE SWAN &
THE JACKAL



IN THE COMPANY
OF KILLERS #3

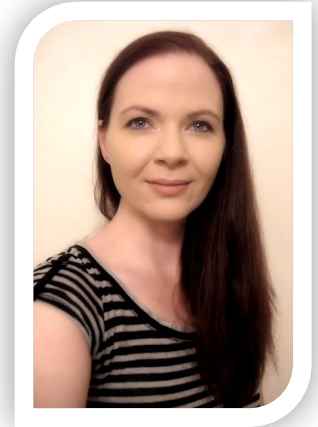
IN THE COMPANY OF KILLERS

A SERIES BY J.A. REDMERSKI



SOBRE LA AUTORA

J. A. Redmerski nació el 25 de noviembre de 1975. Vive en North Little Rock, Arkansas, con sus tres hijos y un maltés. Apasionada de la televisión y de los libros, sus obras aparecen regularmente en las listas de los más vendidos del New York Times, USA Today y Wall Street Journal. Es una gran fan de *The Walking Dead*.





CRÉDITOS

MODERADORAS

Otravaga
Jadasa Youngblood
magdys83

TRADUCTORAS

Apolineah17
Fanny
Flochi
Helen1
IvanaTG
Jadasa Youngblood
Jenn Cassie Grey

MaEx
magdys83
martinafab
Otravaga
Rivery
veroonoel



SOS

magdys83
otravaga
jadasa youngblood

REVISIÓN, RECOPIACIÓN Y DISEÑO

ΣΧ3KhaleesiΣΧ3



THE SWAN &
THE JACKAL



IN THE COMPANY
OF KILLERS #3

Bookzinga

